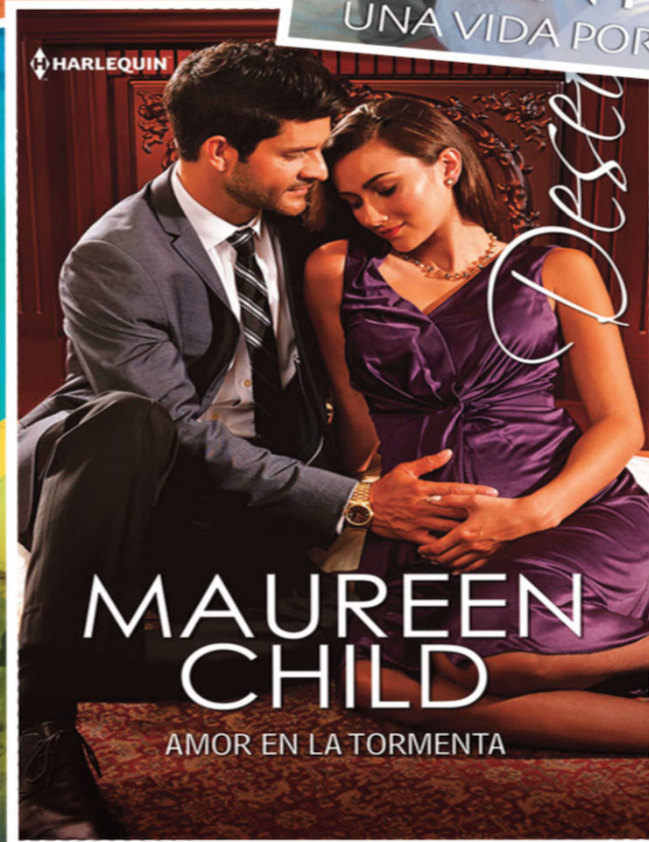


Disfruta con nuestras series



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Pack Series, n.º 129 - septiembre 2017

I.S.B.N.: 978-84-9170-141-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

OceanofPDF.com

Índice de contenido

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Una isla para soñar](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Una vida por delante](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Amor en la tormenta](#)

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Epílogo](#)

OceanofPDF.com



HARLEQUIN

BiancaTM

Pasado difícil



JANE PORTER

UNA ISLA PARA SOÑAR

OceanofPDF.com

Capítulo 1

HACÍA una tarde fría y ventosa de febrero en Atlanta, pero el ambiente que había en el interior del despacho de abogados Laurent & Abraham era aún más frío.

El prominente abogado James Laurent tomó las gafas que se hallaban sobre la superficie de su impresionante escritorio y suspiró con impaciencia antes de hablar

–Usted firmó los contratos, señorita Nielsen, unos contratos totalmente vinculantes en cualquier país del mundo y...

–No tengo ningún problema con el contrato –interrumpió Georgia, más molesta que intimidada por la dura mirada del abogado, pues estaba completamente decidida a ser la madre de aquel bebé para luego entregarlo. Aquel era su trabajo como madre de alquiler y ella siempre se tomaba su trabajo muy en serio—. El bebé es del señor Panos, pero no hay ninguna cláusula en el contrato que estipule dónde tengo que dar a luz, y en ningún momento se me ha comunicado que se esperaba que lo hiciera en el extranjero. De haber sido así no me habría prestado a hacer de madre de alquiler para el señor Panos.

–Grecia no es un país del tercer mundo, señorita Nielsen. Puede estar segura de que recibirá una excelente atención médica en Atenas antes, durante y después del parto.

Georgia dedicó un larga mirada al abogado mientras se esforzaba por mantener su genio bajo control.

–Estudio Medicina en Emory. No me preocupa ese aspecto del embarazo. Pero sí me incomoda su condescendencia. Si se cometió algún error al redactar el contrato fue de su cliente...o suyo. No se menciona en ningún lugar que tuviera que meterme en un avión y volar seis mil kilómetros para dar a luz.

–Es un problema de ciudadanía, señorita Nielsen. El bebé debe nacer en Grecia.

Si Georgia hubiera estado de mejor humor, tal vez incluso habría sonreído, pero no estaba de buen humor. Estaba furiosa y frustrada. Se había cuidado minuciosamente desde el primer momento. Su responsabilidad como madre de alquiler era dar a luz un bebé saludable, y ella estaba cumpliendo con su parte. Se alimentaba bien, dormía todo lo posible, hacía ejercicio y procuraba mantener el estrés a raya, algo que no era especialmente fácil estando en la Facultad de Medicina. ¡Pero entre sus planes no figuraba marcharse a Grecia!

—Los arreglos para el viaje están siendo finalizados mientras hablamos —añadió el abogado—. El señor Panos va a enviarle su propio jet que, como imaginará, es realmente lujoso y cómodo. Antes de que se dé cuenta estará allí...

—Ni siquiera he llegado al tercer trimestre de embarazo. Me parece increíblemente prematuro estar haciendo planes de viaje.

—El señor Panos no quiere que ni el bebé ni usted se vean sometidos a un estrés innecesario. Y los especialistas recomiendan no realizar viajes internacionales en el tercer trimestre de embarazo.

—En caso de embarazos de alto riesgo, pero este no lo es.

—Pero si ha sido una fecundación in vitro.

—No ha habido ninguna complicación.

—Y mi cliente quiere que las cosas sigan así.

Georgia tuvo que morderse la lengua para no decir algo de lo que podría haberse arrepentido. Sabía que ella no era más que un recipiente, un útero de alquiler, y que su trabajo no habría terminado hasta que el bebé estuviera a salvo en los brazos de su padre.

Pero eso no significaba que quisiera irse de Atlanta y abandonar el mundo que conocía. Recorrer medio mundo supondría una gran tensión, especialmente acercándose el final del embarazo. Era muy consciente de que se trataba de un trabajo, de una manera de poder seguir ocupándose de su hermana, pero tampoco era ninguna ingenua. Resultaba muy difícil no experimentar sentimientos por la vida que palpitaba en su interior, y era consciente de que aquellos sentimientos se estaban volviendo más y más fuerte con el paso del tiempo. Las hormonas ya estaban haciendo su trabajo, y solo podía imaginar lo que sentiría cuando se acercara el momento del parto.

Pero también sabía que la maternidad no era su futuro. La medicina era su futuro, su meta y su camino en la vida.

El señor Laurent cruzó los dedos de sus manos sobre el escritorio mientras el silencio se prolongaba.

—¿Qué hace falta para que esté dispuesta a tomar ese avión el viernes?

—Tengo que ir a la universidad. Tengo que seguir con mis estudios.

—Acaba de terminar los estudios preclínicos. Ahora está preparando el examen de licenciatura, y en Grecia podrá estudiar tan bien como en Atlanta.

—No pienso dejar sola a mi hermana tres meses y medio.

—Su hermana tiene veintiún años y vive en Carolina del Norte.

—Está haciendo sus estudios superiores en la Universidad Duke, pero depende económica y emocionalmente de mí. Soy su única pariente viva — Georgia alzó la barbilla en un gesto retador mientras sostenía la mirada del imponente abogado—. Soy todo lo que le queda.

—¿Y el bebé que lleva dentro?

—No es mío. Si el señor Panos quiere estar presente en el nacimiento de su hijo tendrá que venir a Atlanta. De lo contrario, una enfermera se ocupará de llevárselo, como estaba acordado.

—El señor Panos no puede volar.

El desconcierto de Georgia al escuchar aquello apenas duró una fracción de segundo.

—Eso no es problema mío. El bebé dejará de ser mi responsabilidad en cuanto dé a luz. Me han pagado para no apegarme a él, y pienso cumplir mi parte del trato.

El abogado cerró un momento los ojos y alzó una mano para empujar las gafas con el dedo índice por el caballete de su poderosa nariz.

—¿Cuánto dinero va a hacer falta para que tome ese avión el viernes? Y antes de que me diga que no estoy escuchando, permítame que le aclare que hace tiempo que sé que todo el mundo tiene un precio. Incluida usted. Por eso aceptó convertirse en una madre de alquiler. La compensación le pareció satisfactoria, de manera que no nos andemos con rodeos y haga el favor de decirme cuánto quiere por subirse a ese avión.

Georgia trató de ocultar su ansiedad y frustración tras una máscara de serenidad. El dinero estaba bien, pero no quería más dinero. Solo quería que aquello acabara. Había sido un error comprometerse a hacerlo. Había creído

que sería capaz de mantener sus emociones bajo control, pero últimamente sentía que se le estaban yendo de las manos. Sin embargo, ya era demasiado tarde para echarse atrás. Sabía que el contrato que había firmado era vinculante. El bebé no era suyo, sino de Nikos Panos, y no debía olvidar aquello ni por un momento.

Lo que significaba que seguir adelante era su única opción. Y en cuanto diera a luz y entregara al bebé borraría para siempre aquel año de sus recuerdos. Aquella sería la única manera de sobrevivir a una experiencia tan retadora. Afortunadamente ya tenía experiencia en lo referente a sobrevivir a experiencias duras en la vida. El dolor y la pena profunda eran buenos maestros.

—Diga la cantidad que quiere.

—No se trata del dinero...

—No, pero con el dinero podrá pagar sus facturas y ocuparse de su hermana. Tengo entendido que ella también quiere estudiar Medicina. Aproveche la oferta de manera que no tenga que volver a hacer nunca nada parecido.

Aquella última frase alcanzó la diana. El señor Laurent tenía razón. Georgia sabía que nunca podría volver a hacer nada parecido. Aquello le estaba rompiendo el corazón. Pero había sobrevivido a cosas peores. Y tampoco iba a abandonar al bebé en manos de un monstruo. Nikos Panos quería aquel bebé desesperadamente.

Inspiró rápidamente y mencionó una cantidad de dinero escandalosa, una suma que bastaría para pagar los estudios de medicina de Savannah, su manutención y algo más.

Esperaba haber escandalizado al viejo abogado, pero este ni siquiera parpadeó. Se limitó a empujar hacia ella un papel impreso que tenía sobre la mesa.

—El anexo al contrato. Firme abajo y ponga la fecha, por favor.

Georgia tragó con esfuerzo, conmocionada por la prontitud con que el abogado había aceptado la cantidad que había pedido. Probablemente esperaba que pidiera más. Seguro que también habría aceptado si le hubiera pedido millones. Estúpido orgullo. ¿Por qué no podía comportarse nunca como una auténtica materialista?

—Firmando el anexo está aceptando irse el viernes —explicó el señor Laurent—. Pasará el último trimestre de su embarazo en Grecia, en la villa

que tiene el señor Nikos Panos en Kamari, que se encuentra a poca distancia de Atenas. Después de dar a luz, cuando se encuentre en condiciones, mi cliente la enviará de vuelta a Atlanta en su jet privado o en un vuelo en primera clase en la línea aérea que usted elija. ¿Alguna pregunta?

–¿Estará el dinero en mi cuenta mañana?

–A primera hora –asintió el abogado a la vez que le alcanzaba una pluma. Georgia firmó y le devolvió la pluma.

–Me alegra que hayamos llegado a un acuerdo –dijo el señor Laurent con una sonrisa.

Georgia asintió, abatida, pero incapaz de ver otra salida a su situación.

–Como usted mismo ha dicho, todo el mundo tiene un precio, señor Laurent.

–Que disfrute del tiempo que pase en Grecia, señorita Nielsen.

Capítulo 2

FUE UN largo viaje desde Atlanta. Duró casi trece horas, lo que significó que Georgia tuvo tiempo de sobra para dormir, estudiar, e incluso ver un par de películas.

Había mantenido su mente ocupada casi todo el tiempo para no recordar la despedida de su hermana Savannah, que había conducido desde Duke para acompañarla al aeropuerto.

O, más bien, para rogarle que no se fuera.

Savannah se había sentido superada por las circunstancias, alternando entre las lágrimas y el enfado mientras interrogaba a Georgia sobre aquel millonario griego.

—¿Qué sabes de él? ¿Y qué más da que sea super rico? Podría ser peligroso, podría estar loco... ¿y quién podrá ayudarte cuando estés a solas con él en su isla, en medio de la nada?

Savannah nunca había sido muy práctica, pero Georgia debía reconocer que en aquella ocasión tenía razón.

Había investigado a Nikos Panos a través de Internet, pero, al margen de averiguar que era un multimillonario griego que había sabido sacar adelante con inmenso éxito la empresa de su familia cuando apenas contaba con veinticinco años, no tenía la más mínima referencia sobre él. No sabía nada sobre su carácter, sobre sus costumbres...

Apoyó una mano sobre su vientre, que había crecido rápidamente en las últimas semanas. Tenía la piel especialmente sensible y cálida y, aunque no quería pensar en el embarazo, no podía evitar ser muy consciente de la vida que palpitaba en su interior.

El bebé era un niño. En su familia no había niños. Solo niñas. Tres hermanas. Ni siquiera podía imaginar lo que sería criar a un chico...

Pero no podía pensar en aquello. Nunca se lo permitía. No podía permitírselo.

Cuando, finalmente, el avión comenzó a descender hacia lo que parecía un interminable más azul, el bebé se movió en su interior como si hubiera reconocido que estaba llegando a casa. Georgia contuvo el aliento mientras se esforzaba por controlar el pánico.

Podía hacer aquello. Lo haría.

El bebé no era suyo.

No se sentía apegada a él.

Le habían pagado para no apegarse.

Pero aquellas severas autoadmoniciones apenas sirvieron para aliviar la oleada de pena y arrepentimiento que envolvió su corazón.

—Solo faltan tres meses y medio —susurró.

En tres meses y medio se liberaría de aquel horrible acto que había aceptado llevar adelante.

«Tres meses y medio», se dijo Nikos Panos mientras aguardaba al final de la pista de aterrizaje, con la mirada puesta en su jet blanco, cuya puerta acababa de abrirse. La mujer que apareció en el umbral de esta unos instantes después era esbelta y muy rubia, vestía una túnica color crema asalmonado, unas mallas grises y unas botas altas de tacón que le llegaban por encima de las rodillas.

Nikos frunció el ceño ante la altura de los finos tacones, y no pudo evitar preguntarse por qué calzaría una mujer embarazada unas botas con unos tacones como aquellos. Aquellas botas eran un problema, al igual que su vestido.

La túnica le llegaba justo por encima del muslo, revelando un buen trozo de pierna.

Nikos ya sabía por los informes que tenía que Georgia Nielsen era una mujer bonita, pero no esperaba aquello.

En lo alto de las escaleras, con la brisa agitando su pelo rubio y el sol a contraluz se parecía tanto a Elsa que sintió que se le encogía el corazón.

Había querido una madre de alquiler que se pareciera a Elsa.

Pero no a la propia Elsa.

Se preguntó si habría cometido un terrible error. Tenía que estar bastante loco para haber buscado por el mundo a una mujer que se pareciera a su difunta esposa, y más aún para haberla llevado a Kamari.

La mujer debía haberlo visto porque de pronto irguió los hombros y, sujetándose el pelo con una mano, bajó las escaleras rápidamente. No las bajó exactamente corriendo, pero si con velocidad y determinación.

Mientras caminaba hacia ella, Nikos pensó que en realidad no se parecía a Elsa. Su Elsa había sido una mujer tranquila, delicada, incluso tímida, mientras que aquella rubia de largas piernas avanzaba por el asfalto de la pista como si fuera la dueña del aeropuerto.

Se encontró con ella a medio camino, decidido a hacerle frenar la marcha.

—Cuidado —murmuró.

Georgia alzó el rostro y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cuidado con qué? —preguntó con un matiz de irritación.

De lejos era llamativa, pero de cerca era asombrosamente bonita. Incluso más bonita que Elsa, si es que aquello era posible.

Nikos volvió a pensar que había sido un error haberla hecho acudir allí cuando aún faltaba tanto para que diera a luz. No porque él corriera el peligro de enamorarse del fantasma de su difunta esposa, sino porque su relación con Elsa nunca fue fácil, y su muerte, absurda, sin sentido, le había causado una intensa culpabilidad. Había esperado que tener un hijo le serviría de impulso para seguir adelante, para vivir. Para volver a sentir.

Elsa no era el único fantasma de su vida. Él mismo se había convertido en uno.

—Podría tropezar y caer —dijo con aspereza.

Georgia arqueó una ceja y le dedicó una larga mirada que hizo sentirse a Nikos inspeccionado, catalogado, evaluado.

—Dudo que pudiera suceder algo así —replicó Georgia finalmente—. Tengo un equilibrio excelente. Me habría encantado ser gimnasta, pero crecí demasiado —añadió a la vez que le ofrecía su mano—. Pero aprecio su preocupación, señor Panos.

Nikos contempló su mano más tiempo del que probablemente habría sido considerado adecuado. En el pasado nunca le habían preocupado demasiado los formalismos y los buenos modales, y en la actualidad le daban completamente igual. Todo le daba completamente igual. Y ese era el problema. Pero los Panos no podían desaparecer con él. No solo porque la empresa familiar necesitara un heredero. Él era el último Panos que

quedaba, y no podía permitir que sus errores acabaran con una familia de un linaje centenario. Su familia no tenía por qué pagar por sus pecados.

Y esperaba que aquel bebé cambiara aquello. Aquel bebé sería el futuro.

Tomó la mano de Georgia y la estrechó en la suya con firmeza.

–Nikos –corrigió y a continuación volvió la cabeza para permitir que Georgia viera con toda claridad el lado derecho de su rostro, para permitir que viera quién era. En qué se había convertido.

En un monstruo.

En la Bestia de Kamari.

Volvió de nuevo la cabeza y buscó su mirada.

Georgia siguió contemplándolo sin parpadear, sin dar el más mínimo indicio de horror o miedo. Tampoco parecía sorprendida. Sus ojos azules con destellos de gris y plata lo miraban abiertamente, sin barreras. Nikos encontró intrigante que no pareciera incómoda ante la visión de su mejilla y su sien quemadas.

–Georgia –replicó ella a la vez que devolvía con la misma firmeza el apretón de manos.

A pesar de las largas horas de viaje, de su embarazo, o tal vez precisamente por este, parecía fresca, a punto, radiante de salud y vitalidad.

Nikos, que no había deseado nada ni a nadie durante cinco años, sintió que en su interior despertaba una inesperada punzada de curiosidad, y de sordo deseo. Hacía tanto tiempo que no sentía nada que la reacción de su cuerpo lo sorprendió tanto como las preguntas que se estaban formulando en su cabeza.

¿Se sentía atraído por aquella mujer porque se parecía a Elsa, o porque le intrigaba que pareciera no sentirse en lo más mínimo afectada por sus cicatrices?

Se preguntó cómo era, qué aspecto tendría desnuda, cómo sabría su piel...

Y de pronto, tras todos aquellos años de no sentir nada, de no ser nada, de haber vivido entumecido como un muerto, su cuerpo reaccionó, se endureció con una intensidad casi dolorosa.

Pero aquello no podía estar pasando. Por eso vivía en Kamari, alejado de la gente. No era para protegerse a sí mismo, sino para proteger a los demás.

Reprimió con dureza aquel arrebato de deseo recordándose lo que le había hecho a Elsa, y lo que la muerte de Elsa le había hecho a él.

Aquella mujer no era Elsa, no era su esposa. Pero aunque no fuera una esposa no podía correr riesgos. Llevaba dentro a su hijo. Su salud y bienestar eran esenciales para la salud y el bienestar de su hijo. Aquella mujer no era más que una madre de alquiler. Nada más. Tan solo un útero alquilado.

Con un escueto gesto indicó a los miembros de la tripulación del avión que colocaran el equipaje de Georgia en el viejo Land Rover restaurado que le gustaba utilizar para conducir por los escarpados caminos de Kamari. Mientras se encaminaba hacia el vehículo recordó las botas de tacón alto de la estadounidense.

–Ese calzado no es adecuado para Kamari –dijo secamente.

Georgia se encogió de hombros.

–Lo tendré en cuenta –replicó mientras rodeaba el Land Rover hacia el lateral del pasajero.

Al ver que habían puesto un pequeño escalón ante la portezuela para que alcanzara la elevada base del todoterreno, sonrió y accedió al asiento sin necesidad de ayuda.

Nikos no comprendió su sonrisa. Tampoco entendía la confiada desenvoltura que manifestaba aquella mujer con su lenguaje corporal. Casi parecía estar retándolo.

Y no estaba seguro de que aquello le gustara.

Afortunadamente, sentía que tenía su genio bajo control. En otra época su mal genio había sido legendario, pero con el paso del tiempo se había ido suavizando. Aunque nunca lo había volcado en Elsa, esta siempre se había mostrado cautelosa a su alrededor. Asustadiza.

Movió la cabeza para alejar los recuerdos. No quería pensar en Elsa en aquellos momentos. No quería seguir sintiéndose perseguido por el pasado. Estaba tratando de avanzar, de crear un futuro.

Ocupó su asiento tras el volante miró de reojo a Georgia, que se estaba poniendo el cinturón. Su melena rubia caía por su espalda como una cascada de oro. Tenía un pelo precioso, más largo que el de Elsa.

Nikos tuvo que reprimir de nuevo la acalorada sensación que recorrió su cuerpo. No quería encontrar atractiva a Georgia Nielsen. Sabía que no era buena idea. Pero, al parecer, su cuerpo tenía voluntad propia en aquel terreno, y podía convertirlo en un tigre al acecho. En una bestia fuera de su jaula.

Hasta que no estuvo casado con Elsa no supo que tenía una personalidad tan aterradora. No se dio cuenta hasta que notó que Elsa empezaba a esconderse de él como si lo temiera.

Thirio.

Teras.

Si se hubiera conocido a sí mismo en aquel aspecto antes de casarse no se habría casado. Si hubiera sabido que iba a destruir a su preciosa esposa con su mal carácter, habría permanecido soltero.

Sin embargo, había querido tener hijos. Había deseado intensamente tener una familia propia.

—Estamos a unos quince minutos de la casa —dijo con voz ronca mientras arrancaba el motor del Land Rover.

—¿Y la población más cercana? —preguntó Georgia mientras ajustaba el cinturón sobre su regazo.

Nikos siguió el movimiento de sus manos con la mirada y la centró instintivamente en su vientre, fijándose por primera vez en su protuberancia. Hacerse consciente de que Georgia llevaba en su interior a su hijo le produjo un sobresalto. Su hijo.

Por un instante se quedó sin aliento. De pronto aquello era real. Su semilla había florecido en...

—¿Quieres tocarlo? —preguntó Georgia con delicadeza.

Nikos alzó la mirada hacia su rostro. Estaba pálida, pero lo miraba atentamente.

—Se está moviendo —añadió Georgia, y sus labios se curvaron en una tierna sonrisa—. Creo que está saludando.

Nikos volvió a bajar la mirada.

—¿No es demasiado pronto como para que pueda sentirlo moviéndose?

—Hace dos semanas lo habría sido, pero ya no.

Nikos siguió contemplando el vientre de Georgia como si estuviera hipnotizado. Quería notar cómo se movía su hijo allí dentro, pero temía cómo le pudiera afectar sentir la calidez que sin duda emanaría de la tersa piel de Georgia.

—Prefiero esperar —dijo a la vez que apartaba la mirada y trataba de distraerse poniendo el todoterreno en movimiento. La presencia de aquella mujer en su isla era un evidente error. ¿Cómo había podido llegar a creer

que sería buena idea tenerla allí?—. Pero me alegra saber que se mueve y está sano —añadió

—Claro que lo está. ¿No has recibido las ecografías de mis revisiones?

—Sí —replicó Nikos escuetamente. No quería hablar del bebé. No quería hablar. No quería conocer a Georgia Nielsen. No iba a haber ninguna relación entre ellos. Necesitaba que estuviera a salvo porque llevaba a su hijo dentro. Nada más.

—¿Y dónde está la población más cercana? —repitió Georgia.

—No hay ninguna población. Es una isla privada.

—¿Y es tuya?

—Mía —asintió Nikos sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Y la casa? ¿Cómo es?

—Está cerca del agua. Es una casa antigua y sencilla. A mí me basta.

Georgia pasó una mano por su rubia cabellera.

—El señor Laurent se refería a la casa como una villa. ¿No lo es?

—En Grecia una villa es una casa de campo. Pero yo no utilizo ese nombre. Para mí solo es mi casa. Mi hogar.

Georgia abrió la boca para decir algo, pero Nikos la interrumpió en tono cortante.

—No soy especialmente aficionado a conversar, Georgia.

Si Georgia no se hubiera sentido ligeramente mareada se habría reído. Miró de reojo a Nikos y contempló sus duros rasgos, sus negras cejas.

El mero hecho de mirarlo le hizo sentirse temblorosa y le produjo un revoloteo de mariposas en la boca del estómago.

Nikos Panos no era lo que había esperado. Había imaginado un hombre sólido, estable, de unos treinta y cinco años. Pero no había nada estable ni cómodo en Nikos Panos. Era alto, de anchos hombros y largas piernas. Tenía el pelo negro, denso, unos penetrantes ojos negros y unos rasgos fuertes muy atractivos... al menos en un lado de la cara. En el otro tenía una cicatriz que le llegaba de la sien a la mejilla. Era una cicatriz evidente, pero no grotesca, provocada por una quemadura, y Georgia sabía lo lento y doloroso que debía haber sido el proceso de curación.

Pero, más allá de aquello, y de su brusca actitud, Nikos Panos estaba hecho del material necesario para colmar las fantasías de cualquier

jovencita.

«No soy especialmente aficionado a conversar, Georgia».

¿Qué suponía aquello? ¿Que no iba a poder hablar con nadie mientras estuviera allí?

El abogado le había dicho que no había una señora Panos, que Nikos pensaba criar a su hijo solo. ¿Sería allí donde pensaba criarlo? ¿En aquella árida isla volcánica?

—¿Dónde piensas vivir cuando nazca tu hijo? —preguntó.

—Aquí. Este es mi hogar.

Georgia contempló el estrecho camino por el que circulaban, que bordeaba una árida montaña y apenas estaba asfaltado. Le hubiera gustado que tuviera una barrera de protección.

Le hubiera gustado estar de vuelta en Atlanta.

Ojalá no hubiera aceptado nunca hacer aquello.

Trató de controlar su ansiedad con unas cuantas respiraciones profundas.

¿Qué hacía allí? ¿Por qué había aceptado meterse en aquel embrollo?

Por el dinero. En otras ocasiones, pensar en los problemas que iba a poder resolver con la cantidad que había recibido le había bastado para tranquilizarse, pero en aquellos momentos no le estaba funcionando.

—Para, por favor —dijo al sentir que el estómago se le contraía—. Estoy mareada.

Capítulo 3

UNA VEZ en su dormitorio, Georgia durmió el resto del día.
Soñó con Savannah, con su llorosa despedida en el aeropuerto.

«¿Qué sabes de ese hombre?»

«Podría ser peligroso...»

«¿Quién podrá ayudarte en esa isla perdida en medio de la nada?»

Su sueño se vio interrumpido por unas insistentes llamadas a la puerta.

Georgia las escuchó, pero no quería despertarse. Permaneció tumbada, tratando de aferrarse a su sueño.

Pero los golpes continuaron.

Estaba irguiéndose en la cama cuando la puerta se abrió violentamente y Nikos Panos entró furioso en el dormitorio.

–¿Se puede saber qué haces? –preguntó Georgia con un sobresalto a la vez que se cubría rápidamente con la sábana.

–¿Por qué no contestabas?

–¡Porque estaba dormida!

–Llevamos una hora tratando de despertarte –Nikos avanzó hacia la cama con ojos brillantes–. Temía que te hubiera pasado algo.

–Como verás, no me ha pasado nada.

–Me has dado un buen susto.

Georgia aún estaba temblando a causa de la conmoción.

–¿Y cómo crees que me siento yo? ¡Has roto la cerradura!

–Eso puede arreglarse.

–¿Pero cómo se te ha ocurrido entrar de ese modo? Creía que eso solo pasaba en las películas.

–Alguien se ocupará de reparar la cerradura cuando subas a comer.

Georgia quería una disculpa pero, al parecer, no iba a obtenerla. Volvió la mirada hacia la ventana. El sol ya se estaba poniendo.

–¿No es muy tarde para comer?

–No. Vístete y sube a...

–¿No podrías hacer que me trajeran algo a la habitación? –interrumpió Georgia, irritada por el tono cortante de Nikos—. Después del largo viaje que acabo de hacer preferiría seguir en pijama y leer un rato.

–Sube a la tercera planta. Ahora estamos en la segunda. Una vez arriba cruza la sala de estar hasta la terraza –replicó Nikos sin miramientos.

Georgia frunció el ceño, cada vez más irritada.

–El señor Laurent me dijo que contaría con mi propio espacio y tanta intimidad como deseara.

–Tienes tu propio espacio. Tres habitaciones solo para ti. Pero nos vamos a ver al menos una vez al día durante la comida. Conviene que establezcamos esa rutina cuanto antes.

–No entiendo la necesidad de que nos veamos a diario. No tenemos nada que decirnos.

–En eso estoy de acuerdo. Pero sí tengo muchas cosas que decir a mi hijo y, ya que lo llevas dentro, tu presencia es imprescindible para que pueda hacerlo.

Georgia trató de reprimir el cáustico comentario que tenía en la punta de la lengua, pero no lo logró.

–En ese caso, siento que tengas que soportar mi inaguantable compañía durante los próximos tres meses.

–Ambos estamos haciendo sacrificios. Afortunadamente, tú estás siendo generosamente recompensada por los tuyos –replicó Nikos antes de volverse para salir.

–Me gustaría tomar una ducha antes.

–Muy bien.

–¿Harás que alguien se ocupe de reparar la puerta mientras estoy arriba?

–Ya te he dicho que sí.

Tras salir del dormitorio de Georgia, Nikos buscó a Adras, el hombre mayor que se ocupaba de los asuntos domésticos de la villa, y le dijo que había que arreglar la puerta. Luego subió a la terraza cubierta de la tercera planta a esperar.

El intenso tono anaranjado de la puesta de sol cubría el horizonte como un manto. Mientras contemplaba las impresionantes vistas del mar Egeo, Nikos experimentó una extraña sensación de anticipación. No estaba

acostumbrado a tener visitas. Kamari era su propia roca, trescientos veinte acres de tierra al noroeste de las Cícladas. La isla más cercana era Amorgós, que contaba con un hospital, transbordador, tiendas y un monasterio, pero hacía años que no iba allí. No le hacía falta. No había nada bueno en Amorgós... al menos para él.

Todo lo que necesitaba se lo llevaban por avión a la isla y, si quería compañía, podía volar a Atenas. Aunque casi nunca quería compañía. Hacía meses y meses que no salía de allí. Tenía una casa en Atenas, además de las oficinas de la empresa. También tenía otro lugar en Santorini, las propiedades de la familia, unas antiguas bodegas que en otra época habían sido su lugar favorito y en la actualidad se habían convertido en su peor pesadilla.

Llevaba tanto tiempo viviendo solo que era incapaz de imaginarse a sí mismo formando parte del mundo exterior. Y su hijo tampoco necesitaría el mundo exterior. Le enseñaría a vivir con sencillez, a amar la naturaleza, a ser independiente. Se aseguraría de que aprendiera a valorar lo bueno, lo verdadero. No el dinero, ni el éxito, ni el orgullo, sino aquella isla, el cielo, el mar.

Pero era posible que todos aquellos años de vivir en soledad lo hubieran vuelto demasiado áspero, demasiado impaciente. Se sentía especialmente impaciente en aquellos momentos, esperando a Georgia. No se estaba dando precisamente prisa con la ducha. No tenía prisa por reunirse con él. Se estaba tomando su tiempo. Le estaba haciendo esperar.

Finalmente, el sonido de unos pasos a sus espaldas le hizo volverse.

Georgia salió a la terraza con expresión cautelosa. Vestía mallas negras, un largo jersey de punto negro y blanco, zapatos de tacón, y se había sujetado el pelo en una alta cola de caballo. Aunque no iba maquillada parecía mucho más descansada que al llegar, pero su gesto prevenido preocupó a Nikos.

No quería ser un monstruo. No disfrutaba asustando a las mujeres.

—Has encontrado el camino —murmuró con voz ronca.

—Sí.

—¿Quieres beber algo? —Nikos señaló las jarras de agua y zumo que había sobre la mesa.

—Agua, por favor.

A Nikos no le extrañó que Georgia se volviera a contemplar las deslumbrantes vistas de la puesta de sol mientras él servía el agua.

—¿Cómo te sientes?

—Bien —contestó Georgia en tono distante.

Nikos era consciente de que debía disculparse, pero no sabía por dónde empezar.

—¿Te mareas en el coche habitualmente? —preguntó.

—No, pero las cosas cambian con el embarazo.

—Mis pilotos me han dicho que el aterrizaje ha sido bastante turbulento. A veces sopla un viento muy fuerte por esta zona. Lo siento.

Georgia arqueó una elegante ceja a la vez que se volvía a mirarlo.

—No puedes controlar el viento —dijo mientras aceptaba el vaso que le ofreció Nikos—. Pero sí puedes controlarte a ti mismo. No vuelvas a romper la puerta, por favor.

Nikos no estaba acostumbrado a disculparse, pero tampoco lo estaba a que lo criticaran.

—Ya te he dicho que van a arreglarla.

—No me refiero a eso. Tu uso de la fuerza ha sido excesivo. Estoy segura de que hay algún tipo de intercomunicador en la casa que podrías haber utilizado para comprobar cómo estaba.

—Tal vez estaría bien que la próxima vez no cerraras con llave la puerta.

Georgia frunció el ceño.

—Siempre cierro con llave la puerta.

—¿Incluso en tu propia casa?

—Vivo sola. Cierro las puertas.

—¿Tan peligroso es Atlanta?

—El mundo es peligroso. Si no cierro la puerta no puedo dormir.

—Aquí estás a salvo.

Georgia alzó levemente la barbilla y miró a Nikos al rostro.

—No estoy segura de qué quieres decir con eso.

—Quiero decir que aquí puedes relajarte. Que no corres ningún peligro.

—¿Eso te incluye a ti?

Nikos se tensó y miró por encima del hombro de Georgia hacia el mar. Pero lo único que logró ver fue a Elsa. Elsa, que siempre había temido todo lo que él era.

—No se me ocurriría hacerte daño —replicó roncamente—. Estás aquí precisamente porque quiero asegurarme de que estés a salvo. Tu bienestar es esencial para el de mi hijo. En Kamari solo obtendrás los mejores cuidados.

—No necesito cuidados. Necesito espacio y respeto.

—Algo que obtendrás, además de los cuidados adecuados.

—No estoy segura de que tu concepto y el mío de lo que son cuidados «adecuados» coincidan. Para mí lo mejor habría sido permanecer en mi casa, cerca de mi hermana y de mi obstetra. Me habría sentido más segura con mi familia y mi médico cerca.

—He contratado al mejor obstetra y al mejor pediatra de Grecia. Ambos se ocuparán de todo lo necesario.

—A pesar de todo, me habría sentido más a gusto en mi casa.

—Estoy convencido de que este lugar te resultará muy agradable cuando te acostumbres.

Algo destelló en la mirada de Georgia a la vez que comprimía los labios.

—Creo que no comprendes lo que estoy diciendo. Cuando acepté alquilar mi útero no esperaba tener que pasar aquí tanto tiempo, contigo. Eso no formaba parte del acuerdo inicial. No me agrada tener que estar aquí. No es bueno para mí.

—Has sido generosamente recompensada por haber venido a Kamari.

—Pero el dinero no lo es todo. Y no pienso permitir que te dediques a echarme en cara el dinero. Es grosero y degradante.

—Sin embargo aceptaste alquilar tu útero por dinero.

—Tenía que pagar mis estudios de medicina, y los de mi hermana, pero también quería lograrlo haciendo algo bueno, algo positivo. Y lo he hecho. He creado vida. Y a eso no se le puede poner precio... —Georgia apartó la mirada a la vez que su voz se quebraba.

Nikos contempló su precioso perfil y creyó captar el destello de una lágrima en sus ojos. Pero lo más probable era que se tratara de un juego. No se fiaba de las lágrimas, y no pudo evitar pensar en la posibilidad de que aquella mujer estuviera tratando de manipularlo. Era posible. Elsa le había enseñado aquello.

—¿Y no sientes escrúpulos ante la idea de tener que entregar esa vida? —preguntó con rudeza.

Georgia dejó escapar un sonido a la vez suave y áspero y cuando habló su voz surgió más ronca de lo habitual.

–Es tu hijo, no mío.

–Pero es tu óvulo. Tú útero.

La sonrisa que esbozó Georgia no alcanzó sus ojos.

–Soy poco más que una jardín fértil. El suelo no llora cuando siembras o cosechas.

–El suelo tampoco es una hembra joven, maternal, preparada para alimentar una criatura...

–No soy una persona maternal –interrumpió Georgia con frialdad.

–Sin embargo estás haciendo esto para ayudar a tu hermana.

–Eso es distinto. Ella es mi familia. Soy responsable de ella. Pero no deseo tener hijos propios, ni asumir más responsabilidades.

–Puede que más adelante cambies de opinión.

Georgia avanzó hacia Nikos sin apartar la mirada de su rostro.

–¿Quieres que cambie de opinión más adelante?

Nikos se sintió conmovido, no solo por sus palabras, sino por el modo en que había avanzado hacia él. Nadie invadía su espacio. Nadie quería estar cerca de él. Intimidaba a las mujeres. Hacía que la gente se sintiera incómoda.

Evidentemente, Georgia no era una mujer tímida, ni débil, y parecía dispuesta a enfrentarse a él cara a cara.

Nikos admiró su audacia, su confianza. Admiraba la fuerza, el coraje, pero Georgia no sabía que su actitud retadora no hacía más que alentar su apetito. Aquella resistencia y energía lo estaban despertando, le estaban haciendo sentir cosas que hacía demasiado tiempo que no sentía.

Le preocupaba aquella reacción. Aquella mujer lo fascinaba. Aunque se pareciera a Elsa, en realidad era completamente distinta. Georgia no se escondía de él, no huía del conflicto.

Y no podía evitar encontrar aquello estimulante.

Refrescante.

Pero debía advertirla. Debía hacerle comprender que estaba despertando a la bestia que llevaba en su interior, y que no le gustaría lo que iba a encontrarse cuando la despertara. Era más seguro mantenerla enjaulada, adormecida...

—Por supuesto que no quiero que cambies de opinión más adelante. Es mi hijo.

—Bien. Me alegra saber que estamos de acuerdo en eso —dijo Georgia a la vez que se apartaba de él y se encaminaba hacia una banco blanco que había contra la pared de la terraza.

Nikos observó la elegancia de sus movimientos mientras se sentaba. Tras cruzar las piernas se apoyó contra el respaldo con una actitud de completa calma. Pero cuando avanzó hacia ella captó un destello en su mirada que le hizo comprender que no estaba tan calmada como parecía. Estaba alerta, y en guardia.

Ocupó una silla frente a ella y alargó las piernas ante sí, invadiendo en parte su espacio.

—Mientras veníamos me has preguntado que dónde quería criar a mi hijo —Nikos hizo una momentánea pausa para contemplar los magníficos rasgos del rostro de Georgia, sus carnosos labios rosados, el elegante y esbelto cuello en cuya base pudo apreciar su pulso. No estaba tan calmada como quería aparentar. Ni mucho menos—. ¿Por qué lo has preguntado?

Georgia se encogió de hombros.

—Por mera curiosidad.

—¿Curiosidad sobre la vida que vivirá mi hijo o sobre mí?

Georgia volvió a encogerse de hombros con despreocupación.

—Solo trataba de conversar. Te pido disculpas si he hecho que te sintieras incómodo.

—No me he sentido incómodo en absoluto. Me encanta Kamari, así que era algo fácil de contestar. Criaré a mi hijo aquí. Viviremos aquí y le enseñaré todo sobre su familia, su linaje, y me aseguraré de que esté preparado para heredar el negocio y la fortuna de los Panos. Él es mi legado. Él es el futuro.

Tras aquellas palabras se produjo un incómodo silencio, y Nikos supo que Georgia Nielsen estaba procesando cada una de las palabras que había escuchado. Aquella mujer no era precisamente un peso ligero en el terreno intelectual.

Señaló su vaso de agua, casi vacío.

—¿Quieres más agua, Georgia?

—Estoy bien así, gracias.

Nikos no tuvo más remedio que reconocer que aquello era cierto. Estaba mejor que bien, y aquello podía convertirse en un problema si no controlaba su interés por ella de inmediato. Lo que necesitaban eran tópicos de conversación aburridos, seguros. Y mantener las distancias.

—A los griegos nos encanta el agua. Servimos agua con el café, con el postre. A menudo es nuestra bebida de elección... —su voz quedó apagada por el rugido de un motor.

Nikos permaneció en silencio mientras el Falcon blanco que había llevado a Georgia a la isla pasaba por encima de ellos.

Georgia alzó la mirada hacia el jet.

—¿Tu avión no se queda aquí?

—No. El hangar está en Atenas.

—¿Por qué en Atenas?

—Es donde tengo todos mis aviones.

—¿Tienes más?

—Sí. También algunos helicópteros.

—¿Y barcos?

—Por supuesto. Vivo en una isla remota.

Georgia apartó un mechón de pelo de su frente.

—¿Es demasiado tarde para dar una vuelta por la isla ahora?

—El sol se pondrá en la próxima hora. Es mejor esperar a mañana. Te enseñaré los jardines, los paseos y la piscina. El señor Laurent me dijo que te gusta hacer ejercicio regularmente.

—Camino, nado, ando en bici, levanto pesas...

—Las pesas se acabaron.

Georgia rio, divertida.

—No estoy hablando de las Olimpiadas.

—Nada de pesas —insistió Nikos—. En estos momentos no creo que os convenga ni a ti ni al bebé.

Georgia abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla enseguida y se encogió de hombros.

—La piscina está climatizada —añadió Nikos—. Creo que la encontraras bastante agradable.

Georgia extendió sus largas piernas ante sí y se arrellanó contra el respaldo del banco.

—¿Van a ser así las cosas durante los próximos tres meses y medio?

–¿Qué quieres decir?

–¿Piensas supervisar mi nutrición además de mi ejercicio?

Nikos captó el tono burlón de Georgia, que no le irritó tanto como agitó sus sentidos. Aquella mujer no tenía idea de lo atractiva que la encontraba. Debía advertírselo. Al menos por su propio bien.

–Sí. Las cosas van a ser así –no tenía sentido negarlo. Georgia estaba allí para que él pudiera asegurarse de que el tercer trimestre de su embarazo transcurriera sin problemas.

Los ojos de Georgia sonrieron junto con sus labios.

–En ese caso tenemos un problema.

–No si te amoldas a mis deseos.

Georgia alzó una ceja perfectamente depilada.

–¿Fue así como me describió el señor Laurent? ¿Dócil, dulce, complaciente?

–Nunca habló de ti en esos términos –replicó Nikos con cautela, consciente del juego en el que estaban entrando—. Creo que utilizó las palabras «inteligente», «dotada», «ambiciosa», «determinada».

La mirada azul de Georgia mantuvo con firmeza la de Nikos. No parecía sentirse en lo más mínimo amenazada o incómoda. Todo su ser irradiaba confianza, control. Para tener solo veinticuatro años, parecía una mujer realmente poderosa.

Y no era aquello precisamente lo que había buscado Nikos cuando había decidido alquilar una madre para su hijo.

–No estoy acostumbrada a que me digan lo que tengo que hacer –dijo Georgia con firmeza—. Puede que vaya a ser tu invitada durante los próximos meses, pero no pienso dedicarme a recibir órdenes.

Nikos tampoco estaba acostumbrado a negociar con nadie, y menos aún con mujeres. Pero no podía evitar encontrar excitante aquella situación.

–En lugar de órdenes, ¿no podrías considerarlo cuidados y preocupación por el bienestar de mi hijo?

–Me he esmerado desde el primer momento en cuidar de mí misma y del bebé como es debido.

–Y yo te lo agradezco. Pero como padre del niño también espero que respetes mis deseos.

No había duda de que estaba teniendo lugar una lucha de poderes, algo que Nikos tampoco había anticipado. Lo único que tenía que hacer Georgia

era plegarse a sus deseos pero, al parecer, no podía, o no quería, y aquello no hacía más que echar gasolina a la llama.

Nikos no se sentía enfadado, pero los latidos de su corazón habían arreciado y sentía la sangre palpitando en sus venas.

—Creo que aquí hay un malentendido —dijo con suavidad—. Tal vez se trate de un problema del idioma, o de un problema cultural, ya que tú eres estadounidense y yo soy griego. Pero los negocios son los negocios. Llegaste a un acuerdo conmigo y yo he cumplido con mi parte. Te he pagado generosamente por tu servicio...

—Estamos hablando de mi cuerpo. No soy un contenedor, ni un recipiente. Tampoco soy tu empleada. Soy una mujer que te está ofreciendo un regalo...

—Que me está ofreciendo un servicio —interrumpió Nikos—. Creo que sería más adecuado llamarlo así.

—Te estoy ofreciendo el regalo de la vida —insistió Georgia en tono desafiante—. Y no soy cualquier mujer. Soy la mujer que tú quisiste que, además de alquilar su útero, donara su óvulo. Me elegiste por algún motivo. Podrías haber elegido a cualquier otra, pero me elegiste a mí, lo que significa que me tienes, pero no que puedas dedicarte a darme órdenes. No respeto a los hombres que adoptan ese tipo de actitud. Puedes mantener una conversación conmigo, pero no aceptaré que te dediques a dictarme lo que debo hacer.

Tras aquellas palabras se produjo un prolongado silencio.

Georgia fue muy consciente de la intensidad con que la estaba inspeccionando Nikos. No se sintió atemorizada, pero sí muy consciente de la energía que parecía emanar de él a raudales.

Nunca había conocido a nadie como aquel hombre. Y si las circunstancias hubieran sido otras se habría sentido intrigada por él. Pero estaba atrapada en aquella isla con Nikos Panos y la superviviente que llevaba dentro le advertía de que debía tener mucho cuidado.

—¿No vive nadie más en Kamari? —preguntó finalmente.

—Solo el servicio y yo.

—¿Son muchos?

—Más o menos seis, dependiendo de los días y las ocasiones.

–¿Y nunca sales de aquí? ¿Vamos a ir algún día a algún sitio?

–¿Solo llevas aquí unas horas y ya estás deseando irte?

–Nunca había estado en Grecia.

–Pues ya estás en Grecia.

Georgia sonrió y volvió la mirada hacia el mar.

–Veo otras islas. Tampoco pueden estar tan lejos.

–La más cercana es Amorgós. Está a veintiséis kilómetros.

–¿Cómo sueles ir hasta allí?

–No voy.

La sonrisa de Georgia se ensanchó.

–¿Y si yo quisiera ir a visitar la isla?

–¿Y por qué ibas a querer hacerlo?

–Puede que quiera ir de compras.

–¿Quieres comprar aceitunas, pan, jabón? Porque eso es todo lo que hay en invierno en Amorgós.

–Seguro que hay algo más que unas pocas tiendas.

Nikos se encogió de hombros.

–Hay un ferry, un hospital y un monasterio, además de unas cuantas iglesias. Pero no hay museos, ni cafés, ni nada que pueda llamar tu atención.

–No me conoces. ¿Cómo sabes lo que puede llamarme o no la atención?

–Eres una mujer joven y guapa. A las mujeres jóvenes y guapas les gusta pasarlo bien.

Georgia rio, aparentemente divertida.

–Un comentario increíblemente sexista.

–Nada de sexista; simplemente sincero. Y antes de que pienses que estoy siendo injusto con el género femenino, déjame añadir que a los hombres jóvenes y guapos también les gusta pasarlo bien.

–Pero no a ti.

–Yo no soy ni joven ni guapo.

–¿Estás buscando un cumplido?

Nikos se inclinó hacia Georgia hasta que sus rostros quedaron a apenas unos centímetros de distancia.

–Mírame.

Georgia lo estaba haciendo, y notó que sus ojos no solo eran de un intenso marrón oscuro, sino que parecían de chocolate derretido con un

toque de café, que sus pestañas eran gruesas, largas y negras, y enmarcaban a la perfección sus iris, que sus cejas eran negras, fuertes...

—Estoy mirando —dijo con calma, aunque su corazón latió con más fuerza. No sabía qué le estaba pasando, pero notó que le costaba más respirar y que todo su cuerpo se estaba acalorando—. Aún eres joven y, a pesar de las cicatrices, sigues siendo guapo.

—¿Acaso esto es un juego para ti? —murmuró Nikos roncamente.

—No.

—En ese caso vuelve a mirar.

—Lo estoy haciendo. ¿Qué se supone que debería estar viendo?

Nikos alzó una mano para apartar el mechón de pelo que cubría su sien y dejar al descubierto la franja de piel veteada, manchada.

—Mira mejor.

—Veo unas quemaduras —replicó Georgia, esforzándose por mostrarse fría e indiferente mientras alzaba una mano para deslizar un dedo por la piel quemada—. Se extienden varios centímetros por tu frente hasta al interior del cuero cabelludo y siguen por tu sien hasta la oreja y hasta lo alto del pómulo —los dedos le temblaron ligeramente cuando retiró la mano—. ¿Hace cuanto tiempo te quemaste?

—Cinco años.

—Se han curado bien.

—Me he sometido a varias sesiones de cirugía reconstructiva.

Nikos dijo aquello con sus palabras, pero Georgia sintió que le estaba diciendo algo distinto con su intensa y oscura mirada. Se sentía demasiado acalorada e incómoda como para analizar lo que estaba pasando.

Y estaban pasando demasiadas cosas y demasiado deprisa.

No había acudido a Kamari preparada para aquello... para conocer a aquel hombre.

Resultaba abrumador en todos los sentidos. Su altura y su poderoso físico, unido a la energía que emanaba de su cuerpo hacían que le costara pensar con claridad.

Iba a resultar muy complicado pasar allí tres meses y medio si no alzaba de inmediato algunas barreras. No solía sentirse fácilmente intimidada, pero Nikos Panos se estaba metiendo rápidamente bajo su piel. Necesitaba distanciarse de todo aquello cuanto antes.

–Estoy agotada –dijo a la vez que se levantaba–. Creo que debería volver a mi cuarto.

–Necesitas comer algo.

–¿Te importaría que me llevaran algo a la habitación? Estoy deseando comer y meterme en la cama –Georgia logró esbozar una tensa sonrisa–. Más vale que aproveche para dormir ahora, mientras pueda. Tengo entendido que no me será fácil conseguirlo durante los últimos meses.

Nikos arrugó el ceño. No parecía contento con la petición, pero al cabo de un momento se levantó.

–Te acompaño a tu cuarto.

–No te molestes.

–Eres mi invitada y acabas de llegar. Te acompaño. Así podré comprobar si ya está arreglada la puerta.

Georgia no podía argumentar nada al respecto y sabía que si quería sobrevivir en aquel lugar debía ceder de vez en cuando.

Tras bajar a la segunda planta, Nikos señaló un pasillo que había a su izquierda.

–Mi habitación está al fondo. Por si necesitas algo más tarde.

–No voy a necesitar nada.

–Siempre puede surgir una emergencia.

–No surgirá.

Siguieron avanzando en silencio hasta que llegaron a la habitación de Georgia. La puerta estaba cerrada. Nikos tomó el pomo, que cedió fácilmente y la puerta se abrió. Luego volvió a cerrarla.

–Parece que funciona bien.

Georgia quiso probarlo personalmente. Abrió y cerró la puerta sin problema, pero al observarla con más detalle notó que faltaba algo.

La cerradura no estaba.

Se volvió hacia Nikos con el ceño fruncido.

–No está bien. Falta la cerradura.

–Abre y cierra.

–Has hecho que la quiten. Te he dicho que...

–Y yo te he dicho que debo tener acceso a tu habitación en caso de que surja algún problema –interrumpió Nikos con firmeza–. Si el miedo a ser atacada te impide dormir, yo podría alojarme en tu cuarto para que estuvieras más tranquila.

–Ni hablar.

–En ese caso tendrás que acostumbrarte a la puerta sin llave –dijo Nikos con dureza–. Dentro de un rato te traerán algo de comer y mañana por la mañana te enseñaré el resto de la propiedad y los jardines.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

GEORGIA tardó mucho en conciliar el sueño. Se arrepentía de haber aceptado acudir a aquella isla perdida, pero ya no tenía sentido lamentarse. Además, ya había sobrevivido a experiencias más duras en su vida, y estaba segura de que podría enfrentarse a aquella.

A pesar de todo, habría estado bien saber más sobre Nikos Panos de lo que sabía. El señor Laurent le había contado que la familia Panos había hecho su fortuna tras la Segunda Guerra Mundial, invirtiendo en la construcción, luego en astilleros y finalmente en el mundo de los negocios. Pero la historia de la familia Panos no había sido toda sol y rosas. Debido a algunas inversiones equivocadas, la empresa había hecho aguas durante la última década y había llegado a bordear la quiebra. Pero cuando el heredero Nikos Panos tomó el timón, la empresa resurgió de sus cenizas con más fuerza que nunca.

Aquel detalle había reforzado la confianza de Georgia. Un hombre de éxito como él tenía que ser una persona estable, razonable. Estaba claro que debía aprender a no sacar conclusiones precipitadas.

O tal vez lo que debía hacer era dejar de pensar en Nikos. Tenía que poner en práctica el desapego, y no solo en lo referente a aquel hombre, sino también a su embarazo.

Ya había sufrido lo suficiente con la muerte de sus padres, su hermana y su abuelo como para exponerse a que le volvieran a romper el corazón. Aquel bebé no era suyo. No era su hijo. Nunca lo sería.

Finalmente se quedó dormida, pero la mañana llegó demasiado pronto, y al despertar no se sentía lista para volver a ver a Nikos.

«Barreras y distanciamiento» se dijo mientras se vestía tras tomar una ducha.

«Barreras y distanciamiento», se repitió cuando, unos minutos después, Nikos llamó a su puerta.

Supuso una conmoción verlo en la penumbra del pasillo. Vestía pantalones y camisa negra y, aunque ella era alta, se sintió diminuta ante él.

Nikos la miro de arriba abajo.

–Haz el favor de calzarte con algo más práctico que esas botas.

Georgia dejó escapar una incómoda risa.

–¿Lo dices en serio? –preguntó, incrédula–. Son prácticamente planas.

–Los tacones miden por lo menos cuatro centímetros. Corres el peligro de torcerte el tobillo o romperte el cuello.

–No sé con qué clase de patosas habrás salido en el pasado pero...

–Tú y yo no estamos «saliendo» –interrumpió Nikos–. Solo eres una madre de alquiler. Cámbiate de calzado.

Georgia fue incapaz de contener la risa.

Por el modo en que se oscureció la expresión de Nikos fue evidente que no esperaba aquella reacción, lo que hizo que Georgia dejará escapar otra risa a pesar de sí misma.

¿De verdad esperaba aquel hombre que lo obedeciera ciegamente? ¿Estaría acostumbrado a que las mujeres se plegaran a sus órdenes?

Era evidente que no sabía con quién estaba tratando. Las hermanas Nielsen no se dejaban amilanar fácilmente. Savannah y ella no eran conocidas precisamente por su timidez o docilidad. Hijas de unos misioneros noruego-estadounidenses, habían viajado con sus padres de misión en misión antes de perderlos junto con el resto de su familia en un terrible ataque cuatro años antes. Georgia y Savannah habían luchado juntas contra el terrible dolor que había supuesto aquella horrible experiencia y habían emergido de esta aún más fuertes que antes.

Y Nikos debía estar al tanto de aquello.

A fin de cuentas la había elegido a ella entre miles de posibles donantes de óvulos y potenciales madres de alquiler. El señor Laurent le dijo que Nikos había estudiado muy atentamente su perfil, pues tenía muy claro lo que buscaba en todos los aspectos.

–Te has reído –dijo Nikos, totalmente serio.

–Sí, me he reído, y volveré a hacerlo si sigues comportándote como un bárbaro. Puede que me hayas contratado como madre de alquiler, pero tengo un buen cerebro y no necesito que me digas lo que tengo que hacer cada vez que me muevo.

–En ese caso, tu «buen cerebro» y tu sentido común deberían haberte hecho ver que ese calzado no resulta nada práctico.

–Son unas botas con un pequeño tacón –Georgia alzó la mano y marcó un pequeño espacio entre el índice y el pulgar–. Pequeño.

Nikos dejó escapar un profundo suspiro.

–Eres tan exasperante como un niño.

–No sé qué experiencia habrás tenido con niños, pero pareces un experto denigrando a las mujeres...

–No estoy denigrando a las mujeres en general. Estoy hablando de ti.

–Supongo que te sorprenderá saber que no me interesa tu atención. Y tampoco quiero tu compañía. Eres insufriblemente arrogante. No cuesta mucho entender por qué vives en una roca en medio del mar. ¡Nadie quiere ser tu vecino!

–Yo creo que tú disfrutas peleando.

–No disfruto peleando, pero tampoco estoy dispuesta a plegarme dócilmente a las órdenes de nadie, y menos aún si esas órdenes son absurda. No me gustan los conflictos, pero no pienso dejarme avasallar por ti – Georgia se puso en jarras–. Tú has empezado esto, y lo sabes. Me hablas como si fuera tonta...

–Te estoy ayudando.

–Me ayudarías dejándome tranquila. Yo no te digo cómo comer o hacer ejercicio. No te digo cómo vestirme ni qué calzado usar...

–Yo no estoy embarazado.

–Eso es cierto. Soy yo la que está embarazada, y cuando me disgusto me sube la tensión, mis hormonas cambian y el bebé se siente afectado por todo ello. ¿Crees que es bueno para tu hijo que me disguste? O, ya que es tu hijo, puede que le guste una buena pelea.

La mirada de Nikos se oscureció.

–No me gustan las peleas, ni a mi hijo tampoco.

–En ese caso, no las provoques.

–Creo que necesitas comprometerte con la situación en que te encuentras.

–Eso he hecho. ¡Estoy aquí! –exclamó Georgia a la vez que señalaba a su alrededor con un amplio movimiento del brazo–. He dejado mi casa en Atlanta para ser tu huésped durante tres meses y medio y he renunciado a todo para hacerte feliz. Creo que tú también podrías esforzarte un poco en hacerme feliz a mí.

Nikos respiró profundamente para tratar de controlar sus caóticas emociones.

—Ten por seguro que no vamos a pasar así los próximos tres meses y medio. Este es mi hogar, mi santuario. Es donde vivo para mantener la calma, el control...

—¿Y tanto te costaría ceder un poco de ese control? —interrumpió Georgia, furiosa—. ¿Eres incapaz de dejarme algo de espacio para respirar?

—Acabas de llegar.

—Exacto. Y ya has derribado la puerta de mi cuarto como un bruto.

—Y me he disculpado.

Georgia bufó.

—No te has disculpado. Simplemente has hecho que la arreglen. Y ahora estás bloqueando la entrada de mi habitación con tu corpachón mientras me sermoneas sobre la calma y el control comportándote como una especie de hombre lobo enloquecido... —Georgia se interrumpió para tomar aire rápidamente—. El señor Laurent debería habérmelo contado todo. No debería haberme vendido el cuento de lo listo y exitoso que eras. No debería haberte retratado como el brillante empresario que se supone que eres. Debería haberme dicho la verdad. ¡Que eres una auténtica pesadilla!

Georgia supo que había ido demasiado lejos en cuanto vio el destello que brilló en la mirada de Nikos. Pero ella también estaba demasiado alterada como para dejarlo.

—Tienes razón —dijo, sin aliento—. Esto no está funcionando. Olvidemos el paseo. Ya lo daré yo sola. Será mejor que tu vayas por tu camino y yo por el mío —añadió antes de cerrar de un portazo.

Por unos segundos experimentó una especie de salvaje sensación de victoria. La descarga de adrenalina que recorrió su cuerpo la hizo sentirse orgullosa por el modo en que había resuelto la situación, sin mostrar las más mínima cobardía o debilidad. Esperaba que aquello le sirviera de lección a aquella especie de...

De pronto la puerta se abrió y Nikos entró en la habitación hecho un basilisco, pálido como un muerto.

Georgia dio varios pasos atrás mientras veía como avanzaba hacia ella.

—¿Qué haces? —exclamó, temblorosa—. ¡Sal de aquí! ¡Esta es mi habitación!

—No, *gynaika mu* —murmuró Nikos roncamente—. Al parecer necesitas algunas aclaraciones. Esta no es tu habitación. Es una habitación de mi casa que yo te estoy permitiendo utilizar. Esta es mi casa. Esta es mi habitación. Y tú eres la madre que he alquilado para tener a mi hijo.

Georgia sintió los intensos latidos de su corazón en los oídos mientras trataba de mantenerse firme en su terreno a pesar de que Nikos se había detenido a escasos centímetros de ella.

—Puede que sea tu casa, tu habitación, pero yo no te pertenezco, y jamás seré la posesión de ningún hombre.

—Has aceptado mi dinero...

—¡No vuelvas con eso!

—Así que hasta que des a luz eres mía.

—De eso nada. No soy tuya. Jamás seré tuya. De hecho, quiero llamar al señor Laurent ahora mismo. Creo que es hora de que aclaremos las cosas.

—No necesitas hablar con nadie.

—Claro que sí. Ya he tenido suficiente de tu hospitalidad, y me sentiría mucho más cómoda alojándome en algún hotel de Atenas.

—Ni hablar.

—No puedes obligarme a quedarme aquí.

—Claro que puedo. Eres mi responsabilidad. Estás bajo mi protección.

—¿Estás diciendo que no vas a dejar que me vaya?

Tras aquella pregunta se produjo un momentáneo y denso silencio. La mandíbula de Nikos se tensó a la vez que bajaba los párpados, que ocultaron la expresión de su mirada.

—Aquí estás segura —dijo con suavidad—. Más segura que en cualquier otro lugar de Grecia.

—Pero no me siento a salvo. No me respetas, y tampoco respetas mi necesidad de distancia y barreras.

Nikos frunció el ceño.

—Que yo sepa, hasta el momento no te he tocado ni te he amenazado.

—Constatar que ni siquiera sabes lo que es el respeto hace que mi cautela inicial estuviera totalmente justificada. La sensación de seguridad no es algo meramente físico. También es algo psicológico...

—¿Tu cautela inicial? —repitió Nikos—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿No te sentías cómoda con la idea de venir aquí?

–Claro que no. No te conocía. Y sigo sin conocerte. Pero lo que he visto desde que he llegado no es precisamente alentador. Me siento como si el señor Laurent y tú me hubierais engañado...

–¿Engañado? ¿Acaso no has cobrado? ¿Y no has recibido una generosísima cantidad extra por venir aquí?

–Ahora que te he conocido no me parece suficiente. De hecho, pienso que ninguna cantidad habría bastado a cambio de tener que aguantar tus tonterías.

Nikos echó atrás la cabeza.

–¿Tonterías?

–Sí. Tonterías. Te estás comportando como un insufrible machista, como un matón...

–Ya basta, *gynaika*.

Georgina no sabía qué la estaba llamando Nikos en griego, pero, dada la condescendencia del tono con que lo estaba haciendo, le daba igual.

–Quiero utilizar el teléfono. Quiero llamar al señor Laurent.

–¿Y qué crees que va a hacer el señor Laurent?

–Conseguir un billete para que pueda marcharme de aquí.

–El señor Laurent trabaja para mí. Es mi abogado.

–Me prometió... –Georgia tragó convulsivamente mientras trataba de recordar lo que le había prometido el señor Laurent. Pero la mente se le había quedado en blanco.

–¿Qué te prometió mi abogado, Georgia? –preguntó Nikos al captar su incertidumbre.

Georgia respiró profundamente para tratar de calmar los latidos de su corazón.

–Me dijo que eras una buena persona. Y yo me lo creí. De manera que, o te vas ahora mismo de mi habitación o sabré que todo lo que me dijo era mentira –logró decir en tono claro, fuerte y autoritario. El tono adecuado para las emergencias.

Y estaba claro que Nikos Panos era una emergencia, especialmente teniéndolo tan cerca.

–Nadie se atreve hablarme con tanta impertinencia –murmuró Nikos roncamente.

–Puede que si alguien lo hiciera mejoraran tus modales.

—Ya basta —espetó Nikos—. El sonido de tu voz me agota. Y estoy seguro de que a mi hijo también —añadió antes de girar sobre sus talones y salir del dormitorio.

Georgia se dejó caer en el sofá del cuarto de estar y dobló las piernas bajo su cuerpo, completamente aturdida. Se sentía como si acabara de pasarle un camión por encima.

Nikos Panos no se parecía a ningún otro hombre que hubiera conocido hasta entonces, y esperaba no volver a conocer a nadie como él. No podía creer que se estuviera comportando de aquella manera con ella.

Al cabo de unos minutos, cuando llamaron a la puerta, aún estaba temblando, pero no a causa del miedo, sino de la conmoción. Por la firmeza de la llamada supo enseguida de quién se trataba.

—¿Sí? —dijo sin levantarse del sofá.

La puerta se abrió y Nikos permaneció en el umbral con expresión taciturna.

—¿Puedo pasar? —preguntó, tenso.

—Si ya hemos acabado de pelear...

Nikos avanzó lentamente hacia el sofá.

—A mí tampoco me gusta pelear.

Georgia no lo contradijo, aunque sí alzó una ceja.

Nikos comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, con el rostro enmarcado por su pelo revuelto.

—No soy un bárbaro —dijo finalmente—. No soy un cavernícola, ni un hombre lobo —añadió a la vez que se volvía hacia Georgia y cruzaba los brazos sobre su poderoso pecho—. Solo soy un hombre. Eso es todo.

Había algo diferente en su voz, en sus ojos. Algo casi vulnerable. Georgia sintió que se le encogía el pecho y que se le hacía un nudo en la garganta. Cuando no estaba enfadado, Nikos Panos era un hombre bastante guapo, y tal vez incluso atractivo. Pero gruñía y intimidaba mucho más de lo necesario.

—Lo siento si he herido tus sentimientos —dijo con cautela—, pero el mundo en que habitas aquí no es el mío. Tú conoces tu forma de vida, pero para mí es algo completamente nuevo. Para mí no es normal.

—En ningún momento he pretendido faltarte al respeto. Solo he tratado de ayudarte.

Georgia estuvo a punto de sonreír al pensar en cómo interpretaría Nikos la idea de ayudar.

—Puedo perdonarte casi todo, pero has sido deliberadamente cruel al decir que tu hijo está harto del sonido de mi voz.

Nikos siguió mirándola sin decir nada.

Georgia sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Los ojos le ardían y el corazón le dolía. Si no tenía cuidado iba a ponerse a llorar, y ella no lloraba nunca. Al menos casi nunca. Y jamás delante de desconocidos. Ni de Savannah. Nunca había querido asustar a Savannah, y se enorgullecía de su fuerza.

Enlazó las manos sobre su regazo y parpadeó para alejar las lágrimas.

—Sabes que tu hijo vive en mi cuerpo. Aún ni siquiera sabe quién eres tú, Nikos. Lo único que conoce de momento es a mí. Mi voz. El latido de mi corazón. Y, para que lo sepas, le gustan mucho.

—Estoy seguro de que es así —dijo Nikos con suavidad—. Estoy seguro de que piensa que eres su madre.

Aquellas palabras fueron como un navajazo para Georgia.

Las lagrimas que trataba de contener alcanzaron sus ojos, y apartó la mirada a la vez que se mordía el labio inferior con fuerza para distraerse del dolor que acababa de causarle Nikos.

Tenía razón, por supuesto.

Totalmente.

Pero ella no se había permitido pensar en el poder de aquellas palabras hasta aquel momento. El bebé que llevaba dentro perdería a su madre, como ella había perdido a la suya...

Y aquello no era justo. Ni para el bebé, ni para nadie. Pero ella había tomado aquella decisión para poder ocuparse de su hermana. Dadas las circunstancias, era la única posibilidad que había tenido.

Parpadeó fieramente para tratar de secar las lágrimas.

—Y por eso estás aquí —añadió Nikos—. Para que mi hijo pueda conocerme, para que se acostumbre a mi voz, para que podamos establecer un lazo de modo que cuando te vayas no se sienta angustiado, porque me tendrá a mí, a su padre.

Georgia se quedó un instante sin aliento al escuchar aquellas palabras, que laceraron su corazón.

Nunca se había atrevido a pensar en aquello. Durante los pasados seis meses le había resultado fácil recordarse una y otra vez que ella no era una mujer maternal, que, a diferencia de Savannah y de Charlie, su hermana pequeña, jamás había jugado a las muñecas ni a las casitas. Ella siempre había sido la marimacho de la familia. Nunca había necesitado caricias, ni mimos, ni ternura. Ella era dura, fuerte. Siempre había preferido correr, saltar, nadar. Le encantaba competir. Se le habían dado bien todas las asignaturas en el colegio, especialmente las matemáticas, y cuando empezó a estudiar química descubrió otra afición favorita.

La vida tenía sentido en un laboratorio. Las matemáticas tenían sentido.

Las emociones y el corazón no lo tenían. No podían ser medidos, cuantificados, controlados.

De manera que siempre había tenido claro que no quería hijos. No había heredado el gen maternal, algo que no dejó de repetirse durante el tratamiento para quedarse embarazada.

Pero cuando supo que se había quedado embarazada experimentó una reacción con la que no contaba. Se sintió conmovida, feliz... pero reprimió todo aquello centrándose en el futuro. Y su futuro era la medicina.

Concebir al bebé había sido un hecho meramente científico, calculado. Los pasos a seguir eran predecibles y estaban perfectamente planificados. Siempre había incertidumbres, por supuesto, como en cualquier embarazo, pero las cosas habían ido bien.

Al menos hasta el momento en que Nikos había abierto la caja de Pandora. De pronto el bebé se había hecho muy real, y aquella realidad le había hecho sentir miedo por él, por la vida que fuera a llevar...

Sin ella.

Se llevó instintivamente las manos al vientre, asustada. Aunque se hubiera esforzado por no pensar en el futuro del bebé que llevaba dentro, aquella no era la vida que había imaginado para él. Había aplacado cualquier preocupación diciéndose que iba a crecer en una familia inmensamente rica, una familia que podría darle todo lo necesario para llevar una vida privilegiada.

Pero en aquel momento no pudo evitar preguntarse si aquello sería suficiente.

«¡Basta! ¡Basta ya!», se reconvino. No podía entrar en aquello. No debía permitírselo. Ella no era más que un recipiente. Un útero. Había renunciado

a todos los derechos sobre aquel bebé, que no era su hijo, sino el de Nikos.

–¿Estás llorando? –preguntó Nikos a la vez que se sentaba junto a ella en el sofá.

–No –replicó Georgia con toda la firmeza que pudo. Ella no lloraba. Ni siquiera recordaba la última vez que había llorado delante de alguien.

–Sí que estás llorando –Nikos la tomó por la barbilla y le hizo alzar el rostro con delicadeza para poder mirarla a los ojos–. ¿Qué sucede? Un momento estás riendo y al siguiente llorando. No entiendo.

Georgia tampoco entendía nada.

–Puede que se deba al jet lag.

–O a las hormonas del embarazo.

Georgia sentía en la barbilla el agradable calor que emanaba de los dedos de Nikos. No recordaba la última vez que la había tocado un hombre. Había tenido muchas citas, pero los exigentes estudios de medicina no le habían dejado nunca tiempo para una relación seria y, aunque lo hubiera tenido, ella no era de las que se metía en la cama con un hombre así como así. No se sentía cómoda desnudándose, mostrándose vulnerable. No se sentía cómoda exponiendo su cuerpo ni su corazón.

–Las emociones son más volátiles durante el embarazo –concedió mientras trataba de ignorar la creciente fuerza de los latidos de su corazón–. Normalmente no soy nada emocional.

–Al menos eso escribiste en la ficha que rellenaste.

–Y no lo soy –insistió Georgia–. Eres tú. Es el efecto que ejerces sobre mí.

Nikos frunció el ceño.

–¿Te doy miedo?

–No. Miedo no. Pero eres muy... intenso. Estoy segura de que me sentiría más tranquila si me concedieras un poco más de espacio –Georgia trató de utilizar un tono neutro al decir aquello, pero su voz surgió en un ronco susurro.

Al percibirlo, los oscuros ojos de Nikos parecieron destellar. La mano que sostenía la barbilla de Georgia se deslizó hacia su cuello y ella entreabrió instintivamente los labios con un gemido apenas audible.

No le gustaba aquel hombre, pero estaba claro que había una parte de ella a la que le gustaba su contacto. Una extraña sensación de placer recorrió su cuerpo.

No sabía si Nikos habría notado aquello, pero vio que fijaba la mirada en sus labios a la vez que le acariciaba ligeramente el cuello con los dedos, como si quisiera descubrir cómo reaccionaría.

Y Georgia siempre había sido demasiado sensible desde un punto de vista físico. Demasiado consciente del placer. Y sintió el placer que estaba recorriendo su cuerpo. Volvió a gemir, conmocionada ante la constancia de las sensaciones que estaba experimentando.

—No eres la madre de alquiler que esperaba —murmuró Nikos a la vez que retiraba su mano y se levantaba.

Georgia agradeció que se apartara. Necesitaba espacio para respirar, para despejar su mente.

—Voy a cambiarme de calzado —dijo débilmente—. ¿Te importa salir?

—Te espero tras la puerta.

—No voy a caerme mientras me cambio, Nikos.

—No pienso correr riesgos.

La villa era grande, de tres plantas, y parecía pegada a la montaña, como si hubiera surgido de la roca volcánica sobre la que se erigía. Cada una de las plantas tenía una amplia terraza propia con vistas al mar.

—Originalmente fue una fortaleza que los comerciantes de la Edad Media utilizaron como almacén. Durante el Renacimiento fue convertida en un monasterio. Ahora es simplemente mi casa —explicó Nikos mientras salían del comedor para entrar en una antigua capilla que en la actualidad era una habitación llena de estanterías—. Mi biblioteca. Puedes venir a estudiar aquí cuando quieras.

Georgia pensó que podría gustarle estudiar allí, y no solo por la belleza de la habitación, sino también por lo acogedora que resultaba.

Tras ver la casa salieron a los jardines. Había pocas plantas y flores, ya que en aquella parte de las Cícladas apenas llovía, pero sí había una gran profusión de arbustos y cipreses que bordeaban sus numerosos senderos.

Georgia jamás lo habría admitido ante Nikos, pero agradeció haberse cambiado de calzado, pues varios de los senderos eran de grava, y otros estaban irregularmente empedrados.

Quince minutos después de haber salido regresaron hacia la casa por el lado trasero y llegaron a una gran piscina cuyas cristalinas aguas

centelleaban bajo el sol. En ambos extremos había varias tumbonas y varios limoneros ofrecían su sombra en una cuidada zona plantada de césped.

—Anoche mencionaste que estaba climatizada —dijo Georgia.

Nikos asintió.

—Me encanta nadar y suelo hacerlo todo el año —explicó mientras abría la puerta de una caseta de madera que había en un lateral—. Aquí hay toallas, albornoces, una ducha y una sauna. Aunque la sauna está prohibida para ti —añadió.

Georgia lo miró con expresión reprobatoria.

—No hace falta que digas eso. Soy muy consciente de lo que debo y no debo hacer durante el embarazo.

—¿Porque estudias Medicina?

—Porque estudio Medicina, porque me he molestado en leer todo lo necesario al respecto y porque escucho y sigo los consejos de mi médico —Georgia metió las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones—. Y hablando de médicos, necesito estudiar un poco.

—El señor Laurent me dijo que tu examen es a finales de junio. ¿No te parece un poco precipitado teniendo en cuenta que darás a luz a finales de mayo o principios de junio?

—Si estudio no habrá ningún problema.

Nikos se limitó a asentir antes de girar sobre sí mismo para encaminarse de nuevo al interior de la casa. Georgia lo siguió en silencio hasta la planta en que estaban sus dormitorios. Mientras avanzaban en silencio por el pasillo lo miró de reojo y percibió que su expresión se había vuelto más taciturna. Necesitaba entender a aquel hombre o, de lo contrario, los siguientes tres meses iban a ser una pesadilla.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó cuando se detuvieron ante la puerta de su dormitorio—. Seguro que hay formas más cómodas, fáciles y baratas de ser padre.

—Quiero un hijo, no una esposa.

—¿Tan terribles son las esposas?

—Estuve casado. El matrimonio no es para mí.

—Tal vez, una esposa diferente...

—No —interrumpió Nikos en tono cortante—. No estoy hecho para casarme. No sería un buen marido.

–Puede que seas un poco áspero, pero seguro que tienes cosas buenas. Tienes un gran instinto de protección, quizá excesivo...

–No sabes cómo es mi verdadero yo.

–¿No?

–No.

Aquello despertó la curiosidad de Georgia. Nikos le recordaba a una especie de rompecabezas o ecuación que debía resolver.

–¿Y cómo es el verdadero «tú»?

Nikos dudó un momento.

–Agresivo –buscó la mirada de Georgia antes de añadir–: Carnal

Aquella respuesta, pronunciada en un tono profundo y ronco, hizo que Georgia se acalorara de los pies a la cabeza. «Carnal».

No recordaba la última vez que había escuchado a alguien pronunciando aquella palabra. Resultaba tan... bíblica.

Aún estaba devanándose los dedos en busca de algo adecuado que decir cuando Nikos asintió brevemente, giró sobre sus talones y se marchó.

Capítulo 5

NIKOS avanzó por el pasillo con los puños cerrados. Necesitaba alejarse cuanto antes del dormitorio de Georgia.

Sabía por qué le había dicho aquellas cosas sobre sí mismo. Había pretendido que fueran una advertencia para que se asegurara de mantener las distancias, pero sus palabras no habían asustado a Georgia.

En todo caso habían tenido el efecto contrario. De hecho lo había mirado con expresión de evidente intriga. Pero no debería sentirse intrigada. Necesitaba saber con quién estaba tratando.

Él había marcado a Elsa, la había roto, y no quería volver a hacer nada parecido a ninguna otra mujer. Había renunciado a las mujeres, al amor, a la pasión. Sin embargo estaba decidido a ser padre, a romper la maldición, si es que la había...

Tal vez entonces sanarían sus heridas.

Tal vez entonces tendría la esperanza de un futuro. De una nueva vida.

Faltaban tres meses y medio para que su hijo estuviera allí. Tres meses y medio para poder cerrar la puerta a su pasado. A Elsa.

Cuando el bebé estuviera allí ya no habría dolor, ni Elsa. Habría esperanza.

Era posible que él fuera el diablo reencarnado, pero, al parecer, incluso el diablo podía ser padre. Y él siempre había querido ser padre. Desde pequeño. Había querido una familia, quizá porque siempre se sintió solo de pequeño. Se había casado con Elsa convencido de que tendrían hijos, pero las cosas no habían salido como esperaba.

Al día siguiente Nikos mantuvo las distancias, consciente de que Georgia tenía que estudiar y él debía ocuparse de sus negocios. Pero por la tarde envió aviso a su habitación para que acudiera a la terraza a beber y picar algo.

Cuando subió ya estaba allí, con un ligero vestido gris melocotón y el pelo sujeto en una trenza lateral. Al bajar la mirada vio que calzaba unas botas grises con un pequeño tacón.

Si le hubiera dicho a Elsa que nada de tacones, jamás habría vuelto a calzar más que zapatos lisos. Evidentemente, Georgia no era Elsa

Estuvo a punto de sonreír sin saber muy bien qué era lo que encontraba divertido. Tal vez era tan solo alivio por constatar que Georgia no era Elsa.

Pero antes de que pudiera saludarla o ofrecerle una bebida, Georgia se levantó del asiento que ocupaba y se encaminó hacia él con su portátil en la mano.

—No he conseguido conectarme a internet en toda la mañana. Necesito que me enseñes el truco para hacerlo, o que me digas la clave.

—No hay truco. Solo hay una conexión por satélite, y no es nada fiable. A veces no hay manera de conectarse, y otras deja de funcionar durante horas.

Georgia se quedó boquiabierta.

—¿Y qué haces tú para conectarte?

—No lo hago.

—¿Nunca?

—Casi nunca.

—¿Y cómo es posible? Yo utilizo internet para todo.

Nikos se encogió de hombros.

—Cuando no tienes acceso a algo aprendes a vivir sin ello.

—Supongo que en Atenas sí tendrás acceso.

—Sí.

—¿Y por qué no lo tienes aquí?

—Grecia tiene más de seis mil islas y islotes, y tan solo doscientos están habitados. El gobierno no podría hacer frente al impresionante gasto que supondría instalar los cables y la fibra óptica necesarios para tener una conexión fiable.

—¿Y cómo manejas tus negocios desde aquí sin internet?

—Tengo un teléfono para reuniones y emergencias, y el correo llega una vez a la semana, o con más frecuencia si surge una emergencia. Suponía que mi abogado te habría informado de que debías traerte todos tus libros de estudio y de que te convenía descargar en el disco duro de tu ordenador todo lo que pudieras necesitar.

—Y así lo hice.

–Entonces puedes estudiar.

–Sí, pero hay muchas fuentes que consultar online.

Nikos volvió a encogerse de hombros.

–Supongo que tendrás que estudiar como en los viejos tiempos.

Georgia entrecerró los ojos, irritada.

–Esto no es ningún juego. Estoy hablando en serio.

–Y yo no estoy bromeando. Solo te estoy diciendo lo que hay. Y no puedes contar con internet.

Georgia giró sobre sí misma y se apartó unos pasos de Nikos. Luego respiró profundamente.

–También he notado que no tienes televisión ni radio. ¿O están escondidas en algún sitio?

–No tengo televisión ni radio.

Georgia volvió a sentarse.

–No tienes nada para pasar el rato, para divertirse un poco.

Parecía tan descorazonada que Nikos casi sintió lástima por ella.

–No lo necesito. Me gusta pensar. Leo. Trabajo.

–Eres un ermitaño.

–Me gustan la tranquilidad y el silencio.

–Casi da miedo comprobar lo aislado que vives.

–No da miedo, y ya sabes que tengo un teléfono vía satélite si lo necesito –dijo Nikos mientras avanzaba hacia el aparador en el que estaban las bebidas–. ¿Quieres algo?

–Sí, un billete de avión para Atenas.

Nikos alzó una ceja con expresión burlona.

–¿Se trata de algún cóctel típico de tu tierra?

Georgia lo miró unos segundos sin decir nada.

–Saber muy bien que no.

–¿Qué te apetece beber?

–No tengo sed.

–Te sentirás mejor estando hidratada –Nikos sirvió zumo en un vaso y a continuación se lo ofreció a Georgia–. Granada con naranja.

Georgia aceptó el vaso, pero lo dejó en la mesa sin probarlo.

–¿Y nunca sales de aquí?

–Hace un año que no viajo.

–Y... ¿cómo cumpliste con tu... parte para tener al bebé?

–El equipo médico vino aquí.

–¿Y qué pasara cuando yo necesite una revisión? En Atlanta me hacía una revisión mensual.

–El médico acudirá a la isla cada cuatro semanas para verte.

–¿Puedes permitirte traer a un médico en avión y no puedes permitirte tener internet?

–Ya te he dicho que instalar un cable de fibra óptica podría costar millones de dólares. ¿Tan trágico te resulta no tener internet? ¿Te parece un castigo estar apartada de la sociedad?

Georgia permaneció un rato en silencio. Luego tomó un sorbo de su vaso y asintió lentamente.

–Está muy bueno –dijo–. Y, por si te interesa saberlo, a diferencia de muchas otras chicas estadounidenses, crecí sin internet, televisión ni radio. A veces éramos afortunados con contar con electricidad. No cuentas con muchos lujos siendo hija de unos misioneros.

–En ese caso te resultará fácil sobrevivir aquí sin todo eso.

–Por supuesto. Pero no se trata de eso, sino de si quiero o no quiero estar sin internet. Y no quiero.

–Ya te acostumbrarás.

–La gente también se acostumbra a estar en la cárcel.

En aquella ocasión fue Nikos el que se quedó mirándola en silencio. Georgia parpadeó con expresión inocente y luego sonrió.

Pero su sonrisa no tuvo nada de inocente.

Unas horas después, mientras cenaban, Nikos contempló a Georgia a la luz de las velas que iluminaban la mesa y algunos rincones de la terraza.

Apenas estaban hablando mientras comían, pero a Nikos le parecía que a Georgia no le importaba. No parecía la clase de persona que necesitara estar charlando todo el rato, algo que él agradecía.

Al principio de su matrimonio Elsa había interpretado sus silencios como un indicio de que estaba enfadado, o disgustado por algo. Él había tratado de explicarle que ya era así desde niño, pues se había criado como hijo único en una familia muy estricta. Para cuando llegó a la adolescencia ya se había adaptado a sentirse cómodo estando con sus propios pensamientos. El silencio le daba la oportunidad de resolver problemas, como por ejemplo

ayudar a salvar el negocio familiar. Su padre nunca fue un hombre de negocios perspicaz y tomó decisiones que resultaron muy perjudiciales para la empresa.

De no haber sido por las medidas que tomó Nikos cuando se hizo cargo del negocio a los veinticuatro años, la familia se habría arruinado cuando la crisis asoló la economía del país. Tenía veintiséis años cuando se casó y veintiocho cuando enviudó.

Tras la muerte de Elsa se retiró a Kamari y llevaba viviendo cinco años en un aislamiento casi total. También había dejado de viajar, pues sus cicatrices llamaban la atención y no le gustaba ser observado. Acudía lo menos posible a sus oficinas en Atenas y dirigía la empresa desde la isla.

No había ninguna mujer en los cargos directivos de su negocio, algo completamente deliberado. No quería que lo acusaran de imponer su voluntad a ninguna mujer, y no quería que estas cotillearan sobre su rostro.

Sabía que estaba marcado.

Sabía lo que la gente decía de él.

Que era una bestia. Un monstruo. Un animal.

Un hombre lobo. Aquello era lo que le había llamado Georgia. *Lykánthropos*.

Aquella sí que era buena. Debía recordarlo para echar unas buenas risas algún día con su hijo.

—Nikos.

Al oír su nombre, Nikos volvió a prestar atención a Georgia, que se había inclinado hacia él desde el otro lado de la mesa.

—¿Sí?

—Quiero una cerradura en mi cuarto —Georgia dijo aquello con tanta calma como determinación.

Nikos gruñó interiormente al escucharla y lamentó que su abogado no hubiera sido más sincero con él. El señor Laurent le había dicho que Georgia era un dechado de inteligencia y belleza, un mezcla perfecta de Atenea y Afrodita. Pero se había equivocado. En realidad se parecía mucho más a Artemisa, que tenía el espíritu más independiente, la diosa de la caza, la naturaleza y el nacimiento.

—Ya hablamos de eso ayer, y ya sabes por qué no quiero que haya cerradura en tu puerta.

–Y yo necesito que comprendas por qué quiero una –insistió Georgia–. Sé que para ti no tiene sentido, porque para la mayoría de los hombres no lo tiene, pero no duermo bien si no me siento a salvo, y no me siento a salvo.

–¿A pesar de saber que aquí no hay nada ni nadie que pueda hacerte daño?

–Seguro que tu también tienes temores irracionales. Tener una cerradura en la puerta me da una sensación de control que me permite sentirme más a salvo.

–No pretendo restar importancia a tus temores irracionales, pero ya sabes por qué hice quitarla. Tengo que poder entrar en tu cuarto si es necesario.

Georgia extendió un brazo y apoyó su mano en la de Nikos, sobre la mesa.

Nikos estuvo a punto de dar un respingo ante la sensación que le produjo el contacto. Su miembro se endureció al instante a la vez que su sangre parecía entrar en ebullición. Bajó la mirada hacia la pálida y esbelta mano de Georgia. Se vio a sí mismo quitándole el vestido, deslizando una mano por su piel color miel mientras ella permanecía tumbada y desnuda sobre su cama.

Apretó los dientes hasta que rechinaron.

Aquella mujer le hacía desear cosas...salvajes, duras, ardientes. Le hacía desear hacer todas las cosas que Elsa nunca quiso. Sexo. Pasión. Piel.

Retiró la mano con toda la delicadeza que pudo y se esforzó por controlar sus pensamientos. Georgia lo había pillado desprevenido. Y no era solo el contacto de su piel lo que le había afectado, sino también su audacia.

Artemisa.

El ardiente deseo que estaba experimentando era algo completamente nuevo después de haber pasado tantos años sintiéndose como muerto.

A fin de cuentas, la idea de una cerradura en la puerta del dormitorio de Georgia podría no estar tan mal.

–Podrías tener una llave –añadió Georgia con suavidad–. Por si surge una emergencia. Pero solo tú. No me fio de nadie más.

Nikos estuvo a punto de reír al escuchar aquello.

–¿Te fías de mí?

–Eres el padre de mi... –Georgia se interrumpió y tragó con esfuerzo–. De este bebé –dijo a la vez que apoyaba la mano en su vientre–. Debo confiar en ti, ¿no te parece?

La cerradura quedó instalada aquella misma noche.

Ya era más de medianoche cuando Georgia fue a su dormitorio, pero durmió muy bien. No tuvo ninguna pesadilla. Afortunadamente, no soñó nada.

Pero Nikos apenas logró pegar ojo.

Pasó horas reprendiéndose. No debería haber llevado allí a Georgia. Debería haber esperado al final del embarazo. Pero aquello aún tenía remedio. Podía enviarla en avión a su casa en Atenas y esperar a que llegara el momento. Su servicio se ocuparía de ella y la atendería como era debido mientras estuviera allí.

Pero entonces él no podría estar atento a lo que pudiera sucederle. No podría protegerla si surgía algún problema.

Y por eso había decidido que fuera a Kamari.

Lo que debía hacer era reprimir su deseo. Debía controlar la atracción que sentía por ella, y lograría hacerlo si no apartaba a Elsa de su mente.

Él había aplastado a Elsa. No podía hacerle lo mismo a Georgia.

A la mañana siguiente, cuando Georgia despertó, agradeció haber dormido bien, pero no logró acallar la ansiosa vocecilla interior que no paraba de recordarle lo que había estado a punto de decir la noche anterior.

«Mi bebé».

Afortunadamente se había contenido a tiempo, y no creía que Nikos lo hubiera notado.

Pero el problema era que ella sí lo había notado.

¿De dónde había surgido aquel pronombre posesivo? Nunca había sido su bebé y nunca lo sería.

Al parecer, no se sentía tan desapegada como había querido creer.

Decidida a silenciar la molesta vocecilla, pulsó el timbre que había junto a su cama para avisar al servicio. Cuando una de las empleadas acudió y llamó a la puerta, le abrió y le pidió que le llevara el desayuno al dormitorio.

Tras comer en la mesa de su sala de estar, retiró la bandeja y sacó sus libros. Estudió toda la mañana y al mediodía decidió tomarse un descanso

para ir a nadar un rato a la piscina. El día anterior había hecho treinta largos y ese día quería hacer cuarenta. Probablemente así lograría aplacar la ansiedad que sentía.

Con la esperanza de que las únicas causantes de su ansiedad fueran las hormonas, salió de la casa y fue al vestuario adyacente a la piscina a tomar unas gafas y una tabla. Luego se metió en el agua.

Llevaba ya veinte largos y estaba descansando un momento en uno de los extremos de la piscina cuando vio que Nikos se lanzaba al agua desde el otro.

Tan solo captó un destello de su cuerpo antes de que se sumergiera en el agua, pero le bastó para comprobar que tenía un cuerpo magnífico, moreno y equilibradamente musculado.

Cuando emergió del agua a media piscina y comenzó a nadar, demostró estar en plena forma.

Georgia experimentó un revoloteo en la boca del estómago y decidió seguir nadando. Afortunadamente, Nikos ocupaba la calle del otro lateral de la piscina. Pero, a pesar de que había espacio de sobra para ambos, Georgia empezó a sentirse más y más consciente de sí misma cada vez que se cruzaban.

Apenas hacía unos minutos que Nikos se había lanzado al agua, pero ya había hecho más de seis largos con un estilo impecable. Estaba claro que era un gran nadador y, al cabo de un rato, Georgia se encontró contemplándolo en lugar de nadando. Estaba impresionada con la calidad y fuerza de su brazada, que le hizo pensar que en algún momento de su vida debía haber competido profesionalmente.

Agradeció que Nikos no le estuviera prestando atención. Finalmente, molesta consigo misma por lo mucho que le estaba distrayendo observarlo, nadó hacia las escaleras.

De pronto, Nikos apareció a su lado.

—¿Ya has terminado?

Georgia se sentó rápidamente en el escalón de en medio para ocultar su figura. Normalmente no era nada mojigata, pero se sentía como desnuda con el bañador, sobre todo por el cambio que estaba experimentando su figura. Sus pechos habían crecido, su cintura se había redondeado...

—Sí —dijo, nerviosa, aunque sin saber por qué—. ¿Tú nadas a diario? —añadió, para tratar de llenar el silencio.

–Lo intento. Me gusta poder hacerlo todo el año.

–Nadas muy bien.

–Me siento más tranquilo después de nadar. Baja mi nivel de tensión y agresividad.

Georgia contempló el perfil de Nikos, consciente de que solía cuidarse de mostrarle siempre el lado que no tenía marcado.

–¿Siempre has sido... agresivo? –preguntó, dudando de que aquella fuera la palabra adecuada.

–No. De niño era muy tímido y introvertido.

–¿Qué te hizo cambiar?

Nikos abrió la boca para contestar, pero tan solo se encogió de hombros.

–Algo debió ocurrir para que cambiaras –insistió Georgia.

–Crecí. Me hice un hombre.

Georgia reprimió el impulso de alargar una mano hacia él para hacerle volver el rostro.

–Tu hijo será muy afortunado si es tan guapo como tú.

Nikos se volvió a mirarla con el ceño fruncido y una expresión casi hostil.

–¿Estás bromeando?

Georgia parpadeó, sorprendida.

–No. Eres un hombre muy guapo y atractivo, Nikos.

–Me estás tomando el pelo.

–No.

–Sé lo que soy –la oscura e intensa mirada de Nikos buscó la de Georgia–. Sé lo que me llamaste. *Lykánthropos* –añadió con una burlona mueca–. Fue toda una novedad, pero encaja.

–No he entendido la palabra.

– *Lykánthropos* quiere decir hombre lobo.

Georgia sintió una punzada de culpabilidad al escuchar aquello.

–No lo dije en ese sentido. No tenía nada que ver con tus cicatrices.

–No pasa nada. Como ya he dicho, encaja con mi aspecto.

–No me refería a eso.

–Me han llamado cosas peores.

Georgia negó con la cabeza.

–No me refería a tu rostro ni a tus cicatrices. Fue tu forma de llenar el umbral de mi puerta, de dominar el espacio... La energía que emanaba de ti

era tan intensa, tan física. Eres tan físico... –la voz de Georgia se fue apagando al ver que Nikos ni siquiera la estaba escuchando–. Lo siento.

–No lo sientas. Ahora ya sabes por qué nado. Tengo mucha energía. Me han dicho otras veces que soy demasiado físico y desagradable para los demás. No quiero ser desagradable para nadie. No me educaron para hacer que las mujeres se sintieran incómodas.

Por un instante Georgia fue incapaz de respirar o decir nada. Los ojos le ardían y sentía una ternura imposible invadiendo su corazón.

De algún modo, todo cambió entre ellos en aquellos momentos. De algún modo, sentía que ella era la agresora, que ella estaba cazando a Nikos...

–Creo que han sido injustos calificándote de ese modo –dijo finalmente–. A mí no me pareces tan agresivo como piensas que eres. De hecho, me parece que eres más protector que agresivo.

–Eso es porque no me conoces bien.

–¿Por qué te consideras agresivo?

–Tengo una personalidad demasiado contundente, demasiado enérgica.

–Eso es cierto. ¿Pero qué es lo que haces en concreto para ser considerado agresivo? ¿Gritas, pegas, zarandeas? ¿Amenazas a las mujeres?

–¡No! ¡Claro que no! Eso sería horrible.

–Entonces ¿qué haces? ¿Te muestras hostil hacia otras personas?

–Trato de evitar a la mayoría de la gente. Por eso vivo aquí. Es mejor así para todo el mundo.

–¿Pero incluso estando aquí necesitas nadar para manejar la tensión y la agresividad?

–Tal vez debería haber dicho que nadar me ayuda a quemar el exceso de energía.

–Energía suena mejor que agresividad –la brisa sopló con más intensidad y Georgia se sumergió un poco más en el agua para no enfriarse–. Tú y yo hemos chocado desde el principio, y no estoy de acuerdo con algunas de tus reglas, incluyendo tus recomendaciones sobre mi calzado, pero no te describiría como alguien hostil, sino como una persona asertiva, firme y enérgica.

–¿No significan en inglés lo mismo «asertivo» y «agresivo»?

–Para mí son diferentes. Asertivo significa fuerte, enérgico, con carácter, pero la agresividad es algo más negativo. La agresividad implica falta de control, además de una hostilidad desagradable.

Nikos esbozó una extraña sonrisa.

–Según tu definición, prefiero ser asertivo que agresivo.

–Pero la agresividad no tiene por qué tener siempre un matiz negativo. De hecho, en medicina, a veces un tratamiento agresivo es el mejor tratamiento. En medio de una batalla es necesaria la agresividad. Cuando uno se enfrenta al cáncer hay que utilizar un ataque agresivo.

–Casi parece que me estás dando permiso para ser agresivo.

–Sí, si tiene sentido que lo seas. Supongo que en el mundo de los negocios también es necesaria la agresividad. Los negocios de éxito son raramente complacientes. Lo mismo debe ocurrir con las personas que tienen éxito.

Nikos se pasó una mano por el pelo y los músculos de su brazo se marcaron con contundente claridad contra su piel.

–No dejas de sorprenderme –dijo con voz ronca–. No eres lo que esperaba. Eres más –volvió el rostro y Georgia pudo ver las cicatrices que siempre trataba de ocultar–. Mi hijo es muy afortunado por tenerte como su... madre.

Georgia sintió una punzada en el corazón al escuchar aquello. Trató de sonreír para ocultar el dolor y el repentino pánico que había experimentado.

«Madre... su madre».

¿Por qué había dicho eso Nikos? ¿Por qué? Sintió que algo en su interior trataba de liberarse, de gritar, de estallar.

Ella no era la madre de aquel niño. No era su madre. Había renunciado a aquel derecho para siempre, y había hecho lo correcto. No estaba preparada para ser madre y menos aún para ser una madre soltera con la carrera de medicina a medio acabar.

Se irguió y salió de la piscina.

Se secó rápidamente antes de ponerse el albornoz con manos temblorosas. Tuvo que esforzarse por mantener el control mientras ataba el cinturón en torno a su cintura. No podía dejarse llevar por el pánico. No debía.

–Nos vemos esta noche –dijo antes de encaminarse rápidamente hacia la entrada de la casa.

Los dientes le castañetearon mientras caminaba. Estaba asustada. No le gustaba aquella sensación. El embarazo lo había cambiado todo, incluyendo a sí misma.

Sus sentidos del gusto y del olfato habían cambiado. Sus emociones eran más intensas, y sus estados de ánimo más volátiles.

Y se encontraba en medio del mar Egeo, en una isla privada, sin apenas posibilidades de comunicarse o distraerse de lo que estaba sucediendo. Y lo que estaba sucediendo estaba empezando a hacerle perder el control, la calma.

Iba a tener un bebé y iba a desprenderse de él antes de marcharse.

¡Cielo santo! ¿Qué había hecho?

¿Cómo había podido llegar a creer que podría hacer algo así?

OceanofPDF.com

Capítulo 6

AQUELLA tarde volvieron a reunirse al atardecer en la terraza, cuando ya se estaba poniendo el sol.

Georgia había pasado el resto del día sintiéndose confusa, preocupada por la sensación de estar perdiendo la perspectiva. Había aceptado hacer aquello pensando en el futuro de Savannah, y también en el suyo, pero ese futuro se estaba volviendo cada vez más y más sombrío. Se sentía emocional y descentrada, una mala combinación de sensaciones. Debía dominar sus pensamientos. Debía controlarse. Podía resultar peligroso permitir que sus hormonas la dominaran. Debía recordar sus metas, centrarse en sus objetivos. Quedaba mucho por delante: el parto, su examen, la búsqueda del puesto adecuado en el hospital adecuado...

—¿Quieres más zumo? —preguntó Nikos, interrumpiendo los repetitivos pensamientos de Georgia.

—No, gracia. Así estoy bien —contestó mientras contemplaba las impresionantes vistas del sol hundiéndose en el horizonte en una bruma de irreales rosas, amarillos y naranjas—. Que puesta de sol tan increíble. Cada atardecer es distinto.

—Por eso me gusta subir aquí cada noche. Por eso vivo aquí, rodeado de belleza, sin la locura que asola al resto del mundo.

Georgia volvió el rostro para mirar a Nikos, al que ya empezaba a ver como un hombre muy distinto al que se había encontrado el primer día.

—¿A qué locura te refieres?

—A las ciudades, al ruido, a la gente. A los cotilleos.

Georgia frunció el ceño al escuchar aquello último.

—No entiendo...

Nikos sonrió burlonamente.

—Y mejor que sigas así. No tienes por qué entender. A fin de cuentas ya no estarás aquí dentro de un par de meses. No es tu problema.

Georgia permaneció en silencio, pensativa. Nikos era un hombre desconcertante. Empezaba a pensar que probablemente estaba tan marcado en su interior como en su rostro. Y aquello le hizo cuestionarse si sería una persona lo suficientemente equilibrada como para criar a un hijo.

¿Estaría capacitado para ser un buen padre? Le preocupaba que llevara una vida tan antisocial, tan aislada.

Aunque no pudiera cambiar los términos del contrato que había firmado, tal vez sí podía ayudar a que aquello cambiara. A que Nikos cambiara. O, al menos, podía ayudar a preparar a Nikos para que fuera el mejor padre posible. Pero lograr aquello implicaría pasar más tiempo con él, no menos.

Supondría centrarse en quién era realmente, en lograr hacerle bajar la guardia, en conseguir que se abriera emocionalmente a ella.

Tenía poco más de tres meses por delante. ¿Bastaría aquel tiempo para seguir con sus estudios y para ayudar a Nikos?

Solo tenía que elaborar un plan. Haría lo mismo que siempre había hecho con sus estudios: obtener toda la información posible, empaparse de ella, memorizar cada hecho, cada detalle, y repasarlo todo al final de cada día para asegurarse de no haber pasado nada por alto.

Hacer aquello podría suponer un consuelo para cuando llegara el momento de marcharse después de haberle entregado el bebé a Nikos. Tal vez así acabaría sintiéndose mejor con su decisión.

Tal vez aquella era la pieza que faltaba.

Tal vez.

Georgia no durmió bien aquella noche. Cuando despertó aún no había amanecido y en la habitación hacía un intenso frío a pesar de que ella se sentía ardiendo y notaba el camisón pegado contra su húmeda piel.

Había tenido aquel viejo sueño, aquella pesadilla en que perdía a su familia y luego perseguía a Savannah por el bosque en medio de la noche, tratando de alcanzarla para evitar que la encontraran los rebeldes, consciente de que en cualquier momento podían matarla también a ella. Lloraba mientras corría y había alguien cerca con un gran machete. Ella rogaba por su vida porque estaba embarazada...

Entonces fue cuando despertó.

Estaba teniendo la vieja pesadilla, pero con la novedad de que estaba embarazada.

Tal vez porque estaba embarazada.

Se irguió en la cama y respiró profundamente varias veces para tranquilizarse, abrumada por el pesar y la desesperación.

Las cosas no estaban yendo como se suponía que debían ir. Empezaba a experimentar ataques de pánico, y ya era demasiado tarde para ello.

Pero no quería ser madre. No podía serlo.

Encendió la lámpara de la mesilla de noche y miró la hora. Eran las cuatro y media de la mañana. Consciente de que no iba a volver a dormirse, se planteó la posibilidad de ir a la cocina a prepararse un té. La actividad le vendría bien y le distraería de la pesadilla que acababa de tener.

Bajó de la cama, se puso un grueso jersey sobre el camisón y, tras calzarse las zapatillas, salió al pasillo. La cocina estaba en la planta baja y, aunque conocía el camino, nunca había llegado a entrar.

Comprobó que no había microondas, de manera que tardó un rato en encontrar todo lo que necesitaba. Unos minutos después, mientras esperaba a que el agua comenzara a hervir en el recipiente que había puesto al fuego, sus pensamientos regresaron al sueño que acababa de tener. Era un sueño horrible. Pero al menos era solo un sueño, no como lo que le sucedió a su familia.

Durante aquellos últimos seis meses se había repetido una y otra vez que su embarazo tampoco era algo malo porque, a fin de cuentas, estaba llevando una nueva vida al mundo.

Se había convencido de que estaba haciendo algo bueno; estaba ofreciendo un regalo a Nikos Panos. Era consciente de que su madre y su padre no habrían aprobado su decisión, pero ya no estaban allí. Charlie, su hermana pequeña, tampoco estaba allí. Sus abuelos, que estaban de visita en África cuando se produjo la rebelión, tampoco estaban allí. Savannah y ella eran las únicas que quedaban, y dada la tragedia que había tenido lugar, ¿no era algo bueno crear vida?

¿No era un auténtico milagro poder ofrecer un nuevo bebé al mundo?

—¿Va todo bien?

Georgia se sobresaltó al escuchar a sus espaldas la grave voz de Nikos. Al volverse golpeó con un codo el mango del recipiente que estaba en el fuego.

Nikos mascullo algo en griego que sonó a maldición, la tomó por los hombros para apartarla del fogón y apagó el fuego.

–Siéntate –ordenó–. ¡Has estado a punto de quemarte!

–Me has asustado –dijo Georgia, pero agradeció poder sentarse mientras Nikos vertía el agua en la taza–. He tenido una pesadilla y he decidido venir a prepararme un té para distraerme. Siento haberte despertado, pero he tratado de no hacer ruido.

–Tengo el sueño muy ligero.

–En ese caso lo siento aún más.

La sonrisa con la que Nikos se volvió a mirarla hizo que el corazón de Georgia latiera más rápido. Resultaba devastadoramente atractivo cuando sonreía. Lo cierto era que encontraba a aquel hombre fascinante, y sus cicatrices solo hacían que quisiera conocerlo mejor, pues añadían un matiz de misterio a su personalidad. ¿Cómo se las habría hecho? ¿Y por qué vivía en aquella remota isla, apartado del mundo?

–¿Cómo te hiciste esas quemaduras?

Nikos se volvió a mirarla por encima del hombro. Parecía más sorprendido que enfadado por la pregunta.

–Es una vieja historia sin interés.

Georgia no lo creyó ni por un instante.

–Tengo la sensación de que es muy interesante.

–No para mí –Nikos se acercó para dejar la humeante taza de té en la mesa–. ¿Quieres leche y azúcar?

–¿Tienes miel?

Nikos abrió un armario alto que había a su derecha y, tras rebuscar un poco, sacó un bote de miel que dejó junto a la taza con una cucharilla

–¿Por qué tienes pesadillas?

Georgia comprendió que estaba pidiendo un intercambio de información.

–Ya te conté que perdí a mi familia en África.

–En realidad no. Solo dijiste que habías perdido a tu familia –Nikos le dedicó una atenta mirada antes de añadir–. Encuentro interesante el tema.

–De manera que si te hablo de mis pesadillas tú me contarás cómo te quemaste ¿no?

–Si me hablas de tus pesadillas, yo te hablaré alguna vez de mis quemaduras. Pero no ahora mismo.

–¿Por qué?

–Vas a tener que confiar en mí.

Georgia removió su té con expresión pensativa.

–De acuerdo –dijo finalmente, ligeramente incómoda con el acuerdo, aunque también consciente de que podía ser una manera de empezar a llevar a cabo la tarea que se había propuesto.

Tras respirar profundamente, continuó hablando.

–Las pesadillas comenzaron hace poco más de cuatro años, después del asalto. Tenía veinte años y estaba estudiando mi último año en la universidad. Mi hermana Savannah había ido a visitarme a Atlanta y estábamos buscando un instituto en el que pudiera estudiar, de manera que no estaba en la misión cuando tuvo lugar el ataque. Afortunadamente, ella se libró –Georgia bajó la mirada hacia su té y permaneció callada mientras batallaba contra la punzada de dolor que laceró su corazón–. Murieron todos –susurró–. Mis padres, mis abuelos, mi hermana pequeña... Todos murieron en los terrenos de la iglesia.

Fue horrible decir aquello en alto, y el silencio que siguió a sus palabras estuvo cargado de dolor, de tristeza.

–¿Cómo son tus pesadillas? –preguntó Nikos al cabo de un momento.

Georgia parpadeó con fuerza, decidida a mantener la calma.

–Estoy allí y se supone que tengo que salvar a mi familia. Y no puedo –alzó el rostro para mirar a Nikos, que estaba de espaldas contra la encimera, con los brazos apoyados a los lados. Parecía tan grande, tan fuerte, tan seguro de sí mismo, que sintió envidia. Envidia de su tamaño, de su fuerza, de su vitalidad. Las pesadillas siempre le hacían sentirse pequeña, débil y vulnerable.

–¿Es eso lo que has soñado esta noche?

–Más o menos.

–Cuéntame más detalles.

–Es demasiado triste –murmuró Georgia.

–Puede que hablar de ello te sirva de alivio.

–¿Te sirve a ti de alivio hablar del accidente en el que sufriste las quemaduras? –preguntó Georgia con un matiz de dureza.

–No.

Georgia tomó un sorbo de su té. Estaba muy caliente y casi le quemó la lengua. Volvió a sentir la punzada de las lágrimas en los ojos. Parpadeó una vez más con fuerza, decidida a no llorar.

–¿Qué sucede? –preguntó Nikos.

–El té está muy caliente.

–No es eso.

Georgia bajó la mirada.

–Ahora lamento haberte contado lo del ataque...

–Si te sirve de consuelo, apenas has contado nada. No me has dicho qué pasó, ni quién lo hizo, ni si los arrestaron después.

–Odio hablar de ello.

–¿Por eso no constaba esa información en tu ficha de donante?

–No hay motivo para que la gente lo sepa. Savannah tiende a ser más abierta sobre el tema, pero yo me enfado si hablo de ello.

–¿Te enfadas? ¿Por qué?

–Mis padres sabían que su trabajo era peligroso. Sabían que corrían riesgos. Pero una cosa era que arriesgaran sus propias vidas y otra que arriesgaran la de mis hermanas. Charlie solo tenía doce años. No debería haber estado allí. Debería haber estado protegida.

–¿No decías que carecías de instinto maternal?

Georgia movió la cabeza con un gesto de impaciencia, lamentando haber compartido aquello con Nikos.

–Creo que me voy a llevar el té a la habitación. Si tengo suerte, podré dormir otro rato –se levantó y tomó la taza, pero estaba temblando y tuvo que sujetarla con ambas manos para que no se le cayera.

Nikos se acercó a ella, le quitó la taza y la dejó sobre la mesa antes de tomarla de las manos.

–Estás temblando.

–Los echo de menos –las lágrimas que Georgia había logrado contener hasta aquel momento se desbordaron. Volvió el rostro para tratar de ocultarlas.

–Los amabas.

–Muchísimo...

Georgia no supo como sucedió, pero de pronto se encontró con el rostro alzado hacia Nikos, cuyos labios se posaron sobre los de ella.

Fue imposible saber cuáles eran sus intenciones, si el beso pretendía ser solo de consuelo, porque, en cuanto sus labios se tocaron, Georgia experimentó una sacudida tan intensa como si hubiera tocado un cable de alta tensión. Las sensaciones que recorrieron su cuerpo le produjeron un

intenso y tórrido estremecimiento y, cuando Nikos le hizo entreabrir los labios con la lengua, sintió que las piernas se le volvían de gelatina.

Hacía mucho que no se besaba con nadie. Ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez. Cuando Nikos pasó una mano tras su cintura y la estrechó contra su cuerpo, Georgia sintió que la sangre ardía en sus venas y que las sensibles cimas de sus pechos se excitaban y endurecían contra la tela del camisón.

Sabía que no debería desear aquello, que no debería gustarle, que tendría que empujar a Nikos, apartarlo de su lado, pero había una pequeña parte de su mente que se sentía fascinada por lo que estaba sucediendo.

Aquel beso no se parecía a ningún otro de los que había experimentando hasta entonces. Era sorprendente, eléctrico...

Era pura química.

Cuando Nikos deslizó una mano hacia arriba y tomó en ella uno de sus pechos, la necesidad casi salvaje que experimentó le hizo gemir contra su boca. Para tratar de aliviar sus sensaciones, presionó sus pechos contra él.

De pronto, Nikos se apartó de ella y masculló algo en griego.

Georgia habría apostado lo que fuera a que se trataba de una maldición y, cuando lo miró y vio su expresión, comprendió que estaba arrepentido de haberla besado.

Sin pensárselo dos veces, giró sobre sí misma y prácticamente salió corriendo de la cocina.

Una vez en su cuarto, cerró la puerta con llave y se apoyó de espaldas contra esta, temblorosa.

¿Qué acababa de suceder?

Nunca había sentido nada tan intenso, una mezcla de placer, ansiedad y algo indefinible que aún recorría su cuerpo en oleadas.

Deseo. Lujuria. Necesidad.

Inspiró profundamente para tratar de calmarse, de despejar su mente, pero aún podía sentir su cuerpo presionado contra el de Nikos, su lengua acariciándola, su sabor...

Sabía a calor, a miel, a regaliz...

Nunca había saboreado nada parecido. Y quería más...

Nikos salió a correr cuando estaba amaneciendo. Era lo que solía hacer cuando se sentía inquieto, cuando no podía pensar con claridad.

Se obligó a correr hasta la cima de la montaña, donde hizo además varios sprint aprovechando la pista de aterrizaje.

Para cuando terminó estaba exhausto. La bestia que habitaba en su interior había sido sometida. Podía regresar a la casa sin temer por la seguridad de Georgia.

No podía hacerle daño. No debía asustarla. No debía alterarla ni disgustarla con su apetito sexual.

La deseaba. Sobre eso no tenía ninguna duda, pero no podía derribar abajo su puerta para tomar en su boca uno de sus pezones, para besarla hasta que separara sus muslos para él.

De niño se había sentido fascinado por el sexo. De joven había descubierto que se le daba bien practicarlo, que satisfacía a las mujeres, que les hacía suspirar, jadear, correrse. Jamás había llegado a pensar que el sexo pudiera gustarle en exceso. No se le pasó por la cabeza aquella posibilidad hasta que se casó con Elsa y llegó a la conclusión de que en realidad no se conocía a sí mismo como creía.

Al principio pensó que solo necesitaba tiempo para acostumbrarse a la vida de casado, pero las cosas no hicieron más que empeorar. Elsa cerraba los ojos cuando la besaba, apartaba el rostro cuando la penetraba y contenía el aliento a la espera de que acabara de satisfacer su «lado animal».

Nikos se había enamorado de una mujer que no lo amaba y a la que ni siquiera gustaba. La relación fue un desastre desde el comienzo y, para cuando todo terminó, se despreciaba totalmente a sí mismo.

Y ahora tenía en su casa a la doble de Elsa, embarazada de su hijo, y la había besado... y el beso había sido increíblemente poderoso, electrizante.

La deseaba con auténtica voracidad. Pero no podía tenerla. Incluso un monstruo como él debía comprender que estaba fuera de sus límites.

Capítulo 7

AQUEL beso lo había cambiado todo.

Georgia comprendió enseguida que la posibilidad de una saludable amistad entre ellos se había esfumado. Nikos la estaba evitando como a una plaga, y ni siquiera volvieron a verse en la terraza al atardecer.

Tres días después del beso, Georgia decidió ir a buscarlo. Al no encontrarlo en la casa, preguntó a una empleada del servicio si sabía dónde estaba. La mujer le dijo que probablemente habría salido a correr.

Georgia salió a dar un paseo, decidida a encontrarlo. Finalmente lo localizó en uno de los senderos más escarpados de la montaña. Era evidente que había estado corriendo porque aún jadeaba ligeramente y tenía la camiseta completamente empapada.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó Nikos secamente cuando se detuvo ante Georgia.

Ella se encogió de hombros. No estaba dispuesta a decirle que había salido a buscarlo.

—Quería caminar y tomar un poco el aire.

—Este no es precisamente uno de los senderos más adecuados para pasear. No deberías alejarte tanto de la villa.

—Estamos a menos de quince minutos andando de la casa.

—Aquí nadie podría oírte si necesitaras ayuda. Tienes que permanecer...

—Basta ya. No pienso hacer esto contigo.

Nikos entrecerró los ojos.

—No sabía que tuvieras opción de hacerlo o no hacerlo.

Georgia estaba harta de aquel comportamiento.

—Estoy empezando a comprender por qué has necesitado un vientre de alquiler para conseguir un heredero. Ninguna mujer habría estado dispuesta a tener un hijo contigo.

Nikos movió un dedo admonitorio ante los labios de Georgia.

—¿La boca solo te sirve para mostrarte insultante?

Georgia le habría mordido el dedo si hubiera podido.

—¿Quién te crees que eres? —preguntó, indignada.

—Tu anfitrión durante los próximos tres meses —murmuró Nikos a la vez que se inclinaba ligeramente hacia ella—. Yo en tu lugar me esforzaría por ser un poco más cordial.

Georgia apoyó una mano contra su pecho para apartarlo de un empujón, pero apenas logró alejarlo unos centímetros.

—Espero que no todos los hombres griegos sean tan brutos y primitivos como tú.

Nikos esbozó una sonrisa carente de humor.

—No te estoy pidiendo que seas sumisa. Solo quiero que trabajes junto a mí.

—¡Y lo estoy intentando! ¿No te das cuenta? Por eso estoy aquí ahora. Por eso he salido a buscarte... —Georgia se interrumpió en seco al darse cuenta de lo que acababa de decir.

Nikos lo había escuchado, pero se limitó a observarla en silencio. Georgia sintió la energía que emanaba de él, que la envolvía. Sus negros ojos decían cosas que sabía que no iba a decir en alto. Desde el primer instante había habido una química especial entre ellos, pero aquella química se había transformado en una llama.

Nikos la deseaba. La encontraba atractiva. Y aquella atracción era mutua. Ella también lo encontraba físicamente deseable. Pero aquel deseo era mera lujuria. Nada más.

Estaba segura de que si se dejara llevar, Nikos colmaría con creces su sensualidad, su necesidad sexual. Pero eso sería todo. No iba a querer una relación más allá del nacimiento de su hijo. Ni ella tampoco. No había futuro para algo así.

La atracción que sentía era muy potente, pero tan solo se trataba de una distracción que pasaría con el tiempo.

Sin embargo, aquella distracción podría resultar incluso adecuada. No quería nada de Nikos excepto aquello... las chispas, el calor.

—Estás jugando con fuego —murmuró él como si hubiera leído sus pensamientos.

Georgia experimentó un estremecimiento de excitación, de anticipación. Pero también se sentía nerviosa. No quería provocar a Nikos, ni retarlo.

Solo quería sentir su calor, su energía, que hacían palpar su corazón y hervir su sangre.

Pero no debía olvidar por qué estaba allí. Debía recordar quiénes eran y qué estaba pasando. Todo acto tenía sus consecuencias.

—No estás segura, ¿verdad? —Nikos la tomó por un brazo y la atrajo hacia su cuerpo.

Georgia apenas opuso resistencia mientras la rodeaba con sus brazos. Quería que volviera a besarla. Quería comprobar si aún sabía a miel, a regaliz, a él. Y sentir el calor que emanaba de su duro cuerpo le hizo desear estar desnuda para sentir directamente el contacto de su piel. Pero entonces ya no habría quien detuviera aquello.

Jamás había deseado a un hombre como deseaba a Nikos. Aquello no tenía sentido. No había motivo para aquel deseo tan intenso. Tal vez se debía a las hormonas del embarazo. Tal vez...

Pero sus pensamientos se esfumaron cuando Nikos inclinó el rostro y la besó en la comisura de los labios.

—No me has contestado —murmuró sin apartar los labios de ella—, lo que me hace pensar que no estás segura de que esto sea buena idea.

—No —logró contestar Georgia a pesar del placer que estaba experimentando. No quería que Nikos dejara de besarla, pero tampoco podía mentirle—. No estoy segura.

Nikos irguió la cabeza para mirarla.

—Menos mal que alguien está pensando con claridad —dijo a la vez que le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano.

—Pero no con la suficiente claridad...

—Lo que me hace pensar que no deberíamos estar haciendo esto. Nunca me aprovecharé de ti.

—No lo estás haciendo.

—No estoy seguro de eso —Nikos dio un paso atrás—. Deberíamos volver.

Georgia no sabía cómo lograba hacer aquello. Conectar y desconectar el calor a su voluntad. Ella aún sentía las piernas de gelatina.

Caminó en silencio junto a él mientras regresaban a la casa. Nikos la dejó ante la puerta de su dormitorio y se marchó sin decir palabra. Georgia entró y cerró rápidamente, más que para evitar que a Nikos se le ocurriera entrar, para retenerse a sí misma dentro.

Prácticamente se arrojó a la cama y enterró el rostro en la almohada para sofocar sus sollozos. Ni siquiera sabía por qué estaba llorando, pero sentía que algo en su interior estaba cambiando, que algo trataba de liberarse.

Emoción. Control. Temor. Pesar.

Estaba perdiendo la cabeza. Nikos la estaba volviendo loca. No recordaba a ningún hombre que la hubiera afectado tanto. Quería pensar que se debía a lo arrogante y insufrible que era, pero sabía que eso no era todo.

No era su aspecto, ni su físico.

No era la química.

Era él.

El duro y fiero alfa herido en algún momento de su vida que estaba decidido a vivir solo, apartado del mundo...

Pero aquello no estaba bien. Nikos merecía algo mejor. Y el bebé también merecía algo mejor. El bebé merecía una familia... una madre...

El bebé...

Se llevó la mano vientre y lo acarició como para tranquilizarlo. Pobre bebé...

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

¿Qué había hecho?

Aquella tarde no subió a la terraza. No pudo. Estaba demasiado afectada, demasiado abatida.

Todo se estaba desmoronando. Ella se estaba desmoronando.

Había empezado a sentir y la realidad de aquellos sentimientos estaba resultando abrumadora.

Había firmado docenas de contratos. Había asegurado que estaba preparada para renunciar a sus derechos como madre porque estaba ayudando a alguien a cumplir su sueño de ser padre.

Pero ahora que había conocido al padre...

A las diez y media alguien llamó a su puerta y dijo a través de esta que dejaba una bandeja con algo de comer en la mesa que había en el pasillo.

Pero Georgia no tenía hambre y no se molestó en salir. En lugar de ello decidió darse una ducha. Después se puso un pijama y se metió en la cama con sus libros, decidida a distraerse de algún modo.

Media hora más tarde volvieron a llamar y supo que era Nikos. Se levantó y fue abrir. Al verlo en el umbral sintió que su corazón se encogía de un modo extraño. El mero hecho de tenerlo ante sí hacía que se sintiera aturdida.

Nikos alzó una ceja.

—Tienes un aspecto terrible —dijo a la vez que la miraba de arriba abajo.

—Gracias —replicó Georgia con toda la ironía que pudo.

—Has estado llorando.

—Sin parar —Georgia se permitió mirar a Nikos con tanta atención como él la estaba mirando a ella—. ¿Por qué vistes siempre de negro? ¿Acaso eres un rebelde, o un fuera de la ley?

Nikos ignoró el sarcasmo.

—No has comido nada.

—No tengo hambre.

—Puede que tú no, pero seguro que el bebé sí.

—El bebé está perfectamente.

La expresión de Nikos se ensombreció.

—No hagas eso.

Georgia alzó levemente la barbilla.

—Lo único que hago es tratar de sobrevivir, y te aseguro que no es fácil. Tú no eres precisamente fácil.

—Nunca dije que lo fuera.

—Gracias. Ese comentario ha supuesto una gran ayuda.

Nikos se volvió para tomar la bandeja, entró con ella en la habitación y la dejó sobre la mesa.

—Come —dijo a la vez que señalaba la silla.

Georgia no se movió.

—No quiero comer. No me siento capaz de hacerlo.

—No te lo estoy preguntando. Te lo estoy ordenando.

—¡Eso no va a ayudar!

—¿Y qué ayudaría?

—No lo sé, pero desde luego, no que te comportes como un matón. Eso solo servirá para enfadarme aún más.

—Y no queremos eso —dijo Nikos a la vez que pasaba un brazo tras su cintura y la atraía hacia sí.

Georgia experimentó un cálido estremecimiento al sentir sus pechos presionados contra el de Nikos y los fuertes muslos de este entre los suyos.

–Deja de luchar contra mí –murmuró él con voz ronca antes de besarla.

Fue un beso de castigo, de dominio, para recordarle que él era el jefe, el hombre, y que aquella era su casa. A pesar de todo, aquello no hizo más que intensificar la llama que se había encendido en el interior de Georgia.

Había pasado por demasiado en la vida como para permitir que alguien la tratara como a su felpudo. Nikos no iba a tomar nada de ella. Ella lo tomaría de él. Lo utilizaría. Transformaría su agresión en placer.

Se puso de puntillas, lo rodeó por el cuello con los brazos y entreabrió los labios para dar la bienvenida a su beso.

Nikos deslizó las manos hasta sus caderas y la sujetó con fuerza para hacerle sentir la urgente presión de su erección.

Incapaz de contenerse, Georgia dejó escapar un delicioso gemido de excitación.

Mientras Nikos introducía la lengua en su boca para acariciar con enloquecedora delicadeza la suya, Georgia se frotó contra él, anhelando intensificar el contacto, sentirse aún más cerca, más unida a él.

–Esto es una locura –murmuró Nikos a la vez que alzaba una mano para tomar uno de sus pechos y acariciarle el pezón con el pulgar.

El placer fue tan intenso que Georgia sintió que las piernas le temblaban. Nikos deslizó la mano hasta su cadera y luego hasta el interior de su muslo. Cuando apoyó la palma contra el sensible centro de su sexo y comenzó a acariciarla, Georgia tuvo que aferrarse con más fuerza a su cuello para no caerse.

Era una sensación maravillosa sentirse acariciada de aquel modo, y era evidente que Nikos sabía cómo hacerlo. Georgia cerró los ojos cuando introdujo la mano bajo el elástico del pantalón de su pijama y la deslizó tras la curva de su trasero. Sintió que su sexo se comprimía y se humedecía y frotó instintivamente sus pechos contra el de Nikos.

No llevaba nada debajo del pijama, y en lo único que lograba pensar era en cuánto le habría gustado sentir el contacto directo de sus pieles. Sentía una deliciosa mezcla de placer e insatisfacción, y quería más, pero Nikos no parecía tener prisa. Trató de ser paciente, de saborear la sensación de sus caricias en la sensible piel de su curvilíneo trasero, pero por dentro se estaba derritiendo y anhelaba encontrar la liberación.

Unos momentos después Nikos volvió a introducir la mano entre sus piernas. Tras deslizar con enloquecedora lentitud un dedo a lo largo de su sexo, le entreabrió delicadamente los labios. Georgia comenzó a temblar de nuevo y tuvo que apoyarse contra él mientras sus pensamientos se volvían totalmente incoherentes y una intensa sensación de satisfacción se adueñaba de su cuerpo.

—Estás tan húmeda, tan caliente... —murmuro él a la vez que inclinaba la cabeza para morderle el cuello y luego besarla en el mismo sitio.

Siguió acariciándola hasta que ella prácticamente le clavó las uñas en el pecho. Entonces introdujo un dedo en su sexo y comenzó a moverlo con una habilidad que asombró a Georgia. Casi parecía saber lo que necesitaba incluso antes de que ella lo sintiera.

—Nikos —murmuró roncamente contra sus labios.

Él introdujo aún más profundamente su dedo y Georgia cimbrió las caderas sobre él a la vez que lo tomaba con ambas manos por el rostro y lo besaba casi con desesperación, como si estuviera tomando el último aliento que quedara sobre la tierra. Entonces, sin dejar de penetrarla, Nikos comenzó acariciarle delicadamente el clítoris con el pulgar.

Aquello bastó para que Georgia comenzara a estremecerse y alcanzara el clímax de manera casi repentina e intensísima. El orgasmo recorrió su cuerpo con una oleada tras otra de enloquecedor placer.

Después, durante casi un minuto, permaneció apoyada contra el pecho de Nikos, escuchando los fuertes latidos de su pecho mientras trataba de normalizar su respiración.

No sabía por qué era todo tan explosivo entre ellos, pero nunca había experimentado una química semejante con ningún otro hombre.

Finalmente logró apartarse un poco de él y lo miró, incapaz de pensar en nada que decir.

La mirada que le devolvió Nikos fue intensa, oscura, misteriosa. Su expresión manifestaba una mezcla de dureza y abatimiento.

—Dilo —murmuró, tenso, a la vez que sacaba la mano de entre las piernas de Georgia y le subía el pantalón.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó ella, desconcertada.

—Que me he aprovechado de ti, que te he forzado, que te doy asco.

—Pero no me has forzado, y no me das ningún asco —Georgia alzó una mano para apoyarla contra el pecho de Nikos, pero él la sujetó por la

muñeca para impedírselo.

Luego, sin decir nada, la soltó, giró sobre sus talones y salió dando un portazo.

Nikos se pasó dos días evitándola.

Georgia se dijo que no debería haberle sorprendido que se hubiera apartado de ella de aquella manera. Pero decirse aquello no bastó para hacerle asimilar con más facilidad su rechazo.

Lo que había sucedido en el dormitorio entre ellos había sido muy intenso, tanto física como emocionalmente, y aunque no podía negar que la reacción de Nikos le había dolido, estaba segura de que él tampoco lo estaba pasando bien.

Tenía que haber algún motivo para su empeño en vivir en aquella remota isla, alejado del mundo, de la gente. Ella se sentía rechazada, abandonada, pero no había duda de que él estaba luchando con sus propios demonios.

Finalmente, tras dos días de silencio y distancia, decidió salir a buscarlo. Lo encontró en lo alto de la montaña, en la pista de aterrizaje, corriendo. Lo estuvo observando casi cinco minutos sin que él la viera. Estaba haciendo carreras cortas a toda velocidad, como si lo estuviera persiguiendo el diablo.

¿Qué le habría sucedido? ¿Por qué sufría de aquel modo? Era evidente que se sentía culpable por algo. Y una actitud de autocastigo como aquella podía revertir muy negativamente en la educación de su hijo.

Avanzó por la pista hasta la zona por la que estaba corriendo Nikos, que se detuvo bruscamente al verla. Tenía la camiseta empapada de sudor y jadeaba. Miró un momento por encima del hombro de Georgia y luego volvió a centrarse en ella.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He venido caminando.

—Es una subida bastante empinada.

—Me lo he tomado con calma —Georgia se cruzó de brazos para protegerse de la fresca brisa que hacía en la cima.

Nikos la contempló con expresión distante, sin ninguna calidez.

Georgia se obligó a esbozar una sonrisa para reprimir las ganas de llorar.

—Estoy preocupada por ti, Nikos —dijo.

—No tienes por qué preocuparte por mí. Ni yo ni mis asuntos te conciernen.

—Mis pesadillas han empeorado.

Nikos frunció el ceño al escuchar aquello.

—¿Y yo formo parte de tus pesadillas?

—Anoche sí.

—¿Qué hacía?

—Nada. No hacías nada, y ese era el problema. El bebé lloraba y lloraba y no lo tomabas en brazos ni lo consolabas, y yo solo podía observar lo que sucedía sin moverme...

—De manera que el sueño no tenía nada que ver con tu familia ni contigo.

Georgia sintió que se le encogía el corazón.

—Estoy preocupada por ti y por cómo serán las cosas cuando me vaya. No puedes huir de lo que sea que estés huyendo, Nikos. Hay que enfrentarse...

—No necesito sermones —interrumpió Nikos secamente.

Georgia suspiró.

—Me preocupa lo que veo. Hay momentos en los que noto que estás presente, atento, pero hay otros en los que te noto tan distante, tan lejos, que me asusta. No es esta la clase de vida que había imaginado para el bebé. No tienes familia y vives aquí completamente aislado. No creo que eso vaya a ser bueno para el niño.

—Tengo servicio.

—Eso está muy bien, al menos si no te importa que acaben convirtiéndose en su familia, abuelos, tíos...

—Son solo empleados.

—¿Y no quieres que tu hijo tenga algo más? ¿No quieres que tenga una familia que lo quiera y lo cuide?

—Yo lo querré y lo cuidaré.

—El amor implica estar presente y accesible. Pero en cuanto surge una dificultad tu tiendes a retirarte, a encerrarte en ti mismo. Y eso hará sufrir al niño.

—No deberías proyectar en él lo que sucede entre nosotros.

—¿Por qué no?

—Porque las cosas serán distintas.

—Tal vez. O tal vez no. Pero después de lo que he visto me preocupa que el niño no obtenga la suficiente atención cuando tú te aísles. Me preocupa

que pueda sentirse solo. Debería tener a alguien más alrededor, Nikos, otras personas que lo quieran.

—Yo no crecí en la típica familia numerosa y tradicional. Mi hijo no echará nada de menos.

Georgia no dijo nada. ¿Qué habría podido decir?

—¿No me crees? —preguntó Nikos.

Georgia se encogió de hombros para tratar de ocultar su frustración.

—Los niños necesitan una comunidad. Necesitan sentirse seguros y protegidos.

—Yo me ocuparé de eso.

—¿Y si te sucediera algo? ¿Quién se ocuparía de él?

—No va a sucederme nada.

—¡Eso no puedes saberlo! No eres Dios. Eres un simple mortal, como...

—Creo que es hora de que dejes el tema, Georgia —interrumpió Nikos en tono cortante—. No sé a qué viene todo esto. A fin de cuentas el niño es mío, no tuyo. ¿O acaso sientes remordimientos por la decisión que tomaste?

Georgia estuvo a punto de reír al escuchar aquello. ¿Remordimientos? Lo cierto era que se sentía devorada por la culpabilidad. ¿Cómo había podido llegar a creer que podría hacer aquello, que podría concebir a un hijo para luego renunciar a él?

—Llevo a tu hijo dentro —dijo con toda la frialdad que pudo—, y lo protejo con cada aliento que tomo.

—Pero es «mi» hijo, no tuyo y, por tanto, no es algo de lo que debas preocuparte. Supongo que sopesaste adecuadamente las cosas antes de firmar el contrato y aceptar el dinero. Hace meses que renunciaste a tus derechos sobre el bebé y nunca podrás recuperarlos.

Georgia sintió ganas de abofetear el rostro de Nikos. Era un hombre duro, implacable, odioso, y su arrogante tono encajaba con su expresión.

Tuvo que esforzarse para seguir ante él sin llorar o gritar. Trató de demostrarle con la mirada que no la asustaba, que solo lo veía como a un hombre, no como a un dios, un hombre que había sufrido y que había sobrevivido retando al mundo con su dureza, su frialdad, su intransigencia.

Y no estaba dispuesta a derramar una sola lágrima por alguien así. ¿Pero realmente iba a ser capaz de dejar en sus manos a un recién nacido?

—Estás enfadada —dijo Nikos.

–Estoy furiosa –replicó Georgia con la voz vibrante a causa de la emoción–. Y ofendida.

–¿Porque te estoy recordando los hechos? ¿Porque te obligo a reconocer la verdad?

–Porque convertiste el beso que nos dimos en mi habitación en algo feo y sórdido. Hiciste que me sintiera muy bien cuando me besaste y me acariciaste, pero de repente te apartaste de mí y te volviste odioso. Te has convertido en un monstruo, como el Minotauro en el laberinto. Ahora quieres aplastarme, pero no te lo voy a permitir. Puede que sea una mujer y que no tenga tu tamaño ni tu fuerza, pero sé que soy más fuerte que tú. No pienso desmoronarme. Y no pienso permitir que destroces a nuestro hijo.

Tras decir aquello, Georgia se dio la vuelta y se alejó rápidamente, casi corriendo, como si así pudiera escapar de Nikos, de la verdad.

Amaba al bebé que llevaba dentro.

Aquel bebé era suyo.

En cuanto llegó a su habitación y se detuvo, Georgia se sintió enferma, fría y acalorada a la vez, y experimentó unas náuseas incontrolables. Tuvo que correr al baño para no devolver allí mismo.

El corazón se le rompería si se veía obligada a renunciar al bebé. Nunca volvería a ser la misma, y no sabía cómo seguir adelante con aquello.

Y no se debía solo a la dureza y frialdad de Nikos. De hecho, aquello no tenía nada que ver con él, sino con ella misma. Amaba al bebé. Lo amaba y hablaba con él por las noches, y también le hablaba desde su corazón durante el día...

Comenzó a llorar mientras se vaciaba su estómago.

Después se aferró débilmente al borde del lavabo mientras trataba de recuperar el aliento. Pero las lágrimas no cesaron de manar. Había hecho un pacto con el diablo. A pesar de todos sus razonamientos, el precio que iba a tener que pagar por lo que iba a hacer era inasumible.

Se había repetido miles de veces que el bebé que llevaba dentro no era suyo, que no era su hijo, pero aquello no era más que una gran mentira.

Claro que el bebé era suyo.

Y lo amaba con todo su corazón.

–Esto no es bueno.

Georgia se volvió al escuchar la áspera voz de Nikos resonando en el baño. Frotó las lágrimas de sus ojos con la manga.

—¿Has vuelto a tirar la puerta? —preguntó roncamemente.

—He utilizado la llave.

—Gracias.

Nikos desapareció del umbral y reapareció un instante después con un vaso de agua.

—Aclárate la boca y sal a hablar conmigo en el cuarto de estar cuando estés lista.

Georgia hizo lo que le había dicho y salió del baño. Nikos señaló el sofá.

—Siéntate.

Georgia habría querido decirle que no fuera tan mandón, pero no se sentía con energía suficiente para hacerlo, de manera que se limitó a sentarse. Nikos se sentó frente a ella con las manos en las caderas.

—No me gusta verte así. No es bueno...

—Para el bebé —interrumpió Georgia—. Soy consciente de ello. Yo tampoco quiero provocarle ninguna clase de tensión.

—Iba a decir que no es bueno para ti.

Georgia no supo qué contestar. Se limitó a mirar a Nikos mientras sentía el caos de emociones que latían en su interior.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó él—. No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? ¿Que me besaste y me acariciaste y luego te fuiste como si te repugnara? Creo que ya es hora de que hablemos de verdad, Nikos, sin intimidaciones, sin vergüenzas, sin amenazas. Háblame. Tengamos una conversación auténtica.

—Eso no se me da bien —replicó Nikos, reacio.

—Se mejora con la práctica, y aunque no quieras hacerlo por mí, hazlo por el bien de tu hijo. Él va a necesitar que no te encierres en ti mismo en cuanto te sientas amenazado.

—¡No me siento amenazado!

—Te aterrorizan las emociones.

—Eso no es cierto.

—Huyes de la intimidad como un adolescente asustado.

—¿Qué?

—Es cierto. Pero no tienes por qué temer los conflictos, Nikos. Mantener una conversación auténtica y sincera puede ser desagradable, pero no es el

fin del mundo. No significa que tengamos por qué odiarnos o dejar de ser amigos.

—¿Somos amigos? —preguntó Nikos con una penetrante mirada de sus ojos negros.

Georgia tuvo que pensar un momento antes de contestar.

—Al menos creo que deberíamos serlo. Sería la única manera de superar esto, la única manera en que me sentiría capaz de seguir adelante.

—De manera que tienes dudas.

—No sé qué clase de mujer sería si no las tuviera. Siento al bebé moviéndose dentro de mí. Está dando unas patadas mientras hablamos. Cuando me voy a la cama se activa. Es como un juego... —la emoción hizo que Georgia se sintiera incapaz de seguir hablando.

Nikos se sentó a su lado y asintió lentamente.

—No te estoy poniendo las cosas precisamente fáciles, ¿verdad?

—Nada en esta situación es fácil —Georgia hizo un esfuerzo por sonreír—. No sé cómo vamos a salir de todo esto de una pieza.

—Me pones nervioso cuando dices eso.

—Y tú me pones nerviosa cuando te imagino aislando al niño del mundo. Prométeme que lo llevarás de viaje, que tendrá aventuras, que sabrá lo que es la vida fuera de Kamari.

Nikos la miró a los ojos.

—Lo prometo.

Georgia parpadeó para alejar las lágrimas.

—Bien.

—Y también seré un buen padre para él. Lo querré y lo protegeré.

—Solo eres realmente peligroso cuando te aíslas y desapareces en tu mundo. No me gustan tu aspereza ni tu frialdad cuando te enfadas, pero lo peor es tu distanciamiento emocional. Se parece mucho al rechazo, al abandono, y nadie quiere eso.

—Me he apartado de ti para no hacerte daño

—Solo me haces daño cuando te apartas. Has desaparecido durante dos días después del increíble momento que pasamos en esta habitación. Y eso duele. ¿Por qué hiciste algo así después de la intimidad que habíamos compartido? ¿Por qué me castigas?

—No te estoy castigando a ti, sino a mí mismo. Debería haber tenido más control. No debería haberme aprovechado de ti.

—No te aprovechaste de mí. Yo me aproveché de ti. Quería que hicieras todo lo que hiciste, y más —al ver el destello que iluminó la mirada de Nikos, Georgia asintió—. Me encantó lo que me hiciste. Eres increíble. Me hiciste sentir tan bien... Pero de repente te fuiste y me sentí muy avergonzada porque pensé que verme disfrutar de aquel modo te había asqueado...

—¡No! Claro que no. Te deseaba. Quería llevarte a la cama para desnudarte y...

Nikos se interrumpió y se pasó una mano por el pelo.

Georgia esperó, pero supo que no iba a decir nada más.

—Discúlpame por ser tan franca, pero a mí eso me suena realmente bien.

—¿Y si te hubiera hecho daño?

—¿Mientras me hacías el amor? ¿Sueles estrangular o pegar a las mujeres?

Nikos la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¡No!

—Entonces, ¿qué es lo que haces?

—Soy muy... carnal.

—¿Y eso es malo? —Georgia no sabía demasiado al respecto. El sexo era sexo y le gustaba, pero nunca había tenido una experiencia especialmente erótica—. ¿Se supone que debe escandalizarme?

—Te deseo. Quiero estar contigo. Quiero meterte en mi cama y tenerte allí horas, acariciándote, saboreándote, haciendo que te estremezcas de placer. Pero eso complicaría las cosas entre nosotros, y creo que ya están bastante complicadas, ¿no te parece?

Georgia sentía el pulso latiendo con fuerza en las venas. Y se le había secado la boca.

—Sí.

—Por eso trato de mantenerme alejado de ti, para no besarte, para no meter las manos bajo tu ropa y acariciarte donde quiero acariciarte, para no sentir tus jadeos mientras llegas...

Georgia abrió los ojos de par en par y tragó con esfuerzo. Se sentía caliente y húmeda entre las piernas.

—Te gusta el sexo.

—Desde luego —afirmó Nikos—. Pero tú me gustas aún más, y tengo que contenerme para hacer lo correcto.

—De manera que toda esta tensión se debe a que me estás evitando porque me deseas. Y yo me siento sola porque quiero estar contigo.

—No soy yo lo que te falta.

—Claro que sí. Me gustas, Nikos. Incluso cuando eres odioso.

—No puedo gustarte. Apenas me conoces.

Georgia alargó una mano y la apoyó en el brazo de Nikos.

—En ese caso, deja que te conozca.

—¿Y en qué nos ayudaría eso? Ambos sabemos que esto va a acabar.

—Exacto. Ambos sabemos que va a acabar. No voy a quedarme en Grecia. Mi mundo y mi vida están en Atlanta, y la tuya está aquí. Ninguno de los dos busca una relación. Solo tratamos de mantener la cordura, de sobrellevar lo mejor posible una situación realmente complicada y tensa.

—No tiene por qué ser tensa si cada uno permanece en un lado de la casa.

Georgia rio sin humor al escuchar aquello.

—¿Acaso soy la única realista que hay aquí? No voy a poder seguir así tres meses más.

—Pero debemos hacerlo.

Georgia bajó la mirada, embargada por un cúmulo de emociones que apenas lograba controlar.

—Podría volverme loca.

Nikos se levantó y se puso a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Solo tendremos que esforzarnos más en mantener las distancias.

Georgia sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Ya me siento muy aislada y sola. Me siento atrapada. No estoy acostumbrada a vivir así. Necesitamos un descanso, hacer algo que alivie esta situación. ¿No podríamos ir a algún sitio mañana?

—¿Has nadado hoy? Ayer no nadaste. Eso te sentaría bien.

—No quiero nadar.

—Siempre puedes dar un paseo.

—Ya estoy cansada de dar paseos —replicó Georgia, enfurruñada—. Me sé de memoria los senderos de la isla. Ya lo he visto todo. Necesito un cambio. Sácame de esta roca, por favor. Llévame a ver algo nuevo...

—Podrás ir a donde quieras en cuanto hayas dado a luz.

—¡Pero aún faltan tres meses!

—Creía que tenías que estudiar.

—Y estoy estudiando varias horas al día. Pero me siento presa. ¿No me dijiste que tenías un barco? Podríamos ir a Amorgós, o a Santorini. Necesito salir, ver algo...

—No.

Incapaz de contenerse, Georgia rompió a llorar.

—Necesito ver a alguien más, hablar con alguien. Ya he entendido por qué quieres huir de lo que hay entre nosotros, pero me siento sola. Me siento abrumada...

Nikos mascullo una maldición en griego y volvió a sentarse a su lado.

—No llores —dijo con voz ronca a la vez que frotaba las lágrimas de las mejillas de Georgia con el pulgar—. Si lloras haces que quiera consolarte y besarte, pero si te beso no seré capaz apartarme de ti, de dejarte ir.

Capítulo 8

DOS DÍAS después fueron en lancha a Amorgós.

Durante el trayecto, Nikos habló de las islas, de su milenaria cultura, de los volcanes aún activos que había en varias de ellas, como Milos, Santorini y Nisyros.

—Algún día deberías ir Santorini a visitar la excavación de Akrotiri, en Thera. Hay un museo en el que se exponen los objetos encontrados y algunos de los frescos más impresionantes que existen. Algunos historiadores opinan que Akrotiris es el lugar en que se basa la historia de la Atlántida de Platón.

—Me encantaría ir.

—Sería una pena que te lo perdieras. Podrías ir en junio, antes de regresar a los Estados Unidos.

—Ya sabes que me espera el examen. ¿Por qué no me llevas tú uno de estos días?

—No va a haber más salidas.

—No digas eso, por favor. Aún faltan tres meses. No puedes mantenerme encerrada todo ese tiempo en tu roca.

—Yo no voy a Santorini.

—Pero acabas de decirme que es un lugar fascinante.

—Y lo es. Al menos para otros. Pero yo no voy allí —Nikos miró un momento hacia el horizonte antes de añadir—: Y antes de que empieces a estropear con tus preguntas este día, deja que te diga que fue allí donde murió mi mujer. Nunca voy a Santorini.

Georgia enmudeció. Era la primera vez que Nikos mencionaba a su mujer, y lo había hecho sin el más mínimo rastro de ternura en la voz. Tan solo había percibido en su tono hielo. Y dolor.

Quería saber más, pero estaba claro que no era el momento. No quería estropear aquella excursión. Ya empezaba a sentirse mejor por el mero hecho de haber salido de Kamari y, aunque Amorgós solo estuviera a unos

veinte kilómetros de esta, se sentía animada ante la perspectiva de poder pasear por el pueblo y ver a otras personas antes de regresar al barco.

Y resultó que había bastante más que hacer de lo que había creído en Katapola, el puerto principal de Amorgós. No había muchas tiendas, desde luego, pero le encantó pasear por las estrechas calles del pueblo, cuyas casas pintadas de blanco refulgían bajo la luz del sol con un cielo intensamente azul de fondo.

Pasearon por la bahía, llena de pequeños y coloridos barcos de pesca. El paseo que daba a esta estaba lleno de pintorescos cafés y tabernas, y Nikos propuso que entraran en una panadería para enseñarle las diferentes clases de pan y la repostería típica de la zona.

Georgia notó que la mujer que había tras el mostrador dedicó una fría mirada a Nikos cuando lo vio entrar, aunque él no pareció haberlo notado mientras pedía una selección de pasteles.

Tras salir a la calle, estaba a punto de preguntarle por el extraño comportamiento de la mujer cuando Nikos abrió la caja, sacó un pastelillo y se lo dio a probar.

—¿Y bien? ¿Está bueno?

Georgia se frotó las migas de los labios y sonrió.

—Está delicioso.

—Pensaba reservarlos para luego, pero son demasiado tentadores —Nikos sacó otro pastelillo, lo partió en dos y le dio la mitad.

Georgia no logró metérselo en la boca sin que prácticamente se le deshiciera entre las manos.

Nikos la miró con expresión divertida.

—Tienes los dedos llenos de miel.

—No por mucho tiempo —contestó ella, y siguió sonriendo mientras se lamía lentamente los dedos.

Al ver cómo se oscurecía la mirada de Nikos sintió que los latidos de su corazón arreciaban.

—Te ofrecería probar un poco —dijo—, pero no sé si resultaría apropiado.

—Te encanta torturarme.

—Desde luego —replicó Georgia, sin comprender por qué le estaba gustando tanto provocarlo.

—¿Por qué?

—Es divertido.

Nikos la tomó por el brazo mientras se alejaban de la entrada de la panadería y de un grupo de mujeres que los miraba con curiosidad.

—No es divertido —murmuró—. Apenas logro mantener las manos quietas cuando estoy a tu lado.

Georgia volvió a sonreír.

—Ya lo he notado.

—Estamos aquí para distraernos de todo eso.

—Con «todo eso» te refieres a nosotros dos, ¿no?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, pero todo lo que hay es «nosotros», juntos, y nos acompaña vayamos donde vayamos. No es Kamari. Además, no es precisamente una isla romántica, sino un trozo de árida roca.

—No tiene por qué ser romántica. Es mi hogar.

—Estás muy gruñón, Nikos. ¿Qué te pasa?

Nikos dejó de caminar y se situó frente a Georgia.

—Estoy deseando quitarte toda la ropa y acariciar cada centímetro de tu piel, y estás haciendo que me resulte prácticamente imposible olvidar cuánto te deseo.

—Pues no te esfuerces tanto.

—Georgia...

—Busca una habitación en algún sitio y hazme el amor. Puede que te sientas mucho mejor cuanto te liberes de esa necesidad.

—Basta —murmuró Nikos.

—Solo trato de ayudarte.

—Pues no me estás ayudando. Sé que hacerte el amor una vez no me bastaría. Simplemente me volvería más hambriento. Si quisieras ayudarme me estarías haciendo preguntas sobre la isla, sobre su pasado...

—Pero lo que me interesa eres tú. Quiero saber más sobre ti.

—Georgia —Nikos pronunció su nombre lenta y roncamente y, a continuación, como atraído por un imán, la rodeó con un brazo por la cintura y la atrajo hacia sí para besarla.

Fue un beso ardiente, de una brusca suavidad. Apenas tuvo que esforzarse para hacer que Georgia entreabriera los labios y buscar su deliciosa y cálida lengua.

Ella se estremeció y presionó su cuerpo contra el de él para disfrutar de la sensación de su musculosa y viril figura.

Una mujer mayor que pasó junto a ellos murmuró algo en griego y Nikos dio por concluido el beso. Su expresión era casi de arrepentimiento cuando se apartó de Georgia.

—¿Qué ha dicho? —preguntó ella, aún sin aliento.

—Que nos buscáramos una habitación.

Georgia dejó escapar una risita tonta.

—¿Lo ves? Te lo había dicho.

Nikos volvió a tomarla del brazo para reanudar su paseo.

—Estamos de visita turística y tengo intención de enseñarte todas las iglesias de la isla. Dentro de un par de horas comeremos algo y luego regresaremos a Kamari, donde pienso dejarte encerrada por tu propio bien.

Georgia volvió a reírse.

Nikos frunció el ceño.

—Hablo en serio.

—Ya lo sé, y eso hace que me gustes aún más —Georgia le palmeó el brazo como si fuera un niño al que estuviera reconviniendo—. Cuando no estás gruñendo o dando órdenes eres un hombre muy agradable y un acompañante estupendo.

—No trates de camelarme.

—Demasiado tarde —dijo Georgia con otra sonrisa—. Ya está sucediendo. Ya te tengo camelado.

—Eso es una gran exageración —replicó Nikos, pero estaba sonriendo.

Y Georgia sintió que su corazón se henchía porque, cuando la miraba así, se sentía como si hubiera ganado la lotería.

Unas horas más tarde, tras salir de un viejo monasterio que acaban de visitar, Nikos sugirió que tomaran un taxi de vuelta al puerto.

Georgia no pareció especialmente entusiasmada con la idea.

—¿Tenemos que volver en coche? ¿No podríamos regresar dando un paseo?

—Tardaríamos más de veinte minutos andando.

—Yo preferiría caminar. Creo que me vendrá bien estirar las piernas. Me siento un poco mareada.

Nikos asintió lentamente y miró a su alrededor

–La verdad es que hace un día muy agradable y es un placer sentir la primavera en el aire.

Georgia sonrió, enlazó su brazo con el de Nikos y empezaron a caminar.

–Por fin siento que estoy en Grecia –dijo con un suspiro.

–Me alegro de que estés contenta.

–¿Por qué no nos quedamos aquí a pasar la noche?

–Debemos regresar.

–¿Por qué? Tú eres el jefe. Tú dictas las reglas.

Nikos no había visto a Georgia nunca en aquella actitud desde que la había conocido. Parecía más animada, más cálida, más feliz.

–Solo estamos a una hora de Kamari. Es demasiado cerca como para no volver.

–Pero eso hace que sea aún más divertido. Estamos teniendo unas mini vacaciones... y ahora podemos hacer que la aventura sea aún mayor.

–¿Y dónde nos quedaríamos?

–Estoy segura de que hay un montón de hoteles.

–No estamos en temporada turística, y la mayoría estarán cerrados.

–Seguro que encontramos alguno abierto.

–Si es así, seguro que te llevarías una decepción. No será nada lujoso y las habitaciones serán pequeñas y espartanas.

–Está claro que no quieres quedarte.

–Prefiero la comodidad de mi cama –asintió Nikos–. Y la intimidad.

–¿No te cansas nunca de la rutina? ¿No necesitas un cambio de vez en cuando?

–No, pero está claro que tú sí –replicó Nikos, aunque era evidente que no estaba enfadado. De hecho, estaba encantado. Le resultaba imposible no sentirse atraído por Georgia, que estaba resplandeciente a la luz del sol y tenía las mejillas sonrosadas.

La deseaba más de lo que nunca había deseado a cualquier mujer, pero no quería hacerle daño. No quería romperla.

Y no debía hacerlo.

Estaba embarazada. No podía correr riesgos con ella. No solo por el bien de su hijo, sino por ella misma.

Georgia le importaba. Le importaba mucho.

Nada más conocerla había pensado que era una mujer fría, distante y bella. Pero se había equivocado. No era en absoluto fría. Era cálida,

inteligente y compleja. Había mucha variedad en ella, muchas sorpresas. Podía ser feroz y ferozmente divertida. Aún estaba asombrado por la soltura y el humor con que lo había provocado al salir de la pastelería. Le había resultado imposible resistirse a ella cuando lo había mirado como lo había hecho.

¿Qué hombre habría podido resistir aquella mezcla de sol y miel?

No podía tenerla... aunque eso no significara que no la deseara casi dolorosamente.

Para reprimir su palpitante erección, llamó la atención de Georgia hacia las ruinas que había en una colina cercana.

—El castillo veneciano.

—¿Un castillo veneciano en Grecia?

—Hay docenas de ellos. Venecia ha jugado un papel muy importante en la historia de Grecia. Aún hay muchas fortalezas y pueblos amurallados en las islas y en tierra firme.

—No tenía ni idea.

Se estaban acercando a la base de la colina en la que se hallaban las ruinas de la fortaleza y Georgia frunció la nariz.

—No vamos a subir, ¿verdad?

—Sería peligroso. No te dejaría subir ni aunque quisieras.

—¿Significa eso que tenemos que volver al puerto?

—Podemos picar algo en Chora antes de volver.

—También podemos buscar un hotel...

—Georgia..

—Nunca me he alojado en un hotel griego. Nunca he comido en un restaurante griego.

—Pero sí has almorzado.

—Hemos tomado aceitunas, ensalada y queso, y me ha encantado, pero quiero algo más. Quiero probar más comida y ver más cosas. Estamos en Grecia.

—Lo sé.

—Es excitante, Nikos. Me estás ofreciendo un buen recuerdo para llevarme a casa.

Nikos sabía que no se refería a Kamari, sino a Atlanta. Sintió que el corazón se le encogía. No quería pensar en junio. No quería pensar en la marcha de Georgia.

Permaneció en silencio un largo momento mientras contemplaba las brillantes luces del pueblo cercano.

–Tomaremos dos habitaciones –dijo.

Georgia sonrió traviesamente.

–No hace falta, al menos si te preocupa el dinero.

–No me preocupa el dinero. Pero necesitamos dos habitaciones. Por tu bien.

–Yo confío en ti.

–Eso está muy bien, pero yo no me fio de mí mismo.

Georgia rio.

Encontraron dos habitaciones en un pequeño hotel en el centro del pueblo. No era especialmente bonito ni lujoso, como había dicho Nikos, pero todo estaba muy limpio. Aunque no fueran contiguas, a Georgia le alegró que sus habitaciones estuvieran en el mismo pasillo, una cerca de la otra.

Después caminaron hasta un restaurante cercano que estaba casi vacío.

–Van a pensar que somos turistas estadounidenses –murmuró Nikos mientras se sentaban.

–Yo soy estadounidense, y tú puedes simular ser un turista griego.

–No.

Georgia rio.

–¿No quieres ser un turista?

–No.

Georgia volvió a reír.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó Nikos–. Hoy eres todo risas y buen humor.

–Lo estoy pasando muy bien –Georgia alargó una mano y tomó la de Nikos–. Y espero que tú también.

Nikos trató de fruncir el ceño.

–También estás muy afectuosa.

–Creo que hay un rincón de tu duro corazón al que le gusta que lo esté.

Nikos esbozó una sonrisa.

–Puede que un poco.

Georgia le apretó la mano con ternura.

–Lo suponía.

Durante la cena hablaron de lo que habían hecho y visto durante el día. Georgia manifestó su entusiasmo por el colorido blanco y azul de las casas, de sus puertas y ventanas, de las cúpulas de las iglesias, que transformaban las poblaciones espartanas en encantadoras postales.

–Ya sabemos que yo lo he pasado muy bien –dijo finalmente–, pero ¿y tú?

–Yo también he disfrutado del día.

–¿Y no lamentas que te haya forzado a salir de Kamari? Sé cuánto te gusta tu isla.

–Y yo creo que ahora estás tratando de provocarme.

–Hay que mantener la excitación.

–Hmm. De manera que eres una rebelde ¿no?

Georgia permaneció un momento pensativa y luego asintió.

–Supongo que sí. No, sé que lo soy. Pero eso fue lo que me salvó la vida. Dejar a mi familia, irme de África. Si no me hubiera empeñado en volver a los Estados Unidos habría muerto con ellos. Y Savannah también.

–¿No te asustaba ir sola a una gran universidad en los Estados Unidos?

–Quería ir, y también quería hacer todo aquello sobre lo que hasta entonces solo había leído. Acudir a fiestas, al cine, tener citas, divertirme...

–¿Y te divertiste?

Georgia asintió.

–Me encantó. Y animé a Savannah a seguir mis pasos –suspiró y volvió la mirada hacia la ventana mientras recordaba el día en que se enteró de la tragedia. Había oído algo en las noticias aquella mañana, pero no había imaginado que los misioneros asesinados pudieran ser sus padres. No lo supo hasta más tarde, cuando Savannah la llamó.

Aquel día cambió todo.

Ella cambió.

Su rebeldía interior, su espíritu libre y aventurero, murieron aquel día junto a su familia, y maduró de la noche a la mañana, convirtiéndose en la persona que Savannah necesitaba a su lado. Alguien fuerte y audaz. Alguien con confianza, centrado. Georgia prometió a Savannah que todo iría bien, que lo único que debía preocuparle era terminar sus estudios en el instituto, porque ella se ocuparía de todo lo demás. Y así lo había hecho.

–Decidí hacerme donante de óvulos porque pensé que era algo positivo – dijo en voz baja–. Sabía que sería duro, pero me pareció el modo más práctico de conseguir ingresos. Y necesitábamos dinero. Pero alquilar el útero es algo... muy distinto.

–Háblame de ello –dijo Nikos.

Georgia negó con la cabeza.

–Prefiero que hablemos de otra cosa. Me estoy poniendo triste, y no quiero. Se supone que estamos de vacaciones. Centrémonos en cosas felices, ¿de acuerdo?

Capítulo 9

NIKOS pagó la cuenta y al salir sugirió que regresaran paseando al hotel. Georgia asintió y trató de ocultar su decepción.

–Yo te he contado por qué decidí convertirme en donante de óvulos y madre de alquiler. Ahora te toca a ti contarme por qué elegiste ese camino para tener familia –dijo en el tono más animado que pudo mientras caminaban.

Nikos permaneció un momento en silencio y finalmente asintió.

–De acuerdo. ¿Qué te parece si subimos a charlar un rato a mi habitación? Tiene un pequeño balcón y podemos abrir las puertas para que entre un poco de brisa mientras hablamos –tras permanecer otro momento callado, y para sorpresa de Georgia, añadió–: Mi mujer y yo no teníamos una buena relación. Nuestro matrimonio fue tenso desde el principio. Elsa no era feliz y creía que un bebé arreglaría las cosas. Yo pensaba que solo las empeoraría.

–¿Y por eso te negaste a tener un hijo con ella?

–No. Para poder concebir un hijo hay que dormir juntos, y Elsa no me permitía acercarme a ella.

–¿Por qué no? –preguntó Georgia de inmediato, aunque enseguida se arrepintió de su indiscreción–. Disculpa. No tienes por qué contestar a eso si no quieres.

–No me importa hablarte de ello, pero será mejor que esperemos a llegar al hotel.

Una vez en la habitación de Nikos, Georgia no pudo evitar experimentar una repentina timidez al ver la cama.

Tras abrir las puertas del balcón, Nikos fue por la botella de agua que había en la mesilla de noche y sirvió un poco en los dos vasos que había sobre una cómoda.

–Salud –dijo a la vez que ofrecía uno de los vasos a Georgia, que lo alzó antes de beber.

—Por un gran día con un nuevo amigo, Nikos Panos —brindó.

Nikos le dedicó una sonrisa que a ojos de Georgia no resultó precisamente platónica.

—Siéntate aquí —dijo a la vez que señalaba una silla acolchada que había junto a la cama—. Parece el asiento más cómodo que hay en la habitación.

Cuando Georgia ocupó la silla, Nikos se tumbó en la cama con la espalda apoyada contra el cabecero.

—¿De verdad somos amigos? —preguntó sin apartar la mirada de ella.

—Creo que deberíamos serlo. Así la atracción resultaría más lógica.

—Tú también la sientes, ¿no?

Georgia asintió.

—La he sentido todo el día. Ni siquiera necesito mirarte para sentirla. Podemos estar riendo sobre cualquier cosa, pero sé que si me tocaras o me besaras estaría perdida. Querría más besos.

—Hmmm —murmuró Nikos mientras asentía lentamente—. La verdad es que no te pareces nada a Elsa. A ella no le gustaba que la tocara. No quería que lo hiciera. Se sentía incómoda haciendo el amor, al menos, tal como se lo hacía yo.

Georgia comenzaba a comprender.

—Supongo que fue ella la que hizo que empezaras a cuestionarte a ti mismo.

—Ya no se trataba de hacer el amor, sino de sexo, y ahí empezaron los problemas.

—¿Qué sucedió?

—Dejamos de dormir juntos. Cada uno tenía su habitación. Pasamos así un año entero.

—¿Y también eran así las cosas antes de casaros?

—Nos casamos muy pronto tras conocernos. Nos besábamos y acariciábamos, pero Elsa quería esperar a que estuviéramos casados para tener relaciones sexuales completas, y así lo hicimos.

—¿Y después de casaros no quiso tenerlas?

—Pensé que necesitaba tiempo, que aquello era demasiado nuevo para ella. Pero me dijo que no se trataba de eso, que el problema era yo. Siempre estaba enfadado, gritando o asustándola.

Georgia frunció el ceño.

—¿Y era así?

—Con el paso del tiempo empecé a sentirme más y más frustrado. Puede que le gritara un par de veces, pero nunca fui cruel. Jamás la traté con maldad. Pero me negué a liberarla de su votos matrimoniales, y ahora sé que eso fue un error. Debería haberle dejado ir. Debería haberme divorciado de ella. Habría sido lo mejor. Pero entonces yo aún era joven. Tenía veintiséis años y una esposa preciosa de la que me sentía orgulloso. No estaba dispuesto a renunciar a aquello así como así.

—Supongo que a muchas personas les pareció que estabas siendo un buen marido que luchaba por sacar adelante su matrimonio.

Nikos se encogió de hombros.

—Luché por él demasiado tiempo. Debería haber dejado mi orgullo a un lado antes.

—O haber tenido el bebé. ¿Crees que eso habría ayudado?

—No lamento esa decisión. Fue la correcta. Elsa y yo hablamos de tener hijos y formar una familia desde el principio, pero yo quise esperar a que nuestra relación mejorara. Odiaba lo tóxica que era. No era saludable, y tampoco lo habría sido para un hijo. Después Elsa murió y yo me vi lamentando la muerte de mi esposa y la pérdida de la familia que ya nunca tendríamos.

—¿Y no habría sido más fácil volver a casarte? ¿Empezar de nuevo?

—No quería volver a casarme. Y sigo sin querer hacerlo. Pero sí quería ser padre, y estoy deseando serlo.

—El matrimonio no tiene por qué ser malo. El de mis padres fue muy sólido, y siempre estuvieron enamorados.

—¿Cómo lo sabes?

—Por lo afectuosos que eran entre sí y lo cálida que era su relación. Mi padre era muy protector con mi madre, pero también muy respetuoso. Mi madre solía decirnos que seríamos muy afortunadas si llegáramos a encontrar un hombre tan amable, delicado y amoroso como mi padre. Lo adoraba. Y él le hacía reír, algo que me fascinaba, porque mi madre siempre fue una mujer muy seria. Casi nunca reía con nosotros, pero mi padre lograba hacerle reír a menudo —Georgia se interrumpió unos momentos mientras su mente se llenaba de imágenes y recuerdos—. Eran amigos —continuó tras un suspiro—. Y amantes, por supuesto, pero la base de su relación era la amistad y el respeto, y eso es lo que yo siempre he querido. Alguien a quien le guste, me respete y me trate como a una igual.

–Eso suena muy norteamericano.

–¿El deseo de ser tratada como una igual?

–En Grecia no vemos así el matrimonio. No se trata de igualdad, sino de cumplir con tu papel. Ser un buen marido. Ser una buena esposa. Es más fácil que pedir o exigir que hombres y mujeres sean iguales.

–¿Y tu mujer estaba al tanto de tu punto de vista?

Nikos se encogió de hombros.

–Apenas hablábamos de cosas importantes. A Elsa le encantaba la moda, salir de compras y decorar la casa. Yo me ocupaba de trabajar o ofrecerle dinero.

–¿Era guapa?

–Sí.

–¿Qué aspecto tenía?

–Era alta, esbelta y rubia.

–¿Por eso buscaste una donante alta, esbelta y rubia?

–Sí.

Georgia permaneció un momento en silencio. El hecho de que Nikos hubiera buscado una mujer tan parecida a su esposa debía significar que la había querido mucho. Estuvo a punto de interrogarlo al respecto, pero se contuvo.

–Creo que ya hemos hablado suficiente sobre mí –dijo Nikos–. Hablemos de algo más interesante ahora. De ti.

–No soy interesante.

–No estoy de acuerdo –Nikos giró en la cama para quedar sentado en el borde y luego hizo un gesto a Georgia para que se acercara.

Georgia, que había estado deseando estar más cerca de él todo el día, experimentó un repentino pánico. Una cosa era anticipar la seducción y otra ser seducida.

Nikos captó sus dudas.

–¿Has recuperado el sentido? ¿Has comprendido que esto sería un error?
–preguntó en un tono ligeramente burlón.

–Me siento un poco nerviosa –admitió Georgia.

–¿Por qué?

–Porque tus besos siempre son maravillosos y muy placenteros, pero siempre acabo pagando un precio por ellos.

–No tengo intención de volver a esconderme de ti. A partir de ahora vas a verme como soy. Bueno. Malo. Feo.

–No eres malo ni feo.

–Eso aún no lo sabes.

–Mi instinto casi nunca me engaña.

Nikos esbozó una sonrisa mientras volvía a hacer un gesto para que Georgia se acercara.

–Ven aquí, *gynaika mu...* Quiero besarte.

–¿Solo besarme?

–Eso lo dejaré a tu criterio. Tu controlas la situación. Si quieres que nos besemos, nos besamos. Si quieres que te haga llegar con la boca, lo haré. Si quieres que te penetre, también lo haré. Estoy a tus órdenes. Así que ven. Estoy impaciente por tenerte en mi regazo.

Georgia se levantó y avanzó lentamente hacia él.

–Pero creía que era yo la que controlaba la situación...

Nikos la tomó por la muñeca y le hizo sentarse a horcajadas sobre él.

–Después del primer beso. Deja que te bese adecuadamente, como he estado deseando hacerlo todo el día –dijo a la vez que tomaba su rostro entre las manos–. Eres tan preciosa, tan excitante...

El beso fue suave, casi dulce, y Georgia se lo devolvió del mismo modo. Pero de pronto se convirtió en un incendio que le hizo abrir los labios para ofrecerse por completo a las caricias de la lengua de Nikos.

Mientras sentía que la cabeza empezaba a darle vueltas, lo rodeó con los brazos por el cuello. Entonces Nikos giró hacia la cama y la dejó tumbada sobre el colchón. Sin dejar de besarla, deslizó una mano por debajo de su blusa y tomó en ella uno de sus pechos.

Georgia se arqueó hacia él y gimió cuando comenzó a acariciarle un pezón con el pulgar.

–Ya conoces muy bien mi cuerpo –murmuró cuando Nikos se inclinó para besarle el pezón a través de la blusa y el sujetador. Cuando se lo mordisqueó, Georgia dejó escapar un gritito.

Nikos alzó de inmediato la cabeza.

–¿Demasiado?

Georgia miró sus ojos, oscuros, brillantes, preciosos.

–No, claro que no.

–¿Quieres más?

–Lo quiero todo.

–Tal vez será mejor que de momento nos limitemos a los besos. Así podrás cambiar de opinión.

–No voy a cambiar de opinión.

–Ya veremos –dijo Nikos a la vez que le subía la larga falda.

Su boca siguió a su mano y dejó un rastro de besos en la parte alta de sus muslos. Georgia llevaba unas pequeñas braguitas de encaje que se asentaban bajo la curva de su vientre y Nikos acarició su monte de Venus a través del encaje antes de deslizarla entre sus piernas, donde ya estaba húmeda.

Cuando le hizo separar las piernas, y a pesar de llevar aún las braguitas, Georgia se sintió totalmente desnuda y expuesta ante él. Enseguida sintió que deslizaba una mano desde una de sus caderas hasta la rodilla y luego de vuelta, dejando un rastro de fuego a su paso.

Mientras la acariciaba la contemplaba con un posesivo brillo en la mirada, con una carnal voracidad.

El corazón latía desbocado en su pecho y cuando Nikos se inclinó para besarla en la parte interior de los muslos cerró los ojos. La acarició con los labios sobre la tela y luego retiró ligeramente esta para deslizar la lengua con enloquecedora delicadeza por los labios de su sexo. Las cosas que le hizo con su lengua hicieron que Georgia se sintiera prácticamente incapaz de respirar. La acarició, la lamió, la penetró y, cuando se centró en su clítoris, Georgia alcanzó el orgasmo con tal intensidad que dejó escapar un prolongado grito de placer a la vez que tomaba a Nikos por los hombros, desesperada por tocarlo, por tenerlo más cerca.

–Increíble –murmuró cuando Nikos se tumbó a su lado y la rodeó con un brazo–. Tú eres increíble.

Disfrutó del contacto con su poderoso cuerpo mientras los latidos de su corazón iban calmándose, pero cuando se relajó se dio cuenta de que aún estaba vestida y de que, a pesar de que Nikos le había dado mucho placer, no era exactamente aquello lo que había esperado que sucediera.

–Necesitamos desvestirnos –susurró antes de besarlo en el hombro y deslizar una mano por su pecho.

Nikos la besó en lo alto de la cabeza.

–Creo que este sería un buen momento para que te fueras a tu cuarto.

—No, aún no puedo —Georgia alzó el rostro hacia él y le ofreció sus labios—. Ni siquiera hemos empezado.

—No quiero que luego tengas que arrepentirte.

—De lo único que podría arrepentirme sería de no hacerte el amor.

—Tengo más cicatrices.

—Ya las he visto. No son nada.

—Sí son algo.

—Yo creo que son preciosas. Forman parte de ti.

Mientras Nikos se levantaba para cerrar las puertas del balcón, Georgia se desnudó y luego permaneció tumbada contemplando cómo lo hacía él.

Abrió los ojos de par en par cuando se quitó los calzoncillos y su miembro emergió largo, grueso y impresionantemente erecto. Experimentó un ligero temblor de miedo cuando regresó a la cama y se tumbó a su lado.

Aunque aquello había sido idea suya, no pudo evitar sentirse repentinamente nerviosa. O tal vez era la excitación.

Nikos la abrazó y la estrechó contra su costado.

—¿Estás nerviosa? —preguntó.

Georgia asintió.

—Un poco.

—No tenemos por qué hacer nada.

—Lo sé.

Georgia apoyó una mano sobre el pecho de Nikos y la deslizó por sus poderosos pectorales. Sabía que sus cicatrices estaban más arriba, en su hombro, y llevó la mano hasta allí. Aunque sintió cómo se tensaba, siguió acariciándolo.

—Tienes un cuerpo muy excitante —murmuró.

—¿No te repugnan las cicatrices?

—¿Cómo iban a repugnarme? Forman parte de ti.

—Seguro que vas a ser una magnífica doctora.

Georgia se entristeció de pronto al recordar lo pasajero que iba a ser aquello, que solo estaban pasando el tiempo hasta que llegara junio.

Nikos debió sentir su cambio de actitud, porque le hizo tumbarse de espaldas y se irguió sobre un codo para poder mirarla.

—No tenemos por qué hacer esto.

Dijo aquello en un tono casi sombrío, serio, y Georgia deslizó las manos arriba y abajo por sus brazos.

—Oh, sí, claro que sí.

—¿Por qué?

—Porque quiero estar contigo. Porque quiero saber lo que es ser tu mujer.

Nikos se quedó momentáneamente sin aliento.

Georgia quería saber lo que era ser su mujer.

«Su mujer».

Hacia tiempo que estaba convencido de que no iba a haber otra mujer para él. De que no merecía tener otra mujer.

—Hace mucho que no estoy con ninguna mujer —dijo, casi con aspereza—. Años.

—¿Desde Elsa?

—Sí.

—¿Te gusta el celibato?

—Es mejor que hacer daño a alguien.

Georgia le acarició el pecho mientras lo miraba a los ojos.

—No vas a hacerme daño.

—¿Cómo puedes estar segura de eso?

—Porque eres un buen hombre, porque eres honesto. Y porque, aunque no seas perfecto, me gustas mucho.

Nikos inclinó la cabeza para besarla en los labios, y luego en la barbilla, y más abajo. Georgia alzó el rostro para facilitarle el acceso a su cuello y suspiró de placer. Lo acarició mientras la besaba, deslizó las manos por su estómago, su cadera y su muslo antes de rozar con los dedos su palpitante erección.

Nikos apretó los dientes y contuvo la respiración cuando lo rodeó con la mano y comenzó a moverla delicadamente arriba y abajo. Fue todo lo que pudo hacer para no derramarse allí mismo, sobre ella, para contenerse mientras lo acariciaba.

—Eres impresionante —susurró Georgia.

—Veamos si recuerdo cómo se hace esto —Nikos la tomó de la mano y le hizo alzar ambos brazos por encima de la cabeza mientras se situaba entre sus muslos.

Georgia dejó escapar un ronco y prolongado gemido mientras él la penetraba lentamente.

—¿Te duele? —preguntó, quedándose repentinamente quieto.

—No, no. Me gusta... me gusta mucho.

Nikos esbozó una sonrisa.

–Eso es alentador, pero creo que puedo hacer que te sientas mucho, mucho mejor.

Y eso hizo.

Georgia despertó en plena noche y se sorprendió momentáneamente al sentir un brazo rodeándola por la cintura. Entonces recordó dónde estaba, lo que habían hecho y lo increíblemente satisfactorio que había sido.

Necesitaba ir al baño, pero no quería despertar a Nikos. Permaneció unos minutos quieta, diciéndose que en realidad no necesitaba ir, aunque no era cierto.

–¿Qué sucede? ¿Quieres volver a tu habitación?

Georgia se volvió hacia Nikos, al que apenas pudo ver en la penumbra reinante.

–No quería despertarte.

–No he dormido.

–¿Qué horas es?

–Las dos y media o las tres.

–¿Por qué no has dormido?

–He estado disfrutando del placer de tenerte a mi lado, abrazada. ¿Y por qué te has despertado tú?

–Creo que el pequeño me ha dado una patada para recordarme que tengo que ir al baño.

–Esta noche he sentido cómo se movía.

–¿En serio?

–Sí.

–¿Y qué te ha parecido?

–Es asombroso. Un milagro –la voz de Nikos se volvió más ronca cuando añadió–: He pensado que tú eres un milagro.

Georgia se irguió en la cama y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

–Me alegra mucho que por fin hayas podido notar cómo se mueve. Es bastante increíble ¿verdad?

–Sí –Nikos la tomó de la mano y se la llevó a la boca para besarla–. La vida cambiando.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

POR LA mañana, mientras desayunaban en una pequeña cafetería cercana al puerto, Georgia volvió a fijarse en la frialdad casi desdeñosa con que algunas de las personas que estaban cerca de ellos miraban a Nikos.

—Noto un ambiente un tanto peculiar a nuestro alrededor —comentó tras echar un vistazo.

Nikos la observó un momento antes de hablar.

—Es una forma delicada de decirlo.

—¿Tú también lo has notado?

—Por supuesto. No me quieren ver por aquí.

—¿Por qué?

—Se sienten incómodos.

—¿Por qué?

Nikos se encogió de hombros.

—Me llaman *tras*. *Thirio*.

—¿Qué quiere decir?

—Monstruo —Nikos suspiró y dudó antes de añadir—: Bestia
Georgia frunció el ceño, conmovida.

—¿Qué? ¿Por qué?

Nikos se señaló el rostro.

—Por esto.

—Pero eso es ridículo. Son quemaduras. Sufriste un accidente...

—A la gente le molesta que yo sobreviviera y mi mujer no.

—¿Conducías tú?

—No. Ni siquiera estaba en el coche.

—Entonces ¿cómo pueden culparte?

—Es una isla pequeña. Aunque vivo muy cerca, soy un extraño para ellos.

—Me cuesta creer que ese sea el motivo por el que te llaman esas cosas horribles.

—Soy un excéntrico.

–Sí, lo eres. Pero eso no justifica tanta crueldad.

–No lo sé. Ya me da igual. Me limito a tratar de no venir. Por eso casi nunca salgo de Kamari.

Georgia tragó con esfuerzo, conmovida por todo lo que estaba escuchando, y comprendiendo cada vez mejor el deseo de Nikos de estar solo.

–¿Y cómo llegaron a conocer tu existencia y la de Elsa? ¿No os conocisteis en Atenas?

–No. Elsa era noruega estaba pasando aquí unas vacaciones con unas amigas de Oslo. Alquilaron una villa para el verano y conoció a un pescador local muy atractivo llamado Ambrose. Se enamoraron. Él le propuso matrimonio y ella se quedó. Ya estaba planeada la boda cuando nos conocimos.

–Y abandonó a Ambrose por ti.

–Sí.

–Y la gente se puso del lado de Ambrose.

–Sí.

–Y cuando Elsa murió en el accidente, te culparon.

Nikos esbozó una sonrisa por completo carente de humor.

–Tú lo has dicho.

–Es horrible.

–Sí, lo soy.

Georgia volvió a fruncir el ceño.

–Tú no eres horrible. La historia es horrible. Y ellos son horribles. No eres una bestia ni un monstruo...

–No los culpo. Elsa ya no está y mírame a mí.

–Te miro y pienso que eres precioso –dijo Georgia, y a continuación sorprendió a todo el mundo inclinándose hacia Nikos y besándolo abiertamente en los labios–. Volvamos a Kamari –añadió después–. Estoy cansada de jugar a los turistas.

De regreso en Kamari, Nikos desapareció en su cuarto para ducharse y ponerse a trabajar, y Georgia hizo lo mismo, aunque no logró concentrarse en sus estudios.

Fuera llovía y el ruido de las gotas en la ventana la distrajo. Se dijo que debía estudiar. El examen era importante. Su futuro era importante. Sus metas no habían cambiado. Sus prioridades seguían siendo las mismas. ¿O no?

De pronto le resultó imposible verse a sí misma de regreso en Atlanta. No se veía regresando a la facultad como si nada de aquello hubiera pasado.

Incómoda ante la perspectiva de su futuro, incapaz de contestar a las preguntas que se estaba planteando, se esforzó en leer el libro que tenía ante sí. Tenía que estudiar. Debía hacerlo. Lo único que podía controlar en aquellos momentos era la preparación de su examen.

Ya que estaba lloviendo, aquella noche se reunieron para beber algo en la biblioteca. Nikos había encendido el fuego de la chimenea y el ambiente reinante en la habitación era cálido y muy acogedor.

Hizo que Georgia se sentara en un cómodo sillón a un lado de la chimenea y él ocupó otro al otro lado. El tamborileo de la lluvia contra la ventana era casi música y Nikos no recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan a gusto, tan cómodo.

Georgia estaba mirando el fuego y él aprovechó la oportunidad para contemplarla.

Era preciosa. Y era una mujer única, valiente, frustrante, provocativa, fuerte, maravillosa.

–Eres increíblemente bonita.

No se dio cuenta de que había dicho aquello en alto hasta que Georgia se volvió hacia él con una sonrisa en los labios.

–Tengo la sensación de que las rubias de ojos azules son tu tipo –dijo, divertida.

–Mi tipo eres tú. El mundo está lleno de rubias, pero solo hay una Georgia Nielsen.

Tras cenar algo en la biblioteca, fueron a la habitación de Nikos. Georgia sintió la impaciencia de este mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

–Nunca había estado aquí –dijo mientras miraba a su alrededor. La habitación era sencilla, con una gran cama de elegante diseño en medio, las mesillas de noche a juego y una deslumbrante araña de cristal en el techo.

–Parece veneciano –dijo Georgia.

–Lo es. Tengo debilidad por el diseño veneciano.

–Puede que corra sangre veneciana por tus venas.

Nikos la tomó con delicadeza por el brazo y la atrajo hacia sí.

–Sé que te tengo a ti en mi sangre –murmuró antes de besarla.

Aquello fue todo lo que hizo falta para que el incendio comenzara. Nikos profundizó el beso a la vez que deslizaba una mano hacia abajo por la espalda de Georgia hasta la curva de su trasero, donde la detuvo para atraerla hacia él y hacerle sentir la fuerza de su erección.

Georgia se frotó contra él con un suspiro y Nikos deslizó una mano entre sus cuerpos para acariciarla con dedos expertos.

–¿Estás húmeda? –susurro junto a su oído.

–Sí.

–¿Muy húmeda?

–Podrías tomarme ahora mismo y me correría en un instante...

–Eres demasiado fácil –dijo Nikos mientras la mordisqueaba en el cuello–. Deberíamos convertir esto en un reto. No dejarte llegar...

–No, no sería justo.

–Obligarte a esperar.

–Sería una tortura.

–Pero eso haría que el orgasmo fuera aún mejor.

–Me temo que no sobreviviría.

Nikos rio con ronca suavidad.

–Prometo que sobrevivirás. Jamás te haría daño ni permitiría que te sucediera nada.

–Tú me has sucedido –dijo Georgia, que se quedó momentáneamente sin aliento cuando Nikos deslizó una mano bajo su sujetador y tomó entre sus dedos uno de sus erectos pezones. El placer fue muy intenso y le hizo sentir una especie de desesperación salvaje.

Hasta que había conocido a Nikos no había sabido realmente lo que era ser acariciada. Era un maestro de la sensualidad, de la seducción, y ella quería aceptar todo lo que estuviera dispuesto a darle, consciente de que, probablemente, aquello era todo lo que podrían llegar a tener.

–No sé si voy a poder aguantar mucho tiempo –susurró.

Nikos la tomó en brazos para tumbarla en la cama y, a la vez que la iba desnudando, la acarició, la besó, la lamió. Georgia cerró los ojos cuando se detuvo entre sus muslos y, tras hacerle separarlos, besó con enloquecedora

delicadeza los labios de su sexo. Sintió que su cuerpo se derretía de placer y, en cuanto comenzó a acariciarle el clítoris con la lengua, alcanzó el orgasmo. No pudo evitarlo. Nikos sabía cómo darle placer y ella sentía demasiado.

—A eso me refería —dijo Nikos en un tono divertidamente burlón mientras se situaba tras ella—. No hay reto.

—¿Preferirías que no me corriera?

—Preferiría que te corriera muchas veces —murmuró Nikos a la vez que empujaba un muslo de Georgia hacia delante para penetrarla por detrás. Ella estaba húmeda y él duro y tenso como una roca. Georgia suspiró cuando se enterró profundamente en ella para luego retirarse de nuevo hasta casi salir. Protestó y él rio con suavidad antes de volver a penetrarla. Después, mientras repetía una y otra vez aquel movimiento la rodeó con un brazo para acariciarla en el centro de su deseo.

El placer fue creciendo de nuevo, gradualmente. Georgia comenzó a jadear, muy cercana al orgasmo, pero luchó por contenerse, por no ceder, deseando prolongar el placer lo más posible.

Hacer el amor con Nikos era una experiencia increíble, poderosa, eléctrica, que parecía transformar sus cuerpos en un solo cuerpo, sus corazones en un solo corazón.

Y entonces fue incapaz de pensar en nada excepto en la intensa y brillante sensación que recorrió su cuerpo en oleadas hasta llevarla a un nuevo y demoledor clímax. Su cuerpo pareció estallar y ante sus ojos y en su mente bailaron cientos de diminutas, fulgurantes y incandescentes estrellas.

Aquello era el cielo. El cielo en la tierra.

Nikos siguió contemplando a Georgia con expresión embelesada hasta que se quedó dormida. Después la besó en la frente y se tumbó, maravillosamente abrumado por emociones que estaba experimentando.

Cuando se casó con Elsa creía saber lo que era el amor y cómo sería su matrimonio. Había imaginado una relación como la de sus padres, tradicional, práctica.

Pero su matrimonio con Elsa fue una continua fuente de conflicto. Su muerte supuso una conmoción, pero no una sorpresa. Lo había amenazado

tantas veces con hacerse daño a sí misma, con hacerle daño a él, con hacer algo terrible...

Aún se preguntaba por qué se habría casado Elsa con él. ¿Por su dinero? ¿Por su apellido? ¿Habría creído que podía intercambiar un griego atractivo por otro así como así?

Nunca lo sabría. Y no quería saberlo. Ni siquiera quería volver a pensar en ella.

Su muerte, su manera de morir, casi lo habían destruido. Pero de pronto se sentía preparado para dejar atrás su pasado, para estar con Georgia.

Georgia era una mujer fuerte, apasionada, valiente, con convicción.

Su fuerza lo había liberado. El intenso sentimiento que tenía de sí misma le permitía a él ser quien realmente era: un hombre, no un monstruo.

El hecho de que Georgia lo hubiera aceptado lo había cambiado todo, había hecho que en su interior renaciera la esperanza por una vida a la que ya creía haber renunciado para siempre.

Una esposa, hijos, una familia.

Le propuso matrimonio durante la cena del día siguiente.

—Cásate conmigo, *agapi mu* —dijo cuando acababan de tomar el postre.

Georgia parpadeó y se quedó mirándolo, conmovida.

Nikos pensó que tal vez debería haber sido menos directo y sonrió al ver su expresión.

—Hagamos de esto algo permanente —añadió—. Quédate conmigo. Cásate conmigo...

—¿Qué?

—Estamos muy bien juntos. Nos complementamos. Creo que podríamos ser felices juntos.

Georgia siguió mirándolo, perpleja.

—Creo que sería una buena solución —continuó Nikos con cautela, lamentando estar siendo tan pragmático, tan poco romántico—. Tú, yo y nuestro hijo podríamos formar una familia.

Georgia se levantó con los ojos abiertos de par y una expresión asustada.

—Eso no funcionaría, y lo sabes.

—¿Por qué no? Yo te gusto. Tú me gustas. Hemos creado un bebé juntos. ¿Por qué no ser una familia?

Los ojos de Georgia se llenaron de lágrimas.

—No es tan sencillo.

—Claro que lo es.

—Nikos, tengo exámenes, tengo que pasar por el periodo de prácticas como residente. Aún falta tiempo para que llegue a ser doctora.

—Puedes esperar a que el bebé crezca para seguir estudiando y haciendo las prácticas.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

Georgia negó con la cabeza, evidentemente aturdida.

—Necesito tomar un poco el aire —dijo a la vez que se encaminaba a la terraza.

—Está lloviendo.

Georgia cambió de dirección hacia la puerta.

—En ese caso me voy a mi habitación.

Nikos salió tras ella y la tomó por un brazo para impedir que empezara a bajar las escaleras.

—¿Por qué estás tan disgustada? Puedes decir no. No tienes por qué ponerte así. Jamás te forzaría a hacer nada que no quisieras.

Georgia negó con la cabeza. Se sentía confundida, arrinconada.

Había sido feliz aquellos últimos días. Más feliz de lo que nunca habría podido llegar a imaginar. Y no quería dejar a Nikos ni al bebé, pero aquello no significaba que la respuesta fuera el matrimonio.

Apoyó una mano contra el pecho de Nikos, sin saber muy bien si quería empujarlo o atraerlo hacia sí.

—Tengo que terminar mis estudios, Nikos. Tengo que terminar lo que he empezado.

—Pero si te casas conmigo no tendrás por qué trabajar. Puedes dedicarte a ser madre y...

—¡Nikos! —Georgia cerró un puño y lo golpeó una vez con firme suavidad en el pecho—. ¡Nunca he querido ser madre! Siempre he querido ser médico, y aún sigo queriéndolo. Quiero seguir adelante con la vida que tengo planeada.

Nikos la soltó y Georgia corrió a su cuarto.

Una vez allí se acurrucó en la cama y abrazó una almohada.

Lo que acababa de decirle a Nikos no era completamente cierto.

Quería ser madre. Quería formar parte de la vida del bebé. Pero renunciar a toda su vida en Atlanta, a sus planes, a sus sueños...

¿Pero cómo iba a renunciar a Nikos y al bebé?

No había lágrimas para un dilema como aquel. Los interrogantes y decisiones que implicaba eran demasiado grandes, demasiado abrumadores.

Y ahora Nikos iba a pensar que no lo quería, que no amaba realmente al hijo que llevaba dentro...

¿Cómo podía arreglar aquello? ¿Qué podía hacer?

De pronto vio que Nikos estaba a los pies de la cama. Ni siquiera le había oído entrar.

—Georgia...

—No estoy lista para hablar.

—De acuerdo. No hables. Pero escúchame. Apoyo totalmente tu deseo de llegar a ser médico. Creo que deberías terminar tus estudios.

Georgia se irguió en la cama.

—¿Qué?

—Creo que podemos encontrar un modo de que esto funcione. Tú, el bebé, yo y tus estudios.

—¿Cómo?

—Hay cosas llamadas aviones, hoteles, casas, internet...

—No hay internet en Kamari.

—Tal vez merezca la pena gastarse un par de billones para que lo haya.

Georgia rio.

—Tiene que haber otra solución. Eso es demasiado dinero.

—Estoy seguro de que podemos encontrar una solución. Al menos si seguimos juntos.

—Sí —Georgia bajó de la cama, rodeó con los brazos la cintura de Nikos y lo atrajo hacia sí para besarlo—. Tal vez deberíamos volver a la cama y hablar de nuestras opciones.

—Veo que tienes un apetito realmente voraz, *gynaika mu*.

Georgia esbozó una sugerente sonrisa.

—¿Vas a empezar a quejarte de las actividades carnales, Nikos?

Nikos dejó escapar una risa profunda, ronca, cargada de sensualidad.

—Eso nunca —dijo, y a continuación tomó a Georgia en brazos para tumbarla en la cama.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

EL SIGUIENTE mes fue sin duda el más feliz de la vida de Georgia, y la llegada de la primavera reforzó aquel sentimiento de bienestar.

Estaba locamente enamorada. Y era muy consciente de que hasta que había conocido a Nikos no había sabido realmente lo que era el amor. Tras seis semanas en Grecia llegó a pensar que algún día podría vivir allí, ser feliz allí, aunque estaba decidida a acabar sus estudios antes.

Sonrió y palmeó su abultado vientre antes de levantarse del sillón en el que había estado estudiando. Para distraerse un rato fue a recoger la cesta con la ropa limpia que una empleada de servicio había dejado allí hacía un rato.

Encima del montón de ropa había una foto enmarcada. Era una foto de Nikos y de ella. Nikos tenía un brazo sobre sus hombros y ambos sonreían a la cámara.

Georgia frunció el ceño al notar algo extraño en ella. No recordaba la foto. Ni la ropa que llevaban...

Tal vez porque aquella rubia no era ella.

Era otra mujer, alta, esbelta, rubia...

Y las cicatrices de Nikos no estaban en su rostro.

Dejó caer la foto, horrorizada.

Aquella mujer era Elsa.

Nikos se estaba cambiando en su dormitorio después de correr cuando la puerta se abrió de par en par. Al ver a Georgia en el umbral, lívida como la cera, se acercó de inmediato a ella, preocupado.

—¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien? ¿Llamo al médico?

Georgia se limitó a seguir mirándolo como si estuviera viendo un fantasma.

—¿Qué sucede, cariño? —insistió Nikos—. ¿Por qué no dices nada?

–Elsa –murmuró finalmente Georgia.

Nikos permaneció un momento en silencio, con el ceño fruncido.

–No entiendo. ¿Qué sucede con Elsa?

–Era idéntica a mí. Tú no me quieres a mí. La quieres a ella.

Nikos negó enfáticamente con la cabeza.

–Eso no es cierto.

–¿Entonces por qué es idéntica a mí? –preguntó Georgia a la vez que sacaba la foto de un bolsillo–. ¡Mírala! ¡Somos iguales! Podríamos ser la misma persona.

Nikos tomó la foto, aunque no necesitó mirarla. Aquella era la única foto que conservaba de Elsa. Ella se había ocupado de destruir el resto.

–¿Por qué no me lo habías dicho? –murmuró Georgia con lágrimas en los ojos–. ¿Por qué has jugado a este macabro juego conmigo? ¿Por qué no me has dicho la verdad?

–¿Qué verdad?

–Que aún estás enamorado de ella, que la echas de menos, que querías que este hijo fuera suyo...

–Pero eso no es así. No se trata de eso...

–¿Entonces de qué se trata?

Al ver que Nikos no parecía saber qué decir, Georgia giró sobre sus talones y comenzó a alejarse. Nikos corrió tras ella y la sujetó por un brazo.

–Deja que me duche y me vista. Solo necesito unos minutos. Luego te lo explico todo.

–No creo que puedas explicarme nada, Nikos.

–Al menos dame la oportunidad de hacerlo. Reúnete en la biblioteca conmigo dentro de cinco minutos, por favor.

Georgia esperó en la biblioteca, desolada. La burbuja en que había estado viviendo aquel último mes había estallado y su mundo y su vida habían quedado de pronto patas arriba.

Se volvió cuando oyó que Nikos entraba en la habitación. La mera idea de verlo le producía un dolor lacerante.

–Siéntate, por favor, Georgia –dijo él.

Georgia irguió los hombros, tensa.

–No quiero sentarme.

–Es una historia larga y complicada...

–Prefiero que me hagas un rápido resumen.

Nikos permaneció un momento mirándola.

–Ya me has juzgado.

–Es difícil ignorar ciertos hechos. No sé qué podrías decir para cambiarlos, para mejorar las cosas. Lo que está claro es que no puedo competir con ella.

–¡Pero no tienes que competir con ella!

–Para ti solo soy un doble de Elsa. Soy su gemela idéntica... es como si hubieras querido resucitarla –Georgia se sentía enferma, desesperada. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para controlar las náuseas–. Tú no me quieres a mí. La quieres a ella.

–Eso no es cierto. Y, para tu información, no te pareces nada a ella.

–¿Cómo que no? ¡No creo que sea casualidad que parezcamos idénticas! Tú querías tener un hijo con Elsa, no conmigo.

–No –Nikos masculló una maldición–. Sí...

Georgia sintió que el corazón se le subía a la garganta.

–Y era con ella con quien querías hacer el amor.

–No.

–No te creo.

–Puede que tengas su mismo aspecto físico, pero no te pareces nada a ella.

–Pero la amabas mucho.

–No... –Nikos se interrumpió, incapaz de negar aquello–. No me habría casado con ella si no la hubiera amado, pero lo que tenía con ella no se parecía en nada a lo que tenemos nosotros.

–Lo que teníamos –corrigió Georgia con aspereza–. Ya no hay nada para nosotros, Nikos. No hay un nosotros. Solo estás tú y los recuerdos que tienes de ella.

–Escúchame Georgia, por favor. Tú no eres Elsa. No sois gemelas. Es indiscutible que os parecéis, pero en cuanto te conocí supe que no te parecías nada a ella. Ella no era fuerte, como tú. No lo era. La vida resultaba demasiado dura para ella. El amor la decepcionó...

–Tal vez fuiste tú el que la decepcionó.

Nikos bajó la mirada.

—De eso estoy seguro —murmuró, y su voz surgió impregnada de pesar, de arrepentimiento—. Elsa se quitó la vida. Lo hizo delante de mí. Estrelló el coche contra el muro de nuestra villa en Santorini. El coche se incendió. Logré abrir la puerta para sacarla antes de que estallara, pero ya estaba muy mal herida. Murió antes de que llegara la ambulancia.

—¿Y cómo sabes que quería matarse? ¿Cómo sabes que no fue un accidente?

—Me dejó una nota —contestó Nikos, tenso—. Y cada año recibo por correo una carta suya en la que me dice cuánto me odia y me culpa por haber arruinado su vida.

Georgia abrió los ojos de par en par al escuchar aquello.

—Pero eso es imposible...

—Creo que ella escribió esa carta, pero sospecho que es Ambrose el que la fotocopió y se dedica a enviármela una vez al año en el aniversario de su muerte. Los dos primeros años cometí el error de abrirlas y leerlas. Ahora me limito a tirarlas.

—¿Qué dice la carta?

—En resumen, que soy un monstruo, que me odia con cada fibra de su ser, que espera que acabe ardiendo en el infierno...

—¿Y cómo es posible que quisieras el hijo de una mujer así? ¿Acaso querías castigarte a ti mismo recordándola a diario?

—Ya la recuerdo a diario. Las cicatrices de mi rostro se ocupan de ello. Y las cartas que llegan puntualmente cada dieciséis de agosto. Pero el bebé que llevas en tu vientre no es suyo. Es mío. El futuro es mío, y eso jamás podrá quitármelo... y tampoco pienso permitir que destroce lo que hay entre nosotros. Ya he perdido demasiado en el pasado, Georgia. No pienso perderte a ti también.

Todo aquello era demasiado que asumir, demasiado que procesar. Georgia trató de sortear la confusión de emociones y pensamientos que la estaban dominando.

—No logro entender nada, Nikos... no puedo. No quiero hacerte daño, pero todo esto es tan... extraño, tan terrible. No es normal.

—Muchas personas utilizan madres de alquiler. Es algo bastante común hoy en día.

—Entiendo que quisieras tener un hijo y que para ello prefirieras utilizar una madre de alquiler, ¿pero por qué tuviste que elegirla tan parecida a ella?

¿Por qué no elegiste alguna que te hiciera sentirte esperanzado y optimista, una mujer completamente distinta a ella?

—Y eso hice. Te elegí a ti.

—No entiendo.

—No te pareces nada a ella, Georgia. Puede que seas rubia y tengas los ojos azules, pero te elegí por tu mente, por tu espíritu, por tu fuerza interior, por tu afán por apoyar a tu hermana. En tu ficha aparecía la información sobre cómo creciste en África, sobre tus metas en la vida. Y yo quería a alguien así como madre de mi hijo. Quería una mujer fuerte, una luchadora. Quería que mi hijo heredara su corazón.

Georgia recordó de pronto que su padre solía decir aquello a su madre. «Espero que la niña herede tu corazón».

Cerró los ojos y contuvo un momento la respiración mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Aquello era demasiado. Demasiadas emociones, demasiada presión, demasiado conmoción y decepción.

—Di algo, Georgia —murmuró Nikos con delicadeza—. Háblame, *agapi mu*.

Georgia negó con la cabeza. No podía hablar. No quería llorar.

—Tú eres mi luz en la oscuridad... —la profunda voz de Nikos se rompió. Bajó la cabeza y se llevó el puño a la boca—. Por favor... No me expulses de tu corazón.

—Necesito pensar. Necesito tiempo —dijo Georgia que, consciente de que si seguía allí iba a desmoronarse, se encaminó hacia la puerta y salió.

Una vez en su dormitorio, cerró la puerta y apoyó contra esta una silla para impedir que Nikos entrara. Necesitaba estar a solas para sortear el laberinto de sus emociones, sus confundidos sentimientos.

Y de todo aquello, lo más importante era el bebé. Necesitaba ser protegido a toda costa. Nikos tenía razón. Ella era fuerte, una luchadora, y sobreviviría a lo que fuera necesario por el bebé. Necesitaba utilizar la lógica para tomar una decisión, no las emociones.

Y la lógica le decía que todo lo que estaba sucediendo allí era ilógico. Irracional. Aquel no era su sitio. Necesitaba irse de allí. La idea de marcharse era demasiado dolorosa porque sabía que si se iba nunca regresaría.

Pero lo único que sabía con certeza era que tenía que irse.

Y ser consciente de ello era devastador.

Sentía el corazón tan encogido en el pecho que apenas podía respirar. A pesar del dolor, de la confusión, había algo que estaba brutalmente claro: no podía quedarse allí.

Aún temblorosa, se cambió y preparó rápidamente el equipaje, incluyendo los libros y el portátil. Cuando terminó, salió de sus habitaciones.

Nikos ya no estaba en la biblioteca. Lo encontró fuera, en la terraza. Cuando, al escucharla, se volvió hacia ella, Georgia se obligó a no pensar en nada, a ser nada, a no querer nada. Era exactamente la misma mujer que había sido antes de llegar: una mujer independiente con un propósito muy claro en su vida.

Sobreviviría a aquello.

Había sobrevivido a cosas peores.

—Siéntate, por favor Georgia. Tenemos que hablar —dijo Nikos en un tono muy cercano al ruego.

Georgia apretó los dientes.

—No, Nikos. No voy a sentarme a hablar. Me voy. Adiós.

Nikos no ocultó su conmoción.

—¿Ni siquiera vas a dar una oportunidad a lo que hay entre nosotros?

—No hay un «nosotros», Nikos.

—Claro que lo hay, y hemos invertido demasiado en ello como para dejar que acabe así como así. Necesitamos hablar.

—Pero yo no quiero hablar. Lo que ha sucedido no es lo que yo creía que había sucedido. Tú no eres quien creía que eras.

Nikos permaneció en silencio.

—¿Cómo vas a irte? —preguntó, derrotado—. ¿Adónde irás?

—Me voy a Amorgós en tu barco. Ya pensaré en lo demás cuando esté allí.

—Se está haciendo tarde...

—Tengo tiempo de sobra para llegar si salgo ahora. Voy a bajar al muelle. Haz el favor de avisar a quien tengas que avisar para llevarme.

—No quiero dejarte ir. No voy a permitirte...

—No te queda más remedio, Nikos. No voy a quedarme. Si es necesario me iré nadando a Amorgós. Y te aseguro que no es un farol.

Nikos entrecerró los ojos.

–Ya lo sé. Pero te estás comportando de un modo demasiado impulsivo y dramático, *gynaika mu*.

Georgia se encogió de hombros.

–Me da igual lo que pienses. Y no me llames así. No soy tu mujer. Tan solo soy un vientre de alquiler para que puedas tener un hijo. Nada más y nada menos. Te avisaré cuando dé a luz. Por ahora eso es todo lo que necesitas saber.

Tras decir aquello, Georgia abandonó la terraza, bajó las escaleras y salió de la casa, ansiosa por alejarse lo más rápidamente posible, de Nikos, el único hombre al que había amado verdaderamente en su vida.

Capítulo 12

UNA VEZ en Amorgós, Georgia encontró un pequeño hotel en donde alojarse. Planeaba quedarse allí una sola noche, con intención de tomar al día siguiente el ferry a Santorini, pero resultó que el ferry solo hacía dos viajes a la semana y aún faltaban dos días para el siguiente. Aquello significaba que iba a tener que pasar dos noches más en el hotel. Desalentada ante la noticia, trató de concentrarse en sus estudios mientras esperaba y se esforzó por comer adecuadamente a pesar de no sentir ningún apetito.

La tercera noche, cuando ya solo quedaban unas horas para que pudiera tomar el ferry que la llevaría a Santorini, despertó a causa del dolor que le produjo una intensa contracción. Estaba en la semana número treinta y tres de embarazo y sabía que el parto era posible, pero estaba muy lejos de casa, y en Amorgós tan solo había una clínica.

Necesitaba llegar a un hospital como fuera. Necesitaba ayuda.

Se levantó y empezó a vestirse, pero una nueva contracción la obligó a apoyarse contra la pared para evitar caerse al suelo. Logró salir al pasillo, pero no pudo dar un paso más. Las contracciones eran cada vez más frecuentes. El bebé estaba llegando, y temió lo peor. Necesitaba ayuda desesperadamente. Necesitaba desesperadamente a Nikos.

Georgia abrió los ojos. Una intensa luz brillaba ante ella y escuchó un murmullo de voces a su alrededor. Alguien con el rostro enmascarado se inclinó hacia ella y dijo algo en griego. No entendió nada y cerró los ojos.

Un momento después oyó que alguien hablaba en inglés. Era Nikos. Estaba diciéndole algo a alguien sobre el bebé. Reconoció la voz de la otra persona. Era un hombre... ¿el señor Laurent?

Trató de abrir los ojos para preguntar por el bebé, pero no logró hacerlo. O tal vez los tenía abiertos y no podía ver...

Cuando volvió a abrirlos comprobó que veía. La habitación estaba a oscuras pero bajo la puerta entraba un rayo de luz. Sintió que no estaba sola. Al volver la cabeza vio a Nikos sentado en una silla, junto a la cama. La observaba con una intensidad que hizo que el corazón le latiera más deprisa.

—¿El bebé? —susurró.

—Está bien. Eres tú la que nos tenía preocupados.

—Quiero ver al bebé.

—No tardarás en verlo. Creo que los médicos quieren examinarte antes.

—¿Está bien de verdad?

—Ha nacido un poco antes de tiempo, pero por lo demás está perfecto.

Georgia examinó el rostro de Nikos, tratando de discernir lo que no le estaba contando.

—Antes te he escuchado hablar en inglés. Habría jurado que estabas hablando con el señor Laurent. ¿Está aquí?

—Sí.

—¿Por qué?

—He cambiado algunos detalles en los documentos que firmamos. Te he concedido la custodia completa de nuestro hijo.

Sorprendida, Georgia trató de erguirse en la cama.

—¿Qué?

—Shhh. Túmbate. No conviene que te excites —Nikos la empujó con delicadeza por un hombro para que permaneciera tumbada—. Eres su madre, y la madre debe tener el control.

—¿Pero por qué la custodia completa? ¿Por qué no la custodia compartida?

—El señor Laurent me ha preguntado lo mismo, pero la custodia compartida te habría obligado a consultarme todas las decisiones que quisieras tomar. Si las cosas fueran bien entre nosotros no habría ningún problema, pero ya que no es así, lo único que conseguiríamos con una custodia compartida sería alimentar el resentimiento y el enfado entre nosotros.

Georgia seguía sin comprender.

—Pero no era esto lo que querías, Nikos. No era esto lo planeado.

–El bebé necesita una madre. Te necesita a ti.
–También necesita un padre. Y tú eres su padre.
–Tengo intención de serlo. Tengo intención de estar muy presente en su vida, pero serás tú la que decida cómo vamos a hacerlo.
–¡Pero yo nunca he querido ser una madre soltera, Nikos! ¡Ese no era el plan!
–Sé que aún te quedan varios exámenes y las prácticas de residente para obtener tu título...
–¿Y cómo voy a lograrlo en estas circunstancias?
–Yo te ayudaré.
–¿Cómo?
–No pienso alejarme de ti ni vivir lejos de mi hijo. Además de ayudar económicamente, pienso estar cerca. Yo también iré a los Estados Unidos.
–¿Vas a ir a Atlanta? –preguntó Georgia, anonadada.
–Lo haré si es allí donde vais a estar tú y mi hijo.
Georgia abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla.
Nikos se levantó.
–Voy a ver si consigo que alguien te traiga al bebé. Ya es hora de que conozcas a tu hijo.

Georgia pudo ver por fin a su hijo. Era pequeño, pero por lo demás estaba en perfecto estado. No pudo estar con él mucho rato antes de que volvieran a llevárselo a la unidad neonatal, donde lo mantenían a la temperatura necesaria y bajo atenta supervisión.

Después volvió a quedarse dormida y, cuando abrió los ojos, ya era de día.

Estaba pensando en todo lo sucedido aquellos últimos días cuando vio que se abría la puerta de su habitación.

–¿Es esta la habitación de Georgia Nielsen?

Georgia abrió los ojos de par en par al ver quién estaba entrando.

–¡Savannah!

Savannah sonrió de oreja a oreja mientras cerraba la puerta sus espaldas.

–¿Estás en condiciones de recibir una visita?

–¡Claro que sí! ¿Qué haces aquí, hermanita?

Savannah corrió junto a su hermana mayor para abrazarla.

–¡Cuánto te echaba de menos!

–Y yo a ti –dijo Georgia, encantada–. ¿Cuándo has llegado? ¿Y cómo has venido?

Savannah se sentó en el borde de la cama.

–Nikos me hizo venir en su avión junto con el señor Laurent. El abogado es un pez frío, pero Nikos es encantador. ¿Pero cómo te sientes tú? ¿Estás mejor?

–Estoy bien. Un poco cansada y dolida, pero eso pasará enseguida – Georgia tomó entre las suyas una mano de su hermana–. ¿Entonces has conocido a Nikos?

–Y al bebé. Es delicioso. Ambos son deliciosos. Espero que pienses quedártelo.

–¿Al bebé?

–No. A Nikos. Ya sé que vas a quedarte con el bebé. En ningún momento pensé que fueras a ser capaz de renunciar a él. Pero Nikos... Parece un hombre un tanto complicado, pero a ti siempre te han gustado los retos.

–Es algo más que complicado. Es un desastre. Me eligió como madre de alquiler porque soy prácticamente idéntica a su esposa fallecida.

–Ya me he enterado de todo eso, y he visto las fotos. El señor Laurent tenía copia de varios artículos en los que se publicó la noticia de la trágica muerte de la mujer de Nikos. Pero ella tampoco ayudó nada quedándose embarazada de otro hombre para luego tratar de chantajear a Nikos.

Georgia creyó que no había entendido lo que había dicho su hermana. No era posible.

–¿Qué? ¿Qué acabas de decir?

–Por lo que he deducido esa mujer nunca amó a Nikos. Solo se casó con él por su dinero. Ella y su amigo griego, un pescador que vivía en la isla más cercana a la de Nikos, lo planearon todo desde el principio. Se casaría con Nikos, lo acusaría de maltrato y se divorciaría de él sacando una buena tajada. Cuando Nikos se negó a concederle el divorcio, ella le confesó que estaba embarazada de otro hombre. Pero, en lugar de reaccionar como esperaba, Nikos le dijo que estaba dispuesto a ocuparse de ella y del bebé. Ella no quería criar a su bebé con Nikos. Ni siquiera quería volver con el pescador. Lo único que quería era regresar a su casa en Oslo –Savannah alzó los hombros y volvió a dejarlos caer con un suspiro–. Es una historia horrible, una locura, y entiendo que Nikos quisiera tener un hijo a través de

una madre de alquiler. Yo tampoco habría querido otra relación después de una experiencia como esa. ¿Y tú?

—Yo me enamoré de él. Y creía que él también se había enamorado de mí —dijo Georgia con tristeza, aún anonadada por lo que acababa de escuchar.

—Yo creo que te quiere. Estoy segura.

—¿Por qué piensas eso?

—Me ha traído hasta aquí para verte y te ha concedido la custodia del bebé, lo que tiene que significar que se fía de ti y te respeta... y te cree.

Georgia suspiró profundamente.

—La verdad es que me duele mucho la cabeza y no sé con exactitud lo que siento.

—¿Respecto a Nikos?

—Sé que lo quiero, pero no estoy segura de que pueda funcionar una relación entre nosotros.

—No tienes por qué tener esa certeza hoy mismo, ¿no te parece?. Tal vez necesitáis ir paso a paso hasta que sepáis exactamente lo que queréis. No creo que sea bueno tomar decisiones precipitadas —Savannah alzó una mano para acariciar con ternura la mejilla de su hermana y luego se levantó—. Voy a ver a mi sobrino y a preguntar cuándo van a volver a traértelo. Entretanto, te diré que hay un tipo muy grande y fuerte ahí fuera caminando de un lado a otro como un tigre enjaulado. ¿Le hago pasar o lo dejo suelto?

Georgia rio.

—Hazle pasar. No queremos que asuste a todo el hospital.

Cuando Nikos entró, la intensa mirada de sus ojos negros hizo que los latidos del corazón de Georgia arreciara y que se le secara repentinamente la boca.

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si fuera algo maravilloso, como si no hubieras visto nunca nada igual en tu vida.

—Y así es —dijo Nikos mientras se acercaba a la cama y se inclinaba para retirar un mechón de pelo rubio de la frente de Georgia—. Y también te miro así porque cuando me dejaste la semana pasada pensé que no volvería a verte, y sin embargo aquí estás, y aquí está nuestro hijo, y lo único que sé es que no puedo soportar la idea de perderos, aunque tampoco quiero que te

sientas atrapada conmigo por las circunstancias. Me niego a utilizar a nuestro hijo para conservarte a mi lado.

—¿Por eso me has concedido la custodia? ¿No querías que me sintiera presionada para estar contigo?

—Nada deseo más que estar contigo y que criemos juntos a nuestro hijo, pero tú también tienes que quererlo. No quiero que seas mi prisionera. Eres una mujer preciosa, fuerte, inteligente y te amo con todo mi corazón.

—¿Incluso aunque eso implique tener que irte a vivir a Atlanta?

—Por supuesto. De hecho, ya estoy buscando una casa.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad estarías dispuesto a ir a Atlanta y a ayudarme a cuidar de nuestro hijo?

—Desde luego. Eres mi mujer, mi amor, y espero que algún día quieras convertirte en mi esposa.

Georgia sentía que la cabeza le estaba dando vueltas. Apenas podía asimilar todo lo que estaba escuchando.

—¿De verdad estás buscando una casa en Atlanta?

Nikos asintió.

—Ya he encontrado un par de sitios interesantes. He pensado que podemos ir a echarles un vistazo en cuanto tú y el bebé estéis en condiciones de viajar. Puede que pasen un par de semanas.

—Me parece un plan muy interesante —dijo Georgia, despacio—. Pero son demasiadas cosas a la vez. Tú, yo, el bebé... —se interrumpió y frunció el ceño—. Supongo que también tendremos que decidir pronto cómo lo vamos a llamar...

Nikos rio y el sonido de su risa fue como música a oídos de Georgia, que sonrió emocionada. Nunca le había oído reír de aquel modo, y le pareció el sonido más bonito y reconfortante del mundo.

De pronto comenzó a llorar y Nikos pasó de inmediato un brazo por sus hombros.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Estás bien?

Georgia asintió.

—Todo es tan repentino, tan sorprendente... Y supongo que las hormonas...

—Llora todo lo que quieras. Seguro que eso te ayuda a sentirte mejor.

—Lo dudo —fijo Georgia mientras se frotaba las lágrimas de las mejillas—. Y ahora, ¿por qué no vas por nuestro hijo? Tengo la sensación de que le

gustaría estar presente en un momento tan importante de su vida.

OceanofPDF.com

Epílogo

GEORGIA debería haberse sentido estresada. Tenía un bebé de cuatro meses y estaba esperando los resultados de los exámenes que había hecho hacía tres semanas. Tendría los resultados el miércoles cercano, pero no estaba preocupada.

Muy al contrario, se sentía totalmente en calma y ridículamente feliz.

Amaba tanto a Alek Panos que su corazón se henchía solo con pensarlo, pero lo que le daba aún más alegría era ver a Nikos y a Alek juntos. Nikos había pasado muchas noches paseando de un lado a otro de la habitación con su hijo en brazos, o acunándolo sentado en la mecedora del dormitorio.

Al día siguiente iban a bautizarlo y después habían organizado una pequeña celebración. Savannah estaría allí, por supuesto, pues iba a ser la madrina de Alek, y también acudirían varios amigos de la facultad de Georgia, además del señor Laurent y su esposa, que habían acabado por convertirse en verdaderos amigos de la familia.

La vida era un regalo, pensó Georgia mientras palmeaba la espalda del pequeño Alek, que se había quedado dormido mientras lo amamantaba.

Cuando se abrió la puerta de la habitación para dar paso a Nikos, sonrió. El mero hecho de verlo le hacía sentirse muy feliz.

—Hola —susurró.

—¿Está dormido? —preguntó Nikos en voz baja.

Georgia asintió.

—Creo que ha comido suficiente como para que pueda echarse una larga siesta.

—¿Lo dejo en la cuna?

—Me gusta tenerlo en brazos —dijo Georgia antes de inclinarse para besar la cabecita de su hijo—. ¿Va todo bien?

Nikos ocupó el asiento que había junto al de ella.

—Solo faltan unos días para que te den los resultados de los exámenes.

—Lo sé.

–¿Estás nerviosa?

–La verdad es que me siento en un estado bastante zen –dijo Georgia con una sonrisa–. Que sea lo que tenga que ser. Me siento feliz. Quiero a Alek, te quiero a ti. Aunque no lo supiera, eso era todo lo que podía desear. Aprobar los exámenes solo sería la guinda del pastel.

–Si apruebas tendrás muchas opciones. Podrás hacer las prácticas en el hospital del tu elección.

Georgia asintió.

–He revisado varios de los programas de prácticas y hay lugares muy buenos, Nikos, pero creo que mi primera elección sería volver a Grecia.

–¿Hay algún programa en Atenas? –preguntó Nikos, extrañado.

Georgia dudó.

–Creo que me gustaría volver a Kamari. Podría dedicarme a ser madre durante un par de años y después plantearme qué hacer. Cuando esté lista.

Creía que Nikos se alegraría al escuchar aquella propuesta, pero, en lugar de sonreír, la miró con expresión preocupada.

–¿Puedes dejar tus estudios ahora y retomarlos más adelante?

–Sí. No perderé lo que he hecho hasta ahora por dejarlo una temporada. Siempre puedo volver cuando Alek sea un poco más mayor. Pero nunca podría recuperar estos años con él, ni contigo. Porque, como ya sabes, *agapo mu*, te adoro.

La emoción hizo que la mirada de Nikos se oscureciera.

–¿Ahora hablas griego?

–Solo algunas frases –Georgia sonrió y alargó una mano para atraer el rostro de Nikos hacia el suyo y besarlo–. *S’agapo*. Te quiero.

Aún se estaban besando cuando volvió a abrirse la puerta. Era Savannah.

–Creo que necesitáis un poco de intimidad –susurró, sonriente–. De hecho, estoy segura de ello. No os preocupéis por nada. Yo me quedo con el bebé.

Ni Georgia ni Nikos necesitaron de más persuasión.

En cuanto Georgia dejó a Alek en la cama, Nikos la tomó de la mano y la condujo al dormitorio. Nada más cerrar la puerta a sus espaldas, tomó a Georgia por la cintura para hacerle sentir su ya poderosa erección.

Georgia se estremeció de anticipación.

–Menos mal que a mi hermana le encanta ocuparse de su sobrino. Y además siempre llega en el momento adecuado.

—Desde luego —dijo Nikos antes de inclinarse para mordisquear el lóbulo de la oreja de Georgia—. De hecho, viene de hacerme un recado —añadió, y se apartó para sacar algo de su bolsillo.

Georgia vio que se trataba de una cajita negra. Cuando la abrió y se la mostró, contempló en su interior un precioso anillo con un diamante en el centro rodeado de otros pequeños diamantes. Apenas se había dado cuenta de que Nikos acababa de arrodillarse ante ella cuando le oyó decir:

—Cásate conmigo, *agapi mu*.

Georgia no necesitó pensárselo ni un segundo.

—Sí, sí, Nikos. Claro que sí.

Nikos se puso en pie de inmediato para besarla, y el anillo quedó momentáneamente olvidado sobre la mesilla de noche.

—Me encantaría celebrar la ceremonia en Kamari —dijo Georgia un buen rato después, aún jadeante, acunada entre los brazos de Nikos.

—Por supuesto —contestó él, encantado.

—Y también me gustaría criar a nuestro hijo allí. Quiero que Alek crezca como un griego. Quiero que conozca sus orígenes. Es tu hijo y...

—Es nuestro hijo —corrigió Nikos.

—Sí, pero es un Panos, y necesita tener cerca el mar, mucho sol, y mucho espacio. Y yo también.

—No tienes por qué hacer esto por mí, *agapi mu*.

—Lo sé. Pero lo hago por motivos egoístas —Georgia trató de sonreír, pero estaba tan emocionada que le costó lograrlo—. Quiero estar contigo, que criemos a nuestro hijo juntos, que podamos ofrecerle juntos todo nuestro amor.

Nikos la besó con ternura.

—Tu amor me deja sin aliento —dijo con voz ronca—. Para mí eres el sol, la luna y las estrellas, y agradezco a Dios a diario haberte conocido.

Los ojos de Georgia se llenaron de lágrimas.

—¿Lo dices de verdad?

—Claro que lo digo de verdad. Y siempre agradeceré con todo mi corazón que me ames.

Georgia parpadeó para alejar las lágrimas.

—He domado a la bestia que nunca fuiste.

—Desde luego, *yineka mu*. Has domado a la bestia que sí fui y me has convertido en un gatito.

Georgia rio.

–Yo no diría tanto. Sigues siendo difícil de manejar. Pero no pasa nada. Estoy dispuesta a enfrentarme al reto.

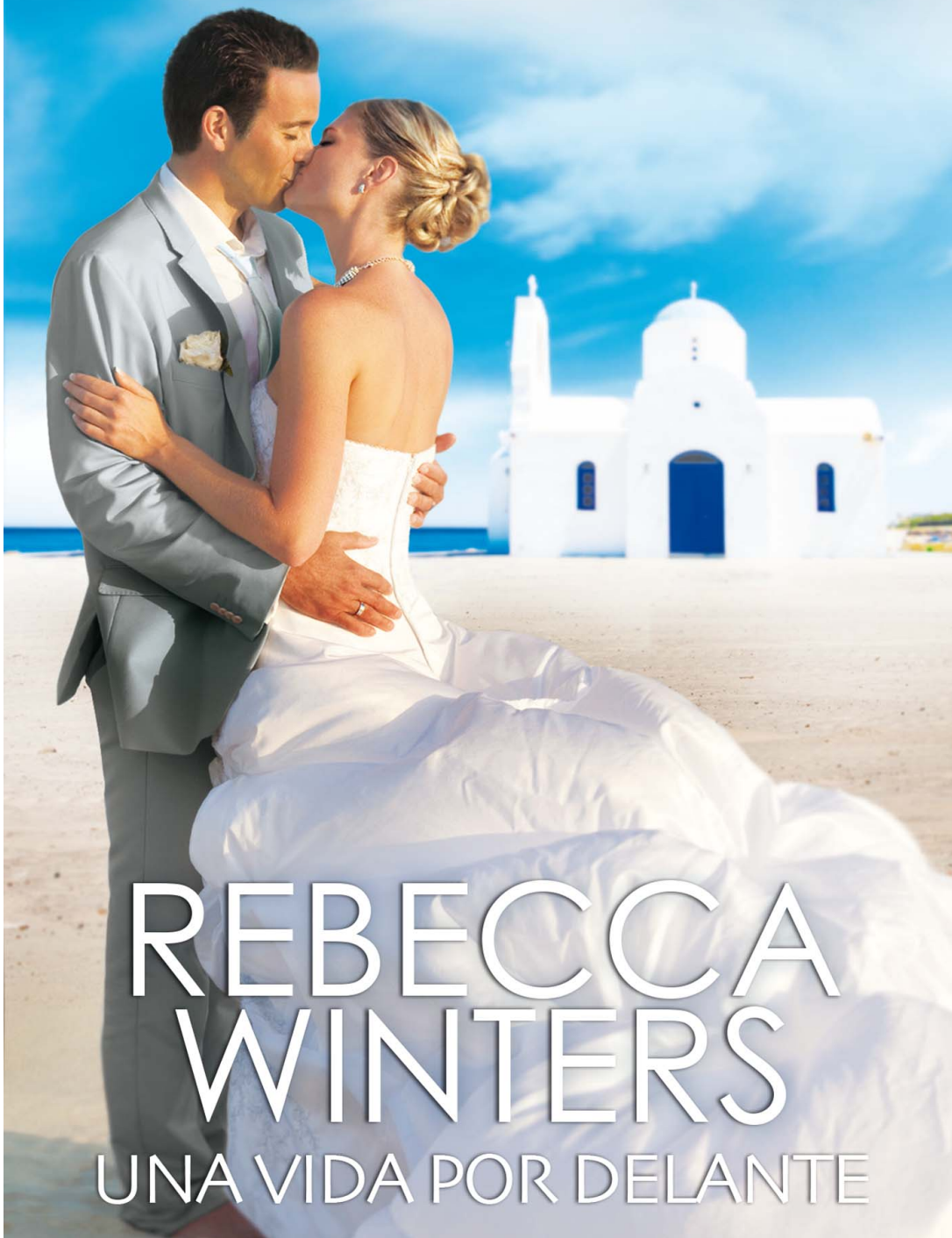
–Bien. Me gustan las mujeres fuertes –Nikos volvió a besarla en los labios—. O puede que solo seas tú. Porque te amo y sé que siempre te amaré.

OceanofPDF.com

 HARLEQUIN™

The Harlequin logo, featuring a stylized 'H' inside a diamond shape, followed by the word 'HARLEQUIN' in a bold, sans-serif font and a trademark symbol.

Jazmin™



REBECCA WINTERS

UNA VIDA POR DELANTE

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Nueva York, nueve de agosto

EL VIEJO doctor barbudo se quedó mirando a Zoe.

–Jovencita, llevas ocho meses sin cáncer. Puedo afirmar sin reservas que ha remitido. Ya hemos hablado de la esperanza de vida para pacientes como tú, claro que nadie puede predecir el final de nuestra vida.

–Lo sé –dijo antes de que el médico continuara explicándole las expectativas de vida.

Ya había leído mucho sobre el tema y dejó de prestar atención. La máxima de tomárselo con calma y disfrutar del día a día era el lema del hospital.

No había habido ninguna sorpresa en la revisión de Zoe y los resultados de todas las pruebas eran buenos. Pero nunca superaría su inquietud. En cualquier momento, el cáncer volvería a aparecer.

El médico del centro le había dejado un libro sobre la enfermedad una vez empezaba a remitir. Muchos pacientes caían en depresión ante el temor a recaer y era un problema al que tenían que enfrentarse. Dado que Zoe era una buena muestra de ello, podía haber escrito un capítulo completo del libro.

Pero en aquel momento se sentía aliviada ante el resultado de las pruebas. De hecho, estaba tan contenta que apenas podía dar crédito. Hacía un año que le habían dicho que tenía una enfermedad terminal.

–Así que me está diciendo que... que ha desaparecido –dijo mirando al médico.

–Créetelo, jovencita. Me alegro de que esa fatiga que has estado sufriendo durante tanto tiempo haya desaparecido. Estás física y emocionalmente más fuerte. El psicólogo y yo coincidimos en que puedes recibir el alta ahora mismo, si quieres.

Aquella era la noticia que tanto había esperado. Había hecho planes y no podía perder el tiempo.

–Estamos convencidos de que de ahora en adelante podrás llevar una vida normal –concluyó.

Nunca sería normal sabiendo que el cáncer podría volver, pero le sonrió.

–¿Cómo puedo agradecerle todo lo que ha hecho por mí?

–Ya lo has hecho esforzándote tanto en ponerte bien. Eres la inspiración para los demás pacientes del hospital. Todos los amigos que has hecho aquí, te echarán de menos.

–Lo dudo.

Zoe se rodeó con los brazos por la cintura.

–Mi factura debe de ser astronómica. Voy a devolver cada céntimo, aunque tenga que dedicar lo que me queda de vida a ello.

–La Fundación Giannopoulos corre con los gastos.

–Lo sé.

Estaba tan agradecida que algún día daría las gracias personalmente a todos los miembros de la familia Giannopoulos.

–Todos los que trabajan aquí son unos ángeles, especialmente usted. No sé qué he hecho para merecer tanta atención.

Al ingresar en el hospital, se había leído toda la información que daban a los pacientes. El primer día que había ido a la capilla del hospital, había visto la placa. Llevaba el nombre de la iglesia de los Santos Apóstoles de Grecia.

En recuerdo de Patroklos Giannopoulos y su esposa Irana Manos, que sobrevivieron el brote de malaria en Paxós, a comienzos de los años sesenta.

En recuerdo de su hermano Kristos Manos, que sobrevivió el brote de malaria y emigró a Nueva York para empezar una nueva vida.

En recuerdo de Patroklos Giannopoulos, que murió de linfoma.

–Estoy aquí gracias a la generosidad de la fundación en Nueva York –le recordó el doctor–. Fue creada para americanos de origen griego enfermos de linfoma, sin familia y sin medios. Hay gente maravillosa y muy generosa en el mundo. ¿Tienes a dónde ir?

–Sí, el padre Debakis, de la iglesia ortodoxa griega de la Sagrada Trinidad, se ha ocupado de todo. Lo conozco desde que era pequeña. A lo largo del tratamiento, hemos estado en contacto. Le debo mucho a él y a Iris Themis. Ella pertenece al consejo de la iglesia y puede procurarme un sitio en una casa de acogida hasta que encuentre trabajo y un lugar para vivir. Lo único que tengo que hacer es llamarla a su oficina.

–Estupendo. Ya sabes que tienes que hacerte un nuevo chequeo en seis semanas, aquí o en cualquier otro hospital que te venga bien. Consistirá en un análisis de sangre y una exploración. Puedes llamarme cuando quieras.

Zoe temía la próxima revisión, pero no quería pensar en ello en aquel momento. En vez de eso, se puso de pie para darle un abrazo.

–Gracias por devolverme la vida. No sabe cuánto significa.

Salió de la consulta y recorrió a toda prisa el pasillo que conducía al centro de convalecientes. Su habitación estaba en la segunda planta. Dado que no tenía familia, aquel había sido su hogar durante el último año. Al llegar, había estado convencida de que no saldría viva de allí. Al principio, el hombre con el que estaba saliendo, la había llamado a menudo, pero la compañía para la que trabajaba lo había destinado a Boston y las llamadas se habían ido haciendo cada vez más escasas. Lo había entendido, pero no había podido evitar sentirse dolida. Le había dicho que estaba loco por ella, pero si había sido capaz de dejarla en el momento más difícil de su vida, ningún hombre aceptaría su situación.

Aunque había amigos de su familia que solían llamarla a menudo, sus compañeros en el hospital se habían convertido en sus mejores amigos. Al ser todos de origen griego, compartían las historias de sus familias y habían establecido una complicidad tan estrecha que no quería separarse de ellos.

Una vez en su habitación, se sentó en un lado de la cama y llamó a Iris. Quedaron en encontrarse en la entrada del centro de convalecientes media hora más tarde. Iris y el sacerdote tenían ganado un sitio en el cielo.

Una vez superada la enfermedad, Zoe deseaba ayudar a otras personas del mismo modo en que la habían ayudado a ella. La universidad podía esperar. Lo que quería hacer era trabajar en la Fundación Giannopoulos, si eso era posible. Para ello, iba a tener que ponerse en contacto con Alexandra Kallistos, la mujer que dirigía el centro y con la que era difícil congeniar. Era una mujer distante. No sabía si era su forma de ser o si, sencillamente, no le había caído bien.

Se habían cruzado en el vestíbulo un rato antes, y la señorita Kallistos ni siquiera había reparado en ella. Quizá fuera porque Zoe estaba ocupando una cama que podría venirle mejor a otra persona. Pero el psicólogo había insistido en que se quedara allí un poco más, ya que no teniendo padres, necesitaba más tiempo para recuperarse mentalmente. Se habían hecho los arreglos necesarios para que así fuera y por los que Zoe estaría eternamente agradecida.

La señorita Kallistos tenía un despacho en el hospital y estaba al mando. Todos los empleados, incluyendo médicos, enfermeras, psicólogos, personal del laboratorio, camilleros, cocineros y limpiadores dependían de ella. Era un modelo de eficacia, pero Zoe sospechaba que carecía de la habilidad necesaria para hacer sentir a los enfermos lo suficientemente cómodos como para confiar en ella.

Alexandra era una atractiva mujer de ojos marrones, soltera, de origen griego y de poco más de treinta años. La melena morena le llegaba hasta los hombros. Vestía a la moda, con ropa que resaltaba su figura. Pero se mostraba fría. La idea de pedirle trabajo a ella, incomodaba a Zoe. Si surgía algún problema, siempre podía recurrir al padre Debakis para que intermediara.

Atenas, diez de agosto

Vasso Giannopoulos estaba trabajando en el edificio Giannopoulos del que era dueño junto con Akis, su hermano menor recién casado. Estaba acabando de revisar los inventarios de las tiendas de conveniencia que tenían en Alejandrópolis, cuando el intercomunicador con su secretaria sonó.

—¿Sí?

—Tengo en línea a la señorita Kallistos, de Nueva York. Llama desde el hospital y quiere hablar contigo o con tu hermano. ¿Quieres atenderla o prefieres que le diga que ya la llamarás? Sé que no querías que te molestaran.

—No, no, has hecho bien.

El hospital Giannopoulos y el centro para convalecientes estaban en Astoria. Le parecía extraño que lo llamara, habiendo quedado para verse al

día siguiente.

–Hablaré con ella –dijo levantando la cabeza.

–Por la línea dos.

Descolgó el auricular.

–¿Alexandra? Soy Vasso.

–Siento molestarte, Vasso, quería hablar contigo antes de que tomaras el avión. Te agradezco que atiendas mi llamada.

–No hay de qué.

–Todo el mundo sabe que tú y tu hermano fundasteis el centro griego-americano Giannopoulos de lucha contra el linfoma. Esta es la cuarta vez que una de las principales cadenas de televisión se pone en contacto conmigo para rodar un documental sobre vuestra vida. El director de la cadena quiere enviar un equipo al centro para entrevistar a algunos de los empleados y, por supuesto, a vosotros. Sé que ya les has dicho que no otras veces, pero teniendo en cuenta que estarás aquí mañana, ¿quieres que concierte una cita?

Vasso no tuvo ni que pararse a pensar.

–Dile a ese hombre que no estamos interesados.

–De acuerdo. ¿Cuándo calculas que estarás por aquí?

–Como muy tarde a las dos. Muchas gracias por llamar. *Yassou*.

Nada más colgar, Akis apareció en su despacho.

–Hola, hermanito, me alegro de que hayas vuelto. Acaba de llamar Alexandra. Una de las cadenas de televisión de Nueva York quiere hacer un documental sobre nosotros.

–¿Otra vez? –dijo Akis sacudiendo la cabeza–. ¿Es que nunca se dan por vencidos?

–Eso parece. Le he dicho que les diga que no.

–Bien. ¿Cuándo sales para Nueva York?

–Ya estoy listo. He quedado por la mañana en reunirme con algunos de nuestros distribuidores de la Costa Este. Luego, iré al hospital a revisar la contabilidad.

–Mientras tú haces eso, yo me ocuparé de los inventarios de la zona norte. Raina me ayudará. Es un genio con las finanzas. No tendrás que preocuparte de nada.

–¿Cómo van sus náuseas matutinas?

–Ya apenas tiene.

–Me alegro.

–Una pregunta antes de que te vayas –dijo Akis mirándolo con curiosidad–. ¿Qué tal te fue la otra noche con Maris?

–Así, así.

–Eso no suena bien. Pensaba que ella pondría fin a tu soltería.

–Me temo que no. Es agradable e interesante, pero no es mi mujer ideal –replicó, dándole una palmada en el hombro a su hermano–. Te veré en un par de días.

Aunque Vasso apenas había salido unas cuantas veces con Maris, ya sabía que tenía que terminar con ella. No quería darle falsas esperanzas. El comentario de Akis había tocado su fibra sensible. Ambos habían estado solteros mucho tiempo. Ahora que Akis se había casado, Vasso sentía un vacío que nunca antes había sentido. Su hermano estaba tan feliz con su nueva esposa y un bebé en camino que apenas lo reconocía.

Nueva York, doce de agosto

–¡Vasso!

–¿Cómo estás, Alexandra?

–Me alegro de verte –dijo la directora poniéndose de pie.

–He recorrido el hospital y el centro de convalecientes. Todo parece ir sobre ruedas. Mis felicitaciones por dirigir con tanta eficacia este centro del que estamos tan orgullosos.

–Gracias. Sé que estás ocupado. Si quieres revisar los libros aquí, pediré que traigan la comida.

–Ya he comido. ¿Qué te parece si reviso los números mientras te vas a comer? Si necesito alguna aclaración, te lo diré cuando vuelvas.

–De acuerdo. Antes de irme, quería comentarte que ayer vino a verme una joven para pedir trabajo. Le dije que no tenía ni la formación ni la experiencia necesaria para la clase de trabajo que hacemos en el centro. Más tarde, me llamó el padre Debakis, de la iglesia de la Sagrada Trinidad de aquí de Astoria. Conoce a esta mujer y dice que es una persona muy capaz. Quería saber si podía hablar con alguien de más rango para concertar una entrevista. Te he dejado su teléfono anotado por si quieres hablar con él.

—Ahora mismo me ocuparé de ese asunto. Gracias por decírmelo.

—Bueno, me voy a comer, volveré en una hora.

—Tómate tu tiempo —dijo Vasso y antes de que la mujer saliera por la puerta, añadió—: Quiero que sepas que tanto mi hermano como yo estamos muy contentos y agradecidos por el trabajo que haces para que el centro funcione tan bien.

Alexandra susurró gracias y se fue. Vasso marcó el número que le había dejado, pidió hablar con el padre Debakis y se sentó.

—Es un honor hablar con usted, señor Giannopoulos. Me alegro de que la señorita Kallistos le haya dado mi mensaje. No quiero hacerle perder el tiempo, así que iré directamente al grano.

Vasso sonrió. Le gustaba la concreción.

—Conozco a una joven de veinticuatro años, griega americana, que quiere trabajar para su fundación. Se llama Zoe Zachos y es de aquí de Queens —prosiguió el religioso—. Me he tomado la libertad de llamarlo para comentárselo. Sé que la señorita Kallistos tiene sus reservas. Cuando hablé con ella en nombre de Zoe, me dijo que esta joven no reúne los requisitos necesarios y se negó a entrevistarla. No estoy de acuerdo y por eso recorro a usted, para interceder en este asunto.

Diez meses antes, Vasso y Akis habían viajado hasta Nueva York para buscar una nueva directora después de que la anterior tuviera que dejar su cargo por un problema de salud. Alexandra había presentado buenas referencias y había sido la candidata más cualificada debido a su experiencia en la administración y gestión de hospitales.

Akis, que llevaba ocupándose de los negocios junto a Vasso desde su juventud, había vuelto a Nueva York cinco meses más tarde para comprobar que todo fuera bien. Hasta el momento, no habían tenido ningún problema con su forma de trabajar. Debía de tener una buena razón para no aceptar la solicitud de empleo de la otra mujer.

—Es evidente que esto es importante para usted.

—Mucho —respondió el sacerdote, sorprendiendo a Vasso con su contundencia—. Quizá, podría entrevistarla usted.

—Ese no es nuestro procedimiento habitual —replicó Vasso, echándose hacia delante.

—Vaya.

A Vasso no se le pasó por alto la decepción del sacerdote.

—¿Podría explicarme el motivo de su llamada?

—Es una cuestión de urgencia.

Vasso sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Después de la respuesta del sacerdote, se sentía incapaz de negarle nada.

—Hábleme un poco de ella.

—Creo que será mejor que la conozca usted mismo.

A aquellas alturas, Vasso se sentía intrigado.

—¿Cuándo podría estar en el despacho de la señorita Kallistos?

—Antes de dos horas.

—Entonces, la esperaré.

—Que Dios le bendiga.

El sacerdote colgó mientras Vasso permanecía perplejo con el auricular en la mano. Durante la siguiente hora y media estuvo concentrado en los libros de contabilidad. Cuando Alexandra regresó, le dijo que todo parecía estar en orden y escuchó algunas de sus sugerencias con respecto a la gestión del hospital.

Mientras conversaban, llamaron a la puerta.

—Debe de ser Zoe Zachos —dijo Vasso volviéndose hacia Alexandra—. ¿Me das media hora?

—Sí, claro —respondió y, sin más, se levantó y abrió la puerta—. Pasa, Zoe —dijo a la mujer rubia antes de dejarlos a solas.

¿Zoe? Eso significaba que Alexandra la conocía.

Lo único que Vasso sabía de aquella mujer era que tenía veinticuatro años. Cuando la joven entró en el despacho, se puso de pie.

—¿Señor Giannopoulos? —dijo sin apenas aliento—. Soy Zoe Zachos. Todavía no puedo creer que el padre Debakis haya hecho posible este encuentro —añadió y una sonrisa asomó en su bonito rostro—. No sabe lo agradecida que estoy de conocerlo por fin.

Unas lágrimas provocaron que sus ojos verdes brillaran.

Al tender la mano para saludarlo, Vasso vio una gratitud tan sincera, que algo en su interior se conmovió.

—Por favor, señorita Zachos, siéntese.

La esbelta mujer se sentó frente a él. Llevaba una blusa estampada y una falda caqui, atrayendo la atención sobre su cuerpo proporcionado y sus piernas. Debía de medir un metro setenta.

—Supongo que ya sabe que me gustaría trabajar en su fundación.

Su dulzura lo pilló por sorpresa.

—Sí, ya me lo ha dicho el padre Debakis.

—Según la señorita Kallistos —dijo ella entrelazando las manos—, no tengo la preparación necesaria.

—Pero según el padre Debakis, sí. Hábleme de usted. ¿Por qué quiere trabajar en la fundación y no en otro sitio?

—¿No se lo ha dicho el padre? —preguntó sorprendida.

—No, es un hombre de pocas palabras.

—Pero acertadas —dijo ella con una sonrisa que daba a entender que tenía buena relación con el clérigo.

Vasso estaba de acuerdo. El sacerdote tenía una manera curiosa de hacer valer sus argumentos. Había conseguido que Vasso accediera a aquella inusual entrevista.

—¿Por qué no empieza por el principio?

Ella asintió.

—He estado aquí ingresada durante el último año por un linfoma Hodgkins y he recibido el alta el día nueve de este mes.

Una paciente... Consciente de lo que eso suponía, Vasso tragó saliva. Había considerado varias razones por las que podía haber conflicto entre aquellas dos mujeres. Recordó que hacía un año que la anterior directora había dimitido debido a un problema de salud. Zoe Zachos ya estaba allí como paciente cuando habían contratado a Alexandra. Hacía meses que se conocían. No encontraba motivos que explicaran que Alexandra hubiera rechazado la petición de Zoe.

—Me puse contentísima cuando me dijeron que me había curado.

—Es una noticia maravillosa.

—¿Verdad? —dijo echándose hacia delante con aquella luz en sus preciosos ojos verdes—. Y todo gracias a su familia. Su fundación me ha devuelto literalmente la vida.

La emoción de su voz resonó en la cabeza de Vasso y tuvo que aclararse la voz antes de hablar.

—Escuchar su testimonio me resulta muy gratificante, señorita Zachos.

—Es imposible pagarle con dinero. Pero me encantaría trabajar para usted el resto de mi vida. Soy buena cocinera y podría trabajar en la cocina del hospital o en la lavandería o ayudando a los enfermos. Deme un empleo y lo haré lo mejor que pueda. El problema es que la señorita Kallistos le dijo

al padre Debakis que sin título universitario ni experiencia, no tenía sentido hacerme una entrevista. Me llegó a decir que si quería servir a los demás, me metiera a monja. Supongo que estaría de broma. El padre Debakis y yo nos reímos mucho con eso. No tengo madera de monja. Lo que estoy deseando es hacer algo diferente.

Vasso estaba empezando a enfadarse, pero no con Alexandra sino consigo mismo y con su hermano Akis. Cuando la contrataron, ambos habían tenido claro que tenía las mejores referencias para un cargo tan importante, a pesar de su juventud. Pero para aquel trabajo, había que tener unas habilidades que no venían escritas en ninguna parte. Teniendo en cuenta que Zoe había sido una paciente durante tanto tiempo, Alexandra debería haberse mostrado un poco más comprensiva.

—Ya veo que tiene un buen defensor en el padre Debakis. ¿Cómo lo conoció?

—Mis padres tenían un restaurante griego aquí en Astoria, cerca de la iglesia de la Sagrada Trinidad y vivíamos en un apartamento justo encima. El padre Debakis prestaba sus servicios allí cuando era niña y siempre tuvo muchas relación con mi familia. Si no hubiera sido por él, no creo que hoy siguiera viva.

—¿Por qué dice eso?

Una expresión de tristeza ensombreció su rostro.

—Hace un año, fui al cine con unos amigos del barrio. Después de ver la película, volvimos andando a casa. Era tarde, mis padres ya estaban durmiendo —dijo, e hizo una pausa antes de continuar—. Cuando llegamos a casa, parecía que había habido una guerra. Alguien nos dijo que había habido una explosión. Corrí hacia el jefe de los bomberos y me dijo que un pirómano había arrojado una bomba casera a la lavandería que había junto al restaurante de mis padres y en la que de vez en cuando trabajaba. El fuego se extendió hasta la cocina y todo se llenó de humo. Mis padres murieron y también los dueños de la lavandería, que eran vecinos.

—Dios mío.

—Se quemó todo: fotos familiares, ropa, objetos preciados... No quedó nada. Siempre había vivido con mis padres y había trabajado en la cocina del restaurante para ahorrar dinero mientras iba a la universidad. La escena era tan trágica que me desmayé. Cuando recobré el sentido, estaba en la sala de urgencias del hospital. El padre Debakis fue la primera persona a la que

vi cuando me desperté. Me dijo que el médico me había examinado y había descubierto un bulto en el cuello.

Vasso la vio estremecerse y se despertó en él un instinto protector que no sentía desde que Akis y él perdieran a su padre. Aunque Akis era once meses menos que él, la muerte de su padre le había obligado a cuidar de su hermano pequeño.

—Todavía me sorprende que no muriera aquella noche. Estaba convencida de que mi vida había llegado a su fin. Él, junto con Iris Themis, una de las mujeres de la iglesia, impidieron que me diera por vencida. Son unas personas maravillosas y me ayudaron a superar la pérdida. Cuando me diagnosticaron el cáncer, mi desesperación aumentó. Me llevaron ropa, me reconfortaron y me sentí abrumada con su generosidad.

Vasso se levantó de su asiento, incapaz de permanecer sentado. El padre Debakis le había dicho que era una joven muy especial.

—Antes del incendio y de la enfermedad, me quedaba un semestre en la universidad para conseguir el título en Filología. Tenía pensado sacarme también el título de Magisterio, pero como trabajaba por la noche e iba a la universidad por el día, los estudios ocupaban un segundo plano —dijo y una amarga sonrisa se dibujó en sus labios—. Ahora, después de la pérdida de mis padres y del linfoma, mis prioridades han cambiado.

—Le habría pasado a cualquiera.

Cuando el padre de Vasso había muerto debido a la enfermedad, el mundo en el que Akis y él habían crecido, cambió por completo. Adoraban a su padre, un hombre muy pobre que no había podido costearse el tratamiento médico necesario. Después de que muriera, los dos hermanos se habían prometido no volver a sentirse tan desvalidos.

Vasso observó cómo la mujer volvía a cruzarse de piernas.

—Mientras estaba en el hospital, conocí a un especialista que me explicó que mi seguro solo cubría una parte del tratamiento. Apenas me quedaba dinero de los ahorros de mis padres. Con su seguro, devolví el préstamo de estudios. Con lo que me quedaba en el banco, apenas me llegaba para sobrevivir un par de meses. Estaba al borde de un abismo cuando el padre Debakis e Iris fueron a buscarme y me trajeron aquí. Me contaron que el centro prestaba ayuda a americanos de origen griego con linfoma, que carecieran de ingresos para cubrir los gastos. Me llevaron a la capilla y allí leí la placa.

Levantó la vista y Vasso reparó en que unas lágrimas surcaban sus mejillas.

—En aquel momento, conocí la generosidad de la familia Giannopoulos. Estoy muy agradecida. Mientras tenga vida, quiero devolver lo que su fundación ha hecho por mí. Sería un honor trabajar para usted y su familia.

¿Qué era lo que había dicho el padre Debakis? Que era una cuestión de urgencia. La historia de Zoe Zachos había conmovido a Vasso.

—¿Tiene más familia, pareja...?

—Tuve un novio que se llamaba Chad. Pero le hicieron una oferta de trabajo en Boston cuando ocurrió el incendio. Decidimos separarnos y continuar con nuestras vidas. Así que la respuesta a su pregunta es no, no hay nadie especial en mi vida.

¿Qué clase de hombre la abandonaba en el peor momento de su vida?

—¿Dónde está viviendo ahora?

—En una casa de acogida de la iglesia. Tengo pensado buscarme un apartamento. Si consigo trabajo aquí, buscaré algo por la zona.

—¿Tiene medio de transporte?

—Sí.

—¿Y teléfono?

—Sí —dijo sacándolo del bolso—. Iris vendrá a buscarme en cuanto acabe.

Vasso sacó el suyo.

—Deme su número —dijo y una vez lo anotó, añadió—: Antes de que acabe el día, la llamaré.

Zoe se puso de pie.

—Gracias por darme la oportunidad de hablar con usted. A pesar de lo que decida, estoy contenta de haber conocido a alguien de la familia Giannopoulos y haberle podido dar las gracias personalmente. Que Dios los bendiga a todos.

«Solo somos dos. Cuatro, incluyendo a Raina y al bebé que está en camino», pensó Vasso.

Cuando se hubo ido del despacho, Vasso volvió a la mesa y se sentó para llamar a Akis. Miró la hora. Eran las diez en Atenas. Su hermano no se habría acostado todavía. Contestó al tercer timbre.

—¿Vasso? Raina y yo estábamos esperando tu llamada. ¿Qué tal todo por el hospital?

—Alexandra tiene todo bajo control. Pero ha surgido algo. No vas a creer lo que voy a contarte.

Durante los siguientes minutos, le contó a su hermano lo que había pasado.

—Cuando creamos la fundación, lo hicimos en recuerdo de papá. He visto una sincera gratitud en sus ojos, una gratitud que venía directamente del alma. Nunca en mi vida me había sentido así.

—Es una historia muy conmovedora —dijo Akis muy serio—. ¿Qué crees que deberíamos hacer? Teniendo en cuenta que Alexandra ha dejado muy clara cuál es su opinión en este asunto, no creo que debiéramos darle un empleo a la señorita Zachos en el mismo centro.

—Eso ya lo había pensado. ¿Qué te parece si la contratamos para que trabaje en Paxós?

—¿Crees que estaría dispuesta a trasladarse a Grecia?

—No lo sé. No tiene familia en Nueva York, pero está muy unida al padre Debakis y a una de las mujeres que trabaja en la iglesia.

—¿Tiene novio?

—En este momento, no. Pero estoy seguro de que tiene amigos de la universidad. Me habló de unos amigos con los que había salido la noche del incendio.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Cómo describir a Zoe Zachos?

—No sabría explicártelo, no creo que le hiciera justicia.

—¿Así que es guapa, eh? ¿Vas a preguntarle si está dispuesta a irse a vivir a Paxós?

Akis lo conocía muy bien. No había pensado en otra cosa desde que saliera del despacho.

—Ten cuidado, Vasso. Te conozco. Si acepta la oferta de empleo, te vas a sentir responsable de ella. Asegúrate de qué es lo que quieres.

Bajó la cabeza. Era curioso cómo habían cambiado las circunstancias. Vasso solía ser el que velaba por Akis. Ahora, era su hermano pequeño el que había asumido ese papel. Eso le daba qué pensar, pero no tenía tiempo que perder si quería llamarla antes de que se hiciera tarde.

—Pensaré en lo que me has dicho. *Yassou*.

Justo cuando salía del despacho, se cruzó con Alexandra que entraba.

—¿Has terminado?

–Sí.

–¿Vas a pasar la noche en Nueva York?

–No, regreso a Atenas.

La suerte de tener un avión privado es que le permitía viajar de noche durmiendo y estar en otro sitio al día siguiente.

–Entiendo. ¿Qué has decidido respecto a la señorita Zachos?

–Tenías razón. Creo que sus habilidades se aprovecharían mejor en otra parte. Se lo diré al padre Debakis. Sigue trabajando tan bien, Alexandra. Mi hermano y yo confiamos en ti.

Parecía aliviada.

–Gracias. Espero que la próxima vez que vengas puedas quedarte más tiempo.

Vasso se despidió con la cabeza antes de marcharse. Una vez en la limusina, llamó al sacerdote.

–Padre, soy Vasso Giannopoulos. Acabo de salir del hospital y no me sobra tiempo. ¿Podría encontrarme con usted y con la señorita Zachos en su despacho en un rato?

–Por supuesto. Le diré que venga inmediatamente.

–Estupendo. Asumo que su preocupación por ella es sincera. Tengo entendido que la conoce desde niña y que lo considera su mentor. Quiero hacerle una oferta de trabajo y me gustaría que usted estuviera presente para que puedan hablarlo.

–Está muy agradecida a todos los que la han ayudado. Su mayor deseo es trabajar para su fundación. Lo perdió todo. Ahora que está recuperada, es su forma de devolver lo que han hecho por ella.

–Sí, es lo que me lo ha dicho. Hasta dentro de un rato.

Después de colgar, Vasso le pidió al conductor de la limusina que lo llevara a la iglesia griega ortodoxa, a apenas unas manzanas de donde estaban.

Capítulo 2

ZOE no sabía el motivo de la reunión con el sacerdote. Aquel hombre tan atractivo que había conocido ese mismo día en el hospital, le había dicho que la llamaría antes de que terminara el día. Desde que se marchara de aquel despacho, no había dejado de preguntarse si de veras lo haría.

Nada más ver su pelo negro a través de la rendija de la puerta, la intriga desapareció. Su pulso se aceleró en el instante en que aquel par de ojos negros se posó en ella.

Ambos hombres se levantaron cuando entró en el despacho. Seguía llevando la misma ropa. Solo tenía tres o cuatro conjuntos porque, viviendo en el hospital, no necesitaba más. Iba a tener que comprarse más ropa con el dinero que aún le quedaba en el banco.

A lo largo de los años, Zoe había estado en el despacho del sacerdote con otras personas, pero nunca con nadie tan guapo como Vasso Giannopoulos. Aquel treintañero tenía los rasgos y el cuerpo de su estatua favorita de Apolo, a la que únicamente había visto en foto. No había hombre que pudiera comparársele.

En su encuentro anterior, no había tenido oportunidad de observarlo como lo estaba haciendo en aquel momento. Debía de medir uno noventa, superando al sacerdote en unos centímetros. El traje gris oscuro con camisa clara le daba un extraño aire de sofisticación.

–Pasa y siéntate, Zoe. El señor Giannopoulos me ha pedido que esté contigo en esta reunión.

–Gracias –dijo sentándose en una silla cerca del sofá en el que estaba Vasso.

El padre Debakis tomó asiento en su escritorio.

–Adelante y explíquele por qué ha convocado esta reunión.

Vasso se echó hacia delante para mirarla y apoyó las manos en sus muslos. Zoe se fijó en sus manos. No llevaba anillos.

—Después de dejar el hospital, llamé a mi hermano para hablarle de usted y de su situación. Nos encantaría que trabajara en la fundación, pero el puesto que podemos ofrecerle está en la isla de Paxós, en Grecia.

Zoe pensó que estaba soñando.

—¿Ha estado allí?

Ella sacudió la cabeza.

—No, nunca. Mis bisabuelos dejaron Florina, en Macedonia, huyendo del comunismo y vinieron a los Estados Unidos en 1946. En Nueva York, mi padre conoció a mi madre, cuya familia también era de refugiados. Íbamos a viajar allí para celebrar mi graduación, pero no fue posible.

—Quizá ahora lo sea —dijo Vasso—. Tenemos mucho personal aquí en Nueva York y puede que tenga que pasar mucho tiempo hasta que haya una vacante. Pero en el centro de Paxós hace falta un asistente de dirección, ya que la última dejó su puesto para cuidar de su padre enfermo.

Zoe sintió que el pulso se le aceleraba.

—¿Han abierto otro hospital?

Aquello significaba que no tendría que trabajar bajo la supervisión de la señorita Kallistos.

—De hecho, es el primero que abrimos. Mi hermano y yo hemos entrevistado a unos cuantos candidatos, pero al director no le ha gustado ninguno.

—¿Y qué le hace pensar que yo sí le gustaré?

—Tiene algo que nadie ha tenido hasta la fecha y que es más importante que cualquier título universitario.

—¿El qué? —preguntó, sintiendo que los latidos de su corazón se aceleraban.

—Compasión. Ha pasado por el trance de que le diagnosticaran un linfoma, de haber recibido tratamiento y de haberlo superado. Durante el año que pasó en el hospital ha aprendido en primera persona lo que es sufrir la enfermedad y sobrevivirla.

—Aun así, la señorita Kallistos dijo que...

—Déjeme terminar —dijo interrumpiéndola—. Solo por esa clase de aprendizaje ha pagado un precio muy alto. Es esa clase de conocimiento lo que se necesita para trabajar con pacientes porque ha superado la enfermedad. Todo el mundo recurrirá a usted en el hospital y su sola presencia les dará esperanza.

—Es lo que pasa todos los días en el hospital —intervino el padre Debakis. Zoe sintió un nudo de emoción en la garganta.

—¿Cómo es el director?

—Yiannis Megalos sirvió como contraalmirante de la marina griega antes de retirarse.

—Entonces, debe de ser muy estricto.

La sonrisa que le dedicó, hizo que sintiera que el corazón le daba un vuelco.

—Es un viejo amigo de la familia. Después de que su esposa muriera de cáncer, buscó trabajo en la fundación para superar su pena. En ese aspecto, usted y él comparten el deseo de ayudar a los demás. No hace falta que le diga que sus dotes organizativos y el haber trabajado con heridos durante su carrera militar le convertían en el candidato ideal.

—Parece alguien excepcional.

—Yiannis es todo un personaje —añadió y la miró fijamente—. Si algo me preocupa es usted. Dejar Nueva York para irse a vivir a otro país es una importante decisión. Si hay alguien especial en su vida al que no quiera dejar, puede ponérselo todavía más difícil.

—No hay nadie —replicó Zoe, sacudiendo la cabeza.

—Aun así, quizá no quiera separarse de sus amigos. Quizá le resulte duro dejar a los que la han ayudado aquí en la iglesia. Por eso le pedí al padre Debakis que estuviera en esta reunión por si quería hablar de esto con él en privado.

—Por supuesto que echaré de menos a mucha gente, pero tener la oportunidad de trabajar en su fundación significa para mí más que cualquier otra cosa.

—Tenemos que negociar el salario. Necesitará un sitio donde vivir. Pero ya hablaremos de todos esos asuntos una vez decida si acepta la oferta. Háblelo con el padre Debakis. Tómese el tiempo que quiera.

Zoe estaba encantada con el empleo y tardó unos segundos en comprender lo que le estaba diciendo.

—Nunca podré agradecerle lo suficiente esta oferta que me hace, por no mencionar la generosidad de la fundación de su familia.

Vasso se puso de pie. Una vez más, Zoe sintió el escrutinio de su mirada.

—Asegúrese de que es lo que quiere —le advirtió en un tono de voz más serio—. Tengo que volver a Atenas esta noche. Llámeme cuando haya

tomado una decisión.

—Antes de que se vaya, ¿puedo hacerle unas cuantas preguntas?

—Claro.

—¿Qué tiempo hace en esta época?

—En verano hace unos treinta grados y no bajará a veinticinco hasta finales de septiembre. Por la noche, suele hacer unos veinte.

—Suenan demasiado bonito para ser cierto. ¿Hay tiendas cerca del hospital para comprar ropa?

—El hospital está a las afueras de un pequeño pueblo costero llamado Logós. Hay unas cuantas tiendas para turistas, así que le sugiero que antes de ir, haga sus compras en Atenas.

—Así no tendré problemas con el equipaje. Lo perdí todo en el incendio y necesitaré renovar mi vestuario.

Vasso se detuvo junto a la puerta, sorprendido.

—¿Significa eso que ya ha tomado una decisión?

Zoe miró al sacerdote antes de mirar al otro hombre.

—¡No puedo esperar más!

—Ya veo que es una mujer de ideas claras. Dadas las circunstancias, vayamos a cenar y hablemos de los detalles. La traeré de vuelta de camino al aeropuerto.

—Oh, padre Debakis —dijo volviéndose hacia el religioso—, estoy tan feliz que daría saltos de alegría.

—Te creo.

Vasso sabía que nunca olvidaría ese momento. Era muy agradable hacer feliz a alguien.

—Ha sido un placer conocerlo —dijo, despidiéndose del sacerdote con una sonrisa.

—El placer ha sido mío, señor Giannopoulos. Que Dios le bendiga.

—¿Nos vamos, señorita?

Al llegar a la limusina, Vasso le preguntó por algún buen restaurante al que ir.

—Hay un restaurante griego llamado Zito's a unas cuantas manzanas de aquí. Sirven kebabs de cordero.

A Vasso le pareció bien, así que le pidió al conductor que se dirigiera hacia allí y luego se volvió hacia la encantadora mujer que estaba sentado frente a él.

—Tenemos que organizar su viaje. Hay varios vuelos diarios a Atenas. Una vez sepamos la fecha, le reservaré el billete.

—Gracias, pero yo me ocuparé. Esto es tan emocionante que no me puedo creer que esté pasando.

Su alegría era contagiosa. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan vivo. Una vez en el restaurante, los condujeron a una mesa para dos. Después de que se sentaran y Zoe pidiera por los dos, se quedó mirándolo.

—Quisiera su consejo, aprovechando que estamos a solas. Si tuviera que llevarle al señor Megalos un pequeño regalo de Nueva York, ¿qué le gustaría?

—Colecciona piezas navales de todas partes del mundo.

Aquello le dio una gran idea.

—Gracias por el consejo.

—No hay de qué. Antes de nada, necesito saber cuál es su situación económica.

—Estoy en bancarrota —respondió ella y se rio—. Eso no significa que no tenga dinero, pero solo lo suficiente como para mantenerme unos cuantos meses más. Por eso estoy deseando empezar a trabajar. Echando la vista atrás, ahora entiendo por qué la señorita Kallistos no quería que trabajara aquí. Ocupé una cama durante meses después de mi primera revisión libre de cáncer. Me permitieron quedarme a vivir en el hospital para hacer terapia y así superar el dolor.

Vasso se figuraba que aquella era tan solo una de las razones por las que a la señorita Kallistos no le caía bien Zoe. Ninguna mujer podía competir con la efervescente personalidad de aquella joven. Su pasión por la vida era arrolladora.

—Después de la quimio y del trasplante de médula, me dejaron quedarme todo el tiempo que necesitara, algo de lo que estoy muy agradecida. Ni siquiera tengo que llevar peluca ahora. Nadie adivinaría que perdí todo el pelo.

Aun sin su melena rubia, tenía unas bonitas facciones clásicas.

—Tiene muy buen aspecto. Si su estancia en el hospital ha servido para recuperarse, entonces aplaudo la decisión del médico.

–Me enteré a través de mi médico que el psicólogo estaba preocupado por mi recuperación. Haber perdido a mis padres de aquella manera tan trágica, me había sumido en una depresión profunda. Era hija única y estaba muy unida a ellos. Eran maravillosos y muy trabajadores, así que hacía todo lo posible por ayudarlos. En una noche, todo mi mundo desapareció.

–Así nos sentimos mi hermano y yo cuando nuestro padre murió por culpa de un linfoma. La vida tal y como la conocíamos se esfumó. Por suerte, nos teníamos el uno al otro.

–El psicólogo me explicó que habría sido muy diferente si hubiera tenido hermanos. Me hizo comprender por qué me resultaba tan difícil asumir su muerte. Cada persona vive el dolor de una manera diferente. En mi caso, era una mujer de veinticuatro años que no podía parar de llorar como una niña por la pérdida de sus padres. No sabe lo divertidos que eran. Eran mis mejores amigos.

–Akis y yo teníamos la misma relación con nuestro padre. Me alegro de que el sacerdote insistiera para que la entrevistara. Es muy persuasivo –dijo Vasso y esbozó otra sonrisa.

–Lo es. El otro día, cuando fui a la consulta del médico y me dijo que estaba libre de cáncer, algo cambió en mí. Ya no quería seguir allí más tiempo y entonces me di cuenta de que había superado lo peor de la depresión. El padre Debakis sabía que quería trabajar en su fundación. El que me dé esta oportunidad es un milagro –dijo con voz temblorosa–. Muchas gracias, le prometo que no le defraudaré.

–Estoy seguro de eso.

El camarero les llevó la comida. Vasso no reparó en la comida porque una gran emoción se había apoderado de él. La conversación le estaba recordando al padre que Akis y él tanto echaban de menos y que con tanto cariño los había tratado. Había sido un hombre excepcional y recordaban todo lo que les había enseñado.

Una vez Zoe terminó su plato, alzó la vista y lo miró.

–Su dinero me ha salvado la vida y está ayudando a mucha gente más, no solo a los pacientes, sino a los empleados también. El oncólogo está encantado de trabajar aquí. Usted y su familia están haciendo por otros mucho más de lo que creen.

–Deje de darme las gracias, Zoe. Conozco algunos sitios en Paxós que puede alquilar. Si quiere, cuando llegue a la isla, puedo tenerle preparado un

listado de apartamentos.

–Eso sería muy considerado de su parte, pero puedo hacerlo yo misma.

–Estoy seguro de que puede hacerlo, pero necesitará un sitio cerca del hospital y no son fáciles de encontrar.

–Entonces, acepto su ayuda, gracias.

–Si ya ha terminado, la llevaré a su casa.

Zoe se levantó de la mesa.

–Le llamaré tan pronto tenga el billete de avión.

–Estaré atento a su llamada y, a partir de ahí, iremos organizándonos.

De camino a la limusina, fue consciente de que aquella experiencia podía cambiar su vida. Sabía que la fundación estaba ayudando a muchas personas, pero por primera vez desde que abrieran los dos hospitales, tenía un interés personal en uno de los pacientes que se había recuperado.

Le había hablado con tanta naturalidad de su familia que le había traído recuerdos de su padre y de la vida que los tres habían compartido antes de que muriera. A pesar de lo pobres que habían sido, lo habían pasado bien. Había olvidado ese detalle hasta que aquella mujer le había contado su vida. Porque a través de los comentarios sobre su familia, había visto su propio pasado con una visión nueva. Su historia le había llegado al corazón y Vasso se dio cuenta de que no era el mismo hombre frío que había viajado por negocios a Nueva York.

Atenas, diecisiete de agosto

Un escalofrío recorrió la espalda de Zoe mientras el avión descendía entre las nubes hacia la pista de aterrizaje. Desde su asiento, miró por la ventanilla y vio las islas, antes de distinguir los tejados de las casas de Atenas. Aquel era el mundo de Vasso Giannopoulos.

Todavía no podía creer que estuviera viajando a un lugar en el que no había estado nunca y en el que iba a trabajar. Seguramente sus antepasados habían tenido esa misma sensación al llegar a los Estados Unidos en busca de una nueva vida.

Qué fácil era su vida en comparación. En vez de viajar en barco, ella lo hacía en avión. Le esperaba un trabajo y también el hombre que lo había

hecho todo posible. Era tan maravilloso que no podía creer la suerte que había tenido al conocerlo.

Vasso Giannopoulos y su familia eran responsables de todo lo que le había ocurrido desde que fuera admitida en el centro Giannopoulos de Astoria un año antes. Ahora, iba a trabajar para su fundación y le había dicho que estaría esperándola cuando aterrizara.

La idea de volver a verlo le provocaba mariposas en el estómago. Probablemente, esta vez las piernas no le temblarían como le había ocurrido el día que lo había conocido. La imagen de aquel hombre tan magnífico había invadido sus pensamientos tanto despierta como dormida.

Después de que su avión aterrizara y aparcara en la puerta de embarque, Zoe se quitó el cinturón y tomó su equipaje de mano. Luego se dirigió junto al resto de los pasajeros hasta la terminal, a la zona de aduana. Después de presentar el pasaporte y contestar unas cuantas preguntas, una empleada de la línea aérea se acercó hasta ella.

—¿Es usted Zoe Zachos?

—Sí.

—Venga conmigo, por favor.

Se subió a un carrito y después de un pequeño recorrido, tomaron un ascensor para bajar una planta. Después de otro breve trayecto, la empleada de la aerolínea detuvo el vehículo delante de una puerta.

—La están esperando.

Nada más salir por la puerta, vio a lo lejos una limusina. El sol calentaba el asfalto. Una vez más, al reconocer a su benefactor en el asiento del copiloto con gafas de sol, sintió que las piernas se le doblaban. Iba vestido con una camisa azul claro y unos chinos tostados. Estaba tan guapo que se le escapó un suspiro antes de darse cuenta de que podía oírla.

—Señorita Zachos, bienvenida a Grecia.

Zoe se quedó sin aliento.

—Gracias por venir a recogerme.

—Espero que haya tenido un buen viaje.

Vasso tomó su bolso de viaje y le abrió la puerta trasera del coche.

—Sí, ha sido bueno.

Rodeó el coche, se metió con el bolso de Zoe y se sentó frente a ella. El interior olía a su jabón. La reacción que le provocaba era exagerada. Quizá no se encontrara bien.

—El conductor va a llevarnos al edificio en el que mi hermano y yo trabajamos. Nos quedaremos en el ático. Allí es donde recibimos a invitados y a empresarios que tienen que quedarse a pasar la noche. Mañana, tomaremos el avión a Paxós.

La limusina se dirigió al centro de Atenas. En otras circunstancias, habría disfrutado más del paisaje, pero en aquel momento no podía fijarse. Después de lo que acababa de decirle, Zoe se sintió como una escolar enamorada platónicamente.

—¿Ya sabe el señor Megalos que va a contratarme?

—Todavía no. Quiero que antes la conozca.

Lo miró directamente a los ojos, pero no pudo vérselos detrás de las gafas.

—Algo me dice que está haciendo lo mismo que el padre Debakis hizo con usted. Quizá no quiera que sea su asistente.

—En ese caso, le dará otro puesto de trabajo, no se preocupe. Al menos, no le dirá que se meta a monja.

Vasso rio y ella lo imitó. Su sentido del humor era contagioso.

—No debería haberle contado el comentario de la señorita Kallistos.

—Esa mujer no debería haber dicho nada, así que olvídelo.

—Ya lo he hecho. ¿Le importa si le hago algunas preguntas? Me gustaría saber a qué clase de negocios se dedica. Lo único que conozco de usted es su labor filantrópica.

—Si mira por la ventanilla derecha verá una tienda llamada Alpha/Omega 24.

—Ah, ya la veo. Me recuerda a una cadena de tiendas de conveniencia de Estados Unidos.

—Esa es nuestra tienda número cuatro, la primera que abrimos en el continente.

—Así que es dueño de una cadena de tiendas. ¿Dónde están las tres primeras?

—En Paxós. Mi hermano y yo fundamos nuestra propia cadena hace unos años y ahora tenemos tiendas por toda Grecia.

—Ahora, déjeme adivinar —dijo Zoe mirándolo con picardía—. ¿Por casualidad tiene más de cien tiendas?

—La número cien está en Tesalónica.

Zoe tragó saliva.

–¿Es broma, no? ¿Ha llegado la cadena hasta Florina?

–Y más lejos. Puede que le interese saber que tenemos hasta en Kozani, no lejos de la ciudad natal de sus antepasados.

–¿Cuántas tiendas tiene en total? Espere, no me conteste –dijo y se sonrojó–. Parezco una fisgona, discúlpeme.

–No me importa. Dos mil una, incluyendo la que hemos abierto hace poco en Creta.

Zoe había intentado imaginar la cantidad de dinero que hacía falta para mantener los dos hospitales. Una vez que conocía la fortuna que había detrás de la fundación, se sentía conmovida por la generosidad de aquellos hombres.

–Realmente son perfectos –susurró.

–Tiene mucho que aprender –replicó él bromeando.

La limusina giró en un callejón y se detuvo en el lateral de un gran edificio. Vasso se bajó cargando con el bolso de viaje y rodeó el vehículo para ayudarla. Su llavero tenía un mando a distancia con el que abrió la puerta que daba a un ascensor. Subieron hasta el último piso. Cuando la puerta se abrió, entraron en un ático acristalado y agradeció el aire acondicionado.

–Si me acompaña, le enseñaré la habitación de invitados.

Zoe lo siguió por el pasillo hasta una habitación con unas vistas fabulosas de Atenas.

–¡Qué paisaje tan increíble! Soy la mujer más afortunada del mundo por dormir aquí esta noche. Es demasiado bueno conmigo.

–Hacemos esto con todos los candidatos a director de tienda.

–No es mi caso, pero le prometo que me esforzaré para ayudar a los pacientes del hospital.

–No tengo ninguna duda –dijo dejando el bolso de viaje en el suelo–. El cuarto de baño está detrás de esa puerta. Esta zona del ático es toda suya hasta que nos vayamos a Paxós. Y ahora, estoy seguro de que querrá relajarse y descansar, pero permítame que antes le enseñe la cocina.

Volvieron a recorrer el pasillo hasta el otro extremo del ático.

–Aquí tiene comida por si tiene hambre. Tome lo que quiera mientras yo bajo a la oficina. Si me necesita, llámeme, aunque no creo que tarde. Después de comer, podemos ir de compras si le apetece.

–Gracias, señor Giannopoulos.

–Llámame Vasso.

Ella sonrió.

–Y a mí Zoe.

Vasso se quitó las gafas de sol.

–Zoe Zachos. ¿Alguna vez alguien te ha llamado ZZ?

–No –respondió riéndose–, eres el primero.

Después de que se marchara del ático, Zoe se acercó a las ventanas del salón. La vista de la Acrópolis parecía tan surrealista como el hecho de haber conocido a Vasso Giannopoulos.

Aunque era un hombre muy ocupado, había sacado tiempo para entrevistarla. Sus comentarios, lo revelaban como un hombre empático y compasivo. Gracias a su generosidad, su vida estaba empezando a cambiar.

Capítulo 3

–VASSO, tu hermano me dijo que vendrías después de comer –dijo su secretaria al verlo llegar–. Esta mañana has tenido dos llamadas de Maris Paulos. Dice que es urgente que te pongas en contacto con ella.

Con el fin de mantener su privacidad, tan solo tenían el número de su teléfono móvil unas cuantas personas. Eso obligaba a Maris a localizarlo a través de su secretaria. Hasta que no había oído su nombre, no había pensado en ella.

–La llamaré ahora. Por cierto, mañana no vendré a la oficina. Akis se ocupará de todo. Si hay alguna urgencia, él me llamará.

–Muy bien.

Vasso entró en su despacho y llamó a Maris. Después de disculparse por no haberla llamado antes de su breve viaje a Nueva York, le preguntó si podía ir a su apartamento más tarde y ella se puso muy contenta. Vasso no tenía intención de volver a verla después de aquella noche y tenía que decírselo. Ella quería avanzar un paso más en su relación, pero él no tenía nada más que ofrecerle.

Con ese asunto resuelto, dedicó un par de horas al papeleo. Luego, llamó a Zoe.

–Me alegro de que hayas llamado. Acabo de comer y estaba a punto de irme de compras.

–Entonces, te llevaré.

–Oh, no, ya has hecho mucho por mí.

Era muy diferente a las mujeres que conocía y cuyo único interés estaba en el dinero. Zoe parecía completamente opuesta a aquella clase de mujeres con intenciones ocultas.

–No sabes dónde ir de compras.

–Me las arreglaré. Llevo toda la vida viviendo en una gran ciudad.

Vasso sonrió ante aquella demostración de independencia.

–Ya me imagino, pero me gustaría acompañarte. Enseguida subo.

Era consciente de lo agradecida que se mostraba por todo. Contento de que no estuviera cansada, le pidió al chófer que los recogiera en el callejón y fueron hasta unos grandes almacenes cerca de la plaza Sintagma.

—Encontrarás aquí todo lo que necesitas y a un buen precio —dijo ayudándola a salir del coche—. ¿Te parece si empezamos por el departamento de equipajes? Necesitarás una maleta más grande.

Zoe sonrió.

—Me has leído el pensamiento.

A Vasso le gustó el juego de maletas con estampado de flor de lis dorada sobre fondo rojo que eligió. Luego, le pidió a la dependienta que le llevara las compras a la limusina que estaba aparcada a la entrada de la tienda.

El departamento de ropa de mujer estaba en la siguiente planta. Antes de llegar al mostrador, Zoe se detuvo.

—Dime una cosa con sinceridad. La señorita Kallistos solo llevaba vestido o faldas y blusas. ¿Crees que debería vestir así?

—Para trabajar, sí. Pero supongo que también querrás otro tipo de prendas. La isla tiene mucho que ofrecer. Además de vaqueros y pantalones cortos, necesitarás zapatos para caminar y trajes de baño, también algún jersey o chaqueta para cuando refresque por las noches. Paxós es muy diferente a Nueva York.

—Sí, soy consciente. Después de haber vivido en una jungla de asfalto, estoy deseando la tranquilidad de una isla sin rascacielos.

—Va a ser un gran cambio. Por cierto, ¿tienes ordenador portátil?

—El que tenía en la universidad, se quemó en el incendio.

—Eso me temía.

—Déjalo, Vasso, ya sé lo que vas a decir. Tengo dinero para comprarme otro.

—No lo dudo, pero la fundación suministra todo lo necesario. Mientras compras ropa, iré a comprar un ordenador. Lo necesitarás cuando no estés en el hospital. No tardaré mucho. Cuando acabe, vendré aquí a buscarte.

—Me parece buena idea. Cuando terminemos con las compras, me gustaría llevarte a cenar. Invito yo. Me temo que no me quedará mucho dinero, así que elije un sitio que pueda permitirme.

Se sentía hipnotizado por aquellos brillantes ojos verdes.

—Conozco un sitio en Plaka que te encantará.

–El barrio antiguo de Atenas –dijo ella–. Y pensar que corre sangre griega por mis venas y que nunca había estado aquí. Prometo darme prisa. Estoy deseando hacer turismo. A mi padre no le gustaba ir de compras con mi madre porque tardaba mucho. Intentaré no ser como ella.

El entusiasmo de Zoe le hacía ver la vida con nuevos ojos.

–Tómate todo el tiempo que necesites.

La dejó con una dependienta y se fue. Además del ordenador, Vasso quería comprarle un teléfono. Seguía asombrado por todo lo que había perdido y, lo que más le sorprendía, era que no estuviera amargada ni enfadada. No se sentía víctima y eso hacía que su admiración por ella aumentara. El fuego le había arrebatado todo lo que tenía, incluyendo a sus padres, y le había obligado a construirse una nueva vida. Aquella mujer era una superviviente en muchos sentidos. No se imaginaba a ninguna de las mujeres que conocía tan dispuesta a lanzarse a un futuro incierto.

Su belleza era tanto interior como exterior. Era un milagro que el linfoma no le hubiera quitado la vida. Su gratitud era inmensa, aunque era su calidad humana lo que la atraía de ella. No podía comparársela con ninguna otra persona. Tenía un gran sentido del humor a pesar de todo por lo que había pasado, lo cual decía mucho de ella.

Tal y como le había dicho a Akis, estaba orgulloso de haber creado la fundación en honor a su padre. Ninguno de los dos había imaginado que gracias a su dinero alguien como Zoe tendría la atención médica necesaria para superar su terrible enfermedad. En aquel momento, se sentía agradecido de haber construido los dos centros para así poder ofrecerle el empleo que tanto deseaba.

«Se está convirtiendo en alguien importante en tu vida», se dijo.

Una hora más tarde, fue a buscarla y salieron de los grandes almacenes del brazo. Un puñado de fotógrafos empezó a hacerles fotos y preguntas. Alguien había avisado a los paparazzi de que estaba allí. Vasso se sintió furioso, mientras Zoe se limitaba a ignorarlos, y la ayudó a meterse en la limusina de cristales tintados.

–Debes de ser toda una celebridad –dijo ella en voz queda.

–Todo el que tiene dinero es una celebridad.

–Supongo que su interés en ti va más allá de eso.

–Es porque Akis y yo nos hemos abierto paso en la vida saliendo de la pobreza. La prensa lleva siguiéndonos años.

—Eso es terrible —dijo y suspiró—. Pero supongo que además habréis hecho cosas extraordinarias. El mero hecho de compartir vuestra fortuna con los más necesitados dice mucho de vosotros. Seguro que eres consciente de que mucha gente te admira por eso, aunque no te guste la publicidad.

—Créeme, no me gusta —murmuró—. Pero olvidémoslo. Siento no haberte protegido de ellos.

—Entiendo que no te guste que te acosen.

Se sentía muy cercano a ella porque parecía pensar igual que él. Estaba empezando a desear pasar más tiempo en su compañía.

—Es una de las razones por las que me agrada estar en Atenas.

—No te culpo. Dadas las circunstancias, ¿te parece bien si nos vamos al ático a cenar? Ahora que te han visto, probablemente nos seguirán a Plaka. Ya que no puedo invitarte, al menos déjame prepararte la cena.

—No te he traído aquí para que cocines.

—No sabes cuánto lo hecho de menos. He pasado un año ingresada, sin un sitio en el que cocinar. Y créeme, tu cocina es el sueño de cualquier cocinero. Pero no me malinterpretes —dijo suavemente—. A lo que me refiero es que ahora que estoy bien, estoy deseando hacer todas las cosas que siempre me han gustado. Eso, si te parece bien.

¿Cómo decirle que no?

—Por supuesto.

—Permíteme que te cuente que muchos clientes venían al restaurante de mis padres por las recetas de mi madre.

Vasso disfrutaba escuchando las historias de su familia.

—¿Cuál era su especialidad?

—Varias, pero mi plato favorito era *burek*.

—¿Sabes preparar *burek*? —preguntó él sorprendido.

—Así que te gusta, ¿eh? —respondió sonriendo con los ojos.

—Lo tomé una vez en Kozani y me encantó.

—Me gustaría preparártelo si me dejas tu cocina. Pero antes, deberíamos tomar licor de Mastika de aperitivo. Quizá no tengas.

—Nuestra tienda número cuatro lo vende. Pasaremos de camino.

Zoe sacó de su bolso un trozo de papel y escribió en él unas cuantas cosas antes de dárselo.

—¿Tienes todo esto?

Vasso leyó la lista: ingredientes para la masa, cordero troceado, queso blanco, espinacas, aceitunas y tomates. Tendrían que parar a comprar la mitad de lo que había en la lista. Avisó al conductor y luego se volvió hacia ella.

–Se me hace la boca agua.

–A mí también –dijo sonriendo–. Estoy deseando prepararte una de las especialidades de mi familia.

–¿Echas de menos Nueva York?

Eso le preocupaba. Vivir en Paxós iba a suponer un gran cambio para ella.

–Siempre echaré de menos a mis padres, pero no hay nada en Nueva York que vaya a echar de menos.

Vasso deseó reconfortarla.

–Te entiendo. Muchas veces me gustaría poder hablar con mi padre de negocios.

–Cada vez que iba a la capilla del hospital, leía la placa y sentía curiosidad por él. ¿Cuándo murió?

–Hace dieciséis años.

–Eras muy joven cuando lo perdiste. Debió de ser terrible para tu madre.

Vasso carraspeó.

–Ella murió siendo yo un bebé.

–No lo sabía. Eso significa que tu padre os crio solo. ¿Tenías abuelos?

–Murieron también, pero esa es otra historia.

–¿Me la vas a contar?

–Quizá durante la cena –respondió justo cuando la limusina se detenía ante una tienda–. Enseguida vuelvo.

Salió y corrió al interior del establecimiento.

–¡Jefe!

–Yassou, Galen. He venido por una botella de licor de Mastika.

–Creo que nos queda una. No te preocupes, iré por ella.

–No, iré yo.

Vasso volvió con la botella y otros artículos más que le hacían falta.

–Ya nos veremos –dijo dejando unos billetes en el mostrador.

Una vez en la limusina con las compras, le enseñó la botella a Zoe.

–¿Es esto lo que querías?

—No puedo creer que hayas conseguido una —dijo encantada—. No me extraña que tus tiendas tengan tanto éxito. Hoy es mi día de suerte. Voy a tener que preparar una comida digna de recibir el sello de aprobación de Giannopoulos.

Vasso rio, consciente de la facilidad que tenía para conseguirlo. La semana pasada, cuando la había visto entrar en el despacho de Alexandra, nada le había hecho suponer el efecto que aquella mujer extremadamente femenina provocaría en él. La primera impresión que le había causado, con su melena rizada rubia, había traído un aire nuevo a su vida.

Al llegar al ático, metieron todas las compras en el ascensor y subieron. Luego, dejaron los paquetes en la habitación de Zoe antes de dirigirse a la cocina con todos los ingredientes necesarios para la cena.

Se sentían a gusto trabajando codo con codo.

—Eso es toda una experiencia nueva para mí —dijo Vasso.

—¿Cómo es eso?

—Nunca había traído a ninguna mujer a esta casa.

—¿Ni siquiera a una amiga?

—Tengo que hacerte una confesión. Cuando Akis y yo empezamos a ganar mucho dinero, nos preocupaba que las mujeres que conocíamos nos quisieran por lo que pudieran obtener de nosotros. Así que nos negamos a traerlas aquí. Era más seguro llevarlas a cenar fuera. Quizá te parezca una tontería.

—No después de lo que me has contado de tu vida. Hay mucha gente avariciosa. Imagino que a cualquiera que gane tanto dinero como vosotros le costara confiar en las personas que se le arriman.

—Akis tuvo la misma desconfianza, pero ahora está casado. Nada más conocer a Raina, se enamoró perdidamente. Pero su temor a que no lo amase le causó toda clase de problemas.

—¿Cómo se conocieron?

—Ella vino para asistir a la boda de su amiga Chloe, quien había vivido con ella en California. Akis fue el padrino. Después de salir huyendo de una de las damas de honor que no dejaba de perseguirlo, sacó a bailar a Raina para hacer tiempo y poder irse de allí. Ese encuentro casual cambió su vida.

—¿Cuándo se dio cuenta de que lo suyo iba en serio?

—Enseguida lo supo, pero necesitaba asegurarse. Busqué información sobre ella y descubrí que era Raina Maywood.

—¿La famosa heredera de la fortuna Maywood?

Él asintió.

—Cuando Akis se enteró, todo cambió. Sabía que no iba detrás de su dinero, pero tenía otro problema.

—¿Cuál?

—Estaba convencido de que no estaba a su altura. Le preocupaba que debido a nuestra falta de estudios, ella acabara aburriéndose de él. La noche en que volvía a California, la llamé y le pedí que fuera a buscarlo. Estaba destrozada porque no acababa de entender por qué no aceptaba que lo amaba. Por suerte, siguió mi consejo y logró convencerlo de que era todo para ella. Se casaron enseguida y nunca he visto a mi hermano tan feliz.

—¿Te resultó difícil?

—Eres muy perceptiva —dijo mirando aquellos ojos verdes—. Hasta que no se casaron, no me di cuenta de lo unidas que estaban nuestras vidas. Cuando me contaste lo unida que estabas a tus padres, fue como si nos describieses a Akis y a mí. Al principio me sentí perdido, pero enseguida desapareció esa sensación. Raina ha sido una alegría y mi hermano está tan feliz que ahora no me imagino la vida sin ella. Con un bebé en camino, Akis no es el mismo.

—Un bebé, qué maravilla.

—Con todo lo que tuvimos que luchar de jóvenes, nunca imaginamos que un día así llegaría.

—Y lo que queda. Vuestras vidas son todo un milagro.

Las cosas que decía...

Siguieron trabajando en armonía. No había ninguna duda de que Zoe sabía moverse en una cocina. A las siete, se sentaron en la mesa del comedor a disfrutar de la mejor comida casera que Vasso había disfrutado nunca.

Empezaron con un poco de Mastika con hielo y un pastel de queso gratinado como aperitivo. El *burek* estaba delicioso. Capas de masa con queso blanco, cordero troceado y espinacas con tomate y cebolla, acompañado de una salsa de hierbas. Estaba tan bueno que comió más de lo habitual.

—Podrías abrir tu propio restaurante, Zoe.

—Eres muy amable. Antes de irme a la universidad, lo pensé, pero mis padres insistieron en que primero estudiara. El resto ya lo conoces. Mi

mundo, tal y como lo conocía, desapareció.

Vasso no quería que se pusiera triste.

—Ahora es mi turno. Deja que me ocupe de recoger los platos mientras haces las maletas. Mañana, después de desayunar, saldremos para Paxós.

Ese era el plan, pero estaba descubriendo que le gustaba tanto su compañía que deseaba quedarse con ella en Atenas y enseñarle la ciudad.

—Antes, quiero que me hables de tus abuelos. Es triste pensar que tampoco disfrutaste de ellos.

Zoe empezó a recoger la mesa.

—Mis cuatro abuelos eran de Paxós.

—Ahora entiendo por qué la isla es tan importante para ti.

—Mis abuelos paternos y sus hijos, a excepción de mi padre, murieron víctimas de una epidemia de malaria en Paxós. La erradicaron a comienzos de los años sesenta, pero ya fue demasiado tarde para ellos.

—Es sorprendente que tu padre no se contagiara.

—Nadie sabe por qué. Quizá era inmune por naturaleza. Un pescador pobre de Paxós se hizo cargo de mi padre. Se dedicaban a pescar y vender el pescado en el mercado de Logós. Cuando el hombre murió, mi padre siguió pescando con su bote. En el pueblo conoció a mi madre. Ella y su hermano Kristos sobrevivieron a la epidemia que acabó con el resto de la familia. Mi tío emigró a Nueva York para comenzar una nueva vida, y allí murió atropellado.

—Qué horrible. Eso explica la placa con su nombre.

—Sí. Al parecer, mi madre se quedó muy triste cuando su hermano se fue de Grecia. Con el tiempo, ella y mi padre se enamoraron y se casaron. Ella trabajaba recogiendo aceitunas. Yo nací primero y, once meses más tarde, mi hermano Akis. Pero el parto fue muy duro y, debido a su salud frágil, murió.

Vasso se dio cuenta de que Zoe contenía las lágrimas.

—Qué pena que no conocierais a vuestra madre. Yo por lo menos perdí a mis padres hace un año.

Sus miradas se encontraron.

—Creo que tu dolor es peor. Nosotros nunca la conocimos. Éramos tan pequeños cuando murió, que los únicos recuerdos que tenemos de ella son los que nos contaba mi padre. Pero tú estuviste con tus padres toda tu vida, haciéndolo todo juntos.

—Gracias a la terapia, ahora estoy bien. Tu padre debió de ser un santo para arreglárselas él solo. Con razón quisisteis hacer algo especial en su honor.

—Era nuestro héroe. Yo tenía seis años cuando lo ayudábamos en la tienda vendiendo el pescado. Ni Akis ni yo íbamos con regularidad al colegio porque necesitábamos el dinero. Mi padre solo conoció la pobreza. Sé que le hería en su orgullo que fuéramos conocidos como los pobres chicos Giannopoulos. La mayoría de la gente nos miraba con superioridad. Nadie reparó en lo mucho que sufrimos cuando le diagnosticaron linfoma y murió. En aquel momento, solo nos teníamos el uno al otro. Mi padre me pidió que cuidara de Akis.

—¿Cuántos años teníais?

—Trece y catorce.

—De la noche a la mañana tuvisteis que haceros hombres.

—Lo único que sabíamos era que dependíamos el uno del otro para sobrevivir. El dueño de la tienda murió y su viuda necesitaba ayuda. Le pedimos que nos dejara quedarnos y trabajar para ella. La mujer nos conocía, así que nos dejó trabajar en su tienda. Akis y yo nos turnábamos en las tareas. Uno atendía a los clientes mientras el otro salía a pescar o a recoger aceitunas. Luego cambiábamos. Trabajábamos muchas horas.

—¿Teníais tiempo para ir al colegio, para jugar?

—Apenas.

—Me gustaría conocer a Akis.

—Podemos arreglarlo, pero ya está bien de hablar de mí. Cambiemos de tema. ¿Has subido alguna vez en helicóptero?

Zoe sacudió la cabeza, todavía asombrada de lo que acababa de contarle.

—No, aunque siempre he querido hacerlo.

—Una vez te acostumbres, no querrás viajar de otra manera.

—Tendré que creerte —replicó y, después de unos segundos, añadió—: ¿Vasso?

—¿Sí? —contestó él mientras llenaba el lavaplatos.

—Has sido muy amable conmigo y la deuda no deja de aumentar. Quiero devolver cada céntimo que tu fundación se ha gastado en mí, aunque me lleve toda la vida. A todo el personal del hospital les gustaría darte las gracias. Has salvado la vida de mucha gente sin esperanza. Es asombroso

todo el bien que has hecho –afirmó mientras empezaba a temblarle el labio inferior–. Eres maravilloso.

Sus palabras lo conmovieron.

–Si empiezo a decirte todas las cosas que pienso de ti, no creo que haya horas suficientes.

Ella se sonrojó.

–Te lo agradezco.

–¿Cómo pudo dejarte el hombre con el que estabas saliendo? –murmuró.

No había podido dejar de hacerse esa pregunta desde que le contara que había tenido un novio.

–No lo sé –contestó ella entre risas–. Me rompió el corazón cuando tomó la decisión de mudarse a Boston. Me dolió mucho, pero con el paso del tiempo, me di cuenta de que no me amaba. Al cabo de unos meses, decidí que había tenido suerte. Si no hubiera ocurrido el incendio, ¿me habría pedido que me casara con él? No tengo respuesta. Pero el caso es que prefirió marcharse a Boston que quedarse conmigo. No le culpo. De haberse quedado con una enferma terminal, habría tenido que olvidarse de sus sueños. Eso es pedirle mucho a un hombre, a menos que esté seguro de que ha encontrado al amor de su vida.

–¿Era él el hombre de tu vida?

Vasso deseaba conocer la respuesta.

–He tenido otros novios. Unos significaron más que otros. Conocí a Chad cuando los dos estábamos haciendo un curso en Inglaterra. Estuvimos juntos dos semanas. Se aprende mucho de otra persona en viajes como ese. Lo pasamos bien y no quisimos poner fin a lo nuestro al regresar a Nueva York. Cuanto más estaba con él, más convencida estaba de que era mi hombre ideal. Pero las circunstancias que me llevaron al hospital pusieron fin a la relación que teníamos. Ahora, ya sabes la historia de mi vida.

–Pero te hizo sufrir al no quedarse contigo.

Zoe respiró hondo.

–Fue horrible, no puedo negarlo. En aquel momento necesitaba mucho cariño. Fue una lección muy difícil de la que aprendí que no debía confiar en ningún hombre –dijo y levantó la vista para mirarlo–. No puedo ser más sincera.

Aquel hombre había sido un idiota.

—Mira lo que se ha perdido —dijo Vasso mirándola fijamente—. Gracias por contármelo.

—Creo que ya he hablado demasiado —concluyó Zoe y después de apartarse unos pasos, se volvió hacia él—. Gracias por escucharme.

—Ha sido un placer. Tengo que salir un rato. Procuraré no hacer ruido cuando vuelva.

—Por favor, no te preocupes por mí. Buenas noches.

Al instante, desapareció.

Vasso se quedó donde estaba, sobrecogido por aquellas sensaciones que despertaba en él. De repente, su teléfono sonó y lo sacó del bolsillo. Al ver que era su hermano, descolgó.

—Hola, Akis.

—¿Qué tal va todo con la señorita Zachos?

—Bien —respondió, conteniendo el aliento.

—Venga, que estás hablando conmigo.

—Lo sé. La llevé de compras, cenamos y ahora se ha ido a la cama. Mañana por la mañana volaremos a Paxós.

—Sé leer entre líneas, hermanito. Vamos a intentarlo de nuevo. ¿Qué tal van las cosas?

—La prensa apareció al salir de los grandes almacenes, así que volvimos al ático y ella se ocupó de preparar la cena. Probablemente ha sido la mejor comida macedonia que he comido nunca.

—Tiene sentido, teniendo en cuenta que sus padres tenían un restaurante.

—Solo le queda un semestre para obtener el título en Filología, aunque Alexandra no lo sabía. Pero bueno, Zoe va a trabajar a este lado del Atlántico. Me ha dicho que quiere conocerte y darte las gracias por salvar su vida. Si quieres mi opinión, Yiannis estará tan encantado que acabará comiendo de su mano.

—No me sorprendería a la vista de que ya lo ha conseguido contigo. ¿Una mujer cocinando en nuestra cocina? Creo que es la primera. Me parece que es demasiado tarde para decirte que vayas despacio, el mismo consejo que me diste a mí. *Kalinihta*.

—*Kalinihta*.

Seguía pensando en Zoe veinte minutos más tarde, al llegar al edificio de apartamentos de Maris.

—¡Vasso, por fin estás aquí! —exclamó al abrirle la puerta—. Te he echado de menos.

Al ir a abrazarlo, él se apartó.

—¿Qué ocurre?

Vasso odiaba tener que hacer aquello, pero por el bien de los dos, necesitaba cortar con ella. Zoe llenaba sus pensamientos, aunque eso lo ponía nervioso al recordar lo que había sentido por Sofia. No le agradaba hacerle daño a Maris cuando no había hecho nada malo, pero, como le había dicho a su hermano, ella no era su mujer ideal. Aun así, no podía evitar sentirse culpable por hacerle aquello.

—Sentémonos.

—No quiero —replicó ella alzando la barbilla—. ¿Por qué tengo la sensación de que has venido para decirme que ha acabado todo entre nosotros?

Era periodista y tenía buen instinto.

—Para serte sincero, mientras he estado en Nueva York he tenido ocasión de pensar. No creo que lo nuestro tenga futuro y me parecía que era mejor decírtelo ahora. Me caes bien, Maris, y lo hemos pasado bien, pero...

—Pero quieres seguir con tu vida —lo interrumpió.

—Mi intención no es hacerte daño.

—Una de mis amigas me avisó de que así terminaría mi relación contigo, pero no quise creerla.

—¿Habrías preferido que te lo dijera por teléfono?

—No, habría sido igual de doloroso.

Vasso admiraba su sinceridad.

—He disfrutado mucho del tiempo que hemos compartido y te deseo lo mejor en el futuro.

Maris caminó hasta la puerta y la abrió.

—Me temo que no puedo desearte lo mismo, pero ya lo superaré. Creí que habíamos conectado. Estar contigo ha supuesto mucho para mí. Lástima que haya sido solo por mi parte. *Adio*, Vasso.

Salió de su apartamento. Después de reflexionar sobre lo que acababa de ocurrir en casa de Maris, cayó en la cuenta de que esa había sido la historia de su vida desde que Sofia Peri rechazara su propuesta de matrimonio. Aquello había ocurrido diez años antes, después de terminar el servicio militar. Le había costado superar el hecho de que se casara con otro. Desde entonces, se había dedicado a los negocios con Akis.

Durante los últimos años había estado con varias mujeres, pero siempre había sido él el que había puesto fin a la relación y casi se había dado por vencido de encontrar a su alma gemela.

Entonces, había visto a Zoe Zachos entrar en el despacho de Alexandra y su corazón se había acelerado. No había vuelto a ser el mismo desde entonces. En las últimas veinticuatro horas, no había dejado de asombrarlo.

Después de acostumbrarse al helicóptero, Zoe empezó a disfrutar de las vistas mientras sobrevolaban varios lugares históricos sobre el mar Jónico de los que había leído en libros o visto en películas. Desde el asiento del copiloto, Vasso la miró a través de sus gafas de sol. Llevaba un polo y unos pantalones cargo blancos, y estaba muy atractivo.

–Estamos llegando a Paxós –anunció por el micrófono.

–Qué pequeña es –comentó Zoe mirando por la ventanilla.

–Mide doce kilómetros por cinco. Demasiado pequeña para un aeropuerto, algo que apreciamos todos los que vivimos en la isla.

Zoe se inclinó hacia delante.

–¿A quién te refieres con «todos»?

–Ya te dije anoche que mi hermano y yo nacimos aquí, y aquí construimos el hospital. Mi hogar está aquí.

El corazón de Zoe latía con tanta fuerza, que temía que pudiera escucharlo.

–¿Aquí es donde vives cuando no estás en Atenas o de viaje por negocios?

–Así es.

Sorprendida de que fuera a trabajar tan cerca de la casa de aquel hombre tan fantástico, se volvió hacia la ventanilla.

–Nos dirigimos hacia el hospital –anunció Vasso–. He llamado a Yiannis para que nos espere. Una vez en su despacho, podéis hablar del trabajo.

Al descender el helicóptero, distinguió varios pueblos marineros con sus puertos coloridos y extensiones de olivos salpicados de pequeñas villas de color pastel. Unas casas pintorescas aparecieron ante su vista. Un sendero zigzagante de arena blanca entre la ensenada daba paso a otro pueblo marino. Pronto se dio cuenta de que se estaban dirigiendo a las afueras, hacia un gran complejo blanco.

Contuvo el aliento cuando estaban a punto de aterrizar en el tejado del hospital, pero ya no estaba tan nerviosa como cuando habían despegado.

—¿Estás bien, Zoe?

—Sí. Estaba pensando en cuánto les habría gustado a mis padres viajar así. Me siento mimada.

En cuanto aquellas palabras escaparon de su boca, se dio cuenta de que estaba hablando demasiado. Era algo que lo provocaba él. Una vez en tierra, no quiso continuar la conversación y se desabrochó el cinturón.

Le dio las gracias al piloto y se bajó del helicóptero con uno de sus conjuntos nuevos. Era un vestido azul marino con estampado blanco, cuello cerrado y mangas hasta el codo. Era ligero, pero le daba un aire clásico muy apropiado para trabajar.

Cuando Vasso la acompañó a los escalones que daban a un ascensor, sintió su mirada recorriéndola. Esperaba que le gustara. Nada más tener aquel pensamiento, Zoe se sintió molesta consigo misma por no dejar de pensar en él. El hecho de que su casa estuviera tan cerca del centro hospitalario, suponía que lo vería con más frecuencia de la que había imaginado y eso no la entusiasmaba demasiado.

—Es un ascensor privado —le explicó al entrar—. El hospital tiene tres plantas. En la segunda, hay una pasarela al centro de convalecientes de la tercera. El despacho de Yiannis está en el vestíbulo, junto a la entrada principal.

Salieron del ascensor y recorrieron el pasillo de un ala, pasando junto a unas puertas con vidrieras que debían de ser la capilla. Zoe miró a su alrededor.

—Me encanta la arquitectura helénica —dijo y sus miradas se encontraron un instante—. Fluye como la escultura de un templo griego.

Su comentario pareció agradarle.

—Cuando lo construimos, intentamos respetar el estilo de la isla. La cafetería está en el otro ala. La zona de comedor se extiende hasta una terraza que da al mar.

—Un hospital construido en medio del paraíso —murmuró Zoe—. Si hubiera tenido el privilegio de estar ingresada aquí, habría pasado mucho tiempo en la terraza. Estar cerca del mar es maravilloso.

El vestíbulo estaba lleno de plantas exóticas y flores y, al llegar, sonrió con calidez a una mujer de unos cincuenta años que parecía a cargo de la

recepción.

–¡Hebe! –exclamó y la besó en la mejilla.

–Yiannis me dijo que venías. Siempre es un placer verte.

–El sentimiento es mutuo. Quisiera presentarte a Zoe Zachos, de Nueva York. Ha venido a hacer una entrevista con Yiannis. Zoe, ella es Hebe Lasko.

–Espero que eso signifique lo que creo.

Su mirada cálida ayudó a que Zoe se relajara.

–Encantada de conocerla, señora Lasko?

–Llámame Hebe –contestó la mujer mientras estrechaban sus manos.

Después de la frialdad de Alexandra, Hebe era una brisa de aire fresco.

–Gracias.

–Hebe es la encargada de las oficinas que hay en el otro pasillo –explicó Vasso–, y ha estado haciendo las veces de asistente de Yiannis. El despacho de Yiannis está tras esta puerta que hay detrás de la recepción, vamos.

Zoe lo siguió rodeando el mostrador. Vasso llamó a la puerta y espero a que los invitaran a pasar. Luego, se hizo a un lado para que entrase ella primero. La primera sensación de Zoe fue que había llegado a un museo naval. Había maquetas de barcos en las estanterías y varias fotografías de un militar de alto rango vestido con su uniforme. En otras fotografías se le veía con su esposa. Era un hombre atractivo de pelo cano y ojos marrones.

Los dos hombres se saludaron con un abrazo e intercambiaron algunos comentarios. Sus risas resonaron en la habitación. Luego, se volvieron hacia Zoe.

–Bueno, Vasso, veo que tienes compañía, y muy guapa por cierto. ¿Acaso tienes pensado anunciar algo?

Capítulo 4

LA CONCLUSIÓN no podía ser más evidente. Zoe trató de contener un gruñido.

–Bueno, de alguna manera, sí. Te he encontrado la asistente que necesitabas. Yiannis, te presentó a la señorita Zoe Zachos. Nació y se crio en Nueva York, y es bilingüe. Me impresionó tanto que la he traído para que la conozcas. Voy a dejaros a solas para que os conozcáis e iré a echar un vistazo a las instalaciones. Luego volveré.

Desapareció tan rápido, que Zoe sintió como si desapareciera el suelo sobre el que pisaba. El hombre le sonrió.

–Siéntate, Zoe. ¿Señorita? ¿Cómo es que todavía no te has casado?

Enseguida le recordó a su padre, que siempre era muy directo.

–Todavía no he conocido al hombre adecuado.

–¿Qué les pasa a los hombres de Nueva York? –preguntó frunciendo las cejas.

–Me temo que el problema es mío.

–¿Cuántos años tienes? ¿Veintidós? –preguntó con una sonrisa burlona.

–El fin de semana que viene cumpliré veinticinco años.

–Vaya, qué mayor –dijo, provocando que Zoe rompiera a reír–. Muy bien, empecemos por el principio. Vasso no me haría esto si no estuviera completamente seguro de que eres la persona adecuada para el puesto que necesito. Háblame de ti.

Sin entrar en demasiado detalle, le habló de su familia y educación. Cuando se refirió al incendio, se las arregló para mantener la compostura. Luego, le habló del linfoma y del año que había pasado ingresada en el hospital.

–El sacerdote de mi iglesia sabía cuánto deseaba trabajar en el hospital para devolver todo lo que han hecho por mí. Cuando el médico me dijo que estaba curada, el padre Debakis me consiguió una entrevista con el señor

Giannopoulos. Me contó que su asistente tenía que dejar el trabajo y que estaba buscando a alguien.

El hombre se echó hacia delante bruscamente.

—¿Estás curada del cáncer?

—De momento, sí. Pero no está garantizado que...

—Olvídalo —dijo interrumpiéndola—. Eres lo que necesitamos. ¿Cuándo vuelves a Nueva York?

—No... No lo tenía pensado. Le he dicho al señor Giannopoulos que me gustaría trabajar en la fundación el resto de mi vida. Es mi manera de pagarle a su familia lo que ha hecho por mí. Si me dan un trabajo aquí, pues aquí me instalaré.

—Estás contratada, señorita Zachos.

Zoe no podía creerlo.

—Pero apenas sabe nada de mí.

—Por supuesto que sí. Vasso no te habría traído hasta aquí si hubiera tenido alguna duda. Este centro necesita ideas. ¿Quién mejor que tú para ver lo que estamos haciendo bien y mal? Cuando estaba en la Marina, preparábamos informes para los altos mandos. Contigo aquí, siento como si volviera a estar en activo con un equipo en el que puedo confiar.

Para disimular su alegría, tomó su bolso y sacó una caja envuelta en un papel con estampado de fragatas.

—Esto es para usted —dijo entregándoselo—. Se lo habría dado aunque no me hubiera contratado.

Yiannis la miró sorprendido antes de abrirlo.

—¿Qué es esto? —preguntó sacando una taza y observando la imagen en ella grabada.

—Esa es la foto de Edward Preble —explicó—. Fue un héroe durante la guerra de Trípoli. El señor Giannopoulos me contó que usted es un héroe de guerra y que colecciona objetos relacionados con la Marina. Ya sé que se refería a objetos navales griegos, pero pensé que podía incluir en su colección esta taza como reconocimiento a un héroe de guerra americano. La variedad es siempre interesante, ¿no le parece? Además, le servirá para tomar café.

Él rompió en carcajadas en el preciso instante en que Vasso se les unía.

—Parece que habéis congeniado bien.

—¿Has visto esto? —preguntó Yiannis levantando la taza—. Échale un vistazo. Nuestra nueva empleada acaba de regalarme esto para incluirlo en mi colección.

Vasso la miró antes de tomar la taza.

El contraalmirante retirado se recostó en su asiento, mirándolos a ambos con satisfacción.

—Solo me queda una cosa por preguntar: ¿cuándo puedes empezar a trabajar? Te necesito ya. La pobre Hebe ha estado haciendo el trabajo de dos personas.

A Zoe le había caído muy bien. Durante años, había trabajado con sus padres en el restaurante. Sería agradable volver a sentirse útil trabajando para alguien tan activo como aquel hombre. A pesar del dolor por la pérdida de su esposa, parecía una persona optimista.

—¿Qué tal mañana por la mañana? Hoy tengo que buscar un sitio en el que vivir.

—Muy bien, hasta mañana a las ocho y media. Me has alegrado el día.

Zoe se puso de pie.

—Y usted el mío al darme esta oportunidad. No sabe cuánto se lo agradezco. Ya verá que no se arrepentirá.

Zoe le estrechó la mano y se dirigió hacia la puerta. Necesitaba ir al cuarto de baño que había visto al final del pasillo. Después de salir, Vasso se acercó a ella.

—Iremos en helicóptero hasta mi casa para recoger el coche e ir a Logós. Allí podemos comer y visitar los apartamentos de los que te hablé. Con un poco de suerte, alguno te gustará.

Las cosas iban tan rápido que apenas podía pensar.

—¿Todos los que trabajan en el centro viven en Logós?

—Vienen de todos los rincones de la isla, pero Logós es un buen sitio para empezar. El único autobús de la isla hace varios recorridos al día hasta el hospital y sale de delante de la fuente, así que siempre tendrás un medio de transporte para llegar a casa. Date un mes y si no estás a gusto, puedes irte a vivir a cualquier otra parte de la isla, pero necesitarás un coche. Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Muchas gracias, pero no tengo carnet de conducir, Vasso. Si decido comprarme un coche, antes tendré que tomar clases.

A ese paso, nunca saldaría su deuda con él. Vasso era muy atento, tan diferente a Chad como el día y la noche.

El vuelo de regreso a la casa se le pasó en un abrir y cerrar de ojos. Había demasiadas cosas en las que fijarse. El helicóptero tomó tierra en medio de una extensión de olivos y no pudo evitar soltar una exclamación. No tenía ninguna duda de que aquel era el santuario de Vasso. Había un Lexus allí aparcado.

Una vez las aspas dejaron de dar vueltas, Vasso se desabrochó el cinturón de seguridad. Mientras se ocupaba del equipaje de Zoe, ella se bajó y se dirigió hacia el coche sin esperarlo.

—¿Zoe? La casa está en la otra dirección. ¿Adónde vas?

—A tu coche. Pensé que podría irme hoy mismo a vivir a un apartamento y no quiero que me facilites más de lo necesario.

—No tenemos tanta prisa.

—Yo sí. Una vez tenga donde vivir y esté trabajando, me sentiré libre. No espero que me entiendas, pero ser la destinataria de tanta generosidad durante tanto tiempo, se ha convertido en una carga. Espero que no te sientas ofendido.

—En absoluto.

Zoe trató de mostrarse seria. Una alarma había saltado en su interior. Vasso se estaba haciendo un hueco importante en su vida. Había estado en el ático que su hermano y él usaban por asuntos de trabajo, e incluso le había preparado una cena allí. A pesar de que iba a ser una simple empleada, Vasso le había abierto todas las puertas.

Pero ir a su casa era cruzar la frontera de su vida privada y se negaba a hacerlo. Quizá le gustara demasiado y no quería arriesgarse. Empezaba a tener miedo de que sus sentimientos por él interfirieran en su relación profesional.

Yiannis Megalos había sospechado al verlos llegar a su despacho que había algo entre ellos. Era evidente que Vasso se había tomado con mucho interés su deseo de trabajar en la fundación. No podía seguir aceptando su ayuda. Su instinto de conservación había saltado para proteger su corazón. Se negaba a volver a confiar en un hombre. Además, no tenía ningún sentido entablar una relación teniendo en cuenta que el cáncer volvería a aparecer. Era preferible concentrarse en el trabajo y darlo todo, y así evitar que volvieran a romperle el corazón.

Vasso abrió el coche con un mando a distancia y metió el equipaje en el maletero, mientras Zoe se sentaba en el asiento del copiloto. Una vez al volante, se volvió hacia ella. Su cercanía la alteraba; apenas podía respirar.

—¿Por qué tienes tanta ganas de deshacerte de mí? No tengo prisa. ¿Acaso te ha dado esa sensación?

Hasta aquel momento, no había sentido ninguna tensión entre ellos, pero después de lo que acababa de decir, temía haberlo enfadado.

Zoe se humedeció los labios, nerviosa.

—No, por supuesto que no. Eres tan atento que nadie se siente incómodo a tu lado. Todo iba bien hasta que te pidieron que me entrevistaras. Sé que el padre Debakis te puso entre la espada y la pared, así que no lo niegues.

—No pensaba hacerlo.

—Gracias. Desde entonces, te has ocupado de mí. Como si no te debiera ya varios cientos de miles de dólares.

—Zoe, ponte en nuestro lugar. Nuestro padre murió de una terrible enfermedad sin que Akis y yo pudiéramos hacer nada. Saber que la fundación ha salvado a alguien como tú significa mucho para nosotros. Es un placer ver que estás recuperada.

—Sois los hombres más buenos que he conocido.

—Es agradable oír eso. ¿Qué te parece si vamos al pueblo? Después de comer, puedo llevarte a ver los apartamentos que he elegido para ti. Uno está encima de una panadería y el otro, de una tienda de regalos.

—¿Una panadería? —preguntó dirigiéndole una mirada de preocupación.

En cuanto Zoe hizo aquella pregunta, Vasso se dio cuenta de su error y se aferró con tanta fuerza al volante que fue un milagro que no lo rompiera.

—Perdóname por olvidarme de dónde has vivido. Borraremos ese de la lista. Te caerá bien la señora Panos. Es una viuda que alquila el apartamento de encima de su tienda de regalos. Tiene entrada independiente por la parte trasera. El único inconveniente es que solo tiene un dormitorio.

—No necesito más.

—Es muy fácil complacerte.

—No siempre.

—Ponme un ejemplo.

—Si te lo contara, me mandarías de vuelta a Nueva York en el primer avión.

—Venga, solo uno.

—Un par de amigas querían compartir habitación conmigo en la universidad, pero siempre había tenido mi propio espacio en casa y no estaba dispuesta a renunciar a eso. Cuanto más intentaban convencerme, menos me gustaba la idea. Supongo que soy una persona muy reservada y no me agrada ver mi espacio invadido. Por eso vivía con mis padres.

—No hay nada malo en eso. Pero quizá llegue un día en que no quieras seguir estando sola.

—Si te refieres al matrimonio, no tengo pensado casarme.

—¿Por qué?

—Me gusta la vida que llevo —respondió, volviéndose hacia él—. No quiero cerca a ningún hombre que me diga lo que tengo que hacer. Una de las pacientes del hospital solía contarme las peleas que tenía con su marido. Mis padres se llevaban bien, así que no acababa de comprender la situación de aquella mujer. La mayoría de mujeres que había en el hospital hacían comentarios parecidos del matrimonio. Así que decidí que era mejor estar sola.

—Mi hermano está encantado con la vida de casado.

—Puede que así sea, pero ¿su mujer opina lo mismo?

—No tengo ni idea —contestó y rio.

A Zoe le gustaba oír su risa.

—Quizá sea mejor que no lo sepas. Por la expresión de Yiannis, es evidente que se pregunta por qué no estás casado. Reconoce que no te agrada la idea de tener una esposa que te esté controlando.

—Vaya manera de plantearlo.

Ella rio.

—Es una broma.

La mujer que consiguiera llamar su atención, sería la mujer más afortunada del planeta. Era una locura soñar con tener una relación con Vasso. Si no funcionaba, no sería capaz de soportarlo. Eso le daba idea de que lo que sentía hacia él era más intenso de lo que había sentido hacia Chad.

—Quizá estés de broma, pero hay algo de cierto en lo que dices.

–Cambiando de tema, hágale de la casera, la señora Panos. ¿Cómo se llevaba con su marido?

–Por lo que recuerdo, se gritaban mucho, pero se llevaban bien.

–Apuesto a que conoces a todo el mundo por aquí.

–No a todo el mundo –murmuró–, pero Akis y yo alquilamos hace unos años un apartamento frente al mar cuando empezamos el negocio, así que somos amigos de muchos de los que viven por aquí.

Vasso arrancó el motor y condujo a través de los olivares hasta el pueblo. Una hora más tarde, después de haber tomado un pastel de espinacas y una limonada, subió la última maleta del equipaje de Zoe al apartamento. La ventana de la fachada daba a un puerto con forma de herradura. Nada más ver la expresión de Zoe, supo que le había gustado la vista y la clásica decoración en azul y blanco.

–Este lugar es muy acogedor y alegre. Me encanta y es solo para mí.

Después de lo que le había contado un rato antes sobre tener su propio espacio, sabía que era cierto. Pero no acababa de agradecerle que estuviera tan contenta.

–Me alegro de que te guste. Nuestra primera tienda está cerca de aquí. Quizá puedas comprarte el desayuno de camino al autobús.

–No quisiera engordar. Quiero que sepas que estoy encantada de estar aquí –le explicó–. Cenicienta tenía un hada madrina, pero yo he encontrado al padrino perfecto que ha hecho realidad todos mis deseos. Ahora que hemos cumplido nuestra misión, te dejo que sigas con lo que tengas que hacer.

Zoe podía bromear todo lo que quisiera, pero tenía la sensación de que quería que se fuera. El caso era que él no quería. Desde que había llegado a Atenas, se sentía un hombre diferente y no se cansaba de estar con ella. La idea de que se interesara por otro hombre le molestaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Había trazado una línea, evitando entrar en su hogar. ¿Por qué? ¿Sería porque no confiaba en él después de lo que Chad le había hecho? ¿Tenía miedo del matrimonio después de aquella experiencia? No había puesto ninguna objeción a alquilar un apartamento de un dormitorio. ¿Significaba eso que de veras le gustaba estar a solas?

–Si necesitas algo, siempre me tienes al otro lado de la línea.

–¿Crees que no lo sé? –preguntó Zoe acompañándolo hasta la puerta–. Estoy segura de que volveremos a vernos. Con un poco de suerte, para entonces, Yiannis tendrá una buena opinión de mí.

Tal y como Vasso había pronosticado, ya había conseguido meterse a Yiannis en el bolsillo.

–Cuídate, Zoe.

–Tú también.

Cuando llegó al coche, se fue a su villa. Se sentía demasiado alterado por las emociones como para quedarse en la isla hasta por la mañana. Si lo hacía, se sentiría tentado de pasar por su apartamento con alguna excusa para verla otra vez, así que llamó al piloto y le dijo que estaba listo para volver a Atenas.

Después de que el helicóptero tomara tierra en el ático, revisó los mensajes que su secretaria le había dejado. Al parecer, Akis se había encargado de los asuntos urgentes. Luego, tomó una taza de café y se fue a su despacho para seguir revisando el inventario. Pero antes, escribió un mensaje a su hermano:

Estoy de vuelta en la oficina. Zoe Zachos va a vivir en el apartamento de encima de la tienda de la señora Panos. Todo bien con Yiannis.

Apenas un par de minutos más tarde, su hermano le llamó.

–¿Has hablado con Maris?

–Sí.

–Eso está bien. Ayer llamó varias veces preguntando por ti.

–Lo siento.

–No pasa nada. ¿Cómo van las cosas con ella?

–Corté con ella anoche.

–Supongo que no me sorprende. ¿Qué pasó con lo de ir despacio?

Vasso rio.

–Mira a dónde te ha llevado a ti.

Capítulo 5

Veintiséis de agosto

YA ERA viernes. Los cinco días sin ver a Vasso parecieron cinco años. En el tiempo en que habían estado juntos, habían compartido aspectos muy personales de sus vidas. Sabía detalles sobre ella que no había compartido con ninguna otra persona. Zoe disfrutaba estando con él. Deseaba su compañía, daba emoción a su vida.

Pero sería mejor que se acostumbrara a aquella distancia porque la fundación era solo una parte de la enorme compañía que dirigía con su hermano. Cuanto más oía hablar de su generosidad, más ganas tenía de hacer todo lo posible por ayudar.

En los últimos cinco días, Zoe había conseguido presentarse a todos los pacientes ingresados menos a un joven de veinticuatro años de Atenas llamado Nestor. El psicólogo del hospital estaba preocupado por él. Acababa de recibir quimioterapia y estaba deprimido, negándose a hablar con los demás.

El psicólogo le había contado que Nestor había sido recepcionista en un hotel que se había ido a la quiebra. No había conseguido encontrar otro trabajo y, después de varios meses, había acabado viviendo en la calle. Dos meses después, le habían diagnosticado un linfoma. Solía vivir en la escalera de la iglesia griega ortodoxa, pero pasaba mucho tiempo bajo un puente cercano con sus otros amigos vagabundos.

En este caso también había sido un sacerdote de Paxós el que se había puesto en contacto con el centro para que fuera admitido. Zoe se había enterado de que los helicópteros de los hermanos Giannopoulos habían ayudado a transportar pacientes como Nestor desde todos los rincones de Grecia cuando no había habido otra solución.

A través de Yiannis había aprendido más de Vasso y Akis. Nacidos en la pobreza, habían conseguido construir un negocio multimillonario en tan

poco tiempo que habían dejado sorprendido al mundo financiero griego. Por eso era por lo que la prensa los buscaba y por lo que Vasso había decidido irse a vivir a Paxós. Por el mismo motivo, su hermano menor vivía en la cercana isla de Antipaxós.

Le preocupaba el hecho de que los pacientes sin hogar temían abandonar el centro porque no había nada ni nadie que los esperase fuera. Aquello era algo que debían solucionar. Zoe también había sufrido la misma clase de depresión por la que había pasado Nestor. Una vez terminada la comida, sería un buen momento para ir a visitarlo.

Tomó unas naranjas y unos tenedores de plástico, y al llegar a su habitación, lo encontró recostado en un sillón reclinable con ruedas. Todas las habitaciones tenían un cartel que decía: *La realidad no es nunca tan oscura como los rincones de tu cabeza*. Qué cierto.

—¿Nestor?

Abrió los ojos. Eran marrones y cálidos. A pesar de estar calvo, era guapo, o lo sería si estuviera más animado.

—Si estás demasiado mareado para hablar, conozco esa sensación. ¿Te importa si me siento? —preguntó apartando una silla y dejando en la mesa las naranjas—. Soy nueva aquí. Me llamo Zoe. Acabo de salir del hospital de Nueva York después de haber estado ingresada un año. También he tenido un linfoma.

Aquello lo hizo reaccionar.

—¿Tú?

—Pensé que a estas alturas estaría muerta, pero no ha sido así. También perdí a mis padres en un incendio, lo que hizo que todo fuera más difícil. Tengo entendido que tú tampoco tienes familia.

—No. Mi abuelo me crio, pero ya falleció.

—Bueno, ambos tenemos mucha suerte de que exista la Fundación Giannopoulos. Me han dado un empleo aquí. ¿Qué clase de trabajo te gustaría tener cuando te vayas?

—No creo que salga de aquí —murmuró.

—Claro que sí. Como dice mi sacerdote, Dios no me ha salvado para nada. Sé que las náuseas te hacen pensar que nunca te recuperarás, pero pasará. Te he traído algo que te ayudará. Si abres una naranja y la pelas antes de comer, el aroma hará que la comida te resulte más tolerable. Al menos, a mí

me funcionaba. Además, las cucharas y los tenedores de metal a veces provocan arcadas.

Él la miró con curiosidad. Era buena señal.

–Hasta pronto. Quizá, uno de estos días podamos salir fuera a la terraza y echar una partida de cartas. Traeré un pañuelo y unos aperitivos. Parecerás un pirata.

Salió de la habitación y continuó su ronda hasta que acabó el día. Yiannis quería que fuera sus ojos y sus oídos. Además de ocuparse del papeleo, quería que le hiciera sugerencias para mejorar los servicios. Quería saber qué hacía falta.

Los sábados y domingos se turnaría con él para tenerlos libres. El siguiente fin de semana, le tocaba a él trabajar. De repente, Zoe se iba a encontrar con un tiempo libre con el que no sabía qué hacer.

Al salir para tomar el autobús, vio que la fuente de Apolo estaba funcionando. De nuevo, se acordó de Vasso quien, como aquel dios en su cuadriga, eran tan guapo que le resultaba doloroso. Tenía que sacárselo de la cabeza. Por la mañana, se daría una buena caminata por la isla.

El domingo iba a tomar el ferri a Corfú con Olympia, una de las cocineras del hospital. Mientras Olimpia estuviera visitando a sus familiares, Zoe tenía pensado hacer un poco de turismo por su cuenta y lo estaba deseando.

Un grupo de trabajadores se subió con ella en el autobús. Ya los conocía y estuvo charlando con ellos. Uno por uno se fueron bajando en distintas paradas. Zoe fue la única que hizo el trayecto completo hasta el pueblo. Gus, el conductor, la conocía por su nombre. Se sentía muy integrada.

Cuando se bajó del autobús, se dirigió a un restaurante en el puerto que servía *mezes*. A aquella hora del atardecer, las luces de los barcos y del ferri brillaban en la distancia. Era un momento mágico.

La mayoría de las mesas estaba ocupadas por turistas, pero encontró una vacía. Estaba deseando probar algunos pescados para compararlos con la cocina de su madre. El camarero le llevó una fuente variada de pulpo, gambas, sardinas, calamares y almejas. Aunque quizá no estuviera siendo neutral, le daba la impresión de que su madre cocinaba mejor. De nuevo, echaba de menos a su familia. Cuánto les habría gustado ir allí de vacaciones.

«No eches la vista atrás, Zoe. Eres la mujer más afortunada del mundo por haber tenido esta segunda oportunidad en la vida. Has conseguido hacer realidad tu sueño de trabajar en la Fundación Giannopoulos. Vives en uno de los sitios más bonitos del mundo».

–Una mujer tan bonita sentada sola con ese aspecto tan triste no puede ser. Aunque no esté bien, voy a sentarme contigo.

Reconocería aquella voz masculina en cualquier parte y levantó la cabeza sorprendida.

–Vasso...

–Estar triste en una noche así es una tragedia.

Iba vestido con una camisa de seda negra y unos pantalones tostados. Por miedo a quedarse embelesada, apartó la vista.

–Me has pillado pensando en mis padres.

Vasso se sentó al otro lado de la mesa redonda. Su cercanía la aturdió.

–¿Qué hay en esa cabeza tuya?

El camarero apareció y Vasso pidió una taza de café. Zoe sabía que esperaba una explicación.

–Estaba pensando en la suerte que tengo.

–¿No echas de menos tu casa?

–Mantengo el contacto con mis amigos a través del correo electrónico. Respecto a Chad, siguió mi consejo y salió de mi vida –dijo apoyándose en el respaldo de la silla–. Fue lo mejor para ambos. De no haber sido así, no estaría sentada en la isla que llaman la joya del Jónico, cenando con mi benefactor. Si te ha parecido que estaba triste, es porque estaba pensando en lo mucho que les habría gustado a mis padres esta isla y en cuánto deseaban visitar Florina. Aunque mi madre susurraría que estas sardinas están demasiado saladas.

Vasso rio y dio un sorbo a su café.

–¿Qué planes tienes para este fin de semana? He hablado con Yiannis y me ha contado que estás libre hasta el lunes.

Zoe miró a su alrededor como si temiera mirarlo a los ojos.

–Hemos decidido alternar los fines de semana. Los guardias de seguridad también harán turnos para cubrirnos mientras nos quedamos a dormir allí.

–Según me ha dicho, estás haciendo muchos cambios.

–Yiannis es muy amable.

—Es evidente que está contento contigo —dijo Vasso y se terminó el café—.
¿Te está gustando el trabajo?

OceanofPDF.com

Capítulo 6

–¡ME ENCANTA! –exclamó Zoe–. Hay un paciente que se llama Nestor del que te quería hablar. Pero solo si tienes tiempo.

Sus ojos brillaban como el agua turquesa que rodeaba la villa de Akis en Antipaxós.

–Yo también estoy libre el fin de semana. ¿Por qué no vamos a mi casa a hablar? Hay una larga fila de turistas que agradecerían la mesa.

Cuando fue a sacar la cartera para pagar la cuenta, él se adelantó e hizo los honores.

–No quiero que pagues.

–¿Ni siquiera siendo tu cumpleaños?

Zoe suspiró y sacudió la cabeza.

–¿Por qué no me sorprende? Lo sabes todo de mí.

–Casi todo –bromeó–. Son veinticinco años, una cifra redonda. Recuerdo cuando los cumplí hace cinco años.

–¿Lo celebraste con alguien especial?

–Si hubiera sido alguien especial, seguiríamos juntos.

–¿De quién fue la culpa, suya o tuya? –preguntó mirándolo.

–Sobre todo mía.

–No me digas que no ha habido una mujer en tu vida que lo ha significado todo para ti.

La ayudó a levantarse y caminaron al borde del mar hasta el aparcamiento que había cerca del puerto.

–Se llamaba Sofia Peri. Le pedí que se casara conmigo.

–¿Cuánto tiempo hace? –preguntó Zoe después de unos segundos de silencio.

–Tenía veinte años. Pero el negocio que Akis y yo habíamos creado todavía no había despegado. Ella quería un hombre con dinero.

Zoe se quedó mirándolo antes de meterse en el coche.

–Fíjate lo que se ha perdido...

Vasso cerró la puerta y rodeó el coche para sentarse en el asiento del conductor. Recorrieron la escasa distancia que los separaba de la casa en agradable silencio.

—¿Adónde va ese camino? —preguntó Zoe antes de llegar.

—Al muelle en el que tengo amarrado el barco.

—¿Podemos ir a verlo? —preguntó ella volviéndose hacia él.

—Si quieres.

Vasso giró a la derecha en dirección al muelle. Había algo mágico en la noche. Una suave brisa rizaba la superficie del agua. Estaban en el jardín de Vasso.

—Tiene que ser maravilloso desplazarte por el agua. También tienes un helicóptero, pero me parece más divertido descubrir nuevos rincones en la costa.

Vasso apagó el motor y se volvió hacia ella.

—Pensaba lo mismo hace unos años. Cuando los ricos llegaban a nuestro puerto a comer y comprar cosas en la tienda en la que Akis y yo trabajábamos. Eso era mucho antes de tener las tiendas Alpha/Omega.

Zoe sintió lástima al recordar lo dura que había sido su vida.

—¿Así es como conociste a la mujer a la que le pediste matrimonio?

—No. Vivía en el pueblo. Íbamos a la misma iglesia y al mismo colegio, aunque Akis y yo faltábamos mucho. A sus padres no les gustaba y los desafiaba estando conmigo.

—¿Fue tu amor de juventud?

—Podríamos llamarlo así. Tenía asumido que algún día nos casaríamos. Estábamos locos el uno por el otro, o eso creía yo. Me ayudó a superar algunos momentos difíciles, especialmente después de que nuestro padre muriera. Akis y yo seguimos trabajando para ahorrar el dinero suficiente y comprarle el negocio a la dueña. Por entonces, tenía diecinueve años y debía marcharme a hacer el servicio militar. Mientras estuve fuera, nos estuvimos escribiendo e hicimos planes. Al menos, así fue por mi parte. Más tarde descubrí que en mi ausencia, empezó a salir con el hijo de un pescador que se ganaba bien la vida. Nunca me habló de él hasta que volví. Cuando me enteré de que estaba enamorada de otro, se me rompió el corazón.

Zoe no sabía qué decir.

—Mi relación con Chad nunca llegó tan lejos como la tuya.

Las habituales perogrulladas que se decían en aquellas situaciones no tenían sentido. Si aquella mujer había preferido el dinero en vez de a Vasso Giannopoulos, al que había amado durante años, entonces era lo mejor que podía haberle pasado a él.

—¿Me estás diciendo que nunca te acostaste con él?

—No, me enseñaron a esperar hasta el matrimonio. Un sentimiento de culpa me impidió cometer esa equivocación. Gracias a Dios que así fue porque Chad y yo no estábamos hechos el uno para el otro. Siento mucho lo de Sofia.

—Eso es historia pasada. Por suerte para mí, era el turno de Akis de cumplir el servicio militar. Tenía que hacer el trabajo de dos personas para mantener a flote el negocio. Cuando volvió, decidimos que teníamos que triunfar. Ambos estábamos hartos de ser los pobres hermanos Giannopoulos, los chicos sin educación que apenas iban al colegio. Creo que fue más duro para Akis. No le gusta hablar de eso.

—Pobre. Lástima que no conocierais a vuestra madre. Ella os hubiera reconfortado.

—Nuestro padre lo compensó.

—Es evidente. El hecho de que construyerais dos hospitales en memoria de vuestro padre lo dice todo. Si hubiera podido conocerlo, le habría dicho que había criado a los mejores hijos del mundo.

—Si sigo escuchándote, acabaré creyéndomelo. Ya que estamos aquí, ¿qué te parece si salimos a dar un paseo en barco?

—Pensé que nunca me lo propondrías —dijo ella riendo.

—Tardaremos poco en llegar al puerto. Es muy pintoresco por la noche.

Zoe salió del coche antes de que pudiera abrirle la puerta y se dirigió hacia el embarcadero.

—¿Cómo te puedo ayudar? —preguntó volviéndose hacia él.

Su blanca sonrisa en medio de la oscuridad la hizo estremecerse.

—Puedes ir desatando ese cabo mientras yo me ocupo de este.

El barco era de última tecnología, pero lo suficientemente pequeño como para que una persona lo gobernara. Ella hizo su parte y luego subió a bordo y se acercó al asiento que había junto al del capitán. Nunca en su vida se había imaginado celebrar su veinticinco cumpleaños dando un paseo por una isla del mar Jónico con un hombre tan increíble como Vasso. Si estaba soñando, no le importaba. Estaba disfrutando de cada minuto.

Él también subió con una agilidad fascinante y le entregó un chaleco salvavidas.

—Tú también tienes que ponerte uno. No ando demasiado en forma. Si tuviera que salvarte, no sé si sería capaz.

Sus risas pasaron a formar parte de la magia de aquella noche. Cuando ambos se hubieron abrochado el cinturón de seguridad, Vasso encendió el motor y avanzaron lentamente. Cuando superaron la cala, Zoe se levantó y se puso a su lado.

—¿Aprendisteis algún idioma en el colegio?

—Teníamos clase de inglés, pero como apenas íbamos al colegio, realmente lo aprendimos hablando con los turistas. El dueño de la tienda nos dio un libro para que estudiáramos. Nuestro padre siempre decía que teníamos que aprender.

Zoe pensó que su vida había sido muy fácil en comparación con la de Vasso.

—¿Qué clase de libros te gusta leer? —preguntó Vasso.

—¿Por placer?

Él asintió.

—Estudié Filología y tengo que admitir que me gusta todo tipo de literatura. La que más me gusta es la francesa porque creo que ninguna otra supera sus clásicos. Mi obra preferida es *Les Misérables* de Víctor Hugo, aunque *El Conde de Montecristo* de Dumas también me apasiona.

Vasso aminoró la velocidad al llegar al puerto para que Zoe pudiera recrearse con aquellas vistas.

—He visto las dos películas. Un día podemos ir a Atenas al cine o a bailar, si te apetece.

Zoe sonrió.

—Suenan divertido, pero será difícil encontrar el momento.

«No me tortures con planes de futuro».

En aquel instante, Vasso alargó la mano libre y le acarició la mejilla. Su roce la hizo estremecerse.

—Yiannis no para de darme las gracias por haberte traído. Tengo entendido que todo el mundo está muy contento. ¿Volvemos a casa?

Zoe deseaba ver su casa más que nada en el mundo, pero tenía razones para rechazar su invitación. Y no solo porque fuera su jefe. No había dejado de pensar en él en toda la semana, deseando encontrárselo en el hospital. Se

había convertido en alguien importante para ella y no lograba sacárselo de la cabeza.

La atracción hacia él había aumentado hasta el punto de encontrarlo irresistible. Aquello no debería estar pasando. Si accedía a sus deseos, estaría cometiendo el mayor error de su vida puesto que lo suyo no tenía futuro.

—Muchas gracias, pero prefiero que no. Ha sido maravilloso salir a navegar, pero mañana me espera un largo día y tengo que irme a la cama.

El oncólogo le había dicho que por el tipo de linfoma que tenía y teniendo en cuenta las estadísticas, tenían que pasar cinco años para sentirse totalmente curada, tal vez más. Nadie podía garantizarle que no volviera a reaparecer.

Con eso en mente, su relación con Vasso solo podía ser profesional. Le resultaba difícil trazar una línea de separación entre la amistad y cualquier otra cosa. Al acariciarle la mejilla, había provocado que su atracción hacia él aumentara. Le había impresionado desde el principio y su deseo se estaba intensificando.

A pesar de lo que dijeran las estadísticas, Zoe era una bomba de relojería. La ruptura con Chad había sido difícil de superar y la posibilidad de que volviera a recaer en la enfermedad le hacía temer otra relación sentimental. Lo que tenía que hacer era evitar establecer un vínculo que pudiera herirla a ella o a cualquier otra persona. Tenía que limitarse a trabajar en el hospital y darlo todo.

Confiaba en no haberlo ofendido. Había sido muy atento al ir a buscarla al restaurante para celebrar con ella su cumpleaños. Una vez más, de camino al coche, sintió la tensión que emanaba de él, más fuerte incluso que antes.

—Tengo pensado ir mañana a ver una nueva propiedad. Me gustaría que me acompañaras. Tendrás la oportunidad de conocer otra zona de Grecia. Iremos en helicóptero y solo estaremos fuera parte del día. Cuando volvamos, podrás hacer lo que quieras.

—No creo que sea una buena idea y...

—Concédeme al menos esto —dijo interrumpiéndola—. He venido esta noche con las manos vacías. Ese será mi regalo de cumpleaños.

Zoe apartó la mirada.

—¿Te ha pedido Yiannis que hagas esto?

—No, lo he pensado yo solito —dijo, provocándole la risa—. Me gusta verte reír.

Zoe no quiso admitir que a ella también le gustaba verlo reír. La sonrisa de sus ojos negros, la manera en que echaba hacia atrás la cabeza, el escalofrío que sentía en su interior al oír su voz... No, de ninguna manera podía contarle a aquel dios griego esas cosas.

Fue incapaz de resistirse.

—¿A qué hora habías pensado salir?

—Pasaré a buscarte a las ocho y media.

Si era un viaje de negocios, tenía que ir vestida para la ocasión. Cada vez que Vasso se mostraba en público, era objetivo de los paparazzi. Quería tener buen aspecto para él.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó una vez se detuvo ante su apartamento.

—En cosas que aburren a los hombres.

—Ponme a prueba —le retó.

—Ya sabes, qué tono de pintalabios debería ponerme, qué zapatos combinan con un vestido, qué bolso va mejor, esa clase de decisiones. ¿Ves a lo que me refiero?

Se quedó observándola unos segundos.

—Lo que veo es una mujer encantadora. Lo que se ponga no importa.

—Si me hubieras visto sin pelo, habrías salido corriendo —dijo a propósito y salió del coche—. Algún día, si necesito otra sesión de quimioterapia, volveré a perderlo. Así que disfruto del momento mientras puedo. Muchas gracias por esta noche. Te espero por la mañana. Buenas noches, Vasso.

Entró por la puerta de atrás y tuvo que detenerse a recuperar el aliento antes de subir la escalera.

«Mañana es el último día que pasas con él, Zoe. ¡El último!».

Después de ducharse y afeitarse, Vasso se puso una camisa clara y unos pantalones tostados. Mientras se preparaba una taza de café, el teléfono sonó. Era su hermano.

—Yassou, Akis.

—¿Dónde estás?

—En casa.

–Bien. A Raina y a mí nos gustaría que vinieras a desayunar con nosotros. Hace dos semanas que no nos vemos.

–Gracias por la invitación, pero tendrá que ser otro día.

–¿Qué ocurre?

–Salgo en unos minutos para ocuparme de un asunto de trabajo.

–Ya hemos cerrado el acuerdo de la tienda de Halkidiki.

–Esto es algo diferente –respondió Vasso, frotándose la nuca.

–Entonces, tiene que ver con Zoe Zachos. Cuéntamelo.

Vasso suspiró.

–Estoy ayudándola a instalarse.

–¿Y eso incluye llevártela en un viaje de negocios? –preguntó incrédulo.

Vasso miró la hora en su reloj.

–Voy a llegar tarde a recogerla. Ya te lo contaré en otro momento. Dale recuerdos a Raina de mi parte.

La pregunta que acababa de hacerle Akis también se la había hecho él, pero todavía no había encontrado la respuesta. Su hermano insistiría y no pararía hasta que le dijera algo. No estaba preparado para eso.

Algunas de las cosas que le había contado Zoe durante su conversación de la noche anterior le habían dejado preocupado. «Si me hubieras visto sin pelo, habrías salido corriendo. Algún día, si necesito otra sesión de quimioterapia, volveré a perderlo. Así que disfruto del momento mientras puedo».

Asustado ante la posibilidad de que el linfoma volviera a aparecer, Vasso encendió el motor del coche y condujo hasta su apartamento, sin reparar en el paisaje. «Cuando Chad se enteró de que probablemente mi enfermedad sería terminal, no supo cómo reaccionar. Le dije que no quería que se preocupara y le pedí que aceptara la oferta de trabajo en Boston y que no echara la vista atrás. Seguí mi consejo».

El dolor de Chad debía de haber sido insoportable ante la idea de perderla, pero más angustiada debía de haber estado Zoe ante tantas pérdidas.

Vasso recordó a su padre justo cuando estaba al borde de la muerte. En sus ojos había visto el dolor y la impotencia ante la idea de no ver a sus hijos convirtiéndose en adultos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, no solo por su propio pasado sino por la incertidumbre que el futuro deparaba a Zoe. A pesar de sus conversaciones,

no habían ahondado en el asunto.

De repente oyó unos golpes en la ventanilla y volvió la cabeza. Era Zoe. No se había percatado de que se había detenido ante la puerta de su apartamento. Estaba muy guapa con un sencillo vestido negro. El sol resaltaba los reflejos dorados de su pelo.

Le abrió la puerta desde dentro y Zoe se subió, invadiendo el interior con una agradable fragancia a fresas. Llevaba los labios pintados de ese mismo color.

Sus miradas se encontraron.

–*Kalimera*, Vasso.

–Hace una mañana magnífica. Discúlpame por quedarme mirando. Estás fabulosa.

–Gracias –contestó Zoe sonrojándose–. Después de que me pillaran desprevenida aquellos paparazzi de Atenas, he pensado que era mejor estar preparada para ser vista en compañía de uno de los mayores magnates griegos.

Vasso respiró hondo.

–Espero que no ocurra lo mismo hoy. ¿Has desayunado?

–Sí, ¿y tú?

–He tomado un café.

–Eso es todo lo que tomaste anoche –observó ella frunciendo el ceño.

No se le pasaba nada por alto y eso le gustaba. Todo en ella le gustaba. No podía pensar en otra cosa.

–Me reservo para la comida.

Deshicieron el camino hasta su casa, donde el helicóptero les estaba esperando.

–¿Adónde vamos?

–He decidido que sea una sorpresa. Lo sabrás cuando aterricemos en el helipuerto.

Subieron al helicóptero y despegaron. Vasso se puso sus gafas de sol y encendió el micrófono. Cuando se volvió hacia atrás, vio que Zoe también se había puesto sus gafas de sol. Estaba muy guapa y parecía una celebridad, aunque se alegraba de que nadie la conociera.

Mientras volaban en dirección norte hacia Macedonia, le dio una clase de geografía. Zoe sabía más historia griega que la mayoría de la gente que conocía. Según se acercaban a su destino, el terreno era cada vez más

montañoso y estaba salpicado por media docena de lagos. Enseguida apareció una ciudad y el piloto tomó tierra en una zona especial del aeropuerto.

–Bienvenida a Florina, Zoe.

Ella lo miró maravillada.

–¿En serio?

–Cuando me contaste que tus padres querían traerte aquí después de la graduación, me diste una idea.

–¿Así que no hemos venido por trabajo?

–No he dicho eso.

Zoe sacudió la cabeza y se quitó las gafas.

–Haces demasiadas cosas por mí, Vasso.

–Esperaba una reacción mejor y no un discurso.

–No era eso lo que pretendía, perdóname.

–Venga, tengo una limusina esperándonos para hacer turismo.

Vasso se bajó primero y luego la ayudó. El deseo de estrechar su cuerpo contra el suyo era irresistible, pero se contuvo.

La limusina estaba aparcada cerca. Le abrió la puerta y esta vez se sentó al lado de ella.

–Le he pedido al conductor que nos haga un pequeño recorrido. Le he contado que tus bisabuelos vivieron aquí hasta que estalló la guerra civil griega y me ha prometido enseñarnos algunas partes históricas de Florina y explicárnoslas a través del micrófono.

Zoe miró por la ventanilla.

–No puedo creer que esto esté ocurriendo.

–Yo también estoy emocionado. Nunca me he quedado lo suficiente en esta zona como para conocerla y lo estoy deseando.

–Te lo agradezco de corazón –susurró ella.

Cuando menos lo esperaba, Zoe puso una mano sobre la suya y la apretó durante unos segundos. Cuando fue a apartarla, él entrelazó los dedos con los suyos y se la retuvo.

–Estoy tan emocionado como tú. Hoy se ha completado un círculo en la familia Zachos. Hace setenta años que tus antepasados salieron de esta ciudad huyendo del comunismo. Ahora, su bisnieta ha vuelto para echar raíces en una sociedad libre. Eso no es ninguna tontería.

–Oh, Vasso.

Zoe apoyó la cabeza en su brazo. Mientras el conductor empezaba la explicación, sin saber lo que pasaba en la parte trasera, Vasso sintió sus sollozos a pesar de que no emitía ningún sonido. La rodeó con sus brazos, conteniendo las sacudidas de su cuerpo. Imaginaba que un torbellino de emociones se había formado en su interior.

Al cabo de unos minutos, Zoe levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

–Espero que el conductor no pueda vernos. Ha cambiado el recorrido para enseñarnos la ciudad y aquí estoy yo, llorando.

–Sabe que esta visita tiene un significado especial para ti, lo entenderá.

–Siempre tienes la palabra adecuada.

Durante la siguiente media hora, el conductor los llevó por edificios y monumentos que el director de cine Theo Angelopoulos había hecho famosos.

–No creo que las casas de mis bisabuelos sigan en pie –comentó Zoe.

–Probablemente no.

Vasso le pidió al conductor que los dejara junto al río Sakoulevas.

–Vayamos andando hasta la calle Ioannou Arti para ver mejor los edificios del siglo xx. Hay un museo arqueológico que podemos visitar.

Zoe se bajó y lo tomó del brazo mientras hacían turismo. Vasso deseó que aquel día nunca terminara.

–Esto es fabuloso, Vasso. No tenía ni idea de que la ciudad fuera tan bonita. Solo de imaginar que mis bisabuelos pudieron pasear por aquí, junto a este río...

–Quizá fue aquí donde se enamoraron.

Zoe lo miró sorprendida.

–No sabía que fueras tan romántico.

–Quizá te lo deba a ti.

Siguiendo un impulso, inclinó la cabeza y besó aquellos labios que tanto había deseado saborear. Solo duró un instante, pero el deseo se disparó en ambos. Ella rompió el beso y apartó la mirada antes de que siguieran caminando.

La limusina los recogió en la siguiente calle y volvieron a subirse.

–Si ya has tenido suficiente, le pediré al conductor que nos lleve a un mercado que el agente inmobiliario me ha dicho que está en venta. Me ha contado que hay un restaurante cerca en el que podemos comer *burek*. Veamos a ver si tiene algo que ver con la receta de tu madre.

–Me gusta la idea.

Vasso avisó al conductor y enseguida llegaron al mercado. Vasso salió primero y ayudó a Zoe a bajarse. Juntos, caminaron por el concurrido establecimiento. La ciudad era lo suficientemente grande como para tener una de sus tiendas. Sentía curiosidad por recabar información y hablar con el propietario.

–Mientras hablo con él, da una vuelta y mira a ver si hay algo que necesites.

Ella sonrió.

–Tómate el tiempo que necesites.

Zoe se dio una vuelta, prestando especial atención a las frutas y verduras de los productores locales. Vasso reparó en que los clientes se fijaban en ella. Ni siquiera el dueño podía concentrarse para hacerle una simple pregunta.

Después de que Vasso recopilara toda la información que necesitaba, fue a buscar a Zoe y la encontró comprando una bolsa de verdura.

–¿Es que no venden pimientos en Logós?

–No –respondió y su rostro se iluminó–. Estos son pimientos rojos dulces. Mi madre siempre me contaba cómo su madre y su abuela los cocinaban. Son únicos en el mundo. Me sé una receta con queso feta y voy a preparártela cuando volvamos. La berenjena también tiene buena pinta.

Vasso sintió que el pulso se le aceleraba ante la idea de ir al apartamento de Zoe.

–Entonces, tomemos un poco de *burek* en el restaurante que hay aquí cerca y esta noche disfrutemos de una buena cena.

–Me parece perfecto.

Zoe no había dicho que no. La excursión no iba a terminar al llegar a Logós, y Vasso estaba entusiasmado con la idea.

Después de decirle al dueño que se pondría en contacto con el agente inmobiliario, Vasso cargó con la bolsa de pimientos y berenjenas, y pasearon hasta el restaurante. Ambos pidieron *burek* y cerveza.

Después de que ella lo probara, le preguntó su opinión.

–Siento más curiosidad por saber qué piensas tú, pero contesta con sinceridad. Si te gusta más que el mío, no me enfadaré.

Él rompió a reír y se metió un bocado del pastel en la boca. Luego, siguió comiendo para alargar la intriga. Zoe lo observaba atentamente con sus

intensos ojos verdes, a la espera de conocer su opinión.

–Está bueno, muy bueno. El tuyo es mejor, pero no sé muy bien por qué es diferente.

Ella se echó hacia delante.

–¿Lo dices en serio?

–Nunca miento. Brindemos por ello.

Chocaron sus copas y ella se limitó a dar un sorbo mientras que Vasso se lo bebió todo de un trago. Nunca antes le había sabido tan bien la comida, seguramente porque estaba con ella. Quería más y sospechaba que ella también, ya que si no, no habría propuesto pasar el resto del día juntos a su regreso a Logós.

–Discúlpame, voy a refrescarme antes de que nos vayamos.

Dos horas más tarde llegaron al apartamento de Zoe. Mientras ella se ocupaba de preparar los pimientos, Vasso siguió sus instrucciones para la *moussaka*.

–Me alegro de que te quedes a cenar, Vasso. Hay algo importante de lo que quiero hablar contigo.

Vasso le dirigió una mirada penetrante. ¿Era esa la razón por la que estaba en su casa y no porque no quisiera darle las buenas noches todavía?

–¿De qué se trata?

Capítulo 7

–TODAVÍA no te he hablado de Nestor, uno de los pacientes. El pobre piensa que no va a mejorarse. Está deprimido, pero no solo por la quimioterapia. Vive con la preocupación de que cuando se recupere, no tiene un trabajo ni un hogar al que volver. He descubierto que hay más pacientes que temen no poder volver al mundo laboral cuando la enfermedad remita. Así que estaba pensando que, quizá en mis horas libres, podría organizar un servicio para ayudar a esos pacientes a encontrar un trabajo.

–¿Un servicio? ¿Lo has hablado con Yiannis?

–No, esto sería algo que haría por mi cuenta. Quería saber qué te parecía. Vasso metió la *mousakka* en el horno.

–Es un proyecto muy interesante, quizá incluso duro, pero puedes hacer lo que quieras en tu tiempo libre. Ya lo sabes.

–¿No te parece mal?

–¿Cómo preguntas eso? –preguntó Vasso frunciendo el ceño.

Zoe quitó cuidadosamente la piel a los pimientos.

–Porque la gente puede preguntarme para quién trabajo y saldrá a relucir tu fundación. Eres un hombre discreto y no quiero hacer nada que no te guste.

Él se apoyó en la encimera mientras ella condimentaba los pimientos con aceite de oliva, ajo y queso feta.

–Es imposible que hagas algo que no me guste.

Sus ojos se posaron en los de él. Sus labios estaban a escasos centímetros. Apenas podía respirar estando con él en aquella pequeña cocina.

–No deberías haber dicho eso. Tengo muchos defectos.

–¿Quieres que comparemos?

–Tú no tienes ninguno.

–Creo que tendré que descubrirte uno.

–¿Cuál?

–Este –dijo y la besó en los labios–. Cuando estoy cerca de una mujer bonita, no puedo resistirme a acercarme más todavía.

Volvió a besarla, esta vez más detenidamente.

–Vasso...

–Ya te he dicho que tengo defectos.

Se apartó de él para meter los pimientos en el horno. Cuando se enderezó, estaba allí mismo, así que no se podía mover a menos que él se apartara.

–Me gustaría pasar mañana el día contigo. Recorreremos la isla e iremos a una playa fascinante. ¿Qué te parece?

Seguramente podía oír los latidos de su corazón. Se había prometido a sí misma que después de ese día no volvería a verlo salvo, por razones profesionales. Por suerte, tenía una buena excusa para negarse.

–Gracias, Vasso, es muy amable de tu parte, pero no puedo. Mañana voy a Corfú con Olympia.

Aquellos ojos negros recorrieron su rostro como si estuviera calibrando su sinceridad.

–Debería haber imaginado que te harías amiga de ella. Trabajaba en la industria hostelera antes de entrar a trabajar para nosotros.

–Tenemos eso y mucho más en común.

Vasso respiró hondo y se apartó.

–Me alegro de que estés haciendo amigas tan pronto.

–Suele montar en bicicleta con su marido y van a dejarme una para que monte con ellos después del trabajo y durante los fines de semana.

Quería darle a entender que tenía la agenda ocupada. Se hizo un largo silencio y se vio obligada a seguir hablando.

–Todo el mundo aquí es encantador. Ya me siento como en casa, no tienes que seguir preocupándote por mí.

Vasso siguió callado, así que Zoe se dispuso a poner la mesa para ocuparse en algo. Después de preparar el café, le invitó a sentarse mientras servía la cena.

–No olvidaré nunca el regalo que me has hecho hoy. Visitar la ciudad de mis antepasados ha supuesto mucho para mí.

–Para mí también ha sido un día inolvidable –murmuró él–. Quiero pasar más días contigo, Zoe, y que vayamos a montar en bicicleta.

—Con lo ocupados que estamos, eso va a ser difícil —dijo dejando la *mousakka* y los pimientos en la mesa—. A ver qué te parecen las verduras de Florina.

Vasso tomó un bocado tras otro y se limitó a asentir. Para desesperación de Zoe, lo que no quería que ocurriera acababa de ocurrir. Sencillamente, lo adoraba. Sus besos le hacían desear más. Antes de que pudiera decirle que lo amaba, se sentó y se puso a comer con él.

—Mmm, están muy buenos.

—Eres muy buena cocinera. No he probado una *mousakka* mejor.

—La hemos preparado entre los dos, así que el mérito es también tuyo.

—La próxima vez que estemos juntos, te prepararé la cena en mi casa. Y no estoy dispuesto a admitir un no por respuesta.

Zoe no contestó nada. Por la manera en que la hacía sentir, cada vez le resultaba más difícil resistirse. Al ir a recoger la mesa, su teléfono sonó y fue a buscarlo a la encimera.

—Adelante, contesta —le dijo Vasso al ver que no descolgaba.

—Es Iris Themis. La llamaré más tarde cuando te vayas.

—Quizá sea importante, así que me iré.

A pesar de que deseaba que se quedara, sabía que aquello era lo mejor. Su amistad tenía que seguir siendo eso, amistad, y nada más. El beso que le había dado ese día, había sacudido su mundo y, por eso, lo mejor sería verlo lo menos posible.

Lo acompañó hasta la puerta.

—Buenas noches, Vasso. Ha sido un día inolvidable.

«Tú también lo eres, Zoe».

Vasso se marchó de allí antes de saltarse todas las normas y empezar a hacerle el amor. El deseo no era algo que se pudiera ocultar.

Aunque no tenía dudas de que tuviera planes para el día siguiente, le daba la impresión de que no quería que su relación fuera más allá. Pero no estaba funcionando. A pesar de su determinación de no ir a su casa, lo había invitado a su apartamento y le había preparado la cena.

Había sentido el calor de su cuerpo mientras se había quedado de pie, sirviendo la cena. Había tenido que contenerse para no tirar de ella y sentarla sobre su regazo. Lo estaba volviendo loco sin ni siquiera intentarlo.

De camino a su casa, tomó la decisión de mantenerse alejado unos días para que lo echara de menos. Sabía que sería difícil para él, pero el trabajo lo ayudaría a mantener la distancia.

Al día siguiente, haría un recorrido por las tiendas en las que habían cambiado de encargados para asegurarse de que estuvieran cumpliendo los trámites. Eso le llevaría la mayor parte de la semana. Al mismo tiempo, Akis podría reunirse en Atenas con los distribuidores de alimentos.

Una vez llegó a casa, llamó a su hermano para contarle sus planes.

—He conocido al dueño de un mercado de Florina que quiere vender. El agente inmobiliario me ha pedido un precio alto. Creo que se puede rebajar, pero quería saber qué te parece abrir una tienda allí.

—Confío en tu buen juicio, pero ¿por qué Florina? ¿Qué estabas haciendo allí?

—He llevado a Zoe para celebrar su cumpleaños. Sus bisabuelos emigraron de allí a América a mediados de los años cuarenta. Antes de que sus padres pudieran llevarla, murieron en un incendio.

—Vasso...

—Sé lo que vas a decirme.

—Teniendo en cuenta que no has seguido mi consejo de tomarte las cosas con calma, solo quería preguntarte si tiene novio.

—Tenía, pero la dejó cuando se enteró de que la enfermedad era grave.

—Vaya, con todo lo que debía de estar sufriendo. Qué hombre tan desconsiderado.

Vasso suspiró. Si Chad la hubiera amado, no se habría dejado convencer para dejarla. Lo mismo podía decir él de Sofia, que no había tenido la paciencia para esperar a que las cosas mejorasen económicamente para él. Se alegraba de que Zoe y él siguieran estando solteros.

—¿Qué tal le va trabajando con Yiannis?

—Han decidido alternar los fines de semana libres y permite que lo llame por su nombre de pila, así que parece que han congeniado muy bien. Voy a explicarte su última idea —dijo y brevemente le expuso a su hermano lo que Zoe le había contado.

—Tengo que admitir que un servicio de referencias para pacientes es una idea brillante. ¿Cuándo vamos a conocerla Raina y yo?

—Quizá el viernes que viene, antes de que tenga que trabajar el fin de semana.

–¿Quieres traerla a nuestra casa?

–Me temo que es la única manera de conseguirlo. Todavía no quiere venir a la mía.

–Veo que de alguna manera, estás siguiendo mi consejo.

–Digamos que de momento, estoy dejando que sea ella la que marque los tiempos, pero no sé cuánto tiempo más voy a soportarlo.

–¿Antes de hacer qué?

–No me hagas esa pregunta porque no puedo contestarla. Solo sé que me gusta estar con ella. Ya hablaremos durante la semana. *Kalinihta*.

Colgó y se metió en la cama, sin dejar de dar vueltas a la pregunta que Akis le había hecho. Hasta que no supiera lo que Zoe quería, no iba a planear nada. Tenía que ganarse su confianza antes de establecer una relación con ella. Había decidido conquistarla y quería que supiera lo que significaba para ella.

Tras una noche en blanco, voló hasta su primer destino en Édessa y le mandó un correo electrónico para que supiera lo que estaba haciendo. Cada noche hacía lo mismo. El viernes estaba deseando volver a Paxós. Antes de dirigirse al hospital, se detuvo en una de sus tiendas para revisar un asunto con el encargado y comprar unas flores.

–¿Vasso? –dijo una voz femenina a sus espaldas.

–¡Sofia! –exclamó volviéndose.

Los ojos marrones de la mujer lo buscaron con la mirada antes de reparar en el ramo.

–Esperaba encontrarte por aquí algún día. ¿Podemos hablar en algún lugar privado?

Después de que rechazara su proposición de matrimonio, había habido una época en la que lo habría dado todo por hacerla cambiar de opinión para que accediera a casarse con él. Era curioso que viéndola en aquel momento, no sintiera nada. Después de conocer a Zoe, el fantasma de Sofia había desaparecido definitivamente.

–¿Por qué no aquí? Tengo que estar en el centro en un rato y apenas tengo unos minutos. ¿Cómo estás?

–No muy bien. He dejado a Drako.

Por alguna razón aquello no le sorprendía, aunque tampoco le agradaba. Hacía unos meses que Akis le había contado que se la había encontrado y que le había preguntado por él.

–Lo siento por ambos.

Los ojos de Sofia se llenaron de lágrimas.

–Nuestro matrimonio nunca funcionó y el motivo fuiste tú. Nunca he dejado de amarte, Vasso.

–Creo que si miras en tu interior, reconocerás que eras joven y ambiciosa. A Drako le iba muy bien con su negocio pesquero.

–Fui una estúpida.

–Lo siento por vosotros.

–Con todo el tiempo que ha pasado y no te has casado. Sé que ha sido por mí, y confiaba en que...

–Sofia –dijo interrumpiéndola–. Hace tiempo que te he olvidado.

–¿Ese ramo es para alguna mujer?

–Es para la mujer que amo –le contestó con sinceridad, haciéndola palidecer–. Tienes hijos y te necesitan más que nunca. Ahora, si me disculpas, tengo que ir al hospital. Te deseo lo mejor.

Se despidió del encargado y se metió en el coche, deseando ver a Zoe. Cuando llegó al hospital, estaba sin aliento de la emoción. Pero primero fue a ver a Yiannis a su despacho para que supiera que estaba allí. El director le contó que Zoe estaba en la terraza con varios pacientes.

–Cuando tengas un momento, me gustaría comentarte los cambios que ha hecho. Tenemos mucha suerte de tenerla, Vasso.

–Estoy de acuerdo. ¿Te parece bien si me la llevo para invitarla a cenar?

–Desde luego.

–Bien.

Sin perder un segundo más, se apresuró por el pasillo en busca de un florero para el ramo y se dirigió hacia las puertas que daban a la terraza. Había dispuesto cuatro mesas redondas con sombrillas, cada una de ellas con dos pacientes en sillas de ruedas, un hombre y una mujer. Todos llevaban cubierta la cabeza y estaban jugando a las cartas.

Zoe no lo vio llegar y se quedó mirándola fascinado durante unos segundos.

Excepto uno de los hombres, un veinteañero con un pañuelo rojo en la cabeza a modo de pirata, el resto superaba los cuarenta años. Al acercarse, Vasso reparó en que el joven estaba absorto contemplando a Zoe. ¿Cómo no iba a estarlo? Era la mujer más guapa y encantadora que Vasso había conocido jamás. Llevaba una blusa amarilla y una falda.

Todos estaban concentrados en el juego y la familiaridad entre ellos era evidente. Todo gracias a Zoe. Tomó una silla y la acercó para sentarse a su lado.

—¿Puede unirse uno más?

Al oírlo, Zoe tomó aire y lo miró con sus brillantes ojos verdes.

—Señor Giannopoulos, vaya sorpresa. Por favor, siéntese. Voy a presentarle.

Uno a uno, fue aprendiéndose sus nombres. Todos ellos se mostraron muy agradecidos por su generosidad.

—Estamos a media partida —explicó Zoe—. Nestor está en racha —añadió, sonriendo al joven.

—Entonces, no quiero interrumpir. Me quedaré aquí sentado mirando. Quizá luego puedas explicarme por qué tus correos electrónicos han sido tan breves.

Sus miradas se encontraron fugazmente e intuyó que estaba preocupada. Antes de que acabara la noche, tendrían una charla.

Nestor parecía incapaz de apartar la vista de ella. Al ver que Vasso no se iba, le dirigió una mirada seria. ¿Estaría Zoe interesada en él?

Vasso no pudo evitar sentir celos, a pesar de que le parecía absurdo. Si había un vínculo entre ellos, debía de ser por la enfermedad que tenían en común. Si Zoe se había dado cuenta del interés del joven por ella, lo disimulaba muy bien.

Enseguida aparecieron un par de enfermeras para llevarse a los pacientes de vuelta a sus habitaciones. Nestor rechazó la ayuda y él mismo puso en movimiento su silla de ruedas.

—No os olvidéis de que es noche de cine —dijo ella—. Llevaré alguna sorpresa.

—No se nos ha olvidado —replicó uno de los hombres.

Vasso se quedó observándola mientras recogía las cartas. Se había puesto nerviosa al verlo. Tenía la sensación de que se había alegrado al verlo y le había pillado desprevenida. Quería creer que estaba enamorada de él.

—¿Qué es eso de la noche de cine?

—Durante la quimioterapia, había noches en las que no podía dormir y deseaba tener algo que hacer. Se lo conté a Yiannis y me dijo que organizara algo. Cualquier cosa que sirva para que todo el mundo esté más a gusto es bienvenida.

Zoe no dejaba de sorprenderlo.

–Has revolucionado el hospital. ¿A qué hora es la noche de cine?

–A eso de las nueve y media. Es la hora en la que salen los fantasmas.

–En ese caso, quiero que cenes conmigo antes. Por favor, no digas que no. Mi hermano y su esposa quieren conocer a la nueva ayudante del director y nos han invitado a su casa. Quizá consigas que Raina te cuente algún defecto de Akis.

–Como si fuera a preguntarle algo así. Tengo que avisar a Yiannis de que me voy un rato.

–Ya se lo he dicho, pero si prefieres quedarte, dímelo. Ya cenaremos con ellos en otra ocasión.

–No, me parece buena idea. Así podré darle las gracias a Akis personalmente. ¿Cuándo quieres que nos vayamos?

–En cuanto estés lista. Despegaremos de la azotea del hospital.

–Dame diez minutos y nos encontraremos en el ascensor.

–Antes de que te vayas, te he traído esto –dijo entregándole las flores.

–Mmm, rosas rojas. Huelen muy bien.

–Huelen como tú.

–Gracias, Vasso, son preciosas.

–Son casi tan preciosas como tú.

Zoe se sonrojó y desvió la vista.

–No deberías decirme esas cosas.

–¿Y si quiero?

–Iré a ponerlas en mi mesa y enseguida nos vemos.

No tenía ni idea de lo mucho que significaban las flores para ella. Lo amaba. Unos cuantos momentos más como aquel y todos sus esfuerzos por guardar las distancias se desvanecerían. Se sentía rebosante de felicidad después de recibir todos aquellos correos electrónicos durante la semana y de que regalara aquellas flores.

Disfrutó del viaje en helicóptero hasta la pequeña isla próxima a Paxós. Vasso le señaló los viñedos de Antipaxós.

–Si te fijas en el agua que la rodea, es del mismo color verde que el Caribe. Tus ojos son también de ese color.

Todos los comentarios que le hacía eran tan personales, que cada vez le resultaba más difícil distanciarse de él.

«Eso es porque no quieres hacerlo, Zoe. Estás enamorada y lo sabes».

Cuando tomaron tierra, Vasso la ayudó a bajar y la tomó por la cintura mientras se dirigían a la pequeña villa de piedra.

—¡Mira esas flores! —exclamó Zoe—. Son preciosas.

—¿Vasso? —dijo una voz femenina.

—Aquí estamos.

Al instante, Zoe vio a la mujer que se había casado con el otro hermano Giannopoulos. Ella también era rubia. Se la veía radiante de felicidad. Vasso le había contado que estaba esperando un bebé.

—Zoe, te presento a mi cuñada favorita Raina.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Raina y estrechó la mano de Zoe antes de abrazar a Vasso—. Akis acaba de llegar de Atenas y se está cambiando de ropa. Por favor, pasad. Estábamos deseando veros.

Zoe la siguió hasta un acogedor salón. Había una chimenea excavada en una pared de roca. Entre el techo abovedado y los arcos, la villa le hizo recordar viejas fotos de su familia que habían desaparecido con las llamas. Las cortinas y los cojines aportaban unas alegres notas coloridas a la decoración.

—Mientras Vasso va a buscar a Akis, acompáñame a la terraza, Zoe, y toma un poco de limonada conmigo.

Salieron a la terraza que daba a la piscina. Una mezcla de flores rojas, moradas y amarillas crecían en un extremo.

—Vives en el paraíso, Raina.

—Todos los días me despierto pensando que no hay sitio más bonito.

—Te entiendo. Cuando Vasso me lo enseñó desde el helicóptero, pensé que estaba soñando.

—Quizá no nos despertemos nunca. Ven a sentarte. Estábamos deseando conocerte desde que nos enteramos de que ibas a venir a trabajar a Grecia —dijo Raina sonriendo—. No me malinterpretes, pero echo de menos hablar con compatriotas de vez en cuando. ¿Sabes a lo que me refiero?

Zoe asintió con la cabeza. Aquella mujer era encantadora y le había caído bien desde el primer momento.

—Estoy intentando mejorar mi griego, pero me cuesta —añadió.

—Mis orígenes son griegos, pero me siento americana.

—Yo también me sentía americana antes de casarme con Akis. Pero ahora mi parte griega ha dado un paso al frente.

Zoe rio mientras Raina servía un par de vasos de limonada.

—Antes de que vuelvan los hombres, permíteme que te diga que admiro mucho cómo has superado todo por lo que has pasado. Mi abuelo murió de cáncer de estómago y mi abuela de un ataque al corazón. Los vi sufrir y puedo imaginarme tu dolor.

—Todo está superado.

—No sé si sabes que a los dos hermanos les impresionó tu historia y no salen de su asombro con tu empeño en agradecérselo. Creo que hasta que no has aparecido tú, no han sido conscientes de todo el bien que han hecho.

—Lo sé —susurró Zoe, conmovida por lo que acababa de contarle de sus abuelos—. A Vasso le cuesta admitir un cumplido. Me temo que me paso el día dándole las gracias. Estoy segura de que ya está harto.

—Si fuera así, no estarías aquí.

—Ese es el tema. Me consiguió este trabajo tan rápido que no sabe lo importante que es para mí. Algún día, puede volver a aparecer el linfoma, así que quiero hacer muchas cosas mientras pueda.

La tristeza ensombreció el rostro de Raina, pero antes de que pudiera decir nada, dos apuestos hombres morenos de rasgos similares salieron a la terraza, vestidos con pantalones y camisas informales.

—¿Quieres saber un secreto? —le preguntó Raina susurrando—. La primera vez que vi a Akis en una calle de Atenas, me pareció la reencarnación del dios Poseidón.

—Tenía entendido que os habíais conocido en una boda.

—Y así es, pero antes estuvimos a punto de tropezarnos en la calle.

—Y ya no pudiste olvidarlo —dijo Zoe sonriendo.

—Así es.

—¿Puedes creer que mi primer pensamiento fue que Vasso era el dios Apolo? Con un marido como el tuyo, ¿no te preguntas si darás a luz un dios o una diosa?

Ambas rompieron a reír ante aquel comentario, consolidando su amistad.

Los hombres se acercaron.

—¿Qué es eso tan divertido, cariño?

Mientras Zoe se sonrojaba, Raina sonrió a su marido.

—Hablábamos del bebé.

–¿Qué tiene eso de divertido? –preguntó Vasso mirando a Zoe.

Sabía que no pararía hasta que obtuviera una respuesta.

–Tal vez Raina dé a luz un pequeño Poseidón con su tridente. Por eso nos reíamos.

–Yo apuesto a que será una hermosa Afrodita como su madre –dijo Akis y besó a su esposa en la mejilla.

Era evidente que estaban muy enamorados. Zoe se alegraba por ellos y por el bebé que estaba en camino. Ella nunca conocería esa clase de dicha. Estaba convencida de que el cáncer volvería. Los ojos de Vasso dejaban ver su entusiasmo al contemplar la familia de su hermano.

–Akis, voy a presentarte a Zoe Zachos. Yiannis dice que no saben cómo han podido arreglárselas sin ella.

–Eso he oído –dijo Akis y se acercó para estrechar su mano–. Me han dicho que habéis echado una buena partida de cartas. La próxima vez, tendremos que mandaros algo para picar y que así sean más apetecibles las timbas.

–Eso sería fantástico, gracias. Por cierto, antes de que pase un minuto más, tengo que darte las gracias por darme un trabajo en el hospital. La vida me ha dado una segunda oportunidad y siempre estaré en deuda con vosotros –dijo Zoe tratando de contener las lágrimas.

Vasso se quedó mirándola durante largos segundos antes de que Raina les pidiera que se sentaran para servir una cena de estilo californiano en honor a Zoe: pollo frito, ensalada de patatas y huevos duros con salsa picante, acompañados de panecillos recién hechos.

Zoe nunca había disfrutado tanto de una velada. Vasso les contó sobre su viaje a Florina y la conveniencia de abrir una tienda allí. El tiempo pasó rápidamente y protestó para sus adentros cuando miró la hora y vio que tenía que regresar al hospital.

Raina la acompañó hasta el helicóptero.

–Desde que conozco a Vasso, nunca lo había visto tan animado –comentó Raina–. Jamás lo había visto reírse de esa manera. Y todo gracias a ti. Pronto repetiremos.

No podían repetir aquello, no lo soportaría.

–Gracias por hacerme sentir tan a gusto, Raina. Lo he pasado muy bien. Vasso me contó cómo os habíais conocido, cómo estaba huyendo de la dama de honor en una boda y te invitó a bailar.

—¿Te ha contado que yo tenía un esguince en el pie y que llevaba muletas?

—No.

—Al final no bailamos porque no quería que nadie supiera que estaba allí. Los paparazzi estaban afuera esperando. Para la prensa, la boda de Chloe era el acontecimiento del año.

—Sé a lo que te refieres. Rodearon a Vasso el día que fuimos de compras a un centro comercial en Atenas. Teniendo en cuenta que están siempre en las noticias, no me sorprende que las mujeres estén detrás de los hermanos. Qué historia tan divertida la vuestra. Akis es un hombre afortunado. Por cierto, podrías abrir tu propio restaurante, la cena estaba buenísima.

Raina le dio un abrazo.

—Después de que Vasso haya contado lo buena cocinera que eres, es todo un cumplido.

Vasso apareció por detrás y abrió la puerta para que se subiera.

—Muchas gracias de nuevo a los dos. Ha sido un placer conocerlos.

Vasso subió al helicóptero después de ella. Una vez abrochados los cinturones, las aspas empezaron a girar y despegaron.

Zoe veía el perfil de Vasso en la semioscuridad. Era un hombre maravilloso que, sin pretenderlo, se estaba adueñando de su corazón. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él, incluyendo apartarse de su lado. Merecía conocer a una mujer que tuviera una vida por delante y que pudiera darle amor e hijos.

Gracias a la fundación disponía de cinco años de vida, tal vez más. Sería muy egoísta encontrar el amor, casarse con un hombre y tener hijos, sabiendo que recaería en su enfermedad y moriría. Se negaba a hacer eso a alguien.

—Zoe, ya estamos de vuelta en el hospital —dijo Vasso, devolviéndola al presente.

Le dio las gracias al piloto y bajó del helicóptero. De camino al ascensor, se volvió hacia Vasso.

—Ha sido una noche maravillosa y me ha gustado conocer a tu hermano y a su esposa.

Vasso sonrió.

—Es encantadora. Entre tú y yo, tu hermano no tiene de qué preocuparse, está loca por él.

–Parece que Raina y tú habéis congeniado muy bien.

–Forman un gran matrimonio–respondió–. Ahora, necesito ocuparme de unos asuntos. No hace falta que me acompañes.

–¿Por qué te empeñas en apartarme de tu lado? –preguntó Vasso frunciendo el ceño.

Zoe respiró hondo y se cruzó de brazos.

–Seamos sinceros. Nuestra relación ha sido peculiar desde el principio. Has hecho todo lo humanamente posible para ayudarme a iniciar una nueva vida a la que me estoy acostumbrando. Si sigues pendiente de mí, voy a estar en deuda contigo para siempre y no quiero eso.

–¿Y si eso es lo que yo quiero?

–Si es así, me siento halagada –dijo Zoe bajando la cabeza.

–Halagada –repitió Vasso–. ¿Eso es todo? Así que si no volvieras a verme nunca más, ¿no te importaría?

–No he dicho eso –replicó poniéndose a la defensiva.

–Entonces, ¿qué es lo que has dicho?

–Estás malinterpretando mis palabras –contestó Zoe.

Apretó el botón de llamada del ascensor y cuando llegó, se metió. Él la siguió.

–¿Por qué huyes de mí?

–¡No huyo! Tengo que volver al trabajo.

–El trabajo puede esperar cinco minutos más. Quiero respuestas.

–Vasso...

–Sí, estoy aquí mismo. ¿Por qué no me miras? He estado pendiente de tus correos electrónicos, pero no me has dicho nada interesante en ellos.

Zoe sintió que las mejillas le ardían.

–Porque... tenía miedo.

–¿De mí? –preguntó enfadado.

–No –respondió ella, sacudiendo la cabeza–, claro que no. Es por la situación.

–Si crees que voy a dejarte como Chad te dejó, es que no me conoces.

–No he dicho eso.

–Pero es lo que piensas, admítelo.

–Estás equivocado, Vasso.

–Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

–¡Nosotros!

—Al menos, admites que hay un nosotros —dijo él en tono suave, y la tomó por los hombros—. Estás temblando. Si no es por miedo, entonces significa que eres consciente de lo que está pasando entre nosotros. Me muero por besarte de nuevo. Esta vez, no estamos en medio de Florina, a la vista de todos.

Zoe hundió el rostro en su hombro.

—Preferiría que no lo hicieras. Si lo haces, ambos lo lamentaremos.

—Seré yo el que lo lamente si no lo hacemos. ¿Me vas a negar lo que llevo deseando desde que nos conocemos? Te necesito, Zoe.

Sus labios buscaron los suyos hasta que no pudo resistirse más. Cuando se encontraron, Zoe jadeó. Un beso siguió a otro, cada uno más intenso y duradero que el anterior, y se dejó llevar por su deseo por él, perdiendo la noción de todo lo que les rodeaba.

Las manos de Vasso se deslizaron por su espalda y caderas, atrayéndolo hacia él. Zoe se sentía al borde de las llamas, algo que ningún otro hombre le había hecho sentir, incluyendo a Chad. Una simple caricia de Vasso era todo lo que necesitaba para conocer unas sensaciones que nunca habría creído posibles.

—¿Tienes idea de cuánto te deseo? —dijo él con voz grave—. Ahora dime si lo sientes.

Su boca volvió a buscar la suya, despertando de nuevo aquellas intensas sensaciones. Pero la pregunta que acababa de hacerle fue aplacando la euforia, devolviéndola poco a poco a la realidad.

—Vasso, no podemos seguir haciendo esto —dijo tratando de recuperar el aliento.

—Por supuesto que sí.

—No —dijo ella sacudiendo la cabeza a la vez que se apartaba de él—. No quiero ninguna complicación en mi vida.

—¿Me ves como una complicación?

—Sí, como una gran complicación. Eres mi máximo jefe. Estoy aquí gracias a ti. Esta noche hemos cruzado una línea, pero si no pasamos de ahí, no habrá nada que lamentar. Te tengo por un buen amigo y un gran benefactor. No quiero considerarte nada más.

—No me obligues a mostrarme como no soy.

—Ya sabes a lo que me refiero. Necesito arreglármelas sola y organizarme la vida sin que sigas ayudándome. No necesito decirte lo a gusto que me

siento aquí. Cuando el padre Debakis te pidió que me recibieras, no tenía ni idea de lo generoso que eras ni de lo que estabas dispuesto a hacer por otra persona.

—Estás mezclando mi preocupación como persona con la atracción que sentimos el uno por el otro, lo que son cosas muy diferentes. Tienes que admitir que ha habido química entre nosotros desde el principio.

—¿Cómo voy a negarlo después de cómo nos hemos besado? Pero eso no cambia el hecho de que sea empleada de la Fundación Giannopoulos. Lo mejor será que sigamos siendo amigos y nada más. Has tenido novias y tendrás más. Algún día, aparecerá en tu vida una mujer que te hará olvidar el pasado.

Los ojos negros de Vasso brillaron peligrosamente.

—¿Qué me dices de ti?

—Ya te lo dije el otro día —respondió Zoe, echando la cabeza hacia atrás—, no busco enamorarme. Quiero ayudar a cambiar la vida de otras personas. En algunos aspectos, la señorita Kallistos no se equivocaba conmigo.

—Tonterías. Ni tú misma te crees lo que estás diciendo, pero por alguna razón que todavía no entiendo, has decidido ser cruel.

—¿Cruel? —repitió ella sintiendo que las mejillas le ardían—. Lo que pretendo es evitarnos a ambos mucho sufrimiento.

—¿Tan segura estás de que acabaremos sufriendo?

—Sí.

—¿Qué sabes que yo no sepa?

Zoe no quería decirlo con palabras.

—Piénsalo bien y te darás cuenta de que tengo razón. Ahí fuera hay otra Raina esperando que des con ella. No será una empleada y podrá darte todo lo que siempre has deseado en la vida. Créeme. Eres un gran hombre y te mereces todo lo mejor que la vida pueda ofrecer.

—¿Por qué me da la sensación de que estás escribiendo mi epitafio?

Zoe tragó saliva.

—Te mereces a alguien mejor que yo.

—Lo que dices, no tiene sentido —dijo asombrado.

—Con el tiempo, lo entenderás. Buenas noches, señor Giannopoulos. De ahora en adelante, así te llamaré cuando te vea en el hospital.

Vasso apretó el botón para bajar a la planta baja.

—Ya que soy tu jefe, voy a acompañarte por si necesitas mi ayuda.

Cuando llegaron al salón de actividades, había doce pacientes acompañados de varias enfermeras.

–Te estábamos esperando, Zoe –dijo una mujer.

–¿Se te ha olvidado la sorpresa que ibas a traernos?

–Claro que no. Es algo que nos gustaba a los pacientes del otro hospital, mientras recibíamos quimioterapia. No sé si os gustará. Tendréis que esperar a que se hagan.

–¿Qué vas a sacar esta vez de tu chistera? –preguntó Vasso.

Después de la dolorosa conversación que habían mantenido, su comentario la hizo sonreír. Se moría de amor por él y se acercó al microondas.

–¿Veis esto? –preguntó tomando un paquete de maíz de la encimera.

–En Grecia no venden eso –murmuró Vasso.

–Cierto, lo traía en mi equipaje.

Puso el paquete en el microondas y apretó el botón. Al cabo de unos segundos, los granos de maíz empezaron a explotar. Su mirada se encontró con la de Vasso justo cuando se empezaba a percibir el delicioso aroma. Cuando el microondas dejó de funcionar, abrió la puerta y sacó la bolsa. Con cuidado, la abrió.

Vasso fue el primero en probar las palomitas y fue incapaz de dejar de comerlas.

–Quédate con esa bolsa. Prepararé otra –dijo Zoe metiendo otro paquete en el microondas–. A la vista de que no te has envenenado, deben de estar deseando probarlas.

Su risa la reconfortó.

–¿Crees que tendrá éxito?

–Mucho. De hecho, creo que vamos a tener que empezar a venderlas en nuestras tiendas.

–Vas a tener que decirles a los dependientes que preparen una buena tanda para atraer a los clientes.

–Me atraes mucho, señorita Zachos.

Zoe sintió que su pulso se aceleraba. Rápidamente sacó del microondas la segunda bolsa. Vasso se hizo cargo de abrirla antes de pasarla a los demás para que probaran.

–Las palomitas nos venían bien a algunos en el otro hospital –dijo Zoe levantando la voz para que todos la escucharan–. Si tenéis muchas náuseas,

esperad al viernes que viene para probarlas. Bueno, pondré ya la película. Es la que ha resultado ganadora en la votación, *La princesa prometida*.

Todos empezaron a aplaudir y Vasso apagó la luz, sonriendo.

—¿De dónde la has sacado?

—De Corfú, cuando fui con Olympia. Esta película gusta a todo el mundo.

¿La has visto?

—No. ¿Podemos preparar otra bolsa mientras empieza?

—No tienes que preguntármelo. Tú eres el jefe.

Capítulo 8

TODO había ido bien hasta que Zoe le había recordado que trabajaba para él. Pero no estaba dispuesto a permitir que siguiera ignorándolo. Iba a tener que soportar verlo a diario en el hospital. No cejaría en su empeño hasta conseguir que le confesara lo que le pasaba.

A lo largo de la película, se dio cuenta de que Nestor estaba más atento a ella que a la pantalla. Algún día, aquel joven mejoraría. Desde que Zoe compartiera con él su preocupación, Vasso había estado pensando en él. Su compañía tenía dos mil encargados de tienda por toda Grecia. A petición suya, cualquiera de ellos contrataría a Nestor.

Cuando la película terminó y se encendieron las luces, las enfermeras empezaron a llevarse a los pacientes en sus sillas de ruedas de vuelta a sus habitaciones. Vasso se ofreció voluntario para llevar a Nestor y advirtió la mirada inquisidora de Zoe mientras recogía el salón.

Enseguida llagaron a la habitación de Nestor y Vasso se sentó en una silla, cerca de la mesa.

–No hacía falta que me trajera –murmuró Nestor–. Gracias.

–De Nada. Antes de que me vaya, quería hablar contigo. Sé que estás en fase de recuperación. Cuando estés listo para que te den el alta, me gustaría saber a dónde tienes pensado ir.

–Nací y me crié en Atenas.

–Tengo entendido que no tienes familia.

–Así es.

–Si pudieras hacer cualquier cosa, ¿qué te gustaría?

–¿Cualquier cosa? –preguntó, y al ver que Vasso asentía, continuó–. Me gustaría ir a la universidad, pero es imposible.

A la edad de Nestor, Vasso había deseado lo mismo, pero Akis y él habían estado muy ocupados iniciando su negocio. Nunca había encontrado el momento adecuado.

–Quizá no.

El joven lo miró asombrado.

–Hay becas para gente que se esfuerza. Si te consiguiera un trabajo en Atenas, podrías ir a clases por la noche.

–Eso sería maravilloso –dijo Nestor abriendo los ojos como platos–, pero no sé si voy a ponerme bien.

–Tengo entendido que estás mejor ahora que hace una semana. Ten fe y hablaremos cuando el doctor diga que estás listo para recibir el alta.

Dejó a Nestor a solas y se dirigió hacia el ascensor privado. Estaba deseando encontrar a Zoe para hablar con ella. Pero sabía que se había ido a dormir para descansar de cara al fin de semana. Lo único que le permitía estar tranquilo era el hecho de saber que no se iría a ninguna parte. Amaba su trabajo y siempre sabría dónde encontrarla.

Durante la siguiente semana, estuvo ocupado coordinando el trabajo con Akis y enviándole correos electrónicos a Zoe. Sabía que su hermano deseaba hacerle más preguntas, pero se contenía, lo cual le venía bien porque no deseaba hablar de Zoe. Habían discutido los pros y contras de abrir una tienda en Florina, pero todavía no habían tomado una decisión.

El viernes por la tarde voló de vuelta a Paxós. Después de ducharse y afeitarse, se puso ropa cómoda y se fue al hospital. Después de siete días fuera, estaba deseando verla. Pero antes fue a ver a Yiannis, que seguía alabando las bondades de Zoe.

–Estamos muy agradecidos de poder contar con esa joven.

–Estupendo. Tengo que revisar unas cifras con la señorita Lasko, de contabilidad.

Vasso sabía que no engañaba al contraalmirante, pero agradecía que el viejo no se metiese en su vida.

Dos horas más tarde, caminaba por el pasillo. Al no ver a Zoe en la recepción, se dirigió al salón de actividades. El viernes era la noche de cine. Estaba seguro de que estaría preparándolo todo para más tarde. Pero al entrar, solo encontró a un par de pacientes con una enfermera.

–¿Han visto a la señorita Zachos?

–Acaba de marcharse, pero volverá a las nueve y media.

Vasso dio las gracias y se fue del hospital en su coche. De camino, la llamó por teléfono. Cuando por fin contestó, el pulso se le había disparado.

–¡Vasso!

Parecía sorprendida. La había echado tanto de menos que solo el sonido de su voz lo excitaba.

–Me alegro de que contestes. ¿Dónde estás?

–En el apartamento –respondió después de unos segundos.

–¿Hoy no sales a pasear en bicicleta?

–No, he cambiado de planes. El marido de Olympia se ha roto una pierna y tiene que quedarse el fin de semana cuidándolo.

–Siento oír eso. He llegado pronto y he estado revisando la contabilidad en el hospital. ¿Has cenado ya?

–Todavía no.

–Quiero hablar contigo sobre Nestor. ¿Quieres que nos encontremos en Psara's? Me muero por comer pescado.

–¿Ese es el restaurante que hay cerca del aparcamiento?

–Sí, podemos quedar, pero si tienes otros planes, lo entiendo.

–No. Nestor me contó que hablaste con él la semana pasada.

–Así es. Si quieres que hablemos, podemos vernos ahora mismo.

Sin esperar a que le contestara, colgó la llamada y entró en el aparcamiento. Salió del coche y se dio prisa en llegar antes de que el restaurante se llenara. Teniendo en cuenta que era viernes por la noche, había paparazzi por la zona. Muchos famosos de Atenas iban a Logós a cenar.

A los pocos minutos, todas las cabezas de los hombres que había en el restaurante, se volvieron para mirar a la atractiva rubia que se dirigía hacia él. Llevaba una blusa verde y una falda blanca con un lazo en la cintura. Tuvo la misma sensación que la primera vez que la había visto.

Cuando se levantó para apartarle la silla, varios fotógrafos tomaron sus cámaras.

–No les hagas caso. Enseguida se irán.

–No mientras estés aquí –comentó Zoe sonriendo–. Sé que me arriesgaba a esto al ser vista contigo.

–Eres una mujer muy valiente, aunque eso ya lo sabía.

Aquel comentario le sacó los colores.

El camarero se acercó para tomar la comanda. Ambos se decantaron por el plato del día. Una vez a solas de nuevo, se quedó mirándola.

–Gracias por contestar mis correos electrónicos. Me has mantenido informado de todo lo que ha pasado en el hospital, pero nunca hablas de tus

cosas. ¿Qué tal tu semana?

—Cada día ha sido diferente. Estoy muy contenta. ¿Y la tuya?

—No puedo quejarme como muy bien sabes por mis mensajes, pero gracias por contestar.

Teniendo en cuenta que la semana anterior habían caído el uno en los brazos del otro, aquella conversación era una farsa. Pero Zoe decidió seguirle el juego.

—¿Qué te ha contado Nestor?

Parecía más animada ahora que Vasso había cambiado el tema hacia algo que le era más interesante.

—Me contó que le hablaste de unas becas para ir a la universidad. No se cree que hablaras en serio.

—Nunca se lo habría comentado si no hablara en serio. Al principio de semana hablé con el encargado de nuestra tienda número cuatro en Atenas. Está dispuesto a darle un empleo a Nestor. No sé si querrá trabajar en una tienda después de haberlo hecho en un hotel, pero...

—Estoy segura de que sí —dijo emocionada—. Oh, Vasso, hay una luz en sus ojos que antes no había y todo gracias a ti.

No, aquella luz tenía que ver con Zoe. Era lo que provocaba en todos los que la rodeaban.

—¿Cuánto tiempo de quimio le queda?

—Acaba de terminar su último tratamiento. El médico tiene muchas esperanzas de que se recupere.

—En ese caso, iré a ver la película de esta noche y le daré la noticia.

Estaba tan contenta que Vasso se dio cuenta de que no iba a decirle que no fuera.

—La ilusión lo ayudará a recuperarse antes.

El camarero les llevó la cena en aquel momento.

—Esa es la idea —dijo Vasso cuando se marchó—. Todos necesitamos mantener esperanzas.

Zoe empezó a comer.

—No sé quién se merece un sitio mejor en el cielo, si el padre Debakis o tú.

—Te preocupas demasiado por el futuro —bromeó Vasso—. Estoy muy contento con mi vida en este momento.

—Yo también —dijo ella sonrojándose—. Es solo que preferiría...

—Deja de decir eso, Zoe. Sé muy bien que estás agradecida, pero quiero hablar de lo que ambos sentimos. No puedo estar lejos de ti ni quiero, así que tenemos que hablar de lo que vamos a hacer de ahora en adelante. Estoy convencido de que sientes lo mismo por mí.

Ella alzó la vista y sus miradas se cruzaron.

—Lo admito, pero tendrías que ponerte en mi lugar para entender por qué no es una buena idea que lo nuestro vaya a más.

—No estoy de acuerdo.

—Estás cansado de que no deje de repetir lo mismo, ¿verdad?

Si se atreviera a decirle lo que de verdad pensaba, huiría de él. Y eso era algo que no podría soportar.

—No quiero seguir hablando de esto mientras nos están observando —dijo Vasso consciente de que un periodista estaba atento a ellos—. Si has acabado de comer, vayámonos de aquí y echemos a perder la noche de ese tipo.

Siempre le agradaba oír a Zoe reír. Vasso dejó unos billetes en la mesa y se levantó. Ella seguía riendo cuando llegaron al Lexus.

—Incluso el paraíso tiene serpientes —dijo ella mientras él conducía.

—Tienen que ganarse la vida.

—¿Sientes lástima por esos periodistas?

—No, pero entiendo que necesitan dinero para vivir y es su manera de ganarlo.

—Tienes razón. No lo había visto desde ese punto de vista —comentó mirándolo—. Nunca he pasado hambre. Gracias a tu fundación, he estado maravillosamente atendida. A veces me siento abrumada por tu generosidad.

—¿Tan abrumada como para hacerme un favor?

—Haría cualquier cosa por ti y lo sabes.

—Entonces, ven a mi casa después de la película. Hay algo de lo que quiero hablar contigo y allí estaremos tranquilos.

—Parece algo muy serio.

—Lo es. No digas que no, no lo soportaría.

Zoe se estremeció. No sabía por qué se mostraba tan misterioso. Si no le gustaban las innovaciones que había hecho en el hospital, solo tenía que

decírselo. Quizá Yiannis no estaba a gusto con su manera de trabajar y no se atrevía a decírselo a la cara porque era encantador.

Al llegar al hospital, Vasso aparcó el coche y entraron por la puerta principal.

—Es casi la hora —dijo ella mirando el reloj—. Tengo que darme prisa para preparar el salón de actividades.

—Adelante, iré enseguida.

¿Pretendía hablar con Yiannis otra vez?

Zoe pasó primero por el cuarto de baño para recomponerse. Tenía la sensación de que Vasso había ido a hablar de su futuro en la fundación. ¿Estaría dispuesto a dejarla marchar? El pánico se apoderó de ella. Quizá no había sido una buena idea empezar a trabajar para él. La pasión que los había arrastrado la semana anterior, había enturbiado las aguas. Esa noche lo veía todo con más claridad. Si el padre Debakis no hubiera intervenido, no se encontraría en la situación en la que estaba. Por supuesto que no era culpa suya. Si no hubiera estado tan desesperada por mostrar su agradecimiento, no habría causado tantos problemas.

Eso era a lo que Vasso se había referido antes. La desesperación era causante de todo tipo de errores. El mayor que había cometido había sido aceptar su oferta de irse a vivir a Grecia y seguir recibiendo su ayuda. Claro que estaba ganando un sueldo y, quizá, él no lo viera así. Hundió el rostro entre las manos, sin saber muy bien qué pensar.

Deseó tener cerca a su madre para hablar con ella de aquello. Lo más irónico era que si sus padres siguieran vivos, no estaría a miles de kilómetros de casa. Habría terminado la universidad y habría continuado con su vida, y nunca habría conocido a Vasso.

Zoe se sentía muy confundida. Se había lanzado a sus brazos, pero, tal y como él le había recordado, se había mostrado fría en los correos electrónicos. Tenía que reconocer que había estado toda la semana deseando encontrárselo y, al no haberlo visto en el hospital hasta aquella noche, se había sentido decepcionada. Aquello no podía continuar y menos después de haberle dicho que quería que su relación fuera estrictamente laboral. Si seguía así, Vasso se vería obligado a apartarla de su camino, pero era un hombre tan bueno que no la despediría sin tener un motivo.

Cuando se secó las lágrimas, se dirigió al salón de actividades. Había ocho pacientes esperándola. Los otros cuatro había tenido sesión de quimio

y estarían sin fuerzas unos días.

Vasso estaba hablando a solas con Nestor. Mientras le explicaba la oferta de trabajo, Zoe preparó palomitas y puso la película. Eso los ayudaría a entretenerse un rato y olvidarse de que estaban enfermos.

Al acabar la película, todos se resistían a dar por concluida la velada. Aquello era la prueba de que había funcionado. Mientras las enfermeras llevaban a los pacientes a sus habitaciones, Zoe recogió la sala. De camino al coche junto a Vasso, sintió un gran peso en el corazón. Temía lo que estaba por llegar y no podía con sus piernas.

En el trayecto camino a su casa, Zoe se volvió hacia él.

—¿Qué tal tu conversación con Nestor?

—Cuando le conté que le buscaría un apartamento cerca de la tienda número cuatro, se puso tan contento como tú. Le dije que así podría ir caminando al trabajo y al salir, podría tomar el autobús a la universidad. Creo que la emoción le ha impedido ver la película.

No, la gratitud de Nestor hacia su benefactor no conocía límites, pero evitó decir nada porque Vasso no querría oírlo.

Zoe trató de prepararse para lo que se avecinaba. Le esperaba una desagradable conversación en casa de Vasso, el único lugar de su vida del que había intentado mantenerse alejada.

Vasso detuvo el coche en la parte trasera de la casa, construida junto al mar, y entraron por la cocina. A pesar de que era pequeña, tenía grandes ventanales hacia la playa y no había paredes, lo que daba la sensación de amplitud. Con tan solo abrir las puertas correderas, se salía a una terraza llena de macetas, a continuación de la cual se extendía la arena y el mar.

En un extremo de la estancia, había una escalera de caracol por la que se accedía al dormitorio, en el piso superior. Al otro, un sofá y unos sillones rodeaban una chimenea.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

—Vayamos a dar un paseo por la playa. La arena es muy fina. Es donde se me ocurren las mejores ideas. Dejemos los zapatos aquí.

Salieron fuera. Había anochecido. Una suave brisa con olor a tomillo le revolvió el pelo y la falda. Después de caminar un rato en silencio, Vasso se detuvo y se volvió hacia ella. Había llegado el momento. Sintió un sudor frío. Para su sorpresa, Vasso tomó su rostro entre las manos y la obligó a

mirarlo. Zoe era incapaz de descifrar la expresión de sus ojos y se quedó contemplando sus facciones en la oscuridad.

—Quiero comenzar de nuevo.

—¿A qué te refieres?

—Quiero que hagamos lo que hacen todas las personas cuando quieren conocerse mejor.

Después de todos los motivos por los que había considerado que la había llevado hasta allí, Zoe no daba crédito.

—¿Ese es el favor al que te referías?

—Sé que es un gran favor. La semana pasada me dejaste muy claro que solo querías mi amistad, pero eso ya lo hablamos cuando llegaste a Grecia. Quiero pasar contigo este fin de semana y todos los que estés libres de ahora en adelante.

—No puedes hablar en serio —dijo tomándolo de las muñecas.

—¿Por qué te comportas así?

—Porque tu sentido de la responsabilidad te está llevando demasiado lejos.

—¿Te parece esto responsabilidad?

Bajó la cabeza y la besó apasionadamente hasta que se rindió. Después de una semana lejos de él, estaba loca de deseo.

—Dime por qué me rehúyes —inquirió Vasso—. Sé que te atraigo. Me dijiste que no había nadie en tu vida.

—No lo hay, pero no puedo estar contigo. Si hubiera sabido que esto iba a pasar, me habría quedado en Nueva York y habría buscado otro sitio en el que trabajar.

—No lo dices en serio. Lo que ocurre es que no quieres contarme lo que te pasa.

Haciendo un gran esfuerzo, Zoe se apartó de sus brazos.

—Eres un hombre muy inteligente. Si lo piensas bien, te darás cuenta de por qué esto no funcionará. El cáncer ha remitido, pero nadie sabe cuándo volverá.

—¿Sabes una cosa? Mañana podría tener un accidente de helicóptero y morir. Es posible. Pero si pensara así, no conseguiría nada.

—Un accidente de helicóptero no es comparable a un cáncer. Son dos cosas muy diferentes.

—No —dijo él, pasándose las manos por el pelo—, no lo son. Hay muchos riesgos en la vida.

—Pero unos riesgos son más peligrosos que otros, Vasso.

—¿De veras crees que vas a morir pronto? ¿Es de eso de lo que va todo esto?

—Sí, pero no sé cuándo va a ocurrir ni tú tampoco. Lo que sí sé es que viste morir a tu padre de la misma enfermedad. Nadie se merece vivir ese trauma una segunda vez. Tu hermano y tú habéis luchado mucho por llegar hasta donde estáis como para que te acerques a una bomba de relojería, porque eso es lo que soy.

—Zoe —dijo atrayéndola hacia él.

—Déjame terminar, por favor. He visto el amor que se tienen Akis y su esposa. Con un bebé en camino, son inmensamente felices. ¿Es que no lo entiendes? Quiero que tengas la misma vida que ellos, sin nubarrones en el horizonte. No tiene sentido que pases tiempo conmigo. Soy una carga y así se lo hice ver a Chad. Fue lo suficientemente listo como para hacer lo mejor para ambos.

La expresión de Vasso se ensombreció.

—¿Por qué fue lo mejor para ti?

—Porque me habría deprimido aún más viéndolo sufrir por mí sin poder hacer nada para consolarlo. Recuerda lo que sentías cuando tu padre estaba muriendo y entenderás de qué estoy hablando. Habría sido más difícil para mí si Chad hubiera estado a mi lado, no habría podido soportarlo.

—Yo no soy Chad —dijo tomándola por los hombros—. ¿Lo amabas?

La pregunta de Vasso la pilló desprevenida.

—Pensé que sí, pero hay muchas formas de amar.

—Zoe, me refiero a ese sentimiento arrebatador de amor hacia otra persona tan intenso que te llega hasta la médula y que te impide respirar.

Estaba describiendo lo que sentía por él y enseguida se apartó antes de que pudiera ver la verdad en sus ojos.

—No quiero seguir hablando de esto —dijo Zoe—. Si no te importa, me gustaría irme a mi casa.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia la terraza para quitarse la arena de los pies. Cuando Vasso la alcanzó, ya estaba dentro y se había puesto los zapatos.

—Antes de que nos vayamos a ningún sitio, necesito contarte algo importante, Zoe. ¿Puedes escucharme?

Se quedaron frente a frente en medio de la habitación. Ella empezó a temblar como consecuencia del torbellino de emociones que se había desatado en su interior.

—Por supuesto.

—Cuando fui a Nueva York a entrevistarte, algo inesperado me ocurrió. Desde entonces, no he sido el mismo. Como te pasó con Chad, yo también pensé que Sofia me amaba. Siempre la había tenido presente. Habíamos sido pareja durante tanto tiempo, que lo normal habría sido que nos hubiéramos casado. Por fortuna, se impacientó. Mientras cumplía el servicio militar, decidió que no podía seguir esperándome. Aunque en aquel momento no me di cuenta, me hizo un gran favor porque al final resultó que no era mi mujer ideal. Después de aquel disgusto, Akis y yo estuvimos disfrutando de nuestra soltería. Cuando Raina apareció en su vida, fue una sorpresa para mí tanto como para él. Había tenido relaciones con otras mujeres, pero ella lo impactó hasta el punto de transformar su vida. Puedo asegurarte de que aunque hubiera sido una enferma de cáncer, no habría cambiado nada.

—Eso es lo que dices porque es lo que quieres creer —dijo sacudiendo la cabeza—. Ya veo que no hay manera de que te olvides de esto.

—Tienes razón. Solo hay una manera de poner fin a este asunto.

—Exacto, poniéndole fin ahora mismo.

—Tengo una idea mejor.

—Necesito volver a mi apartamento.

—Te llevaré, pero quiero que pienses muy seriamente en lo que voy a decirte.

—Muy bien, puedes contármelo en el coche —replicó Zoe, tomando su bolso y enfilando hacia la cocina.

Sin esperarlo, salió y caminó por la senda que llevaba hasta el aparcamiento. Rápidamente se metió en el coche y cerró la puerta.

Vasso se colocó en el asiento del conductor y encendió el motor, pero antes de poner el coche en marcha, se volvió hacia ella y le acarició el pelo.

—Tenemos que casarnos.

—¿Casarnos? —repitió ella.

—Cuanto antes, mejor. Según tus cuentas, nos quedan cinco años antes de que puedas recaer. Quiero tener hijos contigo. Prefiero disfrutar de esos cinco años a separarnos y que ambos suframos.

—No sufriré —replicó ella en voz baja, mientras su corazón se disparaba ante la idea de tener un hijo suyo.

—Pues yo sí. Por la manera en que nos besamos anoche, sé que sufrirás. No necesito que me contestes inmediatamente, pero espero que lo hagas pronto.

—No, no debemos...

—Si hubiera dejado que los noes se interpusieran en mi camino, no habría llegado hasta donde estoy hoy. Nosotros no somos como otras parejas. Sabemos dónde estamos y a lo que nos exponemos, tenemos que disfrutar al máximo. Somos conscientes de lo valiosa que es la vida y de que el futuro no está garantizado, pero estamos preparados para construir un futuro común.

—¿Por qué estás dispuesto a llegar tan lejos como para sacrificarte y casarte conmigo cuando sabes que me queda poco tiempo de vida?

—Porque te quiero.

—Yo también te quiero, pero no sé si recuerdas la advertencia que me hiciste en Nueva York. Me dijiste que me asegurara de qué era lo que quería. Lástima que nadie te aconsejara lo mismo.

—Te estás resistiendo por culpa de tus inseguridades.

Vasso puso el coche en marcha y se dirigió al pueblo.

—No creo que quieras casarte conmigo. Ambos nos sentimos atraídos el uno por el otro, pero no es amor lo que sientes. He venido aquí a trabajar, a devolverte de alguna manera tu generosidad. No quiero mostrarte mi gratitud convirtiéndome en tu esposa. Y olvídate de tener hijos. De ninguna manera quisiera dejarte solo con un bebé para criar. Es lo que le pasó a tu padre y no quiero que la historia se repita. Akis y tú habéis sufrido mucho y os merecéis ser felices. Sofia no sabía lo que hacía cuando dejó escapar al hombre más maravilloso del mundo. Si te hubieras casado entonces, ahora serías padre de varios hijos. Creo que no debería haber venido.

Yiannis se las habría arreglado perfectamente sin ella. El hospital funcionaría con o sin ella. Si volvía a Nueva York, podría buscar un trabajo como cocinera. Cuando ahorrara el dinero suficiente, podría terminar el último semestre que le quedaba de universidad. Luego, podría buscar

trabajo en algún colegio y enviar dinero a la fundación. Dadas las circunstancias, aquello era lo mejor que podía hacer.

Cuando llegara a su apartamento, llamaría al padre Debakis y tendría una larga conversación con él. El sacerdote comprendería su dilema y le daría el consejo que necesitaba porque no podía tomar aquella decisión sin su bendición.

Llegaron a la entrada trasera de la tienda de regalos y Zoe abrió la puerta antes de que el coche se detuviera.

—Gracias por traerme a casa. Esta noche, has hecho muy feliz a Nestor.

—¿Qué me dices de ti?

—Ya sabes lo que pienso.

—No hemos terminado, Zoe.

—¿Cómo puedo convencerte de que esto no funcionará?

—No pensaba que fueras tan cabezota.

—Entonces, da gracias de que no quiera casarme. Buenas noches.

Capítulo 9

DURANTE la semana siguiente, Vasso trabajó sin descanso, viajando de una ciudad a otra para visitar algunas tiendas, mientras Akis trabajaba desde la oficina. Después de su última conversación con Zoe, sabía que necesitaba tiempo para pensar en su relación sin sentirse presionada.

El viernes por la noche, sin poder soportar estar lejos por más tiempo, voló de vuelta a Paxós. Zoe estaba de guardia ese fin de semana y no podría huir de él. Después de ver la película con los pacientes, hablaría con ella a solas para intentar convencerla de que debían estar juntos.

A las seis menos cinco, llamó a la puerta entreabierta del despacho de Yiannis y entró. El contraalmirante estaba sirviéndose un café en la taza que Zoe le había regalado.

—Ah, aquí estás por fin —dijo Yiannis al verlo—. Siéntate para que podamos hablar —añadió volviendo a su mesa.

Por su expresión sería, Vasso presintió que algo no iba bien, así que prefirió quedarse de pie.

—Tengo una carta para ti —continuó Yiannis—. Es de Zoe. Me pidió que te la entregara cuando vinieras.

Tomó la carta, temiendo hacer la pregunta.

—¿Dónde está?

—Volvió el martes a Nueva York.

Vasso sintió, por un momento, que la sangre se le helaba en las venas.

—Vino a verme el domingo, pálida como un fantasma, y me presentó su carta de renuncia. Zoe ha sido la mejor asistente que he tenido, pero en su rostro se adivinaba que estaba sufriendo. Me dijo que echaba de menos su país y que no podía quedarse en Grecia más tiempo. Creía que podría acostumbrarse a su nueva vida, pero no lo ha conseguido. La señorita Lasko me está ayudando otra vez.

Vasso apenas podía hablar y menos aún pensar.

–Enviaré un contable de las oficinas centrales hasta que encontremos a alguien.

–Será mejor que te sientes, Vasso. Te estás poniendo pálido.

–Estoy bien. Discúlpame, tengo cosas que hacer. Estaremos en contacto.

Vasso salió a toda prisa del hospital y condujo hasta el pueblo a una velocidad récord. Aparcó el coche y entró en una de las tiendas del paseo marítimo. En cuanto la señora Panos lo reconoció, se acercó a él.

–Si está buscando a la señorita Zachos, se ha marchado de Grecia.

–Ya me lo han contado en el hospital. Me haré cargo de su cuenta.

–No, ya me ha pagado. Es una joven encantadora, nunca ha dado ningún problema.

Le dio las gracias a la mujer y volvió a su casa. Cuando llegó, se sentó en el sofá y tomó la carta. Tan solo constaba de un breve párrafo.

Perdóname por haber aceptado tu oferta de empleo. Te he causado complicaciones innecesarias. Siento haberme equivocado. Algún día, encontraré el modo de darte las gracias a mi manera.

Querido Vasso, te deseo que seas feliz.

Cegado por el dolor, fue a por su bicicleta. Había sufrido dos veces en su vida. La primera, cuando había perdido a su padre de niño. La segunda, cuando su primer amor le había roto el corazón. Pero aquel dolor era diferente.

Zoe había pensado que podía ahorrarle sufrimiento desapareciendo de su vida. Pero con su marcha, le había partido el alma y no quería quedarse en casa a pasar la noche.

Salió con la bicicleta por la puerta trasera y montó sin ningún destino en mente. Lo único que quería era quitarse aquel dolor. Estaba amaneciendo cuando volvió, y se metió en la cama.

Cuando volvió a ser consciente de lo que le rodeaba, oyó la voz de Akis tratando de despertarlo. No sabía dónde estaba ni recordaba cómo había conseguido meterse en la cama.

–¿Akis? –dijo abriendo los ojos.

–Escúchame, Vasso, despierta.

–Zoe me ha dejado.

–Lo sé.

–¿Has leído su carta?

–Sí, la he leído y he visto tu bicicleta tirada en el suelo, junto a la puerta trasera.

–¿Cómo te has enterado?

–Yiannis me llamó ayer preocupado.

–¿Qué día es hoy?

–Domingo.

–¿Quieres decir que he estado ausente desde el viernes?

–Eso me temo –respondió Akis, preocupado—. Me has asustado, hermanito. No sabía qué te pasaba. No vuelvas a hacerme esto.

Vasso se incorporó, apoyándose sobre un codo.

–Hace una semana, le pedí que se casara conmigo. El viernes dejó su respuesta en una carta que entregó a Yiannis. He sido demasiado insistente.

–Quizá sea demasiado prematuro.

–No, creo que se ha marchado de Grecia para ahorrarme sufrimiento. Está convencida de que volverá a recaer en su enfermedad.

Akis suspiró.

–¿Por qué no te levantas y te das una ducha? Iremos a mi casa. Raina tiene lista la comida. Una vez con el estómago lleno, hablaremos. No me digas que no. Esta vez, eres tú el que necesita ayuda, aunque seas el hermano mayor.

Astoria, Nueva York, veintitrés de septiembre

–Zoe, pasa a mi despacho.

Sabía lo que el médico iba a decirle y se había preparado para oír las malas noticias. Era su primera revisión desde que abandonara el hospital seis semanas antes. El mes que había pasado en Grecia lo recordaba como algo lejano, como si hubiera formado parte de la vida de otra persona.

Había decidido no llamar al padre Debakis. Nadie de la iglesia sabía que había regresado a los Estados Unidos. Esperaba que la señorita Kallistos no la viera en el hospital y descubriera aquella cita médica.

Zoe había decidido no depender de la caridad de los demás. Estaba viviendo en un albergue y se las iba arreglando con los trabajos temporales que iba encontrando. Siempre había trabajo si se estaba dispuesto. Aquella era la vida que había llevado a Nestor a la depresión y entendía bien por

qué. La mejor consecuencia de su estancia en Paxós había sido presentárselo a Vasso, quien no solo le había salvado la vida con su generosidad, sino que había hecho posible que fuera a la universidad.

Vasso. Sentía un amor tan profundo por él que le resultaba muy difícil levantarse cada día sabiendo que no formaba parte de su vida.

–Zoe, ¿me escuchas?

–Lo siento, estaba distraída.

–Has perdido tres kilos desde que saliste del hospital. ¿A qué se debe?

–Con la reaparición del cáncer, no me sorprende.

–¿Qué reaparición?

–No hace falta que sea sutil conmigo, doctor. Dígame la verdad, podré superarlo.

–Estoy empezando a pensar que si te contara la verdad, no me creerías. Soy un médico y mi obligación es tratar a los enfermos.

–Lo sé –susurró ella.

–¿Me crees capaz de mentir?

–Mentir quizá no, pero teniendo en cuenta que trabaja con enfermos de cáncer, supongo que tratará de ser delicado cuando tiene que darle su sentencia de muerte a un paciente.

–A todos nos aguarda una sentencia a muerte, forma parte de la vida. De momento, hay que disfrutar de la vida al máximo. Algo me dice que no es eso lo que has estado haciendo.

Aquellas habían sido las palabras de Vasso y todavía le provocaban un estremecimiento.

–No hay rastro del cáncer, Zoe. Tu salud está perfecta.

–Hasta dentro de otras seis semanas. Ya verá que entonces aparecerá.

–Quizá no me escuchaste bien la primera vez que te lo conté. En gente como tú, sin ningún otro factor de complicación, las estadísticas demuestran que el noventa y uno por ciento de las personas viven más de cinco años después de que se les diagnostique. Y el setenta y uno por ciento vive más de diez años. Muchos incluso viven una vida larga.

Lo había escuchado bien la primera vez, pero no le había creído. ¿De veras era posible?

–Teniendo en cuenta que no hay rastro de cáncer y que estás en buena condición física –continuó el doctor–, quiero saber el motivo de tu pérdida de peso. Seguro que se debe a un hombre.

–Tiene razón.

–Háblame de él.

Zoe había contenido sus sentimientos desde su vuelta de Grecia. Pero con aquel doctor con el que tanta confianza había tenido en el último año insistiendo para que le diera una explicación, no pudo contenerse más y le contó todo, sin poder evitar las lágrimas.

–Antes de que vea al siguiente paciente, ¿quieres saber lo que pienso, muchacha?

¿Muchacha? Hacía mucho tiempo que no la llamaba así. Sorprendida, lo miró.

–¿Qué?

–No seas tonta, toma un avión de vuelta y dile que sí. No quiero volver a verte en mi consulta hasta que tengas un anillo de compromiso.

Atenas, veinticinco de septiembre

Cuando el ferri enfiló hacia Logós, Zoe estaba emocionada. Había tomado el vuelo más barato a Corfú y llevaba todas sus pertenencias en su nuevo juego de maletas. Por suerte, tenían ruedas, por lo que caminaba con comodidad por el paseo marítimo en dirección a la tienda de regalos.

La señora Panos se sorprendió al verla entrar en la tienda.

–No sabía que ibas a volver. Si quieres el apartamento, ya lo tengo alquilado, lo siento.

–No lo sienta, le viene bien. Solo quería saber si podría dejar aquí el equipaje. Vendré a buscarlo al final del día.

–Ven, déjalo aquí detrás del mostrador.

–Es muy amable, gracias.

–¿Sabes que el señor Giannopoulos vino a pagarme la renta?

–No, pero no me sorprende. Me llevaré una de esas camisetas –dijo y después de buscar su talla, le dio unos euros a la señora Panos–. ¿Le importa si me cambio en el cuarto de baño?

–Adelante, lo que te haga falta.

Una vez a buen recaudo su equipaje, Zoe se fue a comprar un sándwich y algo de fruta a la tienda número uno de Vasso. Una vez comió, alquiló una bicicleta y se dirigió hacia la casa de Vasso.

Aunque no había vivido mucho tiempo en Paxós, se sentía como en casa. Raina lo había descrito muy bien: «Yo también me sentía americana antes de casarme con Akis. Pero ahora mi parte griega ha dado un paso al frente». Lo mismo podía decir ella en aquel momento.

No tenía ni idea de si estaría en casa. Si no lo encontraba allí, iría hasta el hospital y le preguntaría a Yiannis. Era un hombre encantador y la ayudaría a encontrarlo sin revelar que estaba allí. Quería sorprender a Vasso, quería ver la expresión de sus ojos. Solo de imaginarse el momento, le costaba respirar.

El paseo en bicicleta por entre los olivares la llenó de energía. Cada poco, se quitaba el casco y se detenía a contemplar el paisaje. De repente, vio el autobús local acercándose. Al llegar a su altura, se detuvo y Gus se asomó sonriente por la ventanilla.

—Yassou, Zoe, ¿dónde has estado?

—En Nueva York, pero he venido para quedarme

—¡Me alegro!

—Yo también.

Volvió a ponerse el casco y continuó pedaleando. Sentía una mezcla de pánico y emoción ante la idea de volver a encontrarse con él. No quería volver a tener pensamientos negativos. Por su falta de confianza, había perdido un tiempo precioso que Vasso y ella podían haber compartido.

Zoe se detenía a cada tanto para recuperar el aliento y disfrutar de las vistas. No tenía forma de saber si estaría en casa, pero no le importaba. Aquel era su hogar. En algún momento volvería y lo estaría esperando.

Akis miró a Vasso.

—¿Qué te ha parecido?

La última persona que habían entrevistado para el puesto de asistente acababa de marcharse. En la última semana, habían entrevistado a una docena de candidatos.

—Creo que es lo mejor que vamos a conseguir.

—Su discapacidad no es un problema y es un exmilitar. A Yiannis le va a gustar.

Ninguno de los dos quería admitir que tras la marcha de Zoe, Yiannis se sentía tan decepcionado que no le habían gustado ninguno de los

candidatos. Prefería hacer el trabajo él mismo.

—¿Se lo puedes decir tú? Tengo que pasar pos casa aunque solo sea para saber que está en pie.

Desde que Zoe se fuera, había estado viviendo en el ático. Se puso de pie y se dirigió al ascensor privado.

—Eh, hermanito —dijo Akis—. Ven a cenar a casa esta noche.

—¿Lo podemos dejar para otro día?

Akis parecía preocupado.

—Entonces, prométeme que me mantendrás informado.

—¿No lo hago siempre?

No. Apenas recordaba nada de la noche en que había leído la carta de despedida de Zoe hasta que Akis había ido a buscarlo el domingo por la mañana.

Ya no le quedaba ninguna duda de que Zoe no se arrepentía. Había albergado esperanzas de que lo llamaría, pero no había sido así. Estaba atravesando varios estados de dolor y quizá nunca lo superaría.

Desesperado por encontrar alivio, voló hasta Paxós. Después de bajarse del helicóptero, se subió al coche, fue a comprar unas flores y se dirigió al cementerio.

A aquella hora del día soplaba una brisa que inundaba el ambiente del olor de la vainilla que crecía en las colinas. Detuvo el coche junto a la iglesia y se bajó. El cementerio estaba en la parte trasera. Hacía dieciséis años que había enterrado a su padre junto a su madre. Eran jóvenes y, en su dolor, se habían aferrado el uno al otro.

Vasso fue hasta la sepultura y dejó las rosas sobre la lápida. Luego se arrodilló y leyó la inscripción hasta que su visión se volvió borrosa. Como si hubiera sido el día anterior, recordaba perfectamente la conversación que habían tenido con su padre antes de morir.

—Aún sois jóvenes y conoceréis a muchas mujeres —les había dicho—. Cuando encontréis a la ideal, tratadla como a una reina. Vuestra madre era mi reina. La quise y la respeté desde el primer día. Se lo merecía porque no solo iba a ser mi esposa, sino porque iba a ser la madre de mis hijos.

Las lágrimas caían por las mejillas de Vasso.

—He encontrado a mi reina, papá —susurró—, pero su miedo a morir de la misma enfermedad que te llevó hace imposible que estemos juntos. No sé cómo te las arreglaste cuando mamá murió, pero conseguiste salir adelante

a pesar del dolor. Si tú pudiste hacerlo, también podré yo. Soy el hermano mayor, tengo que hacerlo. A Akis le va mucho mejor que a mí. Ha encontrado el amor de su vida y van a tener un bebé. Me alegro mucho por ellos. Yo también quiero ser feliz, pero lo cierto es que... Tengo que encontrar la manera de conseguirlo, papá, o si no mi vida no tendrá sentido.

Vasso se quedó allí hasta que oyó a unos niños jugando en un tobogán cercano. Eso significaba que ya había acabado el colegio ese día y que llevaba allí mucho tiempo. Se secó las lágrimas. Era hora de volver a casa y pensar en lo que iba a hacer con su vida.

Algo tenía que cambiar. Lamentarse por algo que no tenía razón de ser, podía ser destructivo. Tenía un negocio del que encargarse. Pronto tendría un sobrino y le daría todo su amor.

Se subió al coche y condujo de vuelta a casa con las ventanillas bajadas. Al tomar una curva, vio a lo lejos un ciclista. Hacía un día muy agradable y era lógico estar disfrutando al aire libre.

De repente, el ciclista desapareció de su vista y Vasso se sorprendió. Solo había un camino que daba a ese tramo de la carretera, el que llevaba a su casa. Intrigado por si era un visitante o simplemente un turista, apretó el acelerador.

Al llegar a la desviación, a punto estuvo de tener un ataque al corazón. A pesar del casco, enseguida reconoció a aquella figura que se dirigía a su casa. ¡Era Zoe en bicicleta!

Se quedó a unos metros de distancia disfrutando de la magnífica vista, asimilando el hecho de que hubiera vuelto a la isla.

Por la forma en que estaba pedaleando, era evidente que estaba cansada. Debió sentir que había alguien detrás porque volvió la cabeza para mirar y, justo en ese momento, perdió el control de la bicicleta y se cayó.

Temiendo que se hubiera hecho daño, Vasso detuvo el coche y corrió a su lado. Pero antes de llegar a su lado, se levantó.

—Zoe, ¿te has hecho daño?

Sus brillantes ojos verdes se posaron en él.

—No, es que soy muy torpe.

Estaba muy guapa con casco y pantalones cortos.

—Debería haberte avisado de que estaba detrás de ti. Aunque lo cierto es que al verte, pensaba que estaba alucinando.

—Venía a verte —dijo ella, subiéndose a la bicicleta.

Vasso sintió que su corazón se desbocaba.

–Qué perfecta sincronización. Hacía semanas que no venía.

–Debería haberte llamado, pero al bajarme del ferri decidí venir y probar suerte –dijo y sonrió–. Te echo una carrera hasta la casa.

Tenía un millón de preguntas que hacerle, pero fuera cual fuese la razón que la había llevado a Paxós, le daba igual. Era suficiente con verla. Algo había cambiado. Todo su cuerpo rebosaba vida.

Pedaleó hacia la casa con más energía que antes, lo que sirvió para convencerlo de que no se había hecho daño. Él se metió en el coche y recorrió lentamente el resto del camino. Zoe llegó antes a su destino y se quedó esperándolo mientras aparcaba el coche y salía.

–¿Dónde vas a pasar la noche?

–Todavía no lo sé. He dejado mi equipaje con la señora Panos.

–Seguro que tienes sed. Vamos a entrar y tomaremos un refresco.

Zoe esbozó otra de aquellas sonrisas que lo derretían por dentro.

–Eres mi salvación.

–El cuarto de baño de invitados está tras esa puerta, al fondo de la cocina.

–Gracias, necesito limpiarme.

Mientras se aseaba, Vasso subió los escalones de dos en dos hasta su habitación y se cambió de ropa. Se puso unos pantalones cortos y una camiseta, y bajó corriendo a la cocina para sacar unos refrescos de la nevera.

Cuando Zoe salió del baño, se había quitado el casco. Tenía el pelo revuelto y Vasso deseó acariciárselo. Pero había aprendido la lección el día en que se había ido de Grecia. Había insistido demasiado y no estaba dispuesto a cometer el mismo error.

–Bienvenida de nuevo a Grecia –dijo dándole el vaso con la bebida–. Te queda bien esa camiseta.

–Nada más verla, se la he comprado a la señora Panos. Me ha dejado cambiarme en su baño.

–Te has hecho amiga de ella.

–Todo el mundo es muy amable en esta isla. Gus me saludó desde el autobús cuando venía en bicicleta hacia tu casa.

–Asumo que todavía no has ido a ver a Yiannis.

–Todavía no. Tenía pensado ir al hospital si no te encontraba.

–Estás muy guapa con esos pantalones cortos.

–Gracias –dijo ella y se ruborizó.

–Estoy acostumbrado a verte en faldas y vestidos.

–Sí, es un cambio muy agradable. Tú también estás muy guapo.

Vasso no sabía por cuánto tiempo más iba a poder contenerse, pero necesitaba respuestas.

–¿Salimos a la terraza?

–Me encantaría.

Zoe se sentó en una de las tumbonas y él acercó una silla a su lado.

–Cuéntame qué has hecho en Nueva York.

Tenía que dejarla hablar si quería saber la razón por la que había regresado. No podría soportarlo si había ido solo por unos días.

–Fui a la revisión de cada seis semanas.

Vasso se levantó. Sentía un sudor frío y no podía estarse quieto.

–¿Te han dado una fecha? ¿Es por eso que estás aquí, para darme las gracias una vez más y decirme adiós de una vez para siempre?

–Vasso... –dijo poniéndose de pie.

–Porque si es así, podrías haberte ahorrado esta visita. Sabes muy bien por qué te he pedido que te cases conmigo. ¿Te das cuenta del dolor que me causa tu vuelta?

–¿Quieres que te diga exactamente lo que me dijo el doctor?

–Lo cierto es que no.

Parecía decidida a decírselo de todas formas, pero no podía pasar por aquella agonía otra vez y se dirigió hacia la entrada de la casa. Ella lo siguió.

–Me dijo que no había ni rastro de cáncer, que estaba sana. En gente como yo, sin ningún otro factor de complicación, es posible vivir una vida completa.

–Pero sigues sin creerlo –dijo Vasso dándose la vuelta.

–Déjame terminar. Le hablé de ti y de mí. El médico me dijo que no fuera tonta y que tomara un avión para decirte que sí, y que no volviera a su consulta hasta que tuviera en mi dedo un anillo de compromiso –explicó Zoe y se acercó a él–. Después de haber vivido un milagro, me di cuenta de que sería una desagradecida si no aprovechaba la vida al máximo. Me recordó que todos moriremos algún día y que no sabemos de cuánto tiempo disponemos. Vasso, he vuelto porque quiero pasar el resto de mi vida contigo. Quiero que sepas que te quiero con toda mi alma. Quiero tener

hijos contigo. Seguramente vas a pensar que estoy loca, pero me alegro de haber tenido cáncer. Me llevó hasta ti. Si vuelves a pedirme que me case contigo, te prometo que te haré feliz. Tu amor me hace la mujer más feliz del mundo.

—¿Así que ya no piensas que quiero casarme contigo porque me siento responsable de ti?

—No, cariño, te dije eso porque pensaba que no me amabas como yo te amo a ti. Sé que no eres perfecto, pero para mí sí.

Se arrojó en sus brazos y Vasso la llevó hasta el sofá.

—*Agape mou*, te quiero tanto que pensé que me iba a morir cuando leí tu carta. Eres la mujer de la que mi padre hablaba. Lo supe cuando te vi entrar en aquel despacho con tanta frescura. Nunca olvidaré ese momento. Mi corazón latía con tanta fuerza que parecía que iba a salirse del pecho. Eres dulce, divertida, guapa, apasionada... Te quiero, Zoe.

No pudo acabarle de decir todo lo que era para él porque sus labios se lo impidieron. Sus cuerpos se fundieron y sus piernas se entrelazaron, y se olvidaron de todo excepto del gozo de amarse.

Si no hubiera sido porque el teléfono de Vasso sonó, no se habrían enterado de que había amanecido.

—Deberías contestar. Quizá sea algo importante —susurró ella junto a su mejilla.

—Estoy seguro de que es Akis para saber si estoy bien.

—Te quiere mucho.

—Estuve a punto de perder la cabeza cuando leí tu carta. Akis me encontró aquí dos días más tarde. Contéstame a una pregunta antes de escuchar su mensaje. ¿Te casarás conmigo, Zoe Zachos?

Los ojos de Zoe se llenaron de lágrimas.

—Ya sabes la respuesta. Voy a contarte un secreto: el día en que me bajé del avión y te vi allí esperándome, supe que quería ser tu esposa. No podía imaginarme nada tan maravilloso —dijo hundiendo su rostro en el cuello—. No sabes cuánto te quiero.

Le dio otro beso apasionado y se levantó para recoger el teléfono de la mesa.

—Era mi hermano.

—Llámale para que no se preocupe.

Sin escuchar el mensaje, llamó a su hermano.

—Me alegro de que hayas llamado. ¿Qué te parecería ser el padrino de mi boda?

—¿Cómo?

—Zoe ha vuelto y vamos a casarnos en cuanto podamos.

Akis soltó un grito de alegría y le dio la noticia a Raina.

—Solo te daré un consejo: recuerda lo que decía papá, que tienes que tratarla como a una reina.

—Lo recuerdo.

—Venid a cenar para celebrarlo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Vasso colgó y se inclinó sobre Zoe.

—Nos han invitado a cenar.

—No me apetece salir, pero teniendo en cuenta que es tu hermano... —dijo incorporándose antes de besarlo apasionadamente—. Habéis pasado por muchas cosas juntos, lo entiendo.

—Iremos en el barco. Llamaré a la señora Panos y le diré que recogeremos tu equipaje más tarde.

Capítulo 10

Isla de Paxós, dieciséis de octubre

–¡IRIS! –exclamó Zoe.

Akis estaba ayudando a su amiga de Nueva York a bajarse del helicóptero, que acababa de aterrizar en el helipuerto del hospital. Corrió hasta ella y la abrazó.

–Es el mejor regalo que me podías hacer. Has sido como una madre para mí. Te agradezco mucho que hayas venido a la boda.

–No me la habría perdido por nada. Tampoco el padre Debakis.

Zoe buscó con la mirada al sacerdote, que en aquel momento estaba bajándose del aparato, y corrió hasta él. Habían llegado a Grecia el día anterior y habían pasado la noche en el ático.

–Padre, cuánto me alegro de que haya podido venir a casarnos.

–Es un placer –dijo mientras la abrazaba con fuerza–. Desde el principio, tenía el presentimiento de que iba a surgir algo entre vosotros.

–No se le escapa nada.

Akis se acercó.

–Vamos, por aquí. Tomemos el ascensor. Raina está esperando para ayudar a ponerte tu vestido de novia. Yiannis os llevará a ti y a Raina a la iglesia. De los demás, me ocupo yo. No hace falta que diga que mi hermano está impaciente de que empiece la ceremonia. Por su bien, te ruego Zoe que te des prisa.

Aquel comentario del padrino provocó la risa de todos.

Cuando llegaron a la planta baja, Zoe se dirigió a toda prisa a una sala privada en la que Raina la estaba esperando.

–Por fin están aquí.

–Gracias a Dios. Vasso me ha llamado tres veces. Como no te vea enseguida, va a sufrir un ataque de nervios.

–No podemos permitirlo.

Zoe se quitó la blusa y la falda, y se puso su vestido de novia. Raina la había convencido de que se pusiera un modelo de última tendencia, sin tirantes. Nunca lo habría escogido, pero Raina había insistido diciéndole que estaba impresionante y que era la ocasión para dejar sin palabras a su futuro marido.

—Oh, Raina, qué bien me lo paso contigo. Cuánto me habría gustado tener una hermana como tú.

—A mí me pasa lo mismo y desde hoy voy a tenerla. Somos muy afortunadas.

—Sí. Dentro de un rato, yo también me habré casado con un dios.

—Por cierto, tengo algo para ti. Vasso me pidió que te lo diera.

Con manos temblorosas, Zoe abrió un pequeño estuche de joyería. Dentro, había un collar de perlas y una tarjeta en la que se leía: *Para mi reina*.

—¿Me considera su reina? —dijo perpleja, mirando a Raina.

—Akis me regaló el mismo collar de perlas con el mismo mensaje en la tarjeta. Cuando le pregunté, me dijo que su padre siempre les decía que las mujeres que eligieran serían sus reinas y que como tal tenían que tratarlas.

—Debió de ser un padre fabuloso. Vasso siempre me ha tratado así.

—Akis, también. Espera, te ayudaré a abrochártelo.

Las emociones de Zoe se dispararon al sentir el collar en la piel. Ya estaba peinada y maquillada, y llevaba pendientes de perlas.

—Ahora el velo —dijo Raina, colocandoselo en la cabeza—. Cúbrete el rostro al entrar en la iglesia. ¿Sabes? Será mejor que haya una ambulancia cerca. Cuando Vasso te vea, puede pasar cualquier cosa.

—Te gusta mucho bromear.

—Solo digo la verdad —afirmó Raina.

Acto seguido, se volvió y abrió la caja que habían enviado de la floristería. Dentro había un ramo de flores blancas, que entregó a Zoe.

—Son preciosas y huelen muy bien —dijo—. Por cierto, Raina, estás muy guapa con ese vestido azul.

—He tenido que quitarle la cremallera para que me entrara —comentó y sonrió—. ¿Lista?

—Sí —respondió Zoe emocionada.

Salieron de la habitación y se dirigieron a la entrada. Yiannis estaba esperándola. Estaba imponente con su uniforme de contraalmirante.

–Eres un regalo para la vista, Zoe.

–Tú también. Entiendo por qué tu esposa se enamoró de ti nada más verte.

Yiannis le dio un beso en la frente y luego le cubrió el rostro con el velo.

–Gracias por ocupar el puesto de mi padre.

–Es un honor. Vamos al coche y pongámonos en marcha. Vasso está esperando. Ya me ha llamado dos veces. Le va a dar un ataque como no lleguemos pronto.

Zoe se metió en la limusina y Raina la ayudó con el vestido. Yiannis condujo por entre los olivares de la ladera hasta llegar a la iglesia en la cumbre de la montaña, desde la que había unas vistas espectaculares sobre el mar.

Era la misma iglesia en la que Raina y Akis se habían casado, y en la que sus padres estaban enterrados en el cementerio que había detrás. Un lugar con historia, en el que otro Giannopoulos empezaba la suya.

Cuanto más se acercaban a la iglesia, más coches había. El padre Debakis iba a hacer los honores, junto al sacerdote de la iglesia. Akis y su gran amigo Theo se habían encargado de las invitaciones. Zoe temía que no hubiera sitio suficiente para todos los invitados. Vasso le había dicho que no se preocupara. De ser necesario, se dejarían las puertas abiertas y se colocarían sillas para los que quedaran fuera. Una boda griega era un acontecimiento que nadie quería perderse.

Cuando llegaron a la última curva, vio varias docenas de invitados elegantemente vestidos, algunos sentados en las mesas que se habían dispuesto fuera.

Raina y Chloe, la esposa de Theo, se habían encargado de la comida que se iba a servir en el jardín tras la ceremonia, tras la cual habría música y baile. Le habían prometido que habría comida suficiente, pero al ver a tanta gente, no estaba segura.

Yiannis detuvo la limusina ante los escalones de la iglesia. De repente, Zoe solo tuvo ojos para Vasso y no pudo evitar emocionarse. La esperaba junto a las puertas, con un traje azul oscuro y una rosa blanca en el ojal. Rápidamente se acercó y le dio la mano para ayudarla a bajarse.

Raina se hizo cargo del ramo y los siguió al interior, tomando del brazo a Yiannis. La iglesia era una joya y el olor a incienso y flores les dio la bienvenida, mientras se dirigían hacia el altar, en el que esperaba el padre

Debakis. Estaba llena de gente y, los que no habían encontrado asiento, estaban de pie en los laterales.

Tanto Vasso como ella querían una boda tradicional en recuerdo a sus padres. El corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que podía sentir sus latidos en la mano. Cuando llegaron al altar, le apartó el velo de la cara. Sus ojos negros la miraron con un amor infinito.

Las diferentes fases de la ceremonia se fueron sucediendo hasta que llegaron al momento de la coronación, la favorita de Zoe. El sacerdote tomó dos coronas de la mesa del altar, las bendijo y se las colocó en las cabezas.

—Oh, Dios nuestro Señor, otórgales la gloria y la honra.

El otro sacerdote intercambió las coronas para sellar su unión y después de dar la bendición, les dio la copa de vino para que tomaran un sorbo. Aquel era el momento que simbolizaba la puesta en común de todas las cosas de la vida. Después, rodearon la mesa sacramental tres veces, acompañados del padre Debakis.

Cuando volvieron a colocarse frente al sacerdote, este les quitó las coronas, colocó una Biblia entre sus manos y dijo una oración final. Luego, les sonrió.

—Enhorabuena, señor y señora Giannopoulos —dijo y añadió susurrando—: Vasso, imagínate que no te hubiera llamado.

—No quiero imaginarlo.

Rodeó a Zoe por la cintura y se volvieron hacia los invitados. Zoe nunca había visto tantas caras sonrientes en su vida.

—Que empiece la diversión —dijo Vasso al oído de su esposa.

Bajaron del altar y avanzaron por el pasillo, pasando entre los invitados. Allí estaban Olympia, Nestor, la señora Panos, Iris, su médico del hospital de Astoria y Gus, el conductor del autobús. También había empleados de las tiendas, amigos de la familia, los dos pilotos de los helicópteros... La lista de invitados era interminable. Cuando salieron de la iglesia, hubo gritos de júbilo y música. La gente los rodeó para felicitarlos.

La empresa de catering había llegado y habían dispuesto más mesas para acomodar a todos los invitados. Cuando los músicos se colocaron en su sitio, el baile comenzó. Yiannis tomó la mano de Zoe y varias docenas de personas se les unieron en una fila que fue bailando por entre las mesas, mientras otros les tiraban arroz.

Cada vez que su mirada se encontraba con la de Vasso, el corazón se le aceleraba. Sabía que estaba pensando en lo mismo que ella, en la noche de bodas.

La fiesta duró varias horas. Hubo brindis, y Zoe bailó con Akis mientras Vasso lo hacía con Raina. En un momento dado, los hermanos se hicieron una señal y, acto seguido, Akis la condujo hasta la limusina que Yiannis había dejado aparcada delante de la iglesia y le abrió la puerta. Vasso se metió por el otro lado y, en cuanto cerraron las puertas, el coche se puso en marcha.

En el interior, Vasso la rodeó con sus brazos y se fundieron en un beso. Cuando por fin apartó su boca de la suya, Zoe se dio cuenta de que habían llegado a casa de Vasso. Él se bajó primero y, después de ayudarla, la tomó en brazos.

—Llevo semanas soñando con esto, Zoe.

—Yo también, cariño.

Entraron por la puerta trasera y se fueron directamente a la habitación del piso de arriba.

—Nunca había estado aquí —dijo ella al entrar.

—Esa era la idea. Gracias a Dios que la espera ha terminado.

—Te quiero, mi amado Vasso.

Después de hacer el amor durante toda la noche, Zoe se quedó dormida a eso de las cinco. Pero Vasso no pudo dormir; la adrenalina se le había disparado. Durante un rato, permaneció tumbado abrazado a Zoe, estudiando sus bonitos rasgos. Todavía no podía creerse que fuera su esposa. Tenía los labios entreabiertos y deseó volver a saborearlos. En cuanto empezó a besarla, Zoe gimió y se despertó.

—Vasso, estaba soñando que te estaba besando y realmente te estaba besando.

—Quería darte un beso de buenos días. No quería despertarte, pero estoy tan enamorado de ti, que creo que no podré dejarte nunca en paz.

—Eso espero o no podré soportarlo.

Zoe se dio la vuelta y lo besó tan apasionadamente que el antiguo ritual dio comienzo de nuevo. No recuperaron el aliento hasta unas horas más tarde.

—¿Te he dicho ya lo guapa que estabas con ese vestido de novia? Me quedé sin respiración cuando te bajaste de la limusina.

—Raina me dijo que te sorprendiera.

—Has hecho más que eso. A cualquier hombre le habría gustado estar en mi lugar. Raina tiene buena intuición. Es perfecta para Akis.

—Le tengo mucho cariño.

—Yo también.

—Por cierto, tú también estabas muy guapo. Estoy tan loca por ti que creo que me pasa algo.

—No me quejaré —dijo Vasso y la besó—. ¿Ya no te importa que invada tu espacio?

—Creo que no estaba en mi sano juicio cuando dije eso.

—Es porque nunca has vivido con un hombre y no sabes que es la única manera en que un hombre y una mujer alcanzan la más completa felicidad. Durante estos últimos años, mi vida ha estado incompleta. Pero ya no. Por cierto, ¿dónde quieres ir de luna de miel?

—Quiero estar aquí contigo.

—Podemos ir donde quieras —susurró Vasso junto a sus labios.

—Lo sé, pero ¿qué te parece si hacemos un viaje cuando esté embarazada?

—¿Quieres tener un hijo tan pronto?

—Sabes que sí. Me dan mucha envidia Raina y Akis. Además, no hay motivo para esperar. Y ya has oído al padre Debakis: creced y multiplicaos.

—Quizá sepa algo que nosotros no.

—Lo sé, ¿no te parece emocionante?

—Entonces, quedémonos aquí hasta que lo consigamos.

—Confiaba en que dijeras eso —dijo Zoe y tomó su rostro entre las manos antes de besarlo.

—¿Te das cuenta de que nos complementamos? Sentí un escalofrío cuando rodeamos el altar. Nuestro amor es muy fuerte.

—Yo también tuve esa sensación. Ha sido una ceremonia religiosa muy romántica.

—Solo tú podrías haberlo descrito tan bien. Eres la luz de mi vida, *agape mou*. Bésame otra vez, señora Giannopoulos.

Tres horas más tarde, el móvil de Vasso vibró. Zoe sonrió. Solo podía ser una persona la que le estaba mandando un mensaje.

–Ese tiene que ser tu hermano. Me gusta lo unidos que estáis. Anda, tranquilízalo y dile lo felices que somos.

Vasso tomó el teléfono de la mesilla de noche.

–Dice que pongamos las noticias. ¿Quieres?

–No, no necesito ver a mi amado esposo en la televisión, teniéndole aquí mismo en mis brazos.

–Esa es una más de las razones por las que te quiero tanto.

Vasso hundió el rostro en el cuello de su esposa, y pronunció su nombre una y otra vez.

 HARLEQUIN
A romantic couple in a formal setting. The man is wearing a grey suit and the woman is wearing a purple dress. They are sitting on a patterned rug in front of a dark wood panel. The woman is holding the man's hand.

Desed

MAUREEN CHILD

AMOR EN LA TORMENTA

OceanofPDF.com

Capítulo Uno

Sean Ryan soñaba con playas calurosas, olas de tres metros y cerveza helada... Como helada era justamente su realidad ahora.

Pasar el mes de enero en Wyoming no era agradable, se dijo. Un californiano no pintaba nada allí, con la nieve por las rodillas.

Si hubiera tenido opción, no estaría allí, pero le había llegado el turno de convertir un hotel destartado en una fantasía virtual inspirada en uno de los videojuegos más vendidos de su empresa.

—¿Por qué no habré podido conseguir un puñetero hotel en Tahití?

Porque los videojuegos de Celtic Knot estaban basados en leyendas antiguas y, por lo que Sean sabía, no existían relatos celtas legendarios ambientados en una playa de Tahití. ¡Qué pena!

Sean, alto y con pelo negro, que le caía hasta el cuello de la cazadora, se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y miró a su alrededor. El gran salón del viejo hotel era gigantesco, y sus pisadas resonaban por él cada vez que sus ajadas botas marrones se posaban sobre el suelo de madera. Había tantas ventanas en la sala que parecía como si el paisaje cubierto de nieve estuviera dentro.

No era un sitio enorme, solo tenía ciento cincuenta habitaciones, pero daba la sensación de tener más. Probablemente era debido a tanta madera y tanto cristal, pensó Sean. Ya podía imaginar cómo quedaría el hotel una vez terminaran los trabajos de reforma. Llevarían hasta allí a sus diseñadores para que el videojuego Forest Run cobrara vida en cada habitación y para que ese lugar se convirtiera en el destino principal de jugadores de todo el país.

Y debía admitir que la ubicación era perfecta para recrear el videojuego. El hotel descansaba sobre doscientos acres de bosque, prados y un precioso y grande lago. Sin embargo, no se podía imaginar que la gente fuera a querer ir hasta el centro de la nada en pleno invierno con todo cubierto de nieve. ¿Quién preferiría la nieve a la arena de la playa?

Él no, eso desde luego. Pero esperaba que hubiera muchos jugadores a los que de verdad les gustaran las temperaturas glaciales. En cuanto a él, estaba deseando volver al sur de California. Sacudiendo la cabeza, se recordó que el viaje casi había terminado. Llevaba una semana en Wyoming y ahora que todas las «negociaciones» con su contratista habían finalizado, esa misma tarde se subiría al avión de su empresa y volvería al mundo real. A su vida.

Se puso de espaldas a la ventana y miró hacia el techo al oír pisadas por arriba. Al instante, el cuerpo se le tensó. Frunció el ceño y apartó esa sensación, la hundió lo suficiente como para no tener que sentirla.

No. Cuando se marchara, Sean no echaría de menos el frío. Ni tampoco la soledad, se aseguró. Pero a esa mujer... Eso era otra historia.

Kate Wells. Empresaria, contratista, carpintera y su actual motivo de inquietud. Estaba en Wyoming en pleno invierno únicamente porque Kate había insistido en que tenían que reunirse allí mismo para que su cuadrilla y ella pudieran empezar con las reformas interiores.

Y desde que la había visto, los trabajos de renovación se habían convertido en lo último que le preocupaba. En lugar de en la reforma, ahora estaba centrado en esa copiosa melena negra, normalmente recogida en una cola de caballo, en esos ojos azules y en esa boca lo suficientemente grande como para provocarle a un hombre sueños cargados de sexo.

Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que se había permitido una aventura verdaderamente excitante. Esa era la única explicación para el hecho de que le estuviera ardiendo el cuerpo por una mujer que llevaba colgado un puñetero cinturón de herramientas.

Volvió a mirar al techo; fruncía más el ceño a medida que ella se movía por el piso de arriba con pasos rápidos y decididos. Nunca había conocido a una mujer tan segura de sí misma. Siempre había admirado a las mujeres fuertes, pero Kate Wells elevaba esa cualidad a otro nivel. Discutía con él por todo y, por muy irritante que le resultara, Sean lo disfrutaba en cierto modo, lo cual demostraba que tanto frío le había helado y destrozado demasiadas neuronas.

Sacudiendo la cabeza, encendió el móvil, agradecido por tener al menos cobertura. Después de pulsar el botón de la videollamada, marcó y esperó.

Al tercer tono, el rostro de su hermano Mike apareció en la pantalla.

—¡Odio Wyoming! —gritó Sean.

Mike se rio y se recostó en la silla de su despacho. Detrás de su hermano, Sean veía el jardín de la vieja casa de estilo victoriano de Long Beach, California, que hacía las funciones de oficinas de Celtic Knot.

—No te guardes nada, cuéntame cómo te sientes.

—Muy gracioso —qué fácil le resultaba a su hermano mayor divertirse, se dijo Sean. Él no estaba en mitad de un bosque con una mujer que lo atraía y enfurecía al mismo tiempo. Pensando en Kate, miró atrás para asegurarse de que no estuviera por allí y, una vez quedó satisfecho con la comprobación, volvió a mirar al teléfono.

—No ha dejado de nevar desde que llegué. Hay casi un metro de nieve ahí fuera y sigue nevando. Creo que no va a parar nunca.

—Tiene pinta de hacer frío —dijo Mike estremeciéndose con exageración.

—¡Ja! ¡Más que frío! Llevo dos jerséis debajo de la cazadora.

Riéndose, Mike preguntó:

—¿Y cómo es todo por allí cuando no te estás quejando por el frío que tienes? ¿Has logrado sacar un momento para ojear las tierras y el hotel entre tanto sufrimiento?

—Sí, lo he ojeadado todo. Es bonito. Muchos árboles. Mucha tierra abierta. ¿Y quién me iba a decir que el cielo fuera a resultarme tan grande al salir de la ciudad?

—Sí —dijo Mike—. Eso yo lo descubrí también cuando Jenny y yo estuvimos en Laughlin...

Estrechando la mirada ante la imagen de su hermano, Sean se preguntó qué habría pasado exactamente entre Mike y Jenny Marshall, una de las mejores diseñadoras de la empresa.

—Algo me dice que hay algo más en esa historia —dijo Sean prometiéndose que, en cuanto llegara a casa, se llevaría a Mike a tomar unas cervezas y le sonsacaría la verdad.

—Si la hay —le dijo Mike—, no te vas a enterar.

Pero Sean no era de los que se rendían fácilmente. Además, estaba claro que algo pasaba entre Jenny y su hermano. Aun así, dejaría el asunto de momento porque ahora mismo lo que le interesaba era salir de Wyoming antes de acabar convirtiéndose en un helado.

—¿Cómo es el hotel, Sean?

—Grande. Frío. Vacío —soltó un suspiro de frustración y se pasó una mano por el pelo. Echó otro vistazo a su alrededor y le dio a Mike una respuesta

mejor—: El anterior propietario dejó algunos muebles abajo, pero las habitaciones hay que equiparlas de arriba abajo. Ni camas, ni sillas, ni mesas, nada.

Miró un destartado sofá de piel y dos sillones a juego colocados frente a una enorme chimenea en el gran salón. Sean no le daba mucha importancia al mobiliario, pero ya que Kate y él iban a estar ahí metidos un tiempo, agradecía que hubiera algo más que suelo donde sentarse.

—No es para tanto —le dijo Mike—. De todos modos, habríamos reformado las habitaciones a nuestro gusto.

—Cierto. Y el lugar tiene algunos extras buenos —dijo Sean asintiendo para sí—. Aunque va a hacer falta mucho trabajo para convertir este lugar en una fantasía de Forest Run.

—¿Y Kate Wells está a la altura?

—Y que lo digas —murmuró Sean. Nunca había conocido a una mujer tan segura de sus aptitudes, al igual que nunca se había topado con nadie que estuviera tan dispuesto a discutir con él. Estaba acostumbrado a que la gente que trabajaba para él verdaderamente trabajara para él. Sin embargo, esa mujer parecía creer que era ella la que estaba al mando, y ese era un asunto del que tendría que ocuparse muy pronto—. Bueno —continuó, obligándose a sacarse a Kate de la cabeza—, hay ciento cincuenta habitaciones y todas necesitan trabajo.

Mike frunció el ceño.

—Si seguimos tu idea de celebrar nuestras propias convenciones de videojuegos en esa propiedad, necesitaremos más habitaciones. ¿Hay otros hoteles cerca?

—No. Estamos a dieciséis kilómetros del más cercano. Es un pueblo pequeño con dos pensiones y un motel al lado de la autopista.

Mike se puso más serio todavía.

—Sean, no podemos celebrar una conferencia grande si no hay sitio donde se aloje la gente —respiró hondo y añadió—: Y no digas que la gente puede levantar tiendas de campaña.

Sean se rio.

—Que me guste ir de acampada no significa que quiera que unos extraños se instalen por toda la propiedad. De todos modos, hay un pueblo más grande a unos cuarenta kilómetros de aquí con más hoteles —y ahí era donde se estaba alojando él. En un hotel exclusivo, agradable y cómodo donde le

habría gustado estar ahora mismo. Quería darse una ducha lo bastante caliente como para derretir los pedacitos de hielo que se le habían formado en el torrente sanguíneo. Sin embargo, para eso aún quedaba un buen rato—. Kate, la contratista, ha tenido otra idea para solucionar ese problema.

—¿Qué se le ha ocurrido? —preguntó Mike antes de agarrar su taza de café y dar un trago largo.

Sean miró a su hermano, y con un tono cargado de rabia le preguntó:

—¿Eso es un capuchino?

Mike sonrió y dio un trago más largo.

—Lo disfrutaré por ti.

—Gracias —contestó con claro sarcasmo, aunque sabía que a Mike no le importaba. ¿Por qué iba a importarle? Su hermano mayor estaba en casa, en Long Beach, con acceso a su cafetería favorita, al bar del final de la calle, con vistas al océano y, lo más importante, no se estaba quedando como un puñetero bloque de hielo.

¡Cuánto echaba de menos la civilización!

—Kate cree que deberíamos instalar algunas cabañas pequeñas detrás del edificio principal, adentrándose en el bosque.

—Es una buena idea.

—Ya, lo sé.

—Pues no pareces muy contento.

—Porque estaba excesivamente segura de que tenía razón —le dijo Sean, recordando la conversación del día anterior.

Kate le había hecho caminar por la nieve para inspeccionar la propiedad y las zonas que ya había seleccionado para las posibles cabañas y, mientras se lo había ido detallando todo, él había podido imaginarlo tal cual sería. Pequeñas cabañas en el bosque harían que la experiencia resultara más fantástica, y ya se estaba planteando cómo las harían diferentes, cómo dotarían a cada casita de una identidad que la separara del resto.

Por otro lado, también le enfurecía que a él no se le hubiera ocurrido nada de lo que ella le había sugerido. No obstante, no era tan tonto como para no reconocer una buena idea cuando la oía.

—Sí —dijo Mike pensativo—. Es un fastidio cuando tienen razón, ¿verdad?

—Ni te imaginas —murmuró Sean.

—Creo que sí me lo imagino —dio otro sorbo al capuchino deliberadamente—. Parece que lo estás pasando genial.

Sean estrechó la mirada. Habría dado su coche a cambio de un capuchino caliente en ese momento. Ahora tenía un motivo más para sentirse furioso.

—Sí, me lo paso de maravilla, esto es súper divertido. Esta mujer es la persona más testaruda con la que he tratado en mi vida, incluso más que tú.

—Si hace bien su trabajo, eso es lo único que debería importarte.

Su hermano tenía razón. Eso era lo único que debería importarle. Pero en lugar de pensar en eso, estaba pensando en su cabello, en lo oscuro y voluminoso que era, y no podía evitar preguntarse cómo sería cuando lo llevara suelto. Pensó en el azul de sus ojos y en cómo el cinturón de herramientas le colgaba alrededor de las curvilíneas caderas. Odiaba admitirlo, pero cuando hablaba, se fijaba tanto en su boca que apenas oía lo que le decía.

¡Mierda! Tenía que salir de Wyoming rápidamente.

Se pasó una mano por la cara y se centró en la conversación con Mike.

—Ya, ya. Quiere que su cuadrilla venga la semana que viene y empiece con la reforma, y me parece bien, siempre que pueda supervisarlo desde California.

—De acuerdo, pero como no te has llevado a ninguno de los diseñadores, ¿qué va a hacer esa mujer con la pintura?

—Vamos —dijo Sean—. No me podía traer a ningún diseñador aquí, cuando todo el mundo está ocupado con los últimos retoques de The Wild Hunt.

—Cierto —asintió Mike—. Aquí todo el mundo está trabajando día y noche.

Y Sean debería haber estado haciendo lo mismo. Tenía que ponerse en contacto con el departamento de marketing y con sus clientes y comprobar la campaña publicitaria que se iba a lanzar para el nuevo videojuego. El trabajo se le estaba acumulando en California, pero ya que su contratista estaba tan ansiosa por que comenzaran las obras, había tenido que ir hasta allí. Ese viaje había surgido en el momento menos oportuno.

—Bueno —continuó Sean—, de todos modos, ¿qué pasa por dejar las paredes lisas? Pueden pintarlas de blanco y después, cuando vengan los diseñadores, tendrán lienzos en blanco sobre los que trabajar.

—Sí, me parece bien. ¿Vuelves a casa mañana?

—Ese es el plan, gracias a Dios —respondió Sean—. Kate ha salido para traer la camioneta. Vamos a volver al pueblo ahora mismo. Y, ¡cómo no!, sigue nevando.

—Si te hace sentir mejor, aquí hoy estamos a veinticuatro grados.

—Genial. Gracias. Lo que me faltaba oír —se oyó un portazo. Kate gritó algo y Sean miró a un lado y respondió—: ¿Qué?

Al segundo, Kate estaba en la puerta, sacudiéndose copos de nieve de la cabeza.

—Hay una tormenta de nieve.

Él cubrió el teléfono con una mano.

—Estarás de broma.

—No bromeo —respondió ella encogiéndose de hombros—. Ya han cerrado el paso de montaña. No iremos a ninguna parte.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Es imposible saberlo.

—Perfecto.

—¿Qué pasa? —preguntó Mike.

—El karma, probablemente. Kate acaba de oír por la radio de la camioneta que han cerrado el paso de montaña. Estoy atrapado por la nieve.

En lugar de compasión, Sean vio cómo Mike contenía la risa.

—Gracias por tu preocupación.

Mike levantó una mano e intentó parar de reír.

—Lo siento, lo siento.

—¿Qué te hace tanta gracia? Estoy atrapado en un hotel vacío con una contratista malhumorada y una montaña de nieve al otro lado de la puerta.

—Está claro —dijo finalmente Mike— que solo resulta gracioso visto desde California. ¿Pero tenéis comida y calor?

—Estamos cubiertos —señaló Kate, cuya expresión le decía claramente lo que le había parecido la descripción de «malhumorada».

—Sí —dijo Sean antes de girarse hacia Kate y añadir—: Ven aquí un momento para conocer a mi hermano.

A Kate no pareció hacerle mucha gracia la invitación, y a Sean tampoco le sorprendió. Cruzó la habitación con paso enérgico y se detuvo a su lado para mirar la pantalla.

—Hola, soy Kate y tú eres Mike —dijo rápidamente—. Encantada de conocerte, pero no tenemos mucho tiempo para hablar. Tenemos leña ahí fuera y necesitamos meterla aquí antes de que la tormenta descargue por completo. De todos modos, no te preocupes. Hay mucha comida, ya que me aseguro de que mi cuadrilla esté bien alimentada mientras trabaja.

—De acuerdo —se apresuró a decir Mike, pensando que probablemente no tendría otra oportunidad de hablar. Y no se equivocaba.

—La tormenta pasará en uno o dos días y las quitanieves despejarán el paso de montaña enseguida, así que podrás tener a tu hermano de vuelta a finales de semana.

—De acuerdo...

Sean agarró el teléfono y le dijo a Kate:

—Ahora mismo salgo a ayudarte —cuando volvió a mirar a Mike, su hermano estaba sacudiendo la cabeza—. Está ahí fuera recogiendo leña. Tengo que irme. He estado a punto de poder largarme de aquí y ahora no sé cuándo saldré. Dile a mamá que no se preocupe y que no se moleste en llamarme. Voy a apagar el móvil para conservar la batería.

—De acuerdo —y aunque hacía unos minutos la situación había parecido divertirse, ahora Mike preguntó—: ¿Seguro que estarás bien?

Sean fue el que se rio ahora.

—Puede que aquí no haya olas que surfear, pero estaré bien. He hecho acampadas en peores condiciones. Al menos tenemos un tejado y muchas camas entre las que elegir. Te llamaré cuando pueda. Tú tenme preparado un capuchino bien caliente.

—Eso haré. Y Sean... —añadió Mike—, no mates a la contratista.

Matarla no era lo que tenía en mente, pero no lo admitiría delante de su hermano. Así que, le dijo:

—No te prometo nada.

Cuando colgó y apagó el teléfono, cruzó la habitación sacudiendo la cabeza con irritación. Había pasado una semana con esa mujer y ya estaba al borde de un ataque de nervios. Y, por si fuera poco, ahora estaría atrapado por la nieve junto a ella durante quién sabía cuántos días.

—La cosa mejora por momentos —murmuró.

Cruzó una cocina lo bastante grande para cubrir sus necesidades pero que necesitaba una reforma importante. Las ventanas eran enormes y ofrecían unas buenas vistas del bosque. En ese momento, el cielo estaba gris y la nieve que caía era tan espesa que parecía una colcha de algodón.

Sean se abrochó bien la cazadora al salir al porche trasero y se topó con la helada ráfaga de viento. Nieve. Solo había nieve. Caía rápidamente y con

copos densos, y por un segundo tuvo que admitir que la imagen era preciosa. Pero entonces recordó que eso tan «precioso» era lo que le estaba bloqueando su única salida y enseguida perdió todo el encanto.

—¿Kate?

—¡Aquí!

Sean se giró hacia el sonido de su voz e ignoró el frío golpe invernal lo mejor que pudo. Los copos de nieve le caían de lleno en la cara, como picotazos helados, y el viento lo empujaba como intentando obligarlo a volver a entrar.

Ignorando las ganas que tenía de retroceder, se giró hacia donde estaba Kate, agachada junto a una pila de leña. Llevaba tres leños en los brazos y se disponía a agarrar uno más.

—Déjame —dijo Sean apartándola.

—Puedo hacerlo sola.

—Sí —respondió él asintiendo. Llevaba toda la semana viendo su testarudez y su determinación para hacerlo todo sola—. Lo sé. Eres una chica dura. Todos estamos impresionados. Pero si los dos cargamos la leña, podremos protegernos del frío mucho antes.

Ella lo miró como si tuviera ganas de discutir, pero entonces cambió de opinión.

—Muy bien. Carga con todo lo que puedas y luego volvemos a por más.

Y así, sin decir ni una palabra más, entró en el hotel y lo dejó cargando leños. Cuando Sean se incorporó, volvió a mirar a su alrededor. A pesar del viento cargado de nieve que los sacudía, los pinos se alzaban altos y rectos como soldados en un desfile. El lago estaba helado y los copos de nieve se amontonaban en la orilla. Echó la cabeza atrás y miró al cielo, gris y cargado. El aire era frío y denso. Si la cosa seguía así, podría pasarse semanas atrapado allí.

Tras colocar la leña formando una perfecta pila junto a la chimenea de piedra, Kate se agarró a la repisa y se apoyó en ella.

—¿Es que la tormenta no se podía haber esperado a que él se hubiera marchado? —se dijo.

Claro que no. Eso le habría facilitado mucho la vida.

Poniéndose recta lentamente, sacudió la cabeza con la esperanza de aclararse las ideas, que parecían estar haciendo saltos mortales por su cabeza. Después dispuso una capa de astillas que había sacado de un cesto y acercó una llama hasta que prendió y el fuego comenzó a crepitar por la silenciosa habitación.

—Puedes hacerlo —se dijo—. Solo es tu jefe.

«Mentiras», le susurró su mente. Todo mentiras, y ni siquiera muy buenas. La triste verdad era que Sean Ryan era mucho más que el hombre para el que estaba trabajando. Era el primer hombre en años que había sido capaz no solo de burlar sus tan bien entrenadas defensas sino de arrasar con ellas. Una sonrisa suya y le temblaban las rodillas. Una mirada de esos ojos azules y sus aletargadas hormonas comenzaban a danzar de alegría. Resultaba humillante admitirlo.

Ahora tenía una buena vida. La había construido con cuidado, ladrillo a ladrillo, y no debía permitir que la atracción lo arruinara todo.

Por supuesto, mantenerse firme ante lo que Sean Ryan le hacía sentir habría sido mucho más sencillo si él hubiera podido marcharse al día siguiente, tal como estaba previsto, pero con la tormenta podrían estar atrapados allí durante días.

Y solo esa idea hizo que le volviera a dar un vuelco el estómago. Frunciendo el ceño, se recordó que ya había sobrevivido a algo que habría destruido a la mayoría de la gente. Podría sobrevivir a unos cuantos días encerrada con Sean.

Asintiendo en silencio para sí, se apartó del fuego para ir a buscar más leña. En ese momento, Sean entró en la habitación cargado de leños.

—Échalos al fuego —dijo ella agitando una mano—. Saldré a por más.

—Iré yo. Puedo cargar con más y eso supone hacer menos viajes.

Kate quiso discutir, pero Sean tenía razón.

—De acuerdo. Tengo provisiones de emergencia en mi camioneta. Iré a por ellas mientras tú traes la leña. Trae mucha. Será una noche larga y fría.

—Está bien —se detuvo—. ¿Qué clase de provisiones?

—Mantas, linternas, cafetera... lo esencial.

Él esbozó una amplia sonrisa.

—¿Café? Ya nos vamos entendiendo. Ahora mismo pagaría cien dólares por una taza de café.

¿Por qué tenía que sonreír? ¿Por qué esa sonrisa tenía que iluminar todos sus rasgos, resplandecer en sus ojos y hacer que le fallaran los nervios peligrosamente? Toda esa aventura resultaría mucho más sencilla si pudiera odiarlo. ¡Mierda!

—¿Cien dólares por un café? Vendido.

Él alzó las cejas y esa pícaro curva de su boca se acentuó.

—¿Sí? Bueno, pues te lo tendré que dejar a deber, porque no llevo esa cantidad en metálico encima.

Ese hombre desprendía demasiado encanto; tanto que le robó el aliento.

—De acuerdo. Te enviaré una factura.

—No hay problema —se puso serio de pronto, aunque el brillo de sus ojos no se disipó—. Solucionaremos nuestros asuntos antes de que vuelva a California. Dalo por hecho.

¡Ay, Dios! Kate lo vio marcharse y salió a la puerta delantera mientras se echaba una reprimenda. No se podía creer cómo se había dejado impresionar tanto por esa sonrisa. Sinceramente, le había resultado irresistible mientras se quejaba por la nieve, pero un Sean Ryan sonriente era aún más peligroso.

Agradeció el golpe de frío. Si había algo que pudiera extinguir un fuego interior, eso era el invierno de Wyoming. Pero incluso mientras lo pensaba, tuvo que admitir que la atracción seguía bullendo en su interior.

Corrió hasta donde había dejado la camioneta. La nieve ya estaba llenando la plataforma y acumulándose en los neumáticos. Si lo dejaba ahí, para cuando terminara la tormenta, Sean y ella tendrían que sacarlo de la tierra. Se metió dentro, arrancó el motor y bordeó el viejo hotel en dirección hacia el garaje para cuatro coches que había detrás. Tuvo que saltar a la nieve de nuevo para abrir la puerta, pero una vez tuvo el vehículo aparcado, se sintió aliviada.

Abrió la caja de metal situada en un lateral de la plataforma y sacó su kit de provisiones de emergencias. Una gran caja de plástico y un saco de dormir con dos mantas que siempre llevaba ahí por si se quedaba atrapada por la nieve.

Salió del garaje, cerró la puerta y se detuvo un momento para levantar la mirada hacia el hotel. Sean ya no estaba en el porche, lo cual significaba que estaría dentro, junto al fuego. Haberse quedado atrapada sola daría algo de miedo. Haberse quedado atrapada con Sean resultaba aterrador.

Pero no, no era su seguridad lo que le preocupaba. Más bien le preocupaba su cordura.

Ese trabajo para Celtic Knot supondría un empujón para su empresa de construcción que los ayudaría a mantenerse durante los próximos años, así que era imperativo que controlara las hormonas, que insistían en revolucionarse cada vez que Sean estaba cerca. No se podía permitir ceder ante lo que le pedía el cuerpo. Una aventura con Sean era algo demasiado arriesgado. Hacía más de dos años que no estaba con un hombre y en ese tiempo había logrado convencerse de que cualquier necesidad o deseo sexual que hubiera podido tener había muerto con su marido, Sam. Por ello ahora resultaba desalentador tener que admitir, aunque solo fuera para sí, que su teoría se había ido al traste en el momento en que Sean Ryan había hecho acto de presencia en su vida.

Volvió a mirar hacia el hotel, donde la luz del fuego danzaba y brillaba tras la ventana. Apenas había entrado la tarde y ya estaba oscureciendo.

El muro de nieve que se estaba levantando junto al hotel era denso, lo cual indicaba que se trataba de una tormenta grande. Sean y ella podrían estar allí atrapados durante días.

¿No resultaba extraño que esa situación pudiera enfurecerla y excitarla al mismo tiempo?

Capítulo Dos

Dentro, el fuego ya estaba calentando la amplia habitación. La luz de las llamas destelló por el rostro de Sean cuando se agachó para añadir otro leño, y tras girarse para mirarla, Kate se quedó sin aliento. El fuego y la luz que ardían en los ojos de Sean la atravesaron también a ella y se colaron en su interior.

En el aire se palpaba la tensión, y cuando ella ya no lo pudo soportar más, rompió el silencio diciendo:

–Si traes una carga más de madera, tendremos para mañana.

–Sí –él se puso derecho lentamente y se metió las manos en los bolsillos traseros. Asintiendo hacia la montaña de suministros que Kate tenía junto a sus pies, añadió–: Llevas encima muchas provisiones.

–Prefiero estar preparada antes que morir congelada. Nunca se sabe cuándo no te va a arrancar el coche, cuándo se te va a pinchar una rueda o cuándo vas a caer en una zanja porque has resbalado con el hielo...

–O cuándo te vas a quedar atrapado por una tormenta.

–Exacto –con la punta de la bota empujó el saco de dormir lo acercó a las dos mantas de lana–. Mantas para mantener el calor y en la caja tengo una linterna que funciona a pilas, barritas energéticas, chocolate y café...

–Ahí está otra vez la palabra mágica –dijo Sean esbozando una media sonrisa.

–Por fin algo en lo que estamos de acuerdo –respondió Kate con una reticente sonrisa.

Cuando Sean sonrió más ampliamente, a ella se le aceleró el corazón.

–Sí, hemos pasado una semana interesante, ¿no crees?

–Es una forma de expresarlo –Kate suspiró, se agachó y abrió la caja para sacar la vieja cafetera y la bolsa de café–. Me has discutido cada una de las sugerencias que he hecho sobre este lugar.

–Es mi lugar. Son mis decisiones.

Nunca había tenido un cliente que se lo discutiera todo. Normalmente, a Kate no le importaba intentar incorporar los deseos de un cliente al trabajo, pero también sabía qué era posible y qué no lo era. Sean, por el contrario, no contemplaba que algo fuera imposible.

–Es mi cuadrilla. Es mi trabajo –le contestó.

–Y ya estamos otra vez –apuntó Sean sacudiendo la cabeza–. Sí, tú eres la encargada de hacer el trabajo, pero lo vas a hacer como yo quiera.

–Incluso aunque te equivoques.

Él apretó los labios.

–Si lo quiero, no me equivoco.

–No sabes nada de construcción –le respondió Kate, aun sabiendo que era inútil. En las manos sujetaba la cafetera y la bolsa de café. Ese hombre tenía la cabeza más dura que una piedra.

Él se sacó las manos de los bolsillos, se cruzó de brazos y la miró con paciencia y resignación.

–¿Y cuánto sabes tú de videojuegos, en concreto de Forest Run?

–De acuerdo. No mucho –era una discusión que ya habían tenido en varias ocasiones; Kate sabía que no llegarían a solucionar nada y que tendría que volver a admitir que él tenía razón.

–O nada.

–Muy bien. Nada –respondió a la defensiva, tal vez demasiado, pero no pudo contenerse–. Estoy demasiado ocupada como para malgastar mi tiempo jugando a videojuegos.

–Por suerte hay unos cuantos cientos de millones de personas en el mundo que no piensan igual –contestó él ofendido.

–Tienes razón –dijo ella, aunque esas palabras le quemaron la lengua y estuvieron a punto de ahogarla–. No sé qué querrían encontrar unos jugadores en un hotel diseñado especialmente para ellos.

Él asintió con gesto casi majestuoso.

–Pero –añadió Kate– tú no sabes nada de construcción. No sabes qué se puede o qué no se puede hacer y, lo más importante, no sabes qué se debe o qué no se debe hacer. Me has contratado porque soy una profesional. Cuando te digo que algo es un muro de carga, no lo digo porque quiera negarte el «espacio abierto para reproducir las salas de reunión del hechicero». Lo digo porque si derribo ese muro, se desestabiliza el edificio entero.

Él abrió la boca como si quiera empezar a discutir, pero lo único que dijo fue:

–Tienes razón.

–Gracias, eso creía.

Sean esbozó una fugaz sonrisa.

–Eres la mujer más testaruda que he conocido en mi vida.

Kate respiró hondo. Sean Ryan era la única persona que lograba despertar su lado más polémico. Por norma encontraba el modo de relacionarse con los clientes con paciencia y sensatez, pero ese hombre la provocaba y ella se veía defendiendo su posición y no cediendo nunca, lo cual no era modo de hacer un trabajo. Y menos ese trabajo. Iba a tener que aprender a tratar con Sean Ryan de un modo sosegado y racional, y había llegado la hora de empezar a hacerlo.

–De acuerdo, supongo que tú también tienes razón.

Sorprendido con la respuesta, él enarcó las cejas y sus ojos reflejaron diversión.

¿Por qué tenía que resultarle simpático además de irritante? Algo en ella se revolvió y tuvo que respirar aire profundamente para calmarse. Desde que Sam había muerto había estado tan sola, tan aislada, que sentirse así de atraída por un hombre le resultaba asombroso y le ponía algo nerviosa. Pero lo único que tenía que hacer era esperar a que pasara la tormenta; sobrevivir al hecho de estar atrapada con Sean Ryan hasta poder verlo subir a su avión privado rumbo al lugar al que pertenecía. Después, todo volvería a la normalidad y podría olvidar cómo la hacía sentir ese hombre.

–¿Por qué no traes más leña mientras yo preparo el café?

Kate alzó la cafetera y la bolsa de café como si fueran trofeos.

–El gas está encendido. Solo tengo que encender un quemador y podremos usar la cocina.

–Eres una diosa –dijo él con toque dramático.

–Se te impresiona con facilidad.

–No mucho –le respondió Sean guiñándole un ojo.

Le había guiñado un ojo, pensó mientras iba a la cocina. ¿Por qué tenía que ser tan encantador? ¿Sería algún truco del destino, que le había enviado a un hombre como él cuando menos lo quería?

Mascullando para sí, llenó un cazo de agua y usó una cerilla para encender uno de los quemadores. Mientras esperaba a que hirviera, fue a la

despensa para echar un vistazo a las provisiones que su cuadrilla y ella habían dejado allí durante la semana anterior.

En obras normales, tenían una nevera llena de comida, tentempiés y los almuerzos de los chicos, pero las obras del hotel eran distintas. Estarían trabajando allí mucho tiempo y a horas intempestivas, así que prácticamente habían invadido la cocina para almacenar suministros de más, incluyendo platos de papel, vasos, toallas e incluso cubiertos de plástico.

Sonriendo para sí, miró los tentempiés y se dio cuenta de que podía adivinar quién los había comprado. Andy era adicta a los Cheetos y Paco siempre llevaba encima nachos de maíz. Después estaban las Oreo de Jack y las galletas de mantequilla de cacahuete de Dave. Kate había llevado chocolate, bolsas de té y las Pop-Tarts, que nunca le podían faltar, de azúcar moreno y canela, por supuesto.

—No es un restaurante de cinco estrellas exactamente —murmuró—, pero no nos moriremos de hambre.

—¿Sí? —preguntó Sean justo tras ella, y Kate se sobresaltó al oírlo. Él ignoró su reacción—. ¿Qué tenemos?

Kate se apartó, obligándolo a retroceder.

—Queso y galletitas saladas. Patatas fritas y galletas dulces. Todo lo que probablemente no se debería comer —lo miró—. A mi cuadrilla le gusta la comida basura.

—¿Y quién puede culparlos?

Esbozando una breve sonrisa, Kate cerró la puerta de la despensa y abrió la nevera.

—Aquí hay más cosas. La tormenta no ha cortado la corriente todavía, menos mal. Bueno, tenemos montones de barritas de queso y además hay tres sándwiches de ayer. Unos cuantos huevos cocidos, gracias a Tracy, y un poco de ensalada de macarrones.

Él frunció el ceño y dijo:

—Cuando ayer compramos el almuerzo para todos, había un sándwich para cada uno. No me esperaba que quedara alguno.

—En condiciones normales, tendrías razón. Las cuadrillas suelen ser como las langostas, se comen cualquier cosa comestible, sobre todo si no lo tienen que comprar ellos —dijo con una sonrisa de afecto por la gente con la que trabajaba a diario—. Pero por suerte para nosotros, Lilah y Raul están a dieta

y no se comieron los suyos, y Frank se marchó pronto porque su mujer se puso de parto. Así que tenemos comida.

—Había olvidado que la mujer de Frank iba a tener un bebé —dijo Sean apoyándose en la encimera—. ¿Qué ha sido? ¿Niño o niña?

—Una niña —Kate no pudo dejar de sonreír al recordar la llamada de Frank la noche anterior—. Está emocionado. Ya tienen cuatro hijos y esta vez estaba deseando una niña.

—¿Cinco hijos? —preguntó Sean antes de silbar—. ¿Están locos?

Parecía tan conmovido ante la idea que Kate se sintió ofendida.

—No, no están locos. Les encantan los niños.

—Más les vale —murmuró Sean mientras se estremecía con un escalofrío.

—Vaya, parece que solo pensar en la familia te pone enfermo.

Algo se iluminó en los ojos de Sean, una sombra, y después se esfumó tan rápido que Kate no estuvo segura del todo de haberla visto.

—No, simplemente no tengo ningún interés en tener un hijo.

—Así que no tienes deseos de ser padre —dijo algo decepcionada y pensando que era un rasgo más del hombre con el que tendría que tratar durante meses.

—¡No, por favor! —sacudió la cabeza y soltó una carcajada—. No me veo de padre. Tal vez a mi hermano sí me lo imagino, pero a mí no.

Aunque él estaba quitándole importancia al asunto, Kate recordó esa sombra en su mirada y se preguntó qué la habría causado. Movida por la curiosidad, no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué?

Sean suspiró, se cruzó de brazos y dijo:

—Me gusta tener mi propio espacio y hacer las cosas a mi tiempo. Tener que renunciar a todo eso por la presencia de alguien más no me atrae.

—Suenas algo egoísta.

—Totalmente —respondió Sean afablemente—. ¿Y tú? Si tanto te gustan los niños, ¿por qué no tienes tres o cuatro?

Kate se quedó impactada por un momento y esperó que él no se hubiera fijado. No quería hablarle a Sean ni de su difunto marido ni de los sueños de formar una familia que habían compartido.

—Simplemente las cosas no han salido así.

—Oye —Sean se acercó y bajó la voz—. ¿Estás bien?

—Muy bien —respondió, y alzó la barbilla ofreciéndole una sonrisa que esperaba que resultara brillante en lugar de amarga.

Ese era un recordatorio más de las diferencias que había entre ellos. El playboy multimillonario creía que tener una familia era como estar encadenado en una jaula, mientras que formar una familia era lo que Kate siempre había querido. Había estado a punto de cumplir el sueño completo: un hogar, un marido, hijos... Pero se lo habían arrebatado y ahora se había quedado sola, con los inquietantes pensamientos de lo que podía haber sido y no fue.

Era algo que seguro que Sean no entendería, y eso a ella no le debía importar, ¿verdad?

—Bueno —dijo Kate—, tendremos suficiente comida para varios días si tenemos cuidado.

—Sí —él aceptó el cambio de conversación—. ¿Tenemos suficiente café?

«Tenemos». Ahora formaban un equipo inverosímil. Mientras durara la tormenta, serían «nosotros» y tenía que admitir que, a pesar de todo, agradecía no haberse quedado atrapada allí sola por mucho que eso significara que iban a pasar demasiado tiempo juntos.

Pero, de momento, lo primero era ocuparse de su adicción compartida a la cafeína.

—Estoy en ello.

Ya que el agua estaba hirviendo, la vertió con mucho cuidado en el filtro de la cafetera de viaje. Sentía a Sean observándola. Qué extraño, pensó, que la mirada de ese hombre pudiera resultar tan tangible como una caricia. Y más extraño todavía y estúpido era que de pronto estuviera deseando que la tocara.

Por el amor de Dios, ¿no acababa de recordarse lo distintos que eran? No podía olvidar que estaba en su vida de paso, temporalmente; y eso sin mencionar que era su cliente y, por lo tanto, su jefe. Sin embargo, era innegable que había algo entre los dos. Era peligroso. Ridículo. ¡Pero tan tentador!

Sobre el sonido del viento que parecía aullar fuera, Kate escuchaba el agua caer en la cafetera a través del filtro. Un rico y oscuro aroma llenaba el aire y tras ella Sean inhaló profundamente y dejó escapar un suspiro.

—¡Qué bien huele!

—Sí —respondió Kate al verter más agua por el filtro.

Al instante, mientras el café goteaba en el depósito, fue a la despensa y sacó dos tazas. Le dio una a Sean y se giró para servir el café, que ya estaba listo. El primer sorbo pareció calmarle la mente un poco.

Apoyada en la encimera, se giró para mirar por la ventana que había sobre la pila. Era una ventana en saliente con mucho espacio donde plantar hierbas frescas. Ahora mismo todo estaba vacío, pero Kate ya se podía imaginar cómo quedarían la ventana y el resto del hotel una vez la cuadrilla hubiera terminado las obras. Aun así, fue lo que sucedía tras la ventana lo que captó su atención.

La nieve caía tan rápidamente y tan densa, revoloteando en un viento que golpeaba los cristales, que apenas podía ver más allá del jardín, donde el lago se extendía por los pies de la montaña y el bosque no era más que un borrón de oscuridad en un mundo colmado de blanco.

—¿Esto sucede a menudo? —preguntó Sean al acercarse.

Le rozó el brazo con el suyo y Kate tomó aire para calmarse.

—Con bastante frecuencia —respondió, decidida a controlar esa sensación ardiente y deliciosa que le palpitaba por dentro—. Pregunta a cualquiera y te lo dirán. Si no te gusta el clima de Wyoming, espera cinco minutos. Cambiará.

—¿Así que dentro de cinco minutos estará brillando el sol y la nieve se habrá derretido?

Kate no pudo evitar reírse al oírlo hablar con un tono tan esperanzado.

—No lo creo. Esta parece de las grandes. Supongo que estaremos atrapados un par de días. O tal vez más.

Él suspiró, asintió y la miró.

—Al menos nos tenemos el uno al otro.

Y ese era el problema, se dijo Kate.

Decidieron racionar la comida que tenían y, así, una hora más tarde estaban compartiendo un sándwich y unas cuantas galletas saladas. Sentados frente al fuego, con el viento y la nieve acribillando las ventanas, Sean miró a Kate. Habían acercado el viejo sofá de cuero a la chimenea y cada uno ocupaba una esquina.

Kate miraba al fuego, cuyo brillo se reflejaba en su rostro y en su pelo. Tenía la mirada clavada en las llamas, como temerosa de desviarla. Sean

sabía que se sentía nerviosa junto a él y le gustaba saberlo porque eso hacía que su propia inquietud resultara un poco más fácil de asimilar.

Frunció para sí al pensar en ello. No se había sentido «inquieto» al lado de una mujer desde el primer curso del instituto, cuando había besado a Dana Foster, con su cabello rojo, ojos verdes y aquella amplia sonrisa, y ese beso le había abierto un mundo de maravillas, de belleza y de deseo que había seguido disfrutando desde entonces.

Las mujeres que habían pasado por su vida habían ido y venido, prácticamente desapercibidas, a excepción de una que sí lo había dejado marcado, que lo había cambiado. Pero no se permitía pensar en ella ni en lo que había sucedido entre los dos. Era una historia perteneciente al pasado que no tenía nada que ver ni con qué ni con quién él era hoy.

Ahora estaba Kate y lo que le provocaba se parecía mucho a lo que le había provocado esa mujer hacía tanto tiempo. Admitirlo le preocupaba y era como una especie de alarma, de advertencia. Kate le hacía sentirse casi desesperado por tenerla, y aunque su cuerpo le clamaba que se lanzara, esas señales de aviso seguían resonándole en la cabeza, diciéndole que mantuviera las distancias y se alejara de ella lo más rápido posible. Sin embargo, gracias a la tormenta de nieve, eso no sucedería.

Había evitado cualquier tipo de relaciones amorosas durante años y no buscaba una ahora, pero deseaba a Kate. Tanto que no dejaba de pensar en ella en todo el día. Cuando estaba con ella, se sentía tenso y excitado, y cuanto más tiempo pasaba con ella, más empeoraba. Ese deseo le removía por dentro, le exigía que lo liberara, pero acostarse con ella solo complicaría las cosas y Sean era un hombre al que no le gustaban las complicaciones.

Su vida habría sido mucho más sencilla si hubiera podido escapar de Wyoming y haber puesto miles de kilómetros entre los dos. Pero ya que eso no iba a suceder, tenía que encontrar un modo de sobrevivir a esa cercanía forzada.

—¿Por qué me estás mirando?

—Solo pensaba.

—Eso sí que me preocupa —respondió ella con una media sonrisa—. ¿Y en qué pensabas?

Ya que no iba a decirle la verdad, no iba a decirle que estaba pensando en cuánto tardaría en desnudarla, dijo algo a lo que llevaba tiempo dándole

vueltas.

—Me estaba preguntando cómo te hiciste contratista.

Ella frunció el ceño y Sean tuvo la sensación de que no se había creído la respuesta. Sin embargo, se encogió de hombros y contestó.

—Mi padre es la respuesta más sencilla —respondió Kate mirando de nuevo al fuego—. Es un gran carpintero. Abrió su negocio cuando yo era una niña —sonrió al recordarlo y Sean vio cómo se le relajó la expresión—. Trabajaba para él en verano, y su cuadrilla y él me enseñaron todo lo que sé de construcción.

—Es curioso, yo también trabajaba para mi padre en verano —dijo Sean recordando cómo intentaba escaparse del trabajo para poder ir a hacer surf.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Es abogado —respondió Sean—. Quería que mi hermano y yo fuéramos a la facultad de Derecho y que nos uniéramos a su bufete.

—¿No te interesaba ser abogado?

—No. Cuando trabajabas para tu padre, estabas al aire libre, ¿verdad?

—Normalmente sí.

—Yo no. Mi padre nos tenía deshaciéndonos de documentos antiguos, barriendo, y haciendo cosas así —sacudió la cabeza—. Odiaba estar encerrado allí, así que me prometí que encontraría un trabajo donde pudiera salir e ir a hacer surf siempre que quisiera.

Ella se rio.

—Imagino que no habrá muchos jefes que den descansos para ir a surfear.

—No —sonrió y añadió—: Razón de más por la que me gusta ser mi propio jefe. Imagino que sabrás a lo que me refiero.

—Sí.

Se produjo un momento de silencio interrumpido únicamente por el crepitar del fuego. Resultaba casi agradable. Era la primera vez desde que conocía a Kate Wells que habían pasado tanto tiempo sin discutir, y le sorprendió cuánto lo estaba disfrutando.

—¿Y quién se ocupará de todo mientras estás aquí atrapada?

—Con una tormenta así de fuerte, los chicos se refugiarán en sus casas y se tomarán unos días de descanso.

La habitación estaba inundada de sombras que se movían y cambiaban con la titilante luz.

—En cuanto cese la nieve y se despejen las carreteras, empezaremos con la reforma. La estructura es sólida, pero necesita un poco de reparación en el tejado y hay que cambiar algunas de las barandillas del porche. De momento trabajaremos en el interior, por supuesto, y nos ocuparemos del exterior cuando por fin llegue la primavera...

—Y ya estamos otra vez hablando de trabajo —la interrumpió Sean. Se había fijado en que cada vez que la conversación tomaba un cariz personal, ella se desviaba y volvía a hablar de trabajo.

—Esta vez es culpa tuya. Además, el trabajo es el motivo por el que estamos aquí.

—No —contestó él señalando la ventana—. La nieve es el motivo por el que estamos aquí. Ya hemos hablado bastante de trabajo por hoy.

—Bueno, ¿y de qué quieres hablar? —le preguntó Kate con brusquedad.

—¿Quién dice que quiera hablar de algo? —contestó él con una lenta sonrisa.

Ella se tensó y su expresión se enfrió. La reticencia de esa mujer a admitir que había algo entre los dos no hacía más que intrigarlo y atraerlo aún más.

Así que tal vez el secreto para sobrevivir a estar atrapado con Kate era dar rienda suelta al deseo y a esa química sexual. Si intentaban ignorarlo, los siguientes días serían un infierno.

—Pues eso no va a pasar.

—Nunca digas nunca. Estamos aquí atrapados y yo soy tremendamente encantador.

A Kate se le escapó una breve sonrisa.

—Creo que podré controlarme.

—Eso ya lo veremos.

Él era un hombre al que le encantaban los retos, y Kate Wells, sin duda, era todo un reto.

—Bueno, creo que iré a por más leña —Kate se levantó del sofá y lo miró.

—Creía que teníamos suficiente —miró la pila de leños que había colocado junto a la chimenea.

—Nunca se tiene demasiada —contestó ella poniéndose la cazadora.

Kate intentaba recuperar algo de espacio, marcar las distancias, pero él no se lo permitiría.

—Ya voy yo.

—Puedo hacerlo —le respondió Kate antes de marcharse.

Farfullando para sí mientras pensaba en lo testarudas que eran algunas mujeres, Sean agarró la cazadora y la siguió. Salió al porche a tiempo de ver a Kate levantando varios leños.

—Déjame a mí.

—Te he dicho que no necesito ayuda.

Sean se le acercó, pero justo en ese momento ella se giró y lo golpeó accidentalmente con el codo en el pecho. Él dio un paso atrás, resbaló y cayó hacia atrás sin poder evitarlo. La nieve amortiguó la caída y lo envolvió como si hubiera caído en una nube. Se quedó tendido boca arriba, mirando hacia el cielo gris acero y viendo cómo caía la nieve.

—¡Ay! ¿Estás bien? —Kate soltó la leña y le tendió una mano—. ¡No sabía que estabas detrás, de verdad!

Sean se limitó a mirarla. La nieve caía sobre su cabello, sus pestañas y el cuello de su cazadora. Agarró la mano que le había tendido, pero en lugar de servirse de ella para levantarse del suelo, tiró con fuerza de Kate, que gritó al caer justo encima de él e inmediatamente intentó levantarse. Pero Sean no tenía prisa por soltarla; sentir su cuerpo sobre el suyo lo hacía sentirse demasiado bien.

—¿A qué viene tanta prisa? —le preguntó con la boca a escasos centímetros de la suya.

—Está helando.

—Pues acurrúcate y nos daremos calor mutuamente.

Capítulo Tres

–Estás loco –le contestó Kate sacudiendo la cabeza. La nieve no dejaba de caer a su alrededor y se le acumulaba en las pestañas y las mejillas a Sean.

–Y soy encantador. No te olvides de que, además de estar loco, soy encantador.

–Ya, claro –respondió ella riéndose. Maldita sea, sí que lo era–. Muy encantador por haberme tirado a la nieve.

Él sonrió.

–Has empezado tú.

Cierto. Y ahora estaba tumbada encima de él, lo cual no lamentaba del todo.

–Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

Cuando Sean le deslizó una mano por la espalda, ella abrió los ojos de par en par, como alerta.

–Sí. Creo que sí.

–Como he dicho, estás loco.

–Bésame y nos levantaremos de la nieve.

Besar a Sean Ryan no era buena idea, pero ¡cuánto la tentaba hacerlo! Tanto, que sabía que cedería si no hacía algo.

–Voy a entrar ya –le dijo mientras intentaba apartarlo para levantarse.

Sean la agarraba con fuerza.

–Un beso. Vamos a ver si podemos derretir toda esta nieve.

Ella lo miró a la boca y después levantó la mirada hacia sus ojos. Jamás se había visto tan tentada a hacer algo. No, no era una virgen tímida, era una viuda. Y el hombre al que había amado y con el que había estado casada no se parecía en nada a Sean.

Sam Wells había sido un hombre dulce, amable y de voz suave. Un hombre tranquilo y tolerante, siempre con una sonrisa y con un carácter tierno. Kate no estaba acostumbrada a tratar con un hombre que lucía la

arrogancia y la seguridad en sí mismo como si fueran una segunda piel, y no podía entender cómo lo encontraba tan... atractivo.

Pero entonces, mientras estaba inmersa en sus pensamientos y desprevenida, Sean la acercó más a sí y la besó.

¡Cuánto calor! Le extrañó que la nieve sobre la que estaban tendidos no se hubiera fundido.

Mientras su cuerpo se encendía como una señal de neón, se sintió alarmada. ¿Nieve fundida? Si seguía así, Sean sería capaz hasta de fundirle los huesos.

«Apártate», se dijo. «Detén esto ahora». Pero no iba a detenerse y lo sabía. Hacía tanto, tanto tiempo, que no la besaban que por eso estaba reaccionando de ese modo tan salvaje a la caricia de Sean. Sí, seguro que era solo por eso. Era simplemente una necesidad biológica que llevaba dos años desatendiendo.

Pero cuando la lengua de Sean se entrelazó con la suya, tuvo que admitir que sin duda era el hombre en sí el que le estaba provocando esa reacción. No solo un beso, sino el beso de Sean.

Durante una semana había trabajado con él, discutido con él, y sí, soñado con él. Ahora tenía sus manos encima, su boca devorándole la suya, y solo podía pensar en que quería más. No era propio de ella y no tenía la más mínima idea de qué hacer o cómo manejar la situación.

Él se apartó, la miró como si acabara de caer del cielo desde Marte y sacudió la cabeza.

—¡Vaya! Si hubiera sabido cómo era besarte, lo habría hecho hace una semana.

Mirando sus ojos azules, ella respondió sin poder evitarlo:

—Y tal vez yo te habría dejado.

Él alzó una comisura de esa fabulosa boca.

—¿Tal vez?

Dado que Sean ya se tenía en demasiada estima, Kate no tenía ninguna intención de alimentar un ego lo suficientemente fuerte como para abastecer a tres hombres.

—Creo que ya hemos pasado del «tal vez», Kate —le respondió acariciándole el cuello.

Ante la necesidad de ronronear en reacción a la caricia, Kate retrocedió y negó con la cabeza.

–No, no vamos a hacerlo.

–Aquí no, claro. Moriríamos congelados.

Pero Kate no moriría de frío. No, tal como se sentía ahora. A pesar del frío, de la nieve y del gélido viento, ella solo sentía calor. Y ese era el problema. Decidida a poner distancia entre los dos, se levantó. Sean hizo lo mismo, pero la agarró del codo.

–¿Vas a actuar como si no hubiera pasado nada?

–Ha sido un beso, Sean. Nada más –Kate se apartó, se quitó la cinta del pelo y lo sacudió hasta que le cayó sobre los hombros.

–Un beso alucinante, Kate.

Ella aún sentía sus dedos a través de la cazadora y del jersey, como si estuviera tocando su piel desnuda. ¿Cómo sería que la tocara de verdad? «Oh, no pienses en eso... ».

–Kate...

–Tenemos que ir a por más leña.

–Yo no la necesito, ya estoy bastante caliente –respondió él esbozando una sonrisa y enarcando las cejas.

Kate resopló.

–Muy gracioso.

Sean sonrió.

–Ya te he dicho que soy encantador.

–Pues no deberías desperdiciar tu encanto conmigo.

–¿Quién dice que sea un desperdicio?

Kate suspiró, ladeó la cabeza y lo miró.

–¿Por qué haces esto?

–Los dos lo estamos haciendo, Kate.

Sean se acercó y le puso las manos en los hombros, y aunque ella sabía que debía apartarse, no lo hizo. Ese calor era demasiado irresistible. Demasiado fascinante.

En ese mundo de hielo parecía como si fueran las dos únicas personas con vida. Como si más allá del hotel no existiera nada. Como si nada más importara. Lo miró, miró esos ojos azules, y sintió cómo su fuerza de voluntad se debilitaba.

–Bueno, ¿entonces cómo va a ser esto? –le preguntó Sean mientras le rodeaba la cara con las manos. El frío de sus manos le traspasó la piel y fue

devorado por el fuego que le ardía dentro—. ¿Nos vamos a pasar los próximos días fingiendo que no está pasando nada entre los dos?

—Es la opción más segura.

—¿Siempre vas a lo seguro?

Sí. Había vivido la mayor parte de su vida intentando mantenerse segura, a salvo. Su madre había muerto en un accidente de coche cuando ella era pequeña y eso la había marcado. Siempre se abrochaba el cinturón de seguridad y conducía a la velocidad permitida. La seguridad y la precaución en todos los ámbitos eran primordiales. En todo, desde conducir hasta controlar su talonario de cheques y echar sal en los escalones durante el invierno. Ella no corría riesgos. Siempre tenía cuidado, siempre estaba vigilante. Y lo más inteligente ahora sería seguir manteniéndose segura y alejarse de lo que sentía cuando estaba con Sean.

Pero mientras se estaba dando ese excelente consejo, él agachó la cabeza y la besó. Una vez. Dos. Tenía una boca tan suave y una forma de besar tan tierna que se vio perdida. Cuando terminó, dejándola sin aliento y aturdida, volvió a mirarla.

Kate tragó saliva y dijo:

—Mantenerse seguro es lo más inteligente.

—Pues sé un poco tonta.

Ella no se veía capaz de dejar de mirar esa mirada cálida y llena de determinación.

—Creo que lo voy a hacer.

Sean volvió a besarla y, en esa ocasión, la ternura se vio devorada por un codicioso deseo que llevaba días tomando forma. Incluso a través de las gruesas capas de jerséis y cazadoras que llevaban, sintió ese torso duro y musculado contra ella y todo en su interior se encendió.

Se aferró a los hombros de Sean mientras él la rodeaba por la cintura y la abrazaba con fuerza. A pesar de que la nieve casi les llegaba a las rodillas, no sentía frío. Sus bocas se fundían entre sí, su aliento la llenaba, sus lenguas se entrelazaban y ella sintió que el fuego que ya ardía en su interior se avivó con fuerza.

—Vamos dentro. Aquí fuera nos vamos a morir de frío.

—Yo no tengo tanto frío —contestó ella relamiéndose los labios como saboreándolo.

—Pues me voy a asegurar de que sigas así.

Rodeándola con un brazo, la llevó hasta el interior del hotel y cerró la puerta. Dejaron atrás el viento, la nieve y el frío; ahora solo estaban ellos dos.

De pronto nerviosa, Kate empezó a reflexionar. El cuerpo le ardía y todas sus hormonas parecían estar bailando un chachachá, pero había recobrado el sentido en el momento en que él había dejado de besarla.

—No, de eso nada —dijo Sean acorralándola contra la encimera.

—¿Qué?

—Estás pensando demasiado. Te está empezando a preocupar que vayamos a cometer un error.

—¿Es que ahora lees la mente? —le preguntó Kate intentando ignorar cómo le latía el corazón.

Sean se rio.

—Leerte la mente no resulta muy complicado ahora mismo. Te atrae la situación, pero no quieres que pase.

—Podría decir lo mismo de ti —replicó ella en su propia defensa.

—Sí, podrías. La diferencia es que yo no tiendo a negarme a mí mismo, y tú pareces una experta haciéndolo.

—Estoy de acuerdo con la primera parte de esa frase. Pareces ser la clase de persona que se concede caprichos siempre que le apetece.

—¿Y por qué no? El universo no te premia por ser estoico y engañarte a ti mismo para convencerte de que no quieres algo que podría ser increíble.

Kate sintió ganas de sonreír. Ese hombre era la arrogancia personificada.

—¿Tan seguro estás de que sería increíble?

Él sonrió y se le acercó hasta que sus bocas estuvieron casi pegadas.

—¿Tú no?

Cuando unos copos de nieve que tenía en el cuello de la cazadora se le colaron por dentro y descendieron por su espalda, se dijo que el escalofrío que había sentido lo había provocado el frío y no el calor que iluminaba los ojos de Sean.

—Esto es una locura —murmuró mirándolo a los ojos y luego a la boca.

—Soy un gran fan de la locura —le susurró.

—Claro, cómo no —contestó Kate con una carcajada entrecortada.

Acostarse con Sean sería un error. Un error enorme. Pero si dejaba pasar la oportunidad que el destino le había tendido, ¿no sería también un error? ¿No tendría que vivir con ese pesar durante el resto de su vida?

Llevaba tan desconectada de todo durante los dos últimos dos años que nunca había sentido ni la más mínima atracción por otro hombre, pero lo que sentía por Sean estaba a años luz de una «mínima atracción», lo cual también podría ser un problema. Sentir demasiado era una invitación al dolor, y ella ya había sufrido demasiado. Debía protegerse.

Por supuesto, el sexo sin amor no iba con ella, pero, por otro lado, ya había encontrado y perdido el amor y no esperaba volver a tenerlo. Así que a menos que quisiera pasarse la vida entera como si estuviera encerrada en un monasterio, tendría que aceptar que las cosas habían cambiado y tendría que conformarse con sentir solo afecto. Porque al mirarlo a los ojos tuvo que admitir que, por mucho que Sean la enfurecía y molestaba, le caía bien. Le gustaba, ¡cómo no! Era difícil que un hombre así no te gustara. Sí, sin duda era tan encantador como decía ser y, además, no escatimaba en los gastos de construcción, era justo con sus empleados e incluso cuando discutía con ella, lograba hacerla reír.

Era complicado resistirse a un hombre así y, aunque llevaba la última semana intentándolo, ya se daba por rendida. Respiró hondo y suspiró. Si iba a equivocarse, prefería que fuera por haber tomado una decisión y no por un error de omisión.

—Bueno, Kate —murmuró él apartándole la cazadora para deslizar los dedos bajo sus pechos—. ¿Vamos a volvernos locos juntos o vamos a sentirnos tristes y solos separados?

Ella se estremeció otra vez, devorada por el calor. Cerró los ojos brevemente y cuando los abrió, Sean estaba allí, mirándola, buscando una respuesta.

Levantó una mano, le rodeó la cara con ella y lo acercó a sí.

—Locos —susurró—. Voto por que nos volvamos locos.

—Gracias a Dios.

Y la besó.

Todo el cuerpo de Kate se encendió en una explosión de luz, color y calor. Lo rodeó por el cuello y lo acercó más a sí. Ahora que había abierto las esclusas de unos deseos contenidos desde hacía tiempo, no pudo más que seguir la corriente que la invadía por dentro. Gimió cuando él le separó los labios con la lengua. Esa danza acelerada y lujuriosa le robó el aliento, le veló la mente y le incendió el cuerpo. Se quitaron las cazadoras y ella lo rodeó por el cuello mientras él la alzaba para situarla sobre la vieja y

desgastada encimera. Se situó entre sus muslos y Kate enganchó las piernas alrededor de su cintura.

Se estaban mirando y cuando Sean coló las manos bajo su jersey para cubrirle los pechos a través de la fina tela del sujetador, Kate sintió un intenso calor. Un cosquilleo se apoderó de su vientre y su interior palpitó al ritmo de su corazón. Un desesperado deseo se apoderó de ella, que, sin pensarlo, se lanzó al fuego. Fuera, la nieve caía entre un gélido viento que golpeteaba las ventanas y un postigo abierto. Sin embargo, ninguno de ellos se percató del estruendo.

—A la otra habitación —murmuró él—. Junto al fuego.

—No tengo frío —le aseguró acercándose para recibir otro beso.

Él le concedió el capricho una vez, dos veces, y después se apartó de nuevo.

—No. Te quiero desnuda y aquí tendremos demasiado frío para terminar lo que empezamos.

Tenía razón. La cocina estaba cada vez más fría; fuera estaba oscureciendo y el frío de la nieve se estaba filtrando por las paredes. Y aunque dentro de su cuerpo el calor iba en aumento, la idea de estar junto a Sean frente a las llamas tenía cierto atractivo.

—Es verdad —dijo finalmente—, vamos.

Él la levantó de la encimera y la agarró por las nalgas. Kate lo rodeaba con las piernas por las caderas, aferrada a él mientras la llevaba al salón. En cualquier otro momento, habría objetado a que la llevara en brazos, pero estaba demasiado ocupada disfrutando de la sensación de su duro cuerpo contra ella. Ardiendo y húmeda, el cuerpo le temblaba de excitación. Se movió contra él y Sean tomó aire.

—Como sigas moviéndote así, no vamos a llegar al fuego.

—Aquí ya hay fuego de sobra.

Él la miró y aceleró el paso. Kate sonrió porque sentía lo mismo. «Date prisa, date prisa».

Ahora que había tomado la decisión de estar con él, no quería esperar ni un segundo más. Lo deseaba encima de ella, dentro de ella. Quería que le reclamara eso que solo le había entregado a un único hombre antes que a él.

Un atisbo de culpabilidad la asaltó, pero lo contuvo. Ahora no había espacio para pensar en nadie más, ni en otras vidas ni en otros amores. En ese momento solo estaban ella y Sean.

Sexo. Hacía más de dos años que no estaba con un hombre, y por eso había reaccionado de un modo tan salvaje a las caricias de Sean. Antes, para ella la mejor parte del sexo era lo que venía después, la cercanía, acurrucarse a su marido. Jamás había conocido esa clase de deseo, y ni siquiera se había creído capaz de sentirlo. Ahora, en cambio, tenía que contener el sentimiento de culpa que le producía el hecho de admitir que Sean la estaba haciendo sentir más de lo que lo había hecho su marido. Pero ya pensaría en ello después. De momento, lo único que quería era aplacar el deseo que la devoraba por dentro.

Y fue entonces cuando lo supo. No podían hacerlo.

—No, no, espera.

—¡No! —exclamó Sean con un dramático quejido—. Por favor, no me digas que has cambiado de opinión.

—No, no es eso. No tomo la píldora y no tenemos protección...

Ya en el salón, él la puso de pie sobre la alfombra que había frente al fuego, le sonrió y se sacó la cartera del bolsillo trasero. Dentro llevaba una ristra entera de preservativos con envoltorio dorado.

Ella abrió los ojos de par en par y le sonrió, sacudiendo la cabeza.

—¿Es que eres un adolescente? ¿Llevas preservativos en la cartera?

—Desde que te conocí —le sonrió—, sí.

Le dio los preservativos y se agachó para agarrar el saco de dormir.

—Tú tienes tus provisiones de emergencia y yo las mías.

Kate no sabía si sentirse halagada o preocupada. Lo había planeado; a juzgar por la cantidad de preservativos que llevaba en la cartera, había ido preparado para acostarse con ella en varias ocasiones. Los nervios le revoloteaban por el estómago. Solo había estado con un hombre en toda su vida. Con Sam, su difunto marido. Recordó cómo la excitaban sus besos y sus caricias, cómo la tensión iba en aumento dentro de ella, y ese suave éxtasis que le resultaba gratificante y decepcionante al mismo tiempo.

Y ahora estaba recorriendo el mismo camino con un hombre al que apenas conocía. Tenía que estar loca, decidió. Era la única explicación.

Sean colocó el saco sobre la alfombra y lo desenrolló.

—No es que sea una cama extragrande del hotel Ritz, pero nos servirá.

Ahí estaban otra vez esos nervios, danzándole por la boca del estómago. La luz del fuego se reflejaba sobre el saco y proyectaba sombras alrededor de la habitación. Cuando lo miró, sintió sus dudas y vacilaciones disiparse.

Había tomado una decisión y no cambiaría de opinión ahora. Sean tenía razón; habían llegado demasiado lejos como para parar y, lo más importante, Kate no quería parar.

—A mí me sirve.

Ella dejó de lado todo pensamiento y, con entusiasmo, fue a sus brazos. Con el fuego crepitando tras ellos y la calidez invadiendo lentamente la enorme habitación, se quitaron la ropa con desesperación.

Tirados por el suelo estaban los jerséis y el sujetador. Él le cubría los pechos con las manos mientras le acariciaba sus ya tersos pezones cuando Kate se arqueó y gimió ante sus caricias, pidiendo más sin palabras. No pensó en nada, y tampoco podría haberlo hecho aunque hubiera querido. Ahora solo podía sentir. Profundas sensaciones se abrían paso en ella salpicando su torrente sanguíneo como si fueran oro líquido.

Ningún recuerdo que tuviera junto a Sam podría haberla preparado para lo que Sean le estaba haciendo. Nunca había experimentado algo así, nunca había sentido ni su piel crepitar ni tanto fuego en su interior.

—Me haces sentir mucho mejor de lo que me había imaginado —le susurró él aun haciendo magia con sus dedos sobre sus pechos.

—Yo me siento genial —respondió ella quitándole la camiseta negra que llevaba debajo del jersey. Sean tenía unos músculos definidos y una piel suave y cálida. La acercó a su cuerpo y la abrazó con fuerza, piel con piel, cuerpo a cuerpo.

Kate nunca había sentido algo así; ni siquiera sabía que pudiera sentir algo así. Tenía la mente enturbiada y la respiración entrecortada. Un cosquilleo le recorría las venas encendiéndole el cuerpo. La tensión se apoderó de ella mientras ansiaba ese delicioso clímax que la estaba esperando y que aplacaría la insoportable presión que se acumulaba y palpitaba en su interior. No quería esperar ni un minuto más.

Tirando de él, lo llevó sobre el saco de dormir, a su lado. Sean la miró fijamente. Ese hombre tenía un rostro maravilloso y una boca increíble, que acercó a la suya al instante. Ella contuvo un gemido al notar el roce de su lengua. Respiró hondo y le respondió haciendo lo mismo mientras deslizaba las manos por su espalda desnuda y se deleitaba con la suave piel que se extendía bajo sus manos.

El crepitar del fuego, el sonido de la nieve al caer y el gemido del viento fueron la música de fondo que ambientaba lo que estaba sucediendo entre

ellos. Allí, en esa habitación, no había cabida para el frío; solo para el calor, un calor cada vez más intenso.

Cuando Sean la acarició a través de los vaqueros, el cuerpo de Kate respondió con una sacudida, alzando las caderas hacia sus manos. Ella dejó de besarle para tomar el aire que sus pulmones le pedían a gritos. El encuentro estaba resultando ser mucho más de lo que había esperado.

—Eres increíble —susurró Sean antes de besarle el cuello y deslizar la lengua por él.

Ella apenas podía oírlo por encima del golpeteo de su propio corazón. Era como el estruendo de unos truenos, ensordeciendo los sonidos del mundo que la rodeaba, pero no le importaba. Lo único que le importaba era sentir las manos de ese hombre sobre su piel y el placer que sabía que la aguardaba. Cuando él le bajó la cremallera de los vaqueros y se los quitó, estaba desesperada.

El único obstáculo ahora entre ellos eran unas braguitas de encaje negro. Incapaz de hacer nada más, Kate alzó las caderas como invitándolo a actuar. El cuerpo le ardía y palpitaba con un desesperado deseo que solo él podía saciar.

—Vaya —dijo Sean sonriendo—, si hubiera sabido que tenías algo así oculto bajo los vaqueros, tal vez habríamos llegado a este punto antes.

Ella respiró hondo.

—Tengo debilidad por la lencería.

—Y yo estoy encantado de saberlo —respondió Sean con los ojos brillantes—. Aunque ahora mismo no las necesitamos, ¿no?

Ella sacudió la cabeza mientras él colaba los dedos bajo la frágil banda elástica y le bajaba por las piernas la pieza de encaje negro. Después se quedó sentado mirándola de arriba abajo y Kate se movió bajo su penetrante mirada, deleitándose en el brillo de sus ojos.

Alargó los brazos hacia él, pero Sean se levantó y rápidamente se quitó el resto de la ropa. Se puso un preservativo y se giró hacia ella. Kate estuvo a punto de gemir ante semejante belleza. Era fuerte, estaba muy excitado y lo deseaba más que nunca. Envolvió su miembro con sus dedos y sonrió al verlo respirar profundamente ante el roce. Lo acarició, vio sus ojos azules oscurecerse y brillar y supo que estaba tan desesperado como ella por que ese tormento llegara a su fin.

—Ya —murmuró él antes de arrodillarse entre los muslos de Kate.

–Sí –susurró ella–. Por favor, ya.

–Sí, desde luego. Ya.

Cuando al instante se adentró en Kate, ella se sintió ligeramente aliviada y algo más relajada. Estaba acostumbrada a eso, a la sensación de decepción que mantenía a su cuerpo vibrando y expectante, y sabía que en un par de horas esa sensación desaparecería y ya no sentiría frustración.

Le acarició la cara a Sean y le sonrió.

–Gracias.

–¿Me estás dando las gracias? –preguntó él sonriendo.

–Bueno... sí.

Sean esbozó una sonrisa aún más amplia.

–Ahórrate las gracias para cuando hayamos terminado.

«Claro, él no ha terminado», pensó. Aunque pronto lo haría, y entonces podría acurrucarse contra él.

–Es verdad –respondió Kate, y alzó las caderas mientras él comenzaba a moverse en su interior. Una y otra vez, el cuerpo de Sean reclamó el suyo hasta que la recorrió una tensión aún más aguda que antes. Contuvo el aliento, sacudió la cabeza y se aferró a sus brazos, a sus hombros. Eso nunca le había sucedido antes. A ella no. Con Sam siempre había sentido ese pequeño y suave alivio, después él había caído rendido sobre ella, y entonces había llegado ese momento de tranquilidad durante el que su corazón acelerado había intentado calmarse.

Aquí, en cambio, no había calma. Solo el deseo frenético palpitando en su interior como una luz de neón. Sean deslizó una mano hasta ese punto donde sus cuerpos se habían unido. Kate abrió los ojos de par en par mientras él acariciaba ese punto tan sensible. Una mezcla de sorpresa, impacto y puro placer la sacudió hasta lo más profundo. Gritó su nombre a la vez que su cuerpo se sacudía bajo el de él. Una oleada de sensaciones increíbles y explosivas la invadió y lo único que pudo hacer fue agarrarse con fuerza para sobrevivir al viaje.

–Eso es –susurró Sean inclinándose para besarla–. Vamos, otra vez.

–No –respondió ella entre gemidos. Impensable. No podía más–. Imposible. No puedo respirar.

Desconocía que su cuerpo pudiera hacer algo así. Sentir tanto, recibir tanto. Y, aun así, mientras le decía a Sean que no podía volver a hacerlo, ese profundo cosquilleo volvió a cobrar vida en su interior. No sobreviviría a

otra experiencia así, se dijo. Pero entonces el cerebro le susurró: «¿Qué más da?».

Al instante, todo pensamiento cesó y su cuerpo revivió. Sean y ella llegaron al clímax juntos. Los segundos se convirtieron en minutos y ambos rodaron por el saco de dormir como si fuera una cama de lujo.

Sin apenas poder respirar y con los corazones acelerados, se movieron como si fueran uno bajo la titilante luz. Cuando el siguiente orgasmo la sacudió, Kate arrimó la boca de Sean a la suya y se tragó su grito de placer mientras sus cuerpos erupcionaban juntos. Y así, abrazándose, cayeron en un placentero abismo.

Más tarde, él deslizaba las manos sobre su espalda y la curva de su trasero, y Kate se estremecía ante sus caricias y el recuerdo de lo que le había hecho sentir.

—Aún no he terminado contigo —le dijo Sean con una voz cargada de promesas.

—Bien —respondió ella llevándolo sobre su cuerpo—. Porque yo tampoco he terminado contigo.

Él sonrió.

—Eres mi mujer ideal.

«Al menos, de momento», se dijo Kate.

Capítulo Cuatro

El fuego se estaba apagando, tenía a una mujer cálida, exuberante y desnuda dormida en sus brazos, pero no se podía relajar. Debería estar prácticamente en coma después de todo lo que habían compartido en las últimas horas y, sin embargo, estaba completamente despierto, mirando al fuego, pensando.

Se pasó una mano por la cara mientras con la otra agarró con más fuerza a Kate, que se había acurrucado contra su pecho. Tenía el pelo suave y le olía a fresas. Su aliento le acariciaba la piel y cuando suspiró, ese pequeño sonido lo atravesó.

Hacía años que no dormía junto a una mujer con la que se hubiera acostado. Sonrió, pero entonces recordó a la otra mujer a la que había abrazado de ese modo por las noches y las sombras se apoderaron de su rostro. No era lo mismo, se aseguró. Kate no era Adrianna y la situación era completamente distinta.

Adrianna. Hacía años que no se permitía pensar en ella. Había borrado su cara de sus recuerdos deliberadamente y le había cerrado la puerta al pasado para que no lo persiguiera.

Ahora estaba con Kate y, aunque no le gustaba admitirlo, el sexo con ella había sido más de lo que nunca antes había experimentado con nadie. Pero eso no tenía por qué significar nada necesariamente.

Sin embargo, algo le removió por dentro cuando Kate, dormida, suspiró de nuevo y echó un brazo sobre su torso. La miró y contempló las luces y las sombras que danzaban sobre su piel. Era una mujer bella, fuerte y segura de sí misma. Tenía que reconocer que le fascinaba, a pesar de que admitirlo, aunque solo fuera para sí, le inquietaba tremendamente.

Su cuerpo había estado bullendo desde el momento en que la había conocido, y pensó que el sexo se ocuparía de calmarlo. Sin embargo, no había sido así, todo lo contrario. La deseaba de nuevo, y sentirse de ese modo no entraba en sus planes.

Estiró la manta sobre los dos al sentir el frío colándose en la gran habitación. Debería levantarse y avivar las llamas, pero si se movía la despertaría y... ¿Por qué mentirse a sí mismo? No quería levantarse porque estaba muy a gusto con ella tendida sobre su cuerpo.

Fuera, el viento seguía bramando y la nieve aún caía contra las ventanas. Pronto tendría que apartarse de Kate y avivar el fuego, pero no estaba preparado para hacerlo aún, y darse cuenta de ello lo inquietó también.

Esa situación tenía unas perspectivas desastrosas. Había ido allí a trabajar y se había visto atrapado por la nieve en un hotel junto a la única mujer que podía excitarlo como no lo había hecho nadie en años. Debía apartarse por el bien de los dos. Ninguno buscaba una maldita relación, y tuvo que recordarse que, por muy agradable que fuera, esa aventura no llegaría a ninguna parte. Sin embargo, eso no significaba que no pudiera disfrutar con Kate mientras durara.

—Me siento... de maravilla —susurró Kate irrumpiendo en sus pensamientos con una suave voz.

Sean, agradecido por la interrupción, la miró. Él también se sentía de maravilla teniéndola a su lado, y ahí residía parte del problema.

La miró a los ojos y le apartó el pelo de la cara con delicadeza. Había dormido aproximadamente una hora. Lo suficiente.

—Sabes que aún no he acabado, ¿verdad?

Una sonrisa lenta e increíblemente sensual le curvó la boca a Kate.

—Pues la verdad es que me alegro de oírlo.

Sean la alzó hasta que sus bocas se encontraron, hasta que ella suspiró y él la saboreó, devorándole el aliento, convirtiéndolo en parte de él. Después se tendió sobre su cuerpo para tomar todo lo que tenía que ofrecerle. Se perdió en ella, se evadió del resto del mundo y de cualquier pensamiento que no tuviera que ver con el presente.

A la mañana siguiente, a Kate dolía el cuerpo de un modo agradable y, aunque debería haberse sentido exhausta, estaba llena de energía, como si pudiera agarrar las herramientas y renovar el hotel entero ella sola.

Sonriendo para sí, preparó café y por la ventana contempló un mundo teñido de blanco. La nieve seguía cayendo y los pinos, firmes como soldados, estaban empezando a combarse bajo el peso de la nieve. Era una

gran tormenta, y no parecía que fuera a cesar aún, de lo cual se alegraba. Es más, jamás había estado tan feliz de quedar atrapada por la nieve.

Sí, lógicamente, sabía que no era lo más inteligente que había hecho en su vida; tener una relación sexual con su jefe era una locura, pero ahora mismo no podía lamentarlo. Sabía que las lamentaciones llegarían después, pero de momento lo único que podía hacer era maravillarse con los recuerdos de todo lo que Sean le había hecho.

Una ráfaga de calor la recorrió hasta hacerle sentir que le ardía la piel, pero la contuvo. La noche anterior se había dejado arrastrar tanto por lo que sentía que no había habido tiempo para que la culpabilidad se apoderara de ella. Ahora, había demasiado tiempo.

Todo lo que había experimentado con Sean lo tenía fresco en la mente, y no podía evitar sentirse desleal hacia el esposo que había perdido ya que, por mucho que lo había amado, se veía obligada a admitir que Sam nunca le había hecho sentir lo mismo que Sean. Durante su matrimonio había dado por hecho que, de algún modo, la culpable era ella, que le faltaba algo que le impedía experimentar los orgasmos increíbles que a su amiga Molly le encantaba describirle al detalle. Por supuesto, una parte de ella siempre había creído que Molly estaba exagerando. Ahora, tras la noche anterior, se daba cuenta de que le debía una disculpa a su amiga.

—Huele a café.

Se giró y vio a Sean entrando en la cocina. Le dio un vuelco el corazón y tomó aire para intentar apaciguar eso tan ardiente y maravilloso que le sucedía por dentro cada vez que lo miraba. Su cabello negro y alborotado le caía por la frente y tenía los ojos entrecerrados. Llevaba unos vaqueros negros y una camisa de manga larga blanca, desabrochada. No se había molestado en ponerse las botas, y Kate no alcanzaba a entender por qué verlo descalzo le resultaba tan sexy. Lo que sí sabía sin ninguna duda era que tenía un grave problema.

—Casi está listo —respondió centrándose en la labor que estaba desempeñando antes que en el increíble hombre que se dirigía hacia ella con pasos largos y lentos.

—Bien. Necesito cafeína —apoyó la cadera en la encimera y se cruzó de brazos sobre ese torso que a ella le gustaría acariciar—. Me has dejado agotado. ¿Quién me iba a decir que una vez te apartara de ese cinturón de herramientas ibas a ser tan... insaciable?

—Para mí también ha sido una sorpresa —murmuró invadida por ardientes recuerdos.

—¿En serio?

—Tampoco es para tanto —respondió Kate mientras servía el café, que ya estaba listo. Necesitaba un par de segundos para recomponer sus pensamientos. ¿Insaciable? Sí, lo había sido, y eso la asombraba—. Nunca me había importado demasiado el sexo.

Él esbozó una media sonrisa.

—Pues tienes talento para ello —se detuvo, pensativo, y a continuación preguntó—: Así que debe de ser que tus anteriores amantes no eran muy buenos.

Kate lo fulminó con la mirada. Una cosa era que ella se replanteara las intimidades de su matrimonio y otra muy distinta que Sean insultara la memoria de Sam.

—Lo hacía bien, gracias.

—¿Solo «bien»? —Sean soltó una carcajada, dio un trago de café y dijo—: «Bien» no es una palabra para describir el sexo. Puedes decir que unas galletas están «bien», pero no el sexo —se detuvo, se puso derecho y la miró con incredulidad—. Espera un minuto. Has dicho «lo hacía». ¿Solo has estado con otro hombre?

Una nueva oleada de culpabilidad la invadió y se sintió como si se hubiera ahogado en un mar oscuro y deprimente. Sí, antes que Sean solo había estado con su marido. El rostro sonriente de Sam le llenó la mente y se sintió destrozada. No podía hablar con Sean de él. No quería oír sus comentarios compasivos ni ver un brillo de lástima en su mirada. Ni siquiera hablaba de Sam con sus amigos ni con su padre, así que no debería ni plantearse hacerlo con él. Estaba asimilando la pérdida de Sam, pero lo estaba haciendo a su modo.

—No creo que tengamos que hablar de nuestro pasado a menos que tengas algo que te gustaría compartir...

Pasó fugazmente, tanto que no estuvo segura de haberlo visto realmente, pero en los ojos de Sean se encendió un brillo oscuro. Al parecer, eran tan protector con sus recuerdos como ella con los suyos. Mejor. Así la entendería.

—No —respondió finalmente—. No tenemos que hablar del pasado.

Aliviada, Kate asintió.

—En ese caso, ¿por qué no hablamos del futuro?

Al instante, la expresión de Sean se tensó y en sus ojos apareció ese típico miedo masculino.

—¿Qué futuro?

Ella comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Aún riéndose, Kate alzó una mano como pidiéndole que le diera un segundo para calmarse. Sean esperó, aunque su gesto indicaba claramente que no le hacía ninguna gracia.

Los hombres eran increíbles, pensó, y Sean era un claro ejemplo de ello. Había hecho todo lo que había podido por llevarla a la cama... bueno, al saco de dormir. Y después, a la mañana siguiente, solo con oír la palabra «futuro» prácticamente había pisado el freno. Le sorprendía que no hubiera intentado marcharse, independientemente de la tormenta. Seguro que estaba dando por hecho que ella ya estaba soñando con tener una casita con jardín y unos hijos de mejillas sonrosadas. Dejó de reír al recordar que sí que había tenido esos sueños una vez y que después esos sueños habían muerto y ya no tenía ningún interés en resucitarlos.

Cuando tuvo las carcajadas bajo control, dijo:

—Relájate, Sean. No espero que me pidas matrimonio ni que me jures devoción eterna. Deberías verte la cara.

—No sé de qué me hablas —respondió él tras dar un largo sorbo de café.

—Ya, claro. Bueno, el caso es que me refería al futuro del hotel, no al nuestro.

Él se puso tenso y se apartó de la encimera.

—Ya lo sabía.

—¡Por favor! —Kate volvió a reírse y dio un trago de café—. Has pensado que me iba a arrodillar a tus pies y a suplicarte que te casaras conmigo o algo así. Pero no tienes que preocuparte por nada —le aseguró mirando fijamente esos ojos azules—. No tengo ningún interés en tener un marido, y si lo tuviera, no serías tú.

Él se la quedó mirando un instante antes de preguntar:

—¿Qué pasa conmigo?

Kate volvió a reírse.

—¡Vaya! Ahora te sientes ofendido.

—No. Sí. Supongo que sí. ¿Por qué no querías casarte conmigo?

—A ver... —dijo ladeando la cabeza con gesto pensativo—. Por un lado, tu primer instinto ha sido el de salir corriendo de aquí cuando has pensado que estaba enamorada de ti.

—Yo no saldría corriendo de aquí. Está nevando.

—Ya, ya. Por otro lado, resultas irritante.

—¡Já! —le lanzó una sonrisa—. Mira quién fue a hablar.

—De acuerdo. Nos irritamos el uno al otro, es una buena razón para mantenernos alejados. Otra razón es el hecho de que tú eres de California y yo de Wyoming. Geográficamente, no resulta una relación atrayente. Y después está el hecho de que cada vez que te veo en alguna revista, vas agarrado del brazo de una rubia que tiene las tetas más grandes que su cociente intelectual.

—Eso es sexista —señaló él con tono irónico.

—Soy una mujer, puedo decirlo. Admítelo, Sean. No quieres una mujer permanente y yo no aguantaría a un hombre permanente, así que ¿por qué iba a querer casarme contigo?

Él la miró, soltó la taza y fue hacia ella. Y Kate no se apartó porque sabía muy bien que podía hacerla sentirse de maravilla.

—Unas respuestas muy lógicas, buenos argumentos. Pero te has olvidado de una cosa.

—¿Sí? ¿Qué?

—El sexo. El sexo entre nosotros es increíble.

—No lo suficiente para cimentar un matrimonio y, además, ¿por qué estamos hablando de esto?

—Porque quiero que admitas que me deseas.

—Sí, te deseo, pero no como marido.

—Puedo soportarlo —respondió él esbozando una sonrisa con esa maravillosa boca.

Kate se sentía como si se estuviera derritiendo por dentro. Él clavó la mirada en sus labios y ella se los humedeció, nerviosa. Cuando Sean agachó la cabeza y la besó, Kate se entregó por completo. Lo que había entre ellos era algo poderoso y sería una estúpida si no lo aprovechaba antes de que su mundo volviera a la normalidad.

Unas horas más tarde tenía el recuerdo de las risas de Kate grabado en su memoria. Odiaba saber que había tenido razón al interpretar su reacción cuando le había mencionado el futuro. Era algo instintivo en los hombres, probablemente. Eran bastante desconfiados y siempre estaban a la defensiva, alertas, para asegurarse de que tenían tiempo de huir.

A él le había pasado demasiadas veces como para llevar la cuenta. Todas las relaciones esporádicas que había tenido al final habían acabado girando en torno al matrimonio. Sabía qué pensaban las mujeres, sabía que pensaban en boda, en hijos, en tener acceso a su fortuna. ¿Tan sorprendente era que hubiera dado por hecho que Kate no era distinta a las demás?

Aunque, por supuesto, lo era. No solo no estaba interesada en tener una relación seria con él, sino que la idea le provocaba risa, y precisamente eso era lo que le enfurecía.

—La nieve te está afectando —se dijo—. Estar atrapado con una mujer como Kate puede volver loco a cualquier hombre.

No se parecía a nadie que hubiera conocido nunca. Ocupaba todos sus pensamientos, atormentaba su cuerpo y en ese momento lo estaba tratando como una tirana. Sean estaba acostumbrado a conseguir clientes y grandes acuerdos comerciales. Tenía reuniones, cenas y salía con los clientes a tomar copas a restaurantes exclusivos.

En cambio, a lo que no estaba acostumbrado era a manejar un martillo. Ya la había ayudado a levantar el suelo de linóleo de un baño y un espantoso panelado de lo que sería la sala de juegos de la primera planta, y ahora Kate le había pedido que arrancara la estropeada moqueta de una de las suites de la planta superior.

Tosió cuando, al levantarla, años de polvo acumulado salieron volando por la habitación. Era un trabajo duro y sucio y estaba empezando a sentir un respeto renovado por los hombres y las mujeres que lo hacían a diario.

Mujeres como Kate. Cuando la conoció una semana antes, solo había visto su caparazón de fría eficiencia. Ella conocía bien su trabajo, y no temía enfrentarse a él cuando creía que tenía razón. Ese rasgo lo había admirado incluso mientras había discutido con ella.

Ahora conocía más cosas. Conocía su calor, su pasión burbujeando bajo la superficie. Sabía que, aunque se entregara a él, se estaba guardando algunas partes. Le sorprendió darse cuenta de cuánto deseaba descubrir qué

estaba escondiendo Kate y por qué. Ante el mínimo riesgo de desinhibirse demasiado, ella se cerraba ante él con maestría.

«Igual que tú», se dijo.

Todo el mundo tenía secretos. Todo el mundo llevaba los bolsillos llenos de remordimientos, culpabilidad o penas que rara vez exponía ante los demás. Los que llevaba él eran únicamente asunto suyo, ni siquiera Mike estaba al corriente, y precisamente por eso respetaría que Kate salvaguardara los suyos.

Lo que había entre los dos era un deseo fruto de la conveniencia, nada más. Por eso, trabajaría, se acostaría con ella y después, cuando por fin pudieran salir de ese condenado hotel, se marcharía a casa. Volvería al lugar al que pertenecía y donde podría analizar toda esa situación con perspectiva.

—Buen trabajo.

Cuando se giró, vio a Kate de pie junto a la puerta abierta. Se negaba a admitir las sensaciones que le provocaba verla llevando ese dichoso cinturón de herramientas alrededor de la cintura. Parecía segura de sí misma y resultaba demasiado sexy. Los vaqueros desgastados se le ceñían a las piernas y el bajo de la sudadera se le pegaba a las caderas. El cinturón que le estaba volviendo loco la favorecía tanto como unos diamantes podrían favorecer a otra mujer.

La situación se le estaba yendo de las manos.

—Gracias, pero arrancar una moqueta vieja no requiere mucha destreza.

—Solo tiempo y esfuerzo —respondió ella antes de entrar en la habitación. Se puso de rodillas para examinar el suelo de madera que había estado oculto bajo la andrajosa moqueta—. Tiene buena pinta —murmuró más para sí que para él—, me lo esperaba. La madera noble, incluso aunque esté arañada y estropeada, se puede lijar y reparar y resulta más barato que comprar suelos nuevos.

Asintiendo, él la vio acariciar los anchos listones con la misma delicadeza con la que le había acariciado el pecho y apretó los dientes en un intento de ignorar el calor que lo invadió.

—Si todos los suelos están así de bien, te vamos a ahorrar mucho dinero.

—Eso siempre es bueno.

Kate se levantó.

–Tengo esperanzas de que sea así, porque he levantado la moqueta de otras dos habitaciones y los suelos están prácticamente perfectos. Lo que me gustaría hacer ahora es mirar el sótano para ver qué tenemos ahí abajo.

–¿No lo hiciste ya al realizar la primera inspección para el presupuesto?

–Sí, claro –se encogió de hombros y apoyó la mano sobre el martillo que le colgaba del cinturón–, pero fue un vistazo rápido, básicamente para ver los cimientos. Ahora que tenemos tiempo...

Él se rio.

–De eso tenemos mucho.

–Exacto. Podemos ir a mirar para ver qué mejoras se pueden hacer.

Sean enarcó una ceja.

–¿Ya hemos terminado con las moquetas?

–Solo quería hacerme una idea del estado de los suelos. El resto lo hará mi cuadrilla cuando cese la tormenta.

–Si es que cesa algún día –contestó Sean mirando hacia la ventana.

–Lo hará. Llevo toda mi vida viendo tormentas de estas.

–Yo no –respondió Sean suspirando, echando de menos el océano, la arena de la playa y la brisa del mar–. Yo soy más de surf y arena.

–Pronto volverás –le dijo, y se quedaron mirándose durante un momento cargado de tensión–. De momento... ¿el sótano?

–¿Por qué no? –Sean se encogió de hombros y la siguió sin poder evitar fijarse en su trasero mientras bajaban la escalera. Tenía un trasero fantástico, además de la habilidad de excitarlo sin ni siquiera proponérselo.

–Habrá que fijar los pasamanos. Están sueltos y no querrás que resulten peligrosos.

–Por supuesto que no –Sean sacudió el pasamanos y lo notó temblar bajo su mano. Se recordó que ese era el motivo por el que había contratado a Kate. Kate Wells tenía fama de ser una perfeccionista en su trabajo, y eso era algo que él comprendía y apreciaba.

Cuando bajaron la escalera, Kate fue hacia el gran salón, donde el fuego seguía encendido. Atravesaron la cocina y abrió la puerta que daba al sótano.

Dos lámparas de techo iluminaban una amplia sala ocupada únicamente por unas lavadoras y unas secadoras anticuadas y un banco de trabajo desprovisto de herramientas. Las ventanas eran altas y estrechas, y el suelo

y las paredes eran de cemento, lo cual aumentaba aún más la sensación de frío.

—Los sótanos siempre me han dado un poco de miedo.

—Estoy de acuerdo —respondió Kate mientras sacaba una cinta métrica y la colocaba en el suelo—. Pero no tienen por qué darlo. Aun así, tener la lavandería aquí abajo no me parece demasiado útil —se detuvo para anotar unos números en la pequeña libreta que se sacó del cinturón—. Y menos si para bajar aquí hay que atravesar la cocina.

—Tienes razón, no se me habría ocurrido. Si los cocineros están muy ocupados, que los empleados del servicio de limpieza tengan que entrar y salir por la cocina complicará el trabajo de todos.

Ella hizo unas cuantas anotaciones más, recogió la cinta métrica e inspeccionó los muros.

—Un poco de aislamiento aquí abajo haría que fuera más habitable.

—Otra buena idea. Hazlo.

—Esta era fácil —lo miró—. Y ya que estás siendo tan razonable, ¿qué te parece trasladar la lavandería a la suite del anterior propietario? Está al otro lado del salón y hay espacio de sobra para lavar y planchar y también para instalar encimeras donde doblar la ropa o lo que haga falta.

Sean pudo imaginar el hotel tal cual lo estaba describiendo.

—Sí, estaría bien. Sería más sencillo para todo el mundo. Pero entonces tendremos un sótano vacío y ya no necesitaremos el aislamiento, ¿no?

—Claro que sí. Aislar esto hará que los suelos de arriba guarden mejor el calor, y eso reducirá las facturas. Además, aquí podríais instalar una sala de herramientas para el equipo de mantenimiento que tendréis que contratar.

Él bajó el resto de los escalones, se detuvo a su lado y se rio.

—Y ellos no molestarán tanto en la cocina, ¿no?

—No porque vamos a abrir una puerta por aquí —dijo tocando uno de los muros— con una rampa para que puedan sacar y meter las herramientas y maquinaria pesada sin problema. Les dará mejor acceso porque ya sabes que vais a necesitar cortacésped y al menos un par de quitanieves. Se pueden guardar aquí. Hay espacio de sobra para todo lo que podáis necesitar.

Sean lo imaginó tal como ella lo describió y por un momento le molestó que no se le hubiera ocurrido a él. Aunque, ¿por qué se le iba a haber

ocurrido algo así? Jamás había usado una quitanieves y, al vivir en un piso en la playa, nunca había necesitado un cortacésped.

—De acuerdo, es un buen plan.

Ella se quedó mirándolo un momento y después ladeó la cabeza y le preguntó:

—¿Por qué de pronto te estás mostrando tan dispuesto a todo lo que propongo? La primera semana nos la pasamos discutiendo por todo.

En eso Kate también tenía razón. Sí, Kate le había gustado desde el principio, pero ya que no había querido admitir que sentía un intenso deseo por ella, se había dicho que era una mujer que le resultaba molesta. Tal vez ella había tenido grandes ideas en todo momento, pero él había estado demasiado distraído por su presencia como para oírlas, y eso resultaba casi humillante para un hombre que se enorgullecía de su habilidad para centrarse.

—Las cosas cambian.

—Supongo que sí —dijo Kate dirigiéndose hacia la escalera.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ya que estás de tan buen humor, se me ha ocurrido que podríamos empezar a derribar uno de los muros para ver la instalación eléctrica.

—¿Hablas en serio?

—Bueno, no un muro entero, pero sí lo suficiente para poder echar un vistazo.

—¿Y quieres hacer trabajos de construcción mientras estamos atrapados por una tormenta? ¿Por qué?

—Porque no podemos pasarnos todo el día en la cama.

A Sean le ardió el cuerpo solo de imaginarlo.

—Pues yo no veo por qué no.

—Ya, claro. Además, lo que vamos a hacer no es construcción, es más deconstrucción. Vamos, te gustará.

Bueno, si no iban a practicar sexo, al menos Sean podría desfogarse golpeando un martillo.

Capítulo Cinco

Pasaron el día trabajando, tan ocupados que ninguno pudo plantearse volver al saco de dormir. A pesar de ello, la idea la tentaba constantemente. ¿Cómo no iba a pensar en ello? Sean le había abierto un mundo de sensaciones que jamás se habría esperado, y quería sentir las de nuevo a pesar de que la mente no dejaba de advertirla. Lógicamente, su mente tenía razón y su cuerpo debía calmarse un poco.

El problema era que lo que estaba sintiendo no tenía nada que ver con la lógica. Cuando por fin terminó el día y la nieve seguía cayendo, se le habían acabado las distracciones. Compartieron otra cena y, al terminar, Sean se le acercó y ella respondió. Y a pesar de saber que era un error seguir haciendo lo que sabía que no debía hacer, no se pudo contener. Había mucho por descubrir en sus brazos y quería, necesitaba, conocerlo todo.

Pero en algún momento, durante la noche la nieve finalmente dejó de caer. Al llegar la mañana, el cielo brillaba con un tono azul radiante y la nieve fresca resplandecía bajo el sol como diamantes iluminados por un foco de luz. Debería haberse sentido aliviada, feliz de que esa situación forzada llegara a su fin. Sin embargo, no lo estaba.

–¿Cuánto crees que tardarán en despejar el paso de montaña? –le preguntó Sean.

–Unas cuantas horas.

–Entonces, solo tendremos que despejar el camino de entrada del hotel para poder sacar la camioneta del garaje.

–No hará falta. Ahora que ha pasado la tormenta, llamaré a alguien de la cuadrilla. Raul tiene una hoja quitanieves para su camioneta. Se saca un dinero extra abriendo caminos para los residentes. Podrá venir a despejar este en cuanto las quitanieves del condado hayan abierto el paso.

–Entonces casi somos libres –comentó él en voz baja.

–Sí –contestó ella intentando darle un tono alegre a su voz para ocultar el vacío que la estaba invadiendo por dentro–. Tu pesadilla termina hoy.

Él le agarró el brazo, la giró y la miró de arriba abajo como si la estuviera acariciando.

–Yo no lo llamaría «pesadilla».

A Kate le habría gustado ver lo que estaba pensando, pero fuera lo que fuera lo que Sean sentía, lo tenía bien enmascarado.

–¿No?

–Considerémoslo como un seminario de tres días.

Ella dejó escapar una carcajada. Había aprendido mucho de Sean, tal vez demasiado, pero ya era tarde para desaprenderlo por mucho que quisiera.

–Y la clase ha terminado ya.

–Casi –posó las manos en su cintura y sin ningún esfuerzo la levantó del suelo hasta que ella no tuvo más opción que rodearlo con las piernas por las caderas. La miró a los ojos y esbozó una pícara sonrisa–. Creo que tenemos tiempo para un descanso más.

¡Era encantador! Al mirarlo, al ver esos maravillosos ojos azules, Kate supo que cuando se fuera lo echaría de menos. Quería volver a su antigua vida y dejar en el pasado esos días que había vivido junto a Sean, pero ahora se estaba dando cuenta de que le resultaría imposible.

Ese hombre había tocado algo más que su cuerpo durante el tiempo que habían pasado juntos. Le había llegado al corazón y se lo había despertado, se lo había devuelto a la vida. Y aunque sabía que eso provocaría dolor, por el momento solo sentía felicidad.

–El ejercicio es importante.

–Tú lo has dicho.

Dos días más tarde, Sean estaba de vuelta en California, sumergido deliberadamente en su vida real y en los planes y estrategias para el lanzamiento del próximo videojuego, *The Wild Hunt*, a comienzos de verano. Mientras charlaba con los distribuidores, con el departamento de marketing y con los encargados de la web de Celtic Knot, era incapaz de sacarse a Kate de la cabeza. Se dejaba arrastrar por el trabajo hasta que el recuerdo de un hotel en mitad de una tormenta de nieve y de una mujer menuda y preciosa con el carácter de un *pitbull* se disipaba. Y así era como le gustaba estar, centrado únicamente en el trabajo. Wyoming se encontraba muy lejos de Long Beach, California.

A pesar de la nieve, del frío y de haberse mantenido a base de café, sándwiches compartidos, bollos y galletas saladas, se había sentido demasiado cómodo en aquel viejo y frío hotel. Haber pasado las noches con Kate en sus brazos y haber despertado con ella tendida sobre su cuerpo mientras el fuego crepitaba en el silencio del salón había sido... demasiado, se dijo sin querer identificar la sensación. Haber estado allí con ella había confundido la situación, mientras que haber vuelto a su vida cotidiana y a su trabajo había sido la única respuesta apropiada.

Así que, ¿por qué estaba de tan mal humor? Había hablado mal a Linda, su administradora, había rechazado la idea de uno de sus diseñadores para el juego de Navidad y hasta había llegado a insultar a uno de sus mejores clientes. ¡Y eso que ni siquiera era mediodía!

—¿Hay algo de lo que quieras hablar, Sean?

—¿Qué? —levantó la mirada y vio a su hermano, Mike, de pie en la puerta de su despacho—. No —agarró una pila de papeles y los sacudió—. Estoy muy ocupado.

—Ya, ya —respondió Mike al entrar y sentarse frente a él—, yo también. Así que vamos a ir directos al grano y vamos a hablar de lo que te pasa.

La familia podía llegar a ser un verdadero fastidio. Sobre todo un hermano mayor que veía demasiadas cosas y que te conocía demasiado bien.

—¿Cuándo te has vuelto tan perspicaz de pronto?

—Cuando Dave me ha contado que has rechazado el boceto. Cuando he visto a Linda llorando en su mesa. Ah, sí, y también cuando Dexter Stevens ha llamado para quejarse por tu actitud.

—El boceto de Dave es mediocre, por decir algo...

—El boceto preliminar —añadió Mike.

—Desde que Linda se ha quedado embarazada, llora solo por que suene el teléfono...

—Y por eso lo último que necesita es que le des más motivos para disgustarse.

—Y en cuanto a Dexter —continuó Sean ignorando a su hermano—, él nos ha dado muchos problemas en los últimos dos años, y nunca le hemos llamado quejándonos.

—Ya —prosiguió Mike—, porque su red de distribución ha movido casi dos millones de unidades de Fate Castle.

Sean frunció el ceño mientras recordaba su primer videojuego éxito de ventas. De acuerdo, Mike tenía razón en eso. ¿Dexter era un cretino en el ámbito personal? Sin duda. Pero también era el mejor en distribución y no se podían permitir ofenderlo.

Sin embargo, en defensa propia, Sean resopló y añadió:

–Dexter Stevens es como un grano en el...

–Y lleva años siéndolo –continuó Mike interrumpiéndolo–. Pero eso sigue sin ser motivo suficiente para fastidiar a uno de nuestros mejores socios.

–Sí –murmuró Sean–. Le llamaré luego. Le voy a decir que le vamos a enviar una primera versión de The Wild Hunt para sus hijos.

–Genial. Bueno, ¿y ahora me quieres contar qué te pasa?

–Nada. Todo va bien –se recostó en la silla y puso los pies sobre el escritorio.

–Eso véndeselo a alguien que no te conozca. Las cosas iban bien hasta que te quedaste atrapado en la nieve. ¿Quieres decirme qué pasó en el hotel entre Kate y tú?

Viéndolo ahora en la distancia, ni siquiera él estaba seguro de qué había pasado entre los dos, y estaba intentando no pensar en ello. Así que, en lugar de responder, Sean formuló una pregunta:

–¿Quieres contarme qué está pasando entre Jenny y tú?

Por alguna razón, Mike y Jenny Marshall, una de las diseñadoras de Celtic Knot, se llevaban tan bien como una cerilla y un cartucho de dinamita, pero Sean tenía la sensación de que algo sucedía entre ellos. Una de las pistas era que Mike se quedaba paralizado y en silencio en cuanto se mencionaba a Jenny. Como ahora, por ejemplo.

Al instante, los rasgos de Mike se habían tensado y había cerrado los ojos. «¡Ja!», pensó Sean. «Fisgonear no resulta tan divertido cuando son tus secretos los que quedan al descubierto, eh?».

–Jenny está haciendo un buen trabajo con el hotel de Laughlin.

–Buena evasiva. Te doy puntos extra por ello –dijo Sean con una sonrisa–. ¿Y a ti qué te está haciendo?

Mike entrecerró los ojos y se levantó.

–Bueno, me lo has dejado claro. No quieres hablar de Kate y yo no quiero hablar de Jenny, así que vamos a dejarlo y volvamos al trabajo.

Satisfecho, Sean asintió.

—Me parece un buen plan.

Mike fue hacia la puerta, pero se detuvo lo suficiente para añadir:

—Y no cabrees a ninguno más de nuestros clientes, ¿entendido?

Cuando estuvo solo de nuevo, Sean giró la silla para mirar el jardín por la ventana. La majestuosa y antigua mansión victoriana que albergaba las oficinas de Celtic Knot se ubicaba en la zona de la carretera de la costa del Pacífico. Justo frente a la amplia y transitada calle, se extendía el océano hasta el horizonte, y desde la parte trasera de la casa, las vistas eran las de un jardín grande y perfectamente cuidado. Ahora, en pleno invierno californiano, la hierba estaba marrón y el cielo era claro con nubes blancas que se deslizaban como barcos de vela por un mar infinito. Estaba muy lejos de Wyoming, se dijo, ¿así que por qué de pronto echaba de menos la nieve?

Nevaba otra vez.

Kate escuchaba la música ambiental a través del móvil mientras se encontraba a la espera y miraba por la ventana cómo una densa manta blanca caía desde el cielo gris acero. No era una tormenta de nieve; su cuadrilla y ella no se quedarían atrapados en el hotel. Era simplemente una tormenta de invierno más de Wyoming, pero le hizo pensar en Sean y en que solo unos días atrás los dos habían estado allí solos.

Lo echaba de menos, y eso era algo que no se lo había esperado en absoluto. Al principio había sido tan irritante que lo único que había querido era que se marchara, que volviera a California. ¿Pero ahora? Ahora deseaba que estuviera allí. Lo anhelaba, por muy difícil que le resultara aceptarlo.

—¿Señorita Wells?

La música se detuvo bruscamente y Kate volvió a centrarse en el trabajo, lo cual era mucho mejor que pensar en Sean.

—Sí, aquí estoy. Y me estoy preguntando por qué no tengo aquí mis contenedores de escombros.

—Bueno, entiendo que esté un poco impaciente, pero tardaremos un día o dos como mínimo en poder trasladarlos por el paso de montaña.

Kate apretó los dientes, respiró hondo, guardó silencio y finalmente dijo:

—El paso está despejado, Henry, y necesito esos contenedores en la obra.

El hombre soltó una risita y ella tuvo ganas de gritar.

—Por si no se ha dado cuenta, señorita, está nevando otra vez y no queremos llegar al paso de montaña y descubrir que no podemos avanzar.

Los dos sabían que esa tormenta no daría problemas, pero Kate también sabía que insistirle a Henry Jackson no la llevaría a ninguna parte.

—De acuerdo. Entonces, ¿puedo contar con que estén aquí para el viernes?

—Si el tiempo no empeora —dijo él sin querer prometerle nada.

—De acuerdo. Gracias —le costó responder así, pero Henry era el proveedor más próximo. Si tenía que encargárselos a alguien más, podrían tardar el doble de tiempo así que, por el bien del trabajo, sería amable.

Cuando colgó, se quedó donde estaba hasta que sus niveles de enfado descendieron un poco.

—Si la nevada fuera tan grave, no estaríamos aquí trabajando, ¿verdad? —se preguntó—. El paso está despejado. Henry es un vago, nada más, y eso es algo que ya sabías.

Si el paso siguiera bloqueado, Sean y ella aún estarían allí atrapados, los dos solos. Una mezcla de tristeza y algo dulce vibró en el centro de su pecho y, con gesto ausente, se frotó la zona esperando, inútilmente, que la sensación cesara. No le sirvió de nada.

—¡Jefa!

Kate alzó la mirada hacia la escalera, donde estaba Raul.

—¿Qué pasa?

—Sin los contenedores aquí, ¿dónde quieres que apilemos todo lo que estamos arrancando?

Kate frunció el ceño, miró a su alrededor y volvió a mirar al hombre alto que esperaba a que tomara una decisión.

—Ahora mismo tiradlo todo por una ventana hacia una zona despejada del jardín. Llenaremos los contenedores cuando Henry se decida a traerlos.

—Entendido.

Tendrían que hacer el doble de trabajo, y eso les supondría el doble de tiempo, pero era lo único que podían hacer. Kate tenía dos opciones: seguir pensando en Sean y preguntarse qué estaría haciendo ahora o ponerse a trabajar y mantenerse demasiado ocupada como para pensar en el hombre que durante un breve espacio de tiempo le había iluminado el mundo.

Con gesto adusto, se dirigió a la cocina. Arrancar armarios viejos debería mantenerla ocupada.

Sean pasó las siguientes semanas trabajando en el plan de juego de Celtic Knot. Centrado, logró evitar pensar en Wyoming y en lo sucedido y los recuerdos de Kate lo asaltaron únicamente en sueños.

Al regresar a casa, había estado saliendo con otras mujeres para borrar de su mente las imágenes de aquellos días atrapados en la nieve. ¡Con muchas mujeres! Pero ninguna había logrado captar su atención. Las llevaba a bailar, a cenas elegantes y a conciertos, a los veinte minutos empezaba a aburrirse y su mente se dejaba llevar. Al cabo de unas semanas, dejó de intentarlo. No merecía la pena el esfuerzo. Supuso que era una señal del universo, que le decía que se olvidara de todas durante un tiempo y se concentrara en su empresa. Tarde o temprano, volvería a decorar su cama con bellas mujeres. Hasta entonces, volcaba en el trabajo tanta concentración como lograba encontrar.

Aún estaba hablando con algunas empresas sobre la posibilidad de fabricar una serie de figuras coleccionables basadas en los personajes de algunos de sus mejores juegos. Además, también estaba negociando el desarrollo de un juego de mesa basado en Fate Castle para atraer a aquellos pocos que preferían jugar en el mundo real antes que en el digital.

También tenía que supervisar el desarrollo de los guiones gráficos, de los diálogos y las escenas para el próximo lanzamiento de Navidad, y eso sin contar los preparativos para la primera convención de Celtic Knot.

El hotel de Wyoming era su única propiedad lo suficientemente grande para albergar una convención del tipo que fuera, y ahora que Mike y Brady Finn, el socio de ambos, estaban a favor de la idea, tenía que empezar a ponerla en marcha.

Lo cual significaba que, quisiera o no, tendría que hablar con Kate. No quería pensar en el hecho de que una parte de él estuviera deseando volver a ver su cara. Durante las últimas semanas se habían comunicado básicamente mediante correos electrónicos, a excepción de una llamada telefónica breve y nada satisfactoria. Oír su voz había reavivado sus recuerdos a la vez que la distancia que los separaba había agudizado la frustración que lo corroía.

Le sonó el móvil y lo miró. Hoy tenían una videoconferencia y no estaba seguro de si sería mejor o peor verle la cara cuando hablara con ella. Agarró el teléfono al segundo pitido y respondió. El rostro de Kate apareció en la pantalla y él sintió una mezcla de placer e irritación. ¿Por qué tenía que estar tan guapa?

—Kate —dijo con tirantez—. Me alegro de verte.

—Hola, Sean.

Al verla detenerse como si estuviera pensando qué decir, habló para llenar el vacío.

—Quería hablar contigo sobre los planes para la convención que queremos celebrar en el hotel.

—Bien. Ya me contaste un poco de tus planes cuando estuviste aquí.

—Sí —la mirada de Kate estaba clavada en él, y era tan azul que se sintió como si pudiera caer y ahogarse en ella. No era fácil concentrarse en el trabajo cuando estabas mirando esos ojos, se dijo—. Por eso vamos a necesitar esas cabañas de más.

—Ya. Yo también quería hablar contigo de las cabañas.

—De acuerdo, pero primero dime cuánto estáis avanzando —porque así, mientras ella hablaba, él podría disfrutar contemplando el brillo de emoción en su cara, en sus ojos, el modo en que movía la boca...

—Bueno, las obras de interior marchan muy bien. Tenemos casi toda la cocina terminada y las encimeras de cuarzo llegarán a finales de semana...

Siguió hablando, detallando el trabajo que estaba hecho, y él supo que debería estar más centrado en el asunto. Brady Finn, su hermano y él estaban cada uno a cargo de la reforma de un hotel para convertirlos en réplicas exactas de sus juegos más vendidos.

Seguidores de todo el mundo ya estaban haciendo cola para alojarse en Fate Castle, Irlanda, donde vivía Brady, y el hotel de Laughlin, inspirado en el juego River Haunt, sería el siguiente y probablemente abriría en Navidad a la vez que se lanzaría el último videojuego. Después estaba su hotel.

El suyo estaba basado en Forest Run, un juego protagonizado por criaturas sin alma, valientes caballeros, hechiceros y hadas guerreras. El hotel ofrecía a sus jugadores la oportunidad de vivir las fantasías de los juegos. Era uno de los grandes pasos que Celtic Knot estaba dando para lanzarse a la estratosfera del éxito.

Así que sí, Sean debería estar escuchando y tomando notas, pero en lugar de eso lo único que veía eran los ojos de Kate, y lo único que hacía era recordar cómo brillaban con la luz del fuego danzando en sus profundidades. Al ver su boca moverse casi sintió la suave caricia de sus besos sobre su torso.

—Bueno, ¿qué opinas?

—¿Qué? —intentó centrarse, recordar alguna de sus palabras para no tener que admitir que no había estado escuchando—. ¿Las casitas?

—Sí —respondió ella con gesto de exasperación—. ¿Qué opinas de la nueva idea de diseño?

«Esquívala. Utiliza ese encanto que siempre dices tener».

—Bueno, no es fácil tomar una decisión sin una descripción.

—Ya, imaginé que dirías eso, por eso le he pedido a mi amiga Molly que dibujara esto. No es uno de tus ilustradores, pero se le da mejor que a mí —levantó una tableta y le mostró un simple bosquejo. Intrigado, él se acercó el teléfono para examinar lo que le mostraba y le gustó mucho la idea.

En lugar de una cabaña cuadrada, tal como habían hablado en un primer momento, le estaba mostrando algo que parecía más... místico.

—Está inspirado en vagones de caravana —decía mientras pasaba las páginas para mostrarle más.

Las cabañas parecían semicírculos apoyados sobre el lado plano. Las paredes y los techos curvados con puertas arqueadas le recordaban a casas de cuentos de hadas. Cada una sería distinta, comprobó mientras observaba los distintos dibujos. Podía imaginarse las pequeñas cabañas redondeadas en el bosque, rodeadas de flores y árboles, con sus puertas de colores vivos dando la bienvenida a los huéspedes. La gente haría cola para alojarse en ellas.

Cuando Kate terminó y volvió a mirarlo por la pantalla, le preguntó:

—¿Bueno, qué? ¿Seguimos adelante con esto? Te lo pregunto ahora porque el suelo se está ablandando lo suficiente como para empezar con las excavaciones. Tendremos que instalar un nuevo sistema séptico central para poder conectar a él todas las cabañas. Una vez eso esté hecho, nos gustaría fijar las ubicaciones para las cabañas en sí.

—Sistema séptico —repitió él con una carcajada.

—Sí, claro. Estamos demasiado lejos de las alcantarillas del condado y el tanque del hotel no es lo suficientemente grande como para soportar la

carga extra de las cabañas.

Él volvió a reírse y se pasó una mano por el pelo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—La conversación. Creo que es la primera vez que hablo de alcantarillas con una amante.

—Examante —se apresuró a decir Kate.

Una sensación de frío lo recorrió, pero la dejó pasar.

—Entendido. Bueno, sí, me gustan mucho los diseños. Asegúrate de dejar las paredes lisas para que nuestros ilustradores pinten murales basados en el juego.

—De acuerdo. En el hotel también tenemos metros de paredes lisas esperándolos, pero creo que deberíamos esperar a que estén terminadas la mayoría de las obras antes de que los envíes aquí.

—Hecho —respondió él mientras se giraba hacia la ventana con vistas al jardín. La primavera estaba llegando y se preguntó si la nieve se habría derretido en el hotel aunque, una vez más, tuvo que recordarse que eso no debía importarle—. Envíame esos bosquejos por fax, ¿de acuerdo? Quiero enseñárselos a Mike y a los ilustradores. Pásaselos también a un arquitecto para que diseñe los planos.

—Los enviaré esta tarde.

—De acuerdo —dijo Sean conteniendo las ganas de preguntarle cómo se encontraba.

—Bueno, pues creo que eso es todo. Debería volver al trabajo.

—Sí, yo también.

—Toda va bien. Te escribiré para mantenerte informado de los progresos.

—Bien —se la quedó mirando mientras pensaba que seguir viéndola no haría más que alimentar los sueños que ya lo estaban atormentando por las noches. Irritado por ello, su voz sonó más brusca de lo que había pretendido al decir—: Espero esos faxes para hoy.

—Los tendrás. Bueno, tengo que colgar.

—Sí, yo también —repitió Sean, aunque se fijó en que ninguno de los dos estaba haciendo intención de colgar. ¿Cuántos años tenían? ¿Doce?—. Bueno, gracias por ponerme al día y por las sugerencias.

—De nada. Adiós —y colgó.

En el repentino silencio de su despacho, Sean sintió un frío más intenso que el que había sentido estando atrapado por la nieve.

OceanofPDF.com

Capítulo Seis

Cinco meses después.

Su hermano se había casado.

A Sean le estaba costando un poco asumirlo, pero Jenny Marshall era ahora Jenny Ryan, recién casada y esperando su primer hijo. El bebé había sido una sorpresa y había dejado a Mike impactado durante un tiempo, pero finalmente su hermano había reaccionado y se había dado cuenta de que Jenny era la mujer de su vida.

El Balboa Pavilion era el lugar perfecto para una boda de verano. Miró a su alrededor contemplando la vieja casa victoriana con sus vistas a Newport Bay y los cientos de barcos de recreo que salpicaban los muelles. La pista de baile resplandecía bajo miles de luces blancas diminutas y la luna de verano brillaba como sumándose a la celebración.

Sean volvió a mirar a su hermano y a Jenny, que bailaban abrazados como si fueran las dos únicas personas en el mundo. «Los tiempos cambian», se dijo Sean al apoyarse contra una pared. No mucho tiempo atrás Mike y Jenny se habían llevado a matar, y ahora se estaban jurando amor eterno y estaban a punto de ser padres. Hablando de padres... Se giró para ver a los suyos. Jack y Peggy Ryan parecían tan felices como los había visto siempre. Pensativo, dio un trago del whisky escocés que tenía en la mano.

El matrimonio de sus padres siempre le había parecido excesivamente perfecto. Recientemente se había enterado de algo que Mike había descubierto con trece años: los padres cometían errores. Aún le molestaba que Mike le hubiera ocultado durante tantos años el secreto de los problemas matrimoniales que tuvieron sus padres aunque, por otro lado, él también tenía sus propios secretos, pensó mientras veía a su madre apoyar la cabeza en el hombro de su padre.

Pero no era momento para pensar en el pasado. Era el día de Mike y Jenny, que habían pasado prácticamente de la hostilidad a compartir una clase de amor que la mayoría de la gente no conocía.

Por supuesto, pensar en hostilidades le hizo recordar a Kate. Aunque, para ser sinceros, su mente no había dejado nunca de pensar en ella. Habían pasado cinco meses y aún podía olerla. Saborearla. Veía su rostro cada noche cuando intentaba dormir, como si su cerebro estuviera empeñado en recordarle a Kate para asegurarse de que no la olvidara.

Aunque tampoco es que pudiera. Los recuerdos de aquellos días y noches que pasaron juntos mantenían su cuerpo en una ebullición constante. Tal vez había llegado el momento de volver a Wyoming. Era mejor supervisar los progresos del hotel en persona en lugar de mantenerse informado mediante faxes y correos electrónicos. Y, ya de paso, podría volver a ver a Kate y darle una solución a lo que fuera que lo estaba reconcomiendo. No tenía duda de que los recuerdos estaban jugando con él, convenciéndolo de que Kate era más de lo que era en realidad, haciendo que los recuerdos de los increíbles y sobrecogedores encuentros sexuales que habían compartido superaran salvajemente a la realidad. Volver a verla podría aclarar todo eso; podría ayudarlo a poner las cosas en perspectiva para poder sacársela de la cabeza de una vez por todas.

Con ese pensamiento en la cabeza, se apartó de la música y de la multitud, se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número para realizar una videollamada. Al cabo de un par de tonos, ella respondió, y en cuanto su rostro apareció en la pantalla, su cuerpo se tensó en respuesta.

—¿Sean? —no parecía alegrarse de verlo. Tenía la mirada entrecerrada y se mordió el labio antes de decir—: No esperaba tu llamada —apartó la mirada, de nuevo reticente a mirarlo a los ojos—. Por aquí estamos muy... eh... ocupados. ¿Pasa algo?

Él había creído que no, pero ahora estaba empezando a cambiar de opinión.

—Dímelo tú. ¿Suced algo?

—No —le aseguró—. Todo va bien. Genial, en realidad. ¿Qué es esa música?

—Mi hermano Mike se acaba de casar. Estoy en la celebración.

—Vaya, qué bien —volvió a morderse el labio—. Eh, estoy un poco ocupada, Sean.

Más bien nerviosa, pero ¿por qué?

—Sí. Yo también, así que ¿por qué no nos ahorras tiempo a los dos y me dices qué está pasando?

Ella respiró hondo y volvió a decir:

—De acuerdo. Estamos avanzando mucho con el hotel y...

Siguió hablando, pero Sean apenas escuchaba. Se limitó a mirarla y a estudiar el brillo de secretismo de sus ojos. Pasaba algo y estaba claro que no quería hablar de ello. Si tenía que ver con el trabajo, él no tendría de qué preocuparse, porque ya sabía que se tomaba muy en serio su trabajo y que avanzaba según lo previsto con la remodelación, así que ¿por qué se sentía tan claramente incómoda hablando con él? ¿Tendría un nuevo hombre en su vida?

Apretó los dientes, no le gustó nada la idea.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—¿Nerviosa? No estoy nerviosa, Sean. Solo estoy ocupada. No tengo tiempo para esto, Sean.

—¿Es verdad? —preguntó él con tono frío y distante.

Kate sonrió, pero la sonrisa no se reflejó en sus ojos.

—Totalmente. Agradezco que llames, pero todo va bien. Me pondré en contacto contigo la semana que viene. Ve a disfrutar de la boda. Lo siento, me llama uno de los chicos. Tengo que colgar —y colgó.

Sean se quedó mirando el teléfono mientras, tras él, resonaban la música, las risas y la celebración. Le estaba mintiendo. Y si no le estaba mintiendo, al menos le estaba ocultando algo. La pregunta era qué. Y por qué. Frunciendo el ceño, se guardó el teléfono en el bolsillo. Le había colgado. Nadie le colgaba el teléfono a Sean Ryan.

Giró la cabeza hacia la pista de baile, donde su hermano bailaba con su madre y Jenny con su tío Hank. Y mientras observaba a todo el mundo, no paraba de pensar. Tras la fiesta, Mike y Jenny se marcharían fuera durante una semana para celebrar la luna de miel, y en cuanto volvieran, él se marcharía a Wyoming para comprobar la situación por sí mismo.

—Ya veremos si me sigue evitando cuando me tenga delante —murmuró.

—¿Por qué yo nunca me he quedado atrapada en la nieve con un multimillonario? —Molly Feeney se dejó caer en uno de los sillones de Kate

y levantó su copa de vino.

—¿Porque tienes suerte?

—¡Vamos! A las mujeres de todo el mundo les habría encantado quedarse atrapadas por la nieve con Sean Ryan. Es... —se detuvo y se llevó una mano al corazón—. Me siento un poco mareada.

Kate se rio.

—Eso lo dices porque no lo conoces.

—Pues podrías solucionarlo y presentármelo.

—Te aprecio demasiado.

Riéndose, Molly dijo:

—Venga, tampoco es que sea un ogro.

No, no lo era. Todo sería mucho más sencillo si lo fuera, pero era tan encantador como decía ser, además de irritante, divertido, frustrante. Le hacía sentir demasiadas cosas al mismo tiempo, razón por la que debería agradecer que hubiera vuelto a California. Que los separaran tantos kilómetros la hacía sentirse mucho más segura.

—Molly, esos tres días en el hotel lo cambiaron todo para mí —dijo Kate antes de dar un buen trago a su taza de té.

—Pues no parece estar sufriendo por ello —señaló Molly con una sonrisa.

—No —sufriendo no. ¿Preocupada? Sin duda, además de sentirse culpable y de verse invadida por demasiadas emociones enfrentadas como para detenerse a enumerarlas.

Cuando Sean se fue de Wyoming, fue duro. Se había acostumbrado a verlo cada día, a que la desafiara tanto en el trabajo como personalmente, y no se había esperado echarlo de menos. Pero la verdad era difícil de ignorar, y mentirse a una misma no servía de nada.

—A lo mejor si no te estuvieras escondiendo...

—No empieces —dijo Kate sacudiendo la cabeza. Molly llevaba meses agobiándola con lo mismo, y también su padre, pero no le importaba lo que dijeran los demás, ella sabía lo que hacía. Había tomado una decisión y se ceñiría a ella—. Estoy haciendo lo correcto.

¿No llevaba años soñando con vivir esa situación? Cuando Sam murió, había aceptado que esos sueños se habían esfumado, pero ahora tenía la oportunidad de cumplirlos y no la dejaría escapar.

—¿Lo correcto para quién? —preguntó Molly.

–Para mí y para Sean –se detuvo, pensó en ello y asintió–. Para todo el mundo.

–Es tu vida, cielo, y bien sabe Dios que odio entrometerme...

Kate resopló.

Molly enarcó las cejas.

–Pero es difícil guardar secretos. La verdad acabará por salir a la luz y se volverá contra ti en el peor momento.

Kate no quería creerlo y prefirió hacer un chiste al respecto.

–¿Es eso una variante de la Ley de Murphy?

–Soy irlandesa. Nos encantan la Ley de Murphy y todas sus variantes – Molly suspiró, dejó la copa en la mesa y se rodeó las rodillas con los brazos–. Al menos piensa en ello, Kate.

–Molly, he estado pensando en ello. Durante los últimos cinco meses prácticamente no he hecho otra cosa que pensar en ello.

–Pensar en ello con la mente cerrada a cualquier posibilidad que no sea la que tú quieres no es pensar de verdad, ¿no crees?

–¿No deberías estar de mi parte?

–Y lo estoy, cielo, ya lo sabes. Solo digo que tarde o temprano los secretos dejan de serlo, y sería mejor que se lo contaras tú misma.

Kate echó la cabeza atrás y fijó la mirada en las vigas de madera que cubrían el techo de su casita. Su amiga tenía razón y lo sabía, pero prefería ignorarlo.

–Puede que tengas razón, Molly. No sé. De lo único de lo que estoy segura es de que no puedo decir nada. Al multimillonario tío bueno no le interesaría.

–Muy bien. No volveré a decir nada al respecto.

Kate lo dudaba. Molly era muy protectora con su familia y sus amigos y, si creía que podía ayudar, no se rendiría jamás. Sin embargo, por el momento Kate suspiró y dijo:

–Gracias. Sería genial.

Cuando sonó el timbre, Molly dio un salto del sillón.

–Voy yo. Tú quédate ahí.

Kate dio otro trago de té, oyó la puerta abrirse y la voz de su amiga suavizarse con tono de flirteo.

–Vaya, hola. ¿Y tú de dónde has salido?

—De California —respondió una voz que le resultaba familiar—. He venido a ver a Kate Wells. ¿Está en casa?

Kate se levantó despacio e intentó controlar las palpitaciones de su corazón. Eso no podía estar pasando.

—¿Y eres?

—Sean Ryan.

Por un momento pensó que estaba soñando, pero no. No era un sueño. Sean de pronto estaba frente a ella, con la mirada clavada en su barriga.

—¿Estás embarazada?

Se llevó una mano al vientre como para proteger al bebé de oír una discusión entre sus padres incluso antes siquiera de haber nacido. Al instante, preguntó furiosa:

—Sean, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Hablas en serio? ¿Eso es lo que tienes que decir? —él se detuvo, sacudió la cabeza y se pasó ambas manos por el pelo—. ¿Estás de broma?

—Bueno, creo que me marchó —dijo Molly—. Parece que tenéis cosas de que hablar...

Kate quiso alargar el brazo y aferrarse a su amiga como si fuera un salvavidas, pero ¿de qué le serviría? Con ello no haría más que retrasar lo inevitable. Sean estaba allí. Ya sabía la verdad.

—Mañana te llamo —le respondió a Molly sin dejar de mirar a Sean.

Ya que Sean no dejó de mirarle el vientre ni un instante, no vio a Molly haciendo el gesto de abanicarse ante su presencia. Sí, cierto, Sean era un hombre absolutamente impresionante, pero ahora mismo, y por muy agradable que fuera volver a verlo, ella no sentía ningún tipo de deseo. En ese momento, el pánico era su principal emoción.

—¿Pensabas contármelo en algún momento? —bramó Sean en cuanto la puerta se cerró.

—Probablemente no —admitió ella—. Al menos, no hasta que no me quedara otro remedio. Sean, ¿no te acuerdas? Me dejaste muy claro que no querías tener familia. Solo de pensarlo te horrorizabas. ¿Por qué iba a contarte lo de mi bebé?

Él dio un paso hacia ella y se detuvo en seco como si estuviera demasiado enfadado como para acercarse.

—¿Estás usando lo que comenté sobre una situación hipotética para justificar por qué llevas cinco meses mintiéndome? No te va a funcionar.

Deberías habérmelo dicho, Kate, porque es nuestro bebé.

Kate se sonrojó y mantuvo su mano protectora sobre su vientre.

–Bueno, técnicamente tienes razón...

–¿Técnicamente? –repitió él con los ojos como platos.

Ella lo ignoró. Se había imaginado esa conversación millones de veces, siempre que la había asaltado la culpabilidad y se había imaginado qué pasaría si Sean se enteraba. Y en ninguna de esas suposiciones lo había visto tan... rabioso.

–Tal vez debería habértelo dicho.

Él soltó una amarga carcajada.

–Pero no habría cambiado la realidad, Sean, porque la realidad es que quiero al bebé y tú no.

En ese momento él se mostró más impactado todavía que antes, y ella no pudo culparlo. Estaba tan furioso que sus ojos azules brillaban como puntas de hielo. Deliberadamente, Kate alzó la barbilla, lo miró fijamente y se preparó para la batalla.

Ese bebé lo significaba todo para ella. Era un regalo de un universo que ya le había arrebatado demasiadas cosas, y no lo perdería ni lo compartiría con un hombre que algún día lamentaría su existencia.

–Hemos hablado muchas veces en los últimos meses por correo electrónico, fax, llamadas, videollamadas, y ni una sola vez has encontrado el momento para decirme: «Por cierto, estoy embarazada».

Lo cierto era que durante los tres primeros meses de embarazo Kate se había visto sumida en una especie de bruma. En un principio no se lo había creído y después había sido consciente del milagro sucedido. Por fin iba a tener la familia que había creído perdida tras la muerte de Sam. No necesitaba un marido, pero necesitaba a ese bebé.

Y Sean también.

Se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Le costaba respirar. Tenía la mirada clavada en el vientre redondeado de Kate mientras su cerebro intentaba procesar, pensar. No se lo había esperado. Sí, había sabido que algo iba mal y por eso precisamente había ido a Wyoming en cuanto Mike y Jenny habían vuelto de su luna de miel, pero había

pensado que sería algún problema con el hotel. No se había imaginado algo así.

Habían utilizado preservativos. ¿De qué servía usarlos si la gente se quedaba embarazada de todos modos?

Ahora sabía cómo se había sentido Brady Finn al viajar a Irlanda para comprobar cómo marchaba el hotel y descubrir que Aine estaba embarazada. En ese momento él se había puesto de parte de Aine y le había dicho a Brady que debía asumirlo y hacer lo correcto. Al parecer, el universo estaba disfrutando poniéndolo ahora a él en la misma situación.

Se pasó una mano por la cara mientras contenía la rabia que lo asfixiaba e intentaba calmarse. La mujer en la que llevaba meses pensando estaba embarazada de él y eso era en lo que tenía que centrarse ahora. Sin embargo, mientras pensaba en ello no pudo evitar recordar que no era la primera vez que se veía en esa situación. A pesar de intentar contenerlas, las imágenes de diez años atrás salieron a la superficie.

Llevaba un año estudiando en la universidad en Italia y se había enamorado de Adrianna. Era preciosa, inteligente y divertida, y todo era perfecto... hasta la noche en la que le dijo que estaba embarazada. Aún se sentía avergonzado por su reacción, aunque a lo largo de los años había intentando justificarla diciéndose que en aquel momento era joven, estúpido y egoísta.

Ella, en cambio, se había alegrado y había imaginado un futuro feliz y brillante juntos.

Habían discutido y dos semanas más tarde ella había perdido al bebé que tanto había anhelado. Sean fue a verla al hospital, pero Adrianna lo rechazó. Aún podía verla tendida en aquella estrecha cama, con su precioso rostro tan blanco como las sábanas que la cubrían. Tenía los ojos llenos de dolor y una única lágrima le caía por la mejilla.

—Vete —le había dicho girando la cara hacia la pared para no tener que mirarlo.

Con el ramo de flores en la mano, Sean insistió e intentó acercarse, intentó que lo mirara, que viera lo mal que se sentía.

—Adrianna, siento mucho lo del bebé.

En ese momento ella lo miró y él vio que su mirada estaba vacía.

—No lo sientes, Sean. No querías a nuestro hijo. Pues bueno, ya no está así que puedes ser feliz. Pero sé feliz en otra parte. No te quiero aquí. No

quiero que vuelvas.

Adrianna era lo único que le importaba, y la estaba perdiendo. Tenía que hacerle entender por qué había reaccionado así, tenía que intentar que lo perdonara.

—Adrianna —susurró—, podemos superarlo.

—No —ella miraba a la pared—. No. Te necesitaba y no estuviste a mi lado. Ahora ya no te necesito.

Impotente, Sean había dejado las rosas sobre la silla junto a la puerta y se había marchado sabiendo que había perdido algo precioso. Que había echado a perder eso que algunos hombres no llegaban a tener nunca y que solo alcanzaban a soñar.

Y había vivido con esa vergüenza y ese sentimiento de culpa durante diez años. Nunca lo había compartido ni con su hermano ni con nadie, pero ahora tenía la oportunidad de dejar atrás ese pasado siendo el hombre que debería haber sido en aquel momento. No volvería a cometer el mismo error.

—Deberías sentarte.

—¿Qué?

—Estás embarazada. Siéntate —la llevó hacia el sofá y esperó a que se sentara.

—¿Hablas en serio? Hoy he estado en la obra instalando las ventanas y arrancando el panelado de las paredes, ¿y te parece demasiado agotador que esté de pie en mi salón?

Visto así, era una estupidez.

—Bueno, pues entonces dame un respiro. Hace diez segundos que me he enterado de que esperamos un bebé. Puede que me lleve un poco más de tiempo acostumbrarme.

—A eso me refiero, Sean. No tienes que acostumbrarte.

—¿En serio esperas que te diga que te cuides y me marche?

El hecho de que aquello lo hubiera hecho diez años atrás no tenía nada que ver con la situación ahora.

—Es mi hijo a quien llevas dentro y es mi responsabilidad asegurarme de que esté bien.

—Hija. Es una niña.

—Una niña —una fuerte emoción lo invadió. Tenía una hija. Respiró hondo para calmarse y miró a Kate, que se mostraba hostil y parecía dispuesta a

pelear con él.

Le dolía que se lo hubiera ocultado y que, claramente, no hubiera tenido intención de contárselo, pero ahora mismo en realidad no le importaba. Sí, cierto, le había dicho que no tenía ningún interés en tener hijos o formar una familia, y no habría intentado ser padre de forma deliberada, pero ahora que se enfrentaba a la realidad, quería a ese bebé.

Estaba ahí y no se marcharía a ningún sitio. Kate tendría que asumirlo.

—¿Está bien el bebé?

El rostro de Kate se suavizó de pronto.

—Sí, la niña está bien.

—Bien —asintió y tragó con dificultad. De pronto se sentía invadido por un lujurioso deseo. ¿Resultaban así de atractivas todas las embarazadas?—. Me alegro.

—Sean, sé lo que estás haciendo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué estoy haciendo, Kate?

Ella se levantó y él sintió la misma ráfaga de deseo que había sentido la primera vez que la vio. Kate Wells lo atraía como nadie lo había hecho nunca, y el embarazo no había cambiado eso. Es más, con ese gesto adusto y esa actitud tan testaruda le resultaba más impresionante todavía.

—Estás intentando que me sienta mal por no haberte contado lo del bebé.

—¿Y no te sientes mal?

Ella resopló.

—Sí, claro, pero he hecho lo que he creído que era mejor, y eso precisamente es lo que estoy haciendo ahora. Quiero que te marches, Sean.

—No siempre podemos conseguir lo que queremos, Kate.

—Además, ¿qué haces aquí? ¿Cómo has descubierto dónde vivo? Bueno, da igual. No importa. Lo que importa es que te marches. Ahora.

Sean la agarró de los brazos y ella intentó liberarse.

—No me ha resultado tan difícil encontrarte, Kate. Y ahora que te he encontrado, y que he encontrado a mi hija, no me iré a ninguna parte.

Ella palideció ligeramente, pero se recuperó rápidamente y siguió mostrándose a la defensiva.

—Sean, no tienes que demostrar nada. Es bonito que te hayas ofrecido a implicarte con el bebé, pero no es necesario.

—Es hija mía tanto como tuya, así que sí que es necesario que yo forme parte de esto. No vas a dejarme a un lado, Kate.

Fuera, el sol casi se había ido, y Kate encendió una lamparita. Una luz brillante se extendió por la habitación y Sean pudo verla con más claridad que antes.

–Tenemos cosas de que hablar.

–No, Sean. Soy yo la que está embarazada, así que soy yo la que toma decisiones –agarró su taza de té y la copa de vino de Molly y salió de la habitación mientras decía–: Y ya que solo estoy de cinco meses, tengo mucho tiempo.

Sean la siguió y, una vez dentro de la diminuta cocina, la acorraló.

–Los dos vamos a tomar cualquier decisión que sea necesaria, Kate. No me pienso alejar de mi hija –apoyó las manos sobre el borde del fregadero–. Me quedaré en Wyoming tres días, aunque me quedaría más tiempo si no fuera porque la semana que viene tenemos que lanzar el último juego.

–Pues no dejes que yo te lo impida –dijo, y se escapó, colándose bajo sus brazos.

Sin embargo, él la agarró del brazo.

–No te preocupes, no vas a impedir que haga nada –fue una advertencia y una declaración al mismo tiempo. Ya era hora de que supiera que no desaparecería tan fácilmente. Llevaba a su hija dentro y eso los vinculaba para siempre.

Tendría que acostumbrarse.

Capítulo Siete

Kate se sentía como si la estuvieran acosando.

Cada vez que se giraba, ahí estaba Sean. Vigilaba lo que comía, lo que bebía. No se apartaba de ella en la obra, hasta tal punto que su cuadrilla había dejado de consultarle cosas y ahora le preguntaban a Sean primero. Sentía que el control se le escapaba de los dedos.

Cuando protestaba por ello, él se limitaba a sonreír y se encogía de hombros como si no le importara que estuviera molesta, lo cual solo hacía que ella se enfureciera más.

Molly, en cambio, estaba fascinada.

—Es más espectacular incluso en persona que en las fotos de los paparazzi —le decía por teléfono a Kate, que estaba sentada bajo un pinar junto al lago—. Es la clase de hombre que hace que las mujeres se derritan a sus pies.

—Imagino que por eso sigue esperando que yo ceda.

—¿Y por qué no ibas a hacerlo? Está buenísimo, es rico, esperas un hijo suyo y quiere implicarse. Además, no olvidemos que ya me has confesado que con él has tenido el mejor sexo de tu vida.

Kate se estremeció. Lo había dicho a pesar de sentirse desleal hacia la memoria de Sam. Su difunto marido no había sido un gran amante, pero había tenido otras cualidades mucho más importantes de las que Sean carecía.

Sean era prepotente, dictatorial y arrogante y esos eran sus puntos buenos. Sí, de acuerdo, tenía unos ojos preciosos, unas manos prodigiosas y un gran sentido del humor que solía hacerla reír incluso aunque no quisiera. Pero nada de eso, ni siquiera unos encuentros sexuales impresionantes, eran suficientes para construir una vida juntos. Porque aunque aún no había mencionado nada sobre el matrimonio, estaba segura de que tarde o temprano lo haría.

Y ella no volvería a casarse nunca. Eso sería darle demasiadas oportunidades al dolor.

—El sexo no lo es todo —murmuró.

Una profunda voz dijo tras ella:

—La gente que dice eso no lo hace bien.

Kate inhaló profundamente y el corazón se le aceleró. Solo oír su voz le aceleraba el pulso y le era imposible controlarlo. Había ido al pinar para alejarse un rato de Sean, pero él había logrado encontrarla.

—Lo he oído —dijo Molly riéndose—. Me está empezando a caer muy bien.

—Pues a mí no —murmuró Kate—. Tengo que colgar.

—De acuerdo, pero luego tendrás que ponerme al tanto. Y no te dejes ningún detalle.

Kate colgó y se giró hacia Sean.

—¿Por qué me estás siguiendo?

Él se encogió de hombros y el movimiento hizo que la camiseta negra se le ciñera a un torso que, como ella bien sabía, era puro músculo.

—No lo interpretes como si te estuviera siguiendo, sino como que estoy dando un paseo por mi propiedad. Me estoy haciendo una idea de cómo son los terrenos cuando no están cubiertos por metros de nieve.

Kate no lo creyó porque, en lugar de mirar el paisaje, la estaba mirando fijamente a ella. Un intenso calor se le instaló en el pecho y le recorrió el cuerpo. Los ojos de Sean eran tan azules como el lago y el viento le removía el cabello oscuro. Parecía como si no se hubiera molestado en afeitarse esa mañana y la sombra que le cubría la mandíbula lo hacía parecer más sexy todavía.

Tenerlo allí otra vez la estaba desestabilizando. Cuando Sean se encontraba lejos, ella podía centrarse en su vida, en su bebé y casi convencerse de que él no formaba parte de ello. Porque eso era lo que quería. Lo que sentía por Sean era una maraña de emociones. Sí, por supuesto, el deseo seguía allí, pero entremezclado con furia y un afecto que no podía negar del todo.

—Pues vamos, ve a echar un vistazo —le dijo.

Sean echó una ojeada a su alrededor y sus rasgos se suavizaron al contemplar la belleza que lo rodeaba.

—Es un lugar fantástico. Precioso, de verdad. Es increíble lo grande que se ve el cielo aquí. No sé por qué, pero en California parece mucho más pequeño. Ya sabes que yo siempre he sido chico de playa. Me encanta hacer surf y salir a navegar —su mirada volvió a la quieta superficie del lago color

azul zafiro que reflejaba las nubes blancas y los pinos alzados como si fueran guardianes.

Ella no pudo evitar sonreír.

–Se cree que en los lagos también se puede navegar.

Sean sonrió y a Kate le dio un vuelco el corazón.

–Buena idea. A lo mejor deberíamos traer algunas barcas para los huéspedes. Y también *paddleboards*.

–No creo que pegue exactamente con la temática de guerreros ancestrales y criaturas malvadas.

Él se rio y se metió las manos en los bolsillos.

–Incluso los jugadores le dedican un poco de tiempo de vez en cuando a salir y vivir un poco de realidad. Además, podríamos pintar escenas del juego en ellas.

Kate suspiró. Qué difícil era resistirse cuando desprendía ese encanto. Incluso aun sabiendo que debería endurecerse y mantener las distancias, se sentía atraída hacia él como nunca se había sentido por nadie. Y cuando le sonreía, tal como estaba haciendo ahora, todo dentro de ella se suavizaba y se rendía a él.

–¿Por qué no me enseñas dónde vais a ubicar las cabañas?

–De acuerdo –mejor mantener la conversación alejada de lo personal. Estaban comportándose con calma, con sensatez y hablando del trabajo. Contuvo la emoción que la había invadido y fingió que no había existido nunca—. Puedes ver dónde hemos puesto ya los cimientos para las primeras cabañas –dio unos cuantos pasos y se detuvo de nuevo—. Las demás forman un semicírculo alrededor del hotel. Así, aunque estén lo suficientemente metidas en el bosque como para tener privacidad, seguirán estando lo suficientemente cerca del hotel para que los huéspedes puedan acceder fácilmente al restaurante o a la tienda de recuerdos. Las fosas sépticas ya están instaladas y alrededor de la próxima semana empezaremos a levantar los armazones de las cabañas. Estamos esperando los planos definitivos del arquitecto.

Él caminaba a su lado y ella estaba segura de sentir calor emanando del cuerpo de Sean y colándose en el suyo.

–Suena bien, pero ¿por qué no habéis puesto un par de cabañas más cerca del lago?

–Es arriesgado. Después de un invierno duro, el deshielo de primavera podría elevar el nivel del agua y no queremos tener que preocuparnos por las inundaciones.

–Sí, bien pensado.

A veces parecía como si estuvieran en perfecta sincronía. Por alguna razón, era como si según se complicaba su relación personal, su relación laboral mejoraba. Mientras hablaban del trabajo y hacían planes parecían un equipo, pero eso era solo una ilusión. Trabajaba para él y sería mejor que no lo olvidara. Ese era su mayor proyecto de construcción, y pasara lo que pasara entre Kate y él, ella estaba decidida a sacar el mayor provecho de esa gran oportunidad.

–La mayoría de las cabañas tendrán vistas al lago –en ese momento, mientras seguía caminando, tropezó con una raíz de un árbol. A pesar de que logró mantener el equilibrio, Sean la agarró del brazo al instante, y ese simple roce de su mano la encendió por dentro—. Estoy bien, Sean. No necesito ayuda. No me he caído.

–Mi madre me educó para que fuera un caballero.

–Y te lo agradezco, pero puedo caminar sola –intentó soltarse, pero él la agarró con más fuerza todavía.

–Mira, entiendo que no estés acostumbrada a que cuiden de ti, pero ahora estás embarazada de mi bebé y voy a cuidar de ti y de ella te guste o no.

Y ahí se esfumó la sensación de que formaban un equipo para dar paso al Sean arrogante.

–No puedes presentarte aquí de pronto y empezar a ocuparte de todo. No estás al mando.

–Te equivocas. Desde ahora en adelante soy yo el que da las órdenes.

–¿Hablas en serio? Llevo mucho tiempo sola. No te necesito, Sean.

Algo oscuro y lleno de dolor se iluminó brevemente en los ojos de él.

–Me necesites o no, estoy aquí y no te vas a librar de mí, así que ve acostumbrándote.

Se quedaron mirándose; ninguno estaba dispuesto a ceder. A su alrededor el viento susurraba entre los árboles, los pájaros graznaban y un pez salía de la superficie del lago para volver a hundirse en sus aguas.

–¿Pero qué te pasa? –murmuró Sean.

Tiró de ella y la besó con fuerza. En un principio Kate pensó en resistirse, pero le resultaba imposible. Sus bocas se deslizaban entre sí con suavidad y

el deseo y la excitación bullían en su interior. Se agarró a él, sintió sus fuertes brazos rodeándola, abrazándola.

Fue una locura y pasó demasiado deprisa.

Cuando abrió los ojos, vio a Sean mirándola con satisfacción y gesto petulante.

—¿Con que no me necesitas, eh?

Se sintió como si le hubieran echado un cubo de agua helada que extinguió el fuego que había ardido en su interior segundos antes.

—¿Me besas y luego me restriegas por la cara mi reacción? —Kate estaba prácticamente temblando de frustración y rabia.

—Solo te estaba recordando lo que hay entre los dos —respondió él con tirantez, y ella sintió cierta satisfacción al comprobar que el beso lo había afectado tanto como a ella.

—Sé exactamente lo que hay entre los dos —contestó Kate posándose una mano en el vientre.

Él le cubrió la mano con la suya.

—Ahora yo también lo sé, y te prometo que no me voy a ir a ninguna parte.

—¿Interrumpo algo?

Ambos se giraron ante el sonido de la profunda voz del hombre que se acercaba a ellos.

—¿Papá? —preguntó Kate sorprendida. Había estado tan centrada en Sean que no había oído nada más aparte del golpeteo de su corazón—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Harry Baker era un hombre alto, con el pelo cano, unos penetrantes ojos azules y un torso y unos brazos musculados a base de años trabajando en la construcción. Simpático y agradable por lo general, en ese momento parecía tenso y adusto.

—Ha llamado Raul —dijo respondiendo a Kate sin apartar los ojos de Sean—. Me ha pedido que viniera a ayudarlo a instalar las ventanas del tercer piso.

Kate contuvo un grito de frustración. Había olvidado que su padre estaría en la obra hoy. Con Sean al lado, le costaba mucho concentrarse en cualquier otra cosa. Si se hubiera acordado, podría haber preparado a Sean e incluso haberse preparado a sí misma para una confrontación que llevaba meses tomando forma.

Respiró hondo en un intento de calmarse. Su padre llevaba meses insistiéndole que le contara la verdad a Sean y que dejara de trabajar. Desde que su madre murió cuando ella tenía doce años, Harry lo había sido todo para ella. La había criado, le había enseñado, la había querido y se había preocupado por ella. Verla ahora embarazada y soltera lo reconcomía por dentro, y Kate sabía que le había supuesto un gran esfuerzo controlarse y no llamar a Sean él mismo.

—Es verdad, lo había olvidado.

Su padre estaba mirando a Sean y ella supo que había ido a buscarlos deliberadamente para poder tener una charla con el hombre que había dejado embarazada a su hija. Se sentía como si estuviera viviendo una novela romántica del siglo XIX. Los dos hombres de su vida de pronto se estaban convirtiendo en cavernícolas y había claros síntomas de envenenamiento por testosterona.

—Bueno, papá —dijo con voz suave y una sonrisa—. Te presento a Sean Ryan.

—Me lo imaginaba —Harry no sonrió.

Sean alargó la mano.

—Me alegro de conocerle.

Kate los vio mirarse fijamente durante un apretón de manos que, más que un saludo cordial, pareció una competición de poder.

—Kate, ¿por qué no vas al hotel mientras tu padre y yo hablamos?

—Deja de decirme qué hacer.

—Kate, márchate.

Ella miró a su padre.

—¿Tú también, papá?

Ninguno de los dos la estaba mirando, y eso la enfurecía aún más.

—Muy bien. Pues vuelvo al trabajo.

—Ten cuidado —le advirtió Sean.

—Por favor... —murmuró mientras se alejaba.

Sean la miró durante un instante antes de centrar la atención en el hombre.

—No sabía que estaba embarazada.

—Lo sé. No he estado de acuerdo con ella en eso, quería que te lo contara, pero es una mujer fuerte. Y testaruda.

—Ya lo sé. Me gusta eso de ella.

Harry resopló y se relajó lo suficiente como para que Sean estuviera seguro de que no iba a darle un puñetazo. Era curioso cómo verte cara a cara con el padre de la mujer con la que te estabas acostando podía hacerte sentir como un adolescente al que habían pillado incumpliendo el toque de queda.

—Kate es una mujer adulta y toma sus propias decisiones, por mucho que yo no piense igual.

Sean entendió las palabras del hombre y, ahora que sabía que iba a ser padre de una niña, no pudo evitar preguntarse si se habría mostrado tan razonable como Harry Baker en la misma situación. Aunque por supuesto su hija jamás se vería en una situación así porque él no permitiría que ningún hombre se le acercara. De cualquier modo, de momento lo que tenía que hacer era tranquilizar al padre de Kate.

—No está sola en esto. Ahora que sé lo del bebé, no va a lograr librarse de mí.

Harry ladeó la cabeza y observó a Sean. A pesar de sentirse incómodo bajo su atenta mirada, se mantuvo firme y esperó.

—Me alegra saberlo —dijo Harry asintiendo—, pero estoy pensando que ha sido mi hija la que te ha traído aquí.

—Es mi hotel, señor Baker. Tengo que supervisar cómo avanzan las obras.

—¿Y supervisas todos los hoteles con un beso?

Sean se pasó una mano por la nuca.

—Vaya, lo ha visto.

—Sí. Mira, lo que suceda entre vosotros dos es privado —Harry se cruzó de brazos sobre su amplio torso—, pero he de decir que quiero ver a mi hija embarazada casada.

¿Casada? Era increíble cómo esa sola palabra podía hacer que un hombre se sintiera como si lo hubieran lapidado con un cubo de rocas. Entendía cómo se sentía Harry, pero el matrimonio era algo tan... para siempre. Aunque también lo era un bebé. Un hijo los uniría para siempre.

No había tenido tiempo suficiente para pensar, para elaborar un plan. Sin embargo, sabía que quería a esa niña y quería la oportunidad de demostrar que no era el hombre que había sido antes. Que había madurado y había cambiado.

Harry seguía hablando.

—Es el primer signo de vida que he visto en mi niña desde que perdió a su marido.

—¿Marido?

Harry enarcó las cejas.

—¿No sabías lo de Sam? Bueno, no me sorprende. Mi hija es bastante discreta. Perder a Sam fue muy duro para ella. No habla del tema, pero cambió después de aquello, se encerró en sí misma —se detuvo—. Hasta que llegaste tú, claro.

Sean no supo qué decir. Saber que había estado casada y que era viuda lo había dejado impactado. ¿Cómo había sido ese hombre, el marido misterioso? Mientras se lo preguntaba, recordó la conversación que habían tenido el invierno pasado en la que le había dicho que solo había estado con otro hombre.

Estaba claro que había amado a ese hombre y que le seguía siendo leal incluso ahora. Se le encogió el pecho. Qué situación más complicada la de sentir envidia de un hombre muerto.

—Sam y ella querían tener familia, pero entonces él murió y Kate... —se detuvo un instante—. Se apartó de la vida porque le resultaba demasiado dolorosa, pero desde que te conoció y desde que sabe lo del bebé, ahora ha cambiado. Vuelve a ser un poco ella misma.

¿Seguiría enamorada de Sam? Aunque, por otro lado, él también tenía un pasado, ¿no? No le había contado lo de Adrianna y el bebé. No le había abierto su alma.

La pasión los había unido y el destino les había tendido una trampa al crear a un bebé.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora con esa información?

Volvería a casa en un par de días. Tenía que estar en California para el lanzamiento de The Wild Hunt, pero ¿cómo iba a dejar allí a Kate y a su niña?

—¿Estás loco? —le preguntó Kate unas horas más tarde—. No puedo ir a California. ¡Estamos en plena obra!

Sean se cruzó de brazos y apoyó un hombro en el marco de la puerta. La miró con expresión casi de diversión y eso la enfureció aún más. Su padre y

él habían vuelto del paseo por el bosque como si fueran viejos amigos, sonriendo. ¿Lo habrían tramado entre los dos?

–Te he dicho que no puedes entrar en mi vida y ponerte a dar órdenes. Y si mi padre y tú pensáis que podéis hacer planes por mí como si fuera una niña que necesita a dos hombres fuertes que cuiden de ella, entonces es que estáis locos.

–Esto no tiene nada que ver con tu padre. Tengo que volver a la oficina para ayudar con el lanzamiento del nuevo juego...

–Pues ve –le dijo aliviada aunque decepcionada al mismo tiempo por saber que se marchaba. Pero lo superaría–. Feliz viaje.

Estaban solos en el hotel; la cuadrilla y su padre ya se habían marchado hacía más de media hora. Kate se había quedado para comprobar que todo se quedaba cerrado y en condiciones. Y, por supuesto, Sean también se había quedado.

Fuera, la luz estaba adquiriendo un tono perlado a medida que el cielo se iba sumiendo en la noche. Dentro, solo había unas cuantas luces encendidas.

–Sí, claro me iré, pero tú vienes conmigo.

Estaba tan seguro de sí mismo que ella sintió ganas de golpearlo.

–La obra...

–Puedes dejar a tu cuadrilla trabajando sin supervisión durante unos cuantos días.

–¿Días?

–Tal vez una semana –dijo Sean encogiéndose de hombros como si no le preocupara nada el tiempo que le estaba exigiendo que se tomara–. Es una cuestión de negocios, Kate. Quiero que conozcas a nuestros diseñadores. Han tenido algunas ideas sobre las nuevas cabañas y podrás hablar con ellos y conocer al arquitecto en persona.

–No es necesario –respondió, sintiendo que ya había perdido la batalla. Él parecía tranquilo y ella sentía cómo el control se le escapaba de entre los dedos. No obstante, hizo un intento más–. Mientras tenga los planos, avanzaremos.

Sean suspiró y sacudió la cabeza.

–Vas a salir perdiendo, Kate. Yo he contratado esta obra y quiero a mi contratista en California para una reunión.

Tenía razón. No podía salir ganando. No solo era el hombre que la estaba volviendo loca, sino que además era su jefe. Negarse a ir con él no era una opción. Pero por mucho que él dijera, no era solo una cuestión de negocios. Escondía otras intenciones, aunque ella no tuviera claro cuáles. ¿Sacarla del lugar donde se sentía protegida? ¿Mostrarle lo diferentes que eran sus estilos de vida? ¿Demostrarle que si quería a su bebé, tenía dinero y poder para conseguirlo?

De pronto se sintió muy angustiada.

–Haz equipaje para una semana –dijo, y miró a su alrededor como si el tema estuviera zanjado–. Tenías razón con lo de los suelos. Lijados y pulidos parecen nuevos y antiguos al mismo tiempo.

Sí, el hotel estaba precioso. Las paredes estaban pintadas, los suelos pulidos, los techos cubiertos por vigas que habían quedado como nuevas. Pero en ese momento ella no tenía ánimos para admirar el trabajo de su cuadrilla.

–Sí, el roble es una maravilla, pero sobre la cuestión...

–La cuestión es –la interrumpió él– que nos marchamos pasado mañana.

Capítulo Ocho

Todo empezó con un avión privado.

En cuanto subió a bordo, Kate supo que ya no volvería a conformarse con volar en clase turista. Tenían unos lujosos asientos de piel, una moqueta tan densa y afelpada que los zapatos se le hundían en ella y una azafata cuyo único deber era asegurarse de que disfrutara del vuelo a California. Desgraciadamente, la eficiente mujer no fue capaz de hacer que se le deshiciera ese manojo de nervios que tenía en el estómago.

Y ese manojo de nervios no hizo más que aumentar cuando aterrizaron y Sean condujo hasta su ático en la playa. Entrar en ese amplio espacio fue como una revelación. Sean daba la impresión de ser un tipo corriente al que le gustaba el surf, pero su casa definitivamente marcaba la diferencia de vidas que tenían.

El salón era amplio y estaba decorado con gusto y pensando en la comodidad. Alfombras en tonos neutros salpicaban unos suelos de madera. Mullidos sofás y sillones invitaban a las visitas a hundirse en ellos y sentirse cómodos. Un muro de ventanas ofrecía una magnífica vista del Pacífico y por las puertas dobles de cristal que daban a una terraza que bordeaba el edificio, la brisa del mar se colaba en la habitación.

Nerviosa, Kate recorrió el piso. Estaba sola, al igual que lo había estado la noche anterior durmiendo en una de las habitaciones de invitados. Sean no le había propuesto dormir juntos y una parte de ella se había sentido decepcionada por ello.

Esa mañana, cuando despertó, Sean ya se había ido, pero le había dejado una nota en el salón.

Me he ido a hacer surf. Siéntete como en tu casa. Volveré en un par de horas y después iremos a la oficina.

Así que Kate hizo café en la increíble cocina e intentó no sentir envidia del impresionante frigorífico y de los metros y metros de encimera de granito negro. Estaba segura de que la actividad culinaria de Sean no iría más allá de preparar una taza de café, y tal vez una tostada, así que era imposible que apreciara esa cocina.

Suspirando, se sacó el café a la terraza y se sentó para disfrutar de las vistas. En junio, cielos grises cubrían la costa de California cada mañana conteniendo el calor y dándole al Pacífico un aspecto plomizo. Unos barcos de colores vivos surcaban el océano y cerca de la orilla podía ver a unos cuantos surfistas montando las olas.

—¿Será Sean alguno de ellos? —se preguntó mientras pensaba qué haría durante los próximos días; unos días en los que dudaba que pudiera recuperar el equilibrio mental que había perdido.

Cuando le sonó el teléfono, respondió agradecida por la interrupción.

—Hola, Molly.

—Hola. ¿Qué tal?

—Bueno, aquí estoy, sentada en la terraza privada de un ático impresionante con vistas al océano.

—¡Vaya! Tiene pinta de ser muy duro estar allí.

Kate soltó una pequeña carcajada. Molly sí que sabía poner las cosas en perspectiva.

—La verdad es que tiene una casa preciosa, parece sacada de una revista. Deberías ver la cocina.

—Bueno, a diferencia de ti, a mí no me importan mucho las cosas de cocina. ¿Qué tal Sean? ¿Qué está pasando entre los dos?

—Nada —Kate dio un trago de café y suspiró—. No sé por qué estoy aquí. Te juro que aunque insistió en que era un viaje de negocios, una parte de mí se imaginaba que solo intentaba traerme aquí para meterme en su cama —vaya, qué egocéntrico había sonado eso—. Ya sabes, para tenerme contenta mientras él encontraba el modo de quedarse con nuestro bebé.

—Vamos, Kate...

—Pero anoche no intentó nada —dijo frustrada—. Nada. Me llevó a la habitación de invitados y ya.

Tenía que admitir que eso la había molestado un poco. Había pasado la mitad de la noche tendida en la cama imaginándolo en la habitación del otro

lado del pasillo y deseando estar a su lado, lo cual la convertía en... ¿qué? ¿En una persona lamentable? ¿En una loca, una masoquista?

—Vaya, pues es una pena.

—Sí que lo es. Pero más que eso, es extraño. Lleva flirteando conmigo e intentando seducirme desde que nos conocimos y ahora, de pronto, ¿nada? También ha estado muy callado, y eso no es propio de él. Además, no deja de mirarme.

—Eso no parece malo.

—Pero me mira como si me estuviera estudiando, como si yo fuera un bicho bajo un microscopio y él estuviera intentando averiguar a qué especie pertenezco.

—Estás exagerando, cielo.

Pero Molly no conocía a Sean como lo conocía ella. Sí, cierto, no hacía mucho tiempo que se conocían, pero su relación había sido bastante intensa desde el principio. Estar con Sean la hacía sentirse más viva que sin él. Le gustaba discutir con él, reírse con él, y le encantaba que la abrazara.

—Creo que trama algo.

—¿No estás un poco paranoica? —preguntó Molly riéndose.

—Molly, me dijo que quiere al bebé y, a juzgar por este sitio y el avión privado, si quisiera quedarse con él, pediría la custodia y yo no tendría nada que hacer.

De inmediato, la actitud de su amiga cambió.

—No te hagas esto, Kate. No busques problemas. Espera a que lleguen.

—Pero si espero no puedo estar preparada —dijo mirando al océano. Aunque, por otro lado, era imposible estar preparada para Sean Ryan. Era como una fuerza de la naturaleza que entraba en su vida arrasándolo todo.

—Kate, hazte un favor. Disfruta de donde estás mientras estés allí y deja de preocuparte por lo que podría suceder antes de que suceda.

«Buen consejo», pensó Kate unos minutos después cuando colgó, aunque no sabía si lo podría seguir. Preocuparse por todo era una característica de su personalidad, así que ¿cómo podía evitar preocuparse por la posibilidad de perder a su hija?

—¿Kate, estás aquí?

Se levantó y, al girarse, vio a Sean entrando en el piso. Durante un segundo hizo exactamente lo que le había aconsejado Molly y se limitó a disfrutar de las vistas. Él tenía el pelo aún mojado y la barbilla cubierta por

una ligera barba. Llevaba una tabla de surf color rojo cereza bajo el brazo izquierdo y el traje de neopreno bajado hasta la cintura, que dejaba al descubierto sus brazos y su pecho.

La invadió un calor tan brusco y potente que la dejó sin aliento. Se obligó a respirar y a levantar la mirada de su torso para mirarlo a los ojos. Al hacerlo, vio que él era consciente de lo que estaba sintiendo. Pero ¿cómo podría saberlo cuando ella misma acababa de darse cuenta de que estaba enamorada de él?

Se tambaleó ligeramente cuando esa idea se instaló en su cerebro. Había estado luchando contra sus emociones demasiado tiempo. Había intentado ignorarlas, fingir que lo que sentía por Sean se limitaba a la cercanía asociada al hecho de que había sido su amante y que era el padre de su hija. Y cuando no había logrado ignorar esos sentimientos, se había mentido a sí misma.

No podía estar enamorada de un hombre capaz de arrebatarle todo lo que le importaba. No podía darle más poder del que tenía ya. Una sensación de pánico se le posó en la boca del estómago. Después de Sam había jurado no volver a amar a nadie, no volver a ponerse en la situación de experimentar el dolor de la pérdida otra vez. Pero parecía que la vida seguía su curso incluso aunque intentaras evitarlo.

—¡Oye! —exclamó Sean soltando la tabla de surf y corriendo hacia ella. La agarró de los brazos, la miró a los ojos y preguntó—: ¿Estás bien? Te has quedado blanca. ¿Es el bebé?

Ella solo podía pensar en lo bien que olía, pero reunió fuerzas para hablar.

—Estoy bien —le contestó viendo su mirada de preocupación—. De verdad, estoy bien. Y el bebé también —cambió de tema rápidamente—. ¿Lo has pasado bien?

—No había muchas olas, pero ha estado bien volver a estar en el mar —se encogió de hombros y se pasó las manos por el pelo.

Kate solo quería acariciar ese musculoso torso.

—Me voy a dar una ducha rápida y después iremos a la oficina.

—De acuerdo —no quería imaginarlo en la ducha y se preguntó si él le habría metido esa imagen en el cerebro a propósito. Sin embargo, la tranquilidad con que salió de la habitación ignorándola le hizo desechar esa teoría.

Así que, ¿qué tramaba? ¿Qué plan tenía?

Sean no tenía ningún plan.

Seguía pensando en el hecho de que Kate había sido la esposa de otro hombre y no se lo había contado. Esa mañana, al volver de la playa, había visto pasión y deseo en su mirada a pesar de los intentos que ella había hecho por ocultarlo, pero se negaba a ser un sustituto de su difunto marido. Había tenido que hacer acopio de autocontrol para no cruzar la habitación y tomarla en sus brazos desde el principio. Después la había visto palidecer tanto que lo había invadido el pánico.

Una vez se asegurara de que eso no le volvía a suceder y de que se encontraba bien, necesitaría respuestas.

Observó cómo trabajaba con el departamento de arte y oyó la deliciosa música de sus risas ante un comentario que hizo Dave. Después Kate se echó el pelo hacia atrás y se inclinó sobre el hombro de Dave mientras él tomaba notas en el ordenador.

—¿Se tiene que acercar tanto a él? —murmuró Sean.

—Me gusta.

Sean fulminó a su hermano con la mirada. No le agradaba haber estado tan centrado en Kate como para no percatarse de la presencia de su hermano.

—Sí, es buena. ¿Has visto con qué rapidez ha captado las ideas para los distintos tejados de las cabañas? Y me gustan los retoques que les ha hecho para que cada una tenga un estilo diferente.

—Ya me he fijado, pero no me refería a su trabajo. Me gusta ella en sí. Es simpática, divertida y muy guapa.

—Sí que lo es. Kate y Jenny parecen haberse caído muy bien.

Mike asintió y vio cómo su mujer se acercaba a Kate y a Dave.

Sean tenía la mirada clavada en los pantalones negros de Kate y en la camisa amarilla que definía su vientre redondeado. Algo en él se removió, una actitud protectora, una sensación de posesión que lo sorprendió por su intensidad. Y había algo más. No quería únicamente al bebé, también quería a Kate.

—La estás mirando.

—¿Qué? Y lo sabes porque tú me estás mirando a mí, así que para de una vez. ¿No hay otro sitio donde tengas que estar?

—No, ahí reside la belleza de ser jefe. Puedo estar donde quiera estar. Y ahora mismo quiero ver a mi hermano babear por una mujer embarazada —Mike sonrió cuando Sean se giró hacia él—. ¿Hay algo que te gustaría decir?

Sean salió de la sala y su hermano lo siguió. Una vez en el despacho de Mike, con la puerta cerrada, comenzó a caminar de un lado a otro con las manos en los bolsillos.

—¿Es tuyo, verdad?

Sean se detuvo, respiró hondo y miró a Mike.

—Sí. Es mía.

—¿Una hija? —Mike esbozó una amplia sonrisa—. ¡Excelente, enhorabuena! A nosotros nos dirán el sexo del bebé mañana.

Sean asintió; sabía lo emocionado que estaba su hermano con el bebé que esperaban. Habían formado una familia, estaban construyendo un futuro. Sean no había pensando mucho en el futuro, pero ahora que sabía que sería padre, muchas cosas estaban empezando a cambiar en su vida.

—Es genial, Mike. De verdad que sí.

—Sí —Mike se sentó en el borde del escritorio—. ¿Qué pasa, Sean?

—Bueno, no mucho. Solo que acabo de descubrir que voy a ser padre y la mujer que lleva a mi hija dentro no quiere saber nada de mí. Por cierto, ¿he mencionado que estaba casada pero que su marido murió hace dos años?

—¡Vaya!

Sean se dejó caer en un sillón y estiró las piernas.

—Me reconcome que no me dijera que estuvo casada. Sí, cierto, hace poco tiempo que nos conocemos y en realidad no tenía motivos para decírmelo, pero ¿por qué no lo hizo? De todos modos, ni siquiera sé por qué me molesta tanto.

—¿No lo sabes?

—¿Seguirá enamorada del difunto, Mike?

—No lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas?

—Porque debería ser ella la que me tendría que haber hablado del bueno de Sam.

—Mira, no hace mucho tiempo me diste un buen consejo cuando Jenny me estaba volviendo loco...

—No es lo mismo —le interrumpió Sean. Mike había estado enamorado de Jenny, él sentía deseo por Kate. Había una gran diferencia.

—Cierto, pero el hecho es que me dijiste que debía hablar con ella, aclararlo todo, y tenías razón. ¿Por qué no sigues tu propio consejo? Habla con ella, Sean. Por el amor de Dios, vais a tener una hija juntos. ¿No crees que deberías solucionar esto?

—Sí, claro, pero la pregunta es cómo —se levantó del sillón y echó a caminar otra vez—. Mira, ahora mismo no tengo tiempo para esto. La semana que viene tenemos el gran lanzamiento, y aún nos quedan un millón de detalles por pulir.

—Ya.

—Aún estamos con los borradores para Dragon's Tears y sale en diciembre. Tenemos que terminar...

—Ya.

Sean se detuvo en seco y miró a su hermano.

—Vamos, dime qué estás pensando.

Mike se acercó a él.

—Siempre hemos tenido algún lanzamiento en la recámara y, con suerte, lo seguiremos teniendo durante los próximos cincuenta años. Pero también tienes una vida, Sean, y a veces tienes que sacar tiempo para ella.

—Sacar tiempo.

—Sí. Has traído a Kate aquí. Aprovecha y averigua qué quieres, después ve a por ello y deja de marearme.

Sean se rio y sacudió la cabeza.

—Vaya, ha sido un discurso conmovedor. De acuerdo. Hablando de sacar algo de tiempo, no vendré a trabajar mañana.

—Bien. Y antes de volver, mejora tu actitud, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré.

Unas horas más tarde, Kate estaba sentada frente a Sean en el restaurante más elegante que había visto en su vida.

Se colocó la servilleta sobre el vestido negro que estrenaba y miró al guapísimo hombre que tenía delante. Ataviado con vaqueros y camisa, era complicado resistirse a Sean, pero con un traje negro y una corbata azul zafiro resultaba impresionante. Parecía como si hubiera nacido para

frecuentar lugares como ese, y de hecho se le veía tan cómodo en esa exquisita atmósfera como inquieta se sentía Kate.

Razón de más para saber que amarlo no le traería más que problemas.

–Estás preciosa.

–Gracias.

Había habido cierta tensión entre los dos durante todo el día. Era como si estuvieran siendo cautos y midiendo y sopesando mucho cada palabra mientras que lo que se callaban quedaba pendiendo entre los dos como un campo de minas.

–¿Qué te parece California?

Ella le sonrió.

–Lo que he visto es precioso. Me encantan las vistas que hay desde tu terraza.

–Por eso lo compré. Me gusta ver el océano cuando me levanto.

–¿Puedes verlo desde tu dormitorio?

Él enarcó una ceja.

–Si te hubieras venido conmigo anoche, podrías haberlo descubierto por ti misma esta mañana.

–No me invitaste.

–No necesitas invitación y lo sabes.

Si hubiera ido a su habitación la noche anterior, las vistas habrían sido lo último que le habría interesado.

–La verdad es que es la segunda vez que estoy en California. Aunque, claro, la primera vez tenía diez años y mis padres me llevaron a Disneylandia.

Sean sonrió y la sonrisa se le reflejó en los ojos.

–Todos los niños deberían tener la oportunidad de ir allí.

–Seguro que tú ibas mucho.

–La verdad es que no. A mis padres les gustaba más salir de acampada y explorar que los parques temáticos.

–Pues esta noche no tienes pinta de campista.

–Y tú no tienes pinta de ser una contratista que lleva un cinturón de herramientas como otras mujeres llevan diamantes.

–Pero esa soy yo. Los lugares como este no forman parte de mi vida.

–Podrían hacerlo.

—No es que haya muchos restaurantes de cinco tenedores en un pueblecito de Wyoming —se le empezó a acelerar el pulso, pero lo controló a tiempo. Su vida no estaba allí en California. Ni siquiera aunque sucediera un milagro y Sean y ella encontraran el modo de hacer que las cosas funcionaran entre los dos, podría quedarse allí. Tenía un negocio, gente que dependía de ella y, además, quería criar a su hija en el lugar donde había crecido.

En un lugar con más árboles y menos gente y noches de verano en el jardín contemplando las estrellas. Con picnics por el Cuatro de Julio y muñecos de nieve y patinaje sobre hielo en invierno. En un lugar con pequeñas escuelas y grandes sueños. Quería eso para su hija y sabía que no podría encontrarlo en California.

Él la observaba con atención.

—Me estás mirando otra vez.

—Me gustan las vistas —contestó Sean antes de dar un sorbo de café.

—Ya estás otra vez rezumando encanto —dijo Kate con una sonrisa—. Me preguntaba si volvería a verlo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que nunca te había visto tan callado como en estos dos últimos días.

Él bajó la mirada a su vientre deliberadamente.

—Últimamente tengo mucho en lo que pensar.

—En eso tienes razón —respondió ella, y decidió cambiar de tema, pasar a un asunto menos cargado de emociones que ninguno de los dos quería compartir—. Bueno, ¿sueles venir mucho aquí a celebrar cenas de negocios?

Él sonrió y los ojos se le iluminaron con el brillo de las velas.

—La verdad es que no.

—Pero me has traído aquí. ¿Por qué?

—¿Es que no te ha gustado la cena?

—Ha sido maravillosa, pero eso no responde a mi pregunta.

—Pues la respuesta es muy sencilla. Simplemente quería llevarte a un sitio bonito —se levantó y se le acercó para ayudarla a levantarse—. Y ahora, quiero enseñarte otra cosa.

Cuando ella le dio la mano, sintió la corriente que siempre le recorría cuando Sean la tocaba. ¿Cómo podría vivir sin sentir eso cada día? ¿Se pasaría el resto de su vida echándolo de menos?

—¿Adónde vamos?

–Es un secreto. Te gustan los secretos, ¿verdad, Kate?

Condujeron por la costa en el Porsche. A su derecha, el océano resplandecía bajo la luz de la luna; a su izquierda, observaba al hombre que con su encanto y su sonrisa la había atraído y desestabilizado.

–¿Ahora quién está mirando a quién?

–Solo intento averiguar qué piensas.

Él se rio.

–No soy tan profundo, Kate. No tienes que esforzarte tanto.

–No tendría ni que intentarlo si me dijeras qué está pasando.

–No hace ninguna gracia no saber lo que está pasando, ¿verdad?

Ella se mordió el labio para contenerse y no responder. ¿No se había disculpado ya por no haberle contado lo del bebé?

No dijo nada más mientras Sean hacía un giro a la derecha junto al cartel que anunciaba un mirador. Bajaron del coche y él la llevó de la mano hasta la baranda blanca situada en el borde del precipicio.

–Este es uno de mis lugares favoritos. Solía venir aquí cuando tuve mi primer coche. Me sentaba en el capó y me quedaba contemplando el mar durante horas.

–Es precioso.

–Sí. Cuando el cielo está despejado, se puede ver toda la costa y a veces incluso se puede ver Catalina. En las noches de niebla parece una imagen salida de un sueño. Aunque la mayoría de noches son como esta y desde aquí las luces de la ciudad no parecen tan brillantes, tan fuertes.

Mientras lo escuchaba, Kate lo imaginaba de adolescente, allí en la oscuridad, contemplando el mundo. ¿No había hecho ella lo mismo cuando de niña iba al lago y veía la luna y las estrellas danzar sobre la superficie del agua?

–Son muchas más luces de las que estoy acostumbrada a ver de noche.

–Tú también tienes luces, se llaman estrellas. Nunca he visto tantas, y eso que he acampado incluso en el desierto.

–Es verdad –alzó la mirada y vio solo un cuarto de las estrellas que habría visto en casa. Allí había demasiadas luces como para dejar que el cielo brillara como debía.

Se estremeció ligeramente por el viento y se asomó para ver el fondo del precipicio, donde las olas chocaban con fuerza contra las rocas.

–¿Tienes frío?

–Un poco –mucho, en realidad. Aunque cuando Sean la rodeó con su brazo y la llevó contra sí, el frío quedó solo en un lejano recuerdo.

–Cuando era pequeño venía aquí y nadie sabía dónde estaba. Este lugar era mi secreto.

–No dejas de hablar de secretos. ¿Por qué, Sean?

–¿Por qué no me dijiste que estuviste casada? ¿Que tu marido había muerto?

OceanofPDF.com

Capítulo Nueve

Kate sintió como si los pulmones se le hubieran quedado sin aire. Su padre. Cerró los ojos por un instante al darse cuenta de que su padre debía de haberle hablado de Sam.

Se lo tendría que haber imaginado. Tendría que haberse anticipado a ello. A Harry Baker no le hacía ninguna gracia que su hija embarazada estuviera soltera, y seguro que había hecho lo posible por convencer al padre de su nieta de qué sería «lo correcto».

Ahora el brazo de Sean le parecía una jaula que la encerraba donde no quería estar. Necesitaba un poco de espacio, de aire.

–Suéltame.

–No. Habla conmigo.

–¿De qué? Al parecer, mi padre ya te lo ha contado todo.

–No todo –respondió Sean sujetándola contra él–. No me supo decir por qué me ocultaste lo de Sam.

–Porque mi matrimonio no tenía nada que ver con lo que pasó entre los dos.

–¿Eso es lo que crees?

Cuando Sean le sujetó la barbilla para que lo mirara a los ojos, en ellos vio rabia, pero también una sorprendente capa de dolor y pesar.

–¿Y cuándo se suponía que tenía que habértelo dicho, Sean? ¿Antes del sexo o directamente después?

–No fue solo sexo, Kate. Lo que pasó entre nosotros fue más que eso y deberías habérmelo contado.

–¿Y en qué momento podría haberlo mencionado, Sean? Bueno, ya sé: «Ayúdame a arrancar la moqueta de la escaleras y, por cierto, ¿te he dicho ya que soy viuda?» –lo empujó–. Suéltame de una vez.

Él la soltó y Kate se alejó unos pasos. Sean no se movió.

–Yo no hablo de Sam, no lo hablo con nadie. Se ha ido, ya está, y cuando murió, una parte de mí murió también con él.

—Kate...

—¡No!

¿Por qué tenía que amarlo? Perder a Sam le había hecho mucho daño y sabía que perder a Sean sería mucho peor, no solo porque lo que sentía por él iba mucho más allá de lo que había sentido por su marido, sino porque, si lo perdía, sabría que él seguía viviendo, aunque sin ella.

—Querías oírlo, así que calla y escucha —tomó aire y dijo—: Éramos felices. Sam era un hombre dulce con una sonrisa amable y un gran corazón. Llevábamos casados un par de años y estábamos hablando de formar una familia, pero tuvo un accidente en la obra y murió. Hace dos años. Y cuando murió, mis sueños de tener hijos, de formar mi propia familia, murieron con él.

—Hasta que descubriste que estabas embarazada —añadió él.

—Sí. Este bebé es un milagro para mí, Sean. Los sueños que dejé morir vuelven a estar vivos gracias a ella.

—Por eso no me lo dijiste —dijo Sean acercándose a ella—. Si no me decías que era mi hija, podías fingir que era el bebé de Sam.

Kate echó la cabeza atrás como si la hubieran abofeteado. Contuvo las lágrimas. Sí, era cierto. Había fingido que el bebé que llevaba dentro era el hijo que Sam y ella tanto habían deseado. No había querido implicar a Sean porque lo suyo había sido pasajero, no podía haber esperado nada de él.

Pero lo cierto era que no había sido algo pasajero, y eso era lo que la aterraba.

Aquellos días atrapados por la nieve le habían abierto el corazón, la mente y el alma. Él había tocado lugares de su interior a los que nadie había accedido, y eso la asustaba. La asustaba tanto que había encontrado el modo de evitar volver a verlo.

Quería negarlo, quería decirle que se equivocaba. La verdad era dura, pero mentir no solucionaría nada.

—Tienes razón, Sean. Intenté fingir que este bebé era de Sam. Lo que sentimos e hicimos los días que estuvimos juntos se salió tanto de mi vida normal que tuve que encontrar un modo de protegerme. Además, hiciste hincapié en el hecho de no querer tener familia y pensé que no debía implicarte. Supongo que me equivoqué. Debería habértelo dicho.

—Sí, deberías. Pero hay cosas difíciles de hablar y de recordar.

¿Seguía hablando de ella o él también guardaba secretos?

–¿Aún lo quieres?

–¿Qué?

–A Sam –le dijo mirándola fijamente–. ¿Aún lo quieres?

–Siempre lo querré, Sean. Fue mi marido y murió. No es algo que pueda olvidar e ignorar.

Kate había querido a Sam como a un dulce primer amor y siempre atesoraría esos recuerdos, pero lo que sentía por Sean era mucho más profundo, más intenso, imposible de comparar. Sam había sido tan suave y delicado como el brillo de una vela; Sean era el mismísimo sol. Un sol que podía abrasarla si se acercaba demasiado y del que, aun así, no se veía capaz de alejarse.

Cuando Sean se acercó más, ella tembló, y no fue por el viento con aroma a mar. Fue el calor de su mirada lo que la hizo reaccionar así. Lo amaba y sabía que no debía hacerlo. Sabía que tenía que detener ese sentimiento.

Él posó las manos en su cintura y susurró:

–¿En quién piensas cuando te beso, Kate? ¿En Sam o en mí?

Ella le acarició una mejilla y le dijo la verdad.

–¿No lo sabes? ¿No lo sientes cuando me tocas? En ti, Sean. Solo pienso en ti.

–Buena respuesta –murmuró él antes de besarla.

Kate se dejó arrastrar por el beso y dejó que el frío viento la envolviera para hacer frente al calor que irradiaba del cuerpo de Sean.

Sus brazos eran como hierro y su corazón latía con fuerza contra ella. Su sabor la llenaba y se rindió a él ignorando las preocupaciones y los miedos que la asaltaban. El presente era lo único que importaba. Lo único que tenía.

Despertarse con Kate recostada en su pecho no le produjo la más mínima sensación de pánico, y Sean pensó que tal vez eso debería preocuparle. Ninguna mujer se había quedado nunca a dormir con él y no solía llevarlas a su casa. Ese piso había sido como un santuario para él. Sin embargo, durante la última semana lo había compartido con Kate y... se había sentido bien.

Ella despertó lentamente, deslizó el pie por su pierna y Sean pasó de sentirse saciado a hambriento en un instante. Kate lo miró y le sonrió.

–Buenos días.

–Y mejoran a cada segundo que pasa –respondió él sonriendo.

La tendió boca arriba y la miró a los ojos mientras le acariciaba el cuerpo volviendo a recorrer cada línea que ya conocía y disfrutando de las nuevas curvas provocadas por su abultado vientre. La besó ahí, sobre el corazón del bebé, y después la besó en la boca. Kate se arqueó hacia él y pronunció su nombre entre suspiros mientras sus caderas se mecían al ritmo de su mano. Cuando un delicado éxtasis se apoderó de ella, Sean le cubrió el cuerpo con el suyo y se adentró en ella, pudiendo sentir aún sus temblores de placer.

El alba salpicaba el cielo de tonos rosados, violetas y rojos mientras él se movía dentro de su cuerpo con una delicadeza que no había experimentado nunca antes. Ella le respondía con la misma dulzura, con suaves suspiros y susurros que tenían sentido solo cuando dos personas se convertían en una.

Sean la miró a los ojos y observó cómo el clímax se apoderaba de ella. Ella gimió su nombre y él hundió la cara en la curva de su cuello cuando su cuerpo se rindió y se vació en su interior. Y así permanecieron, unidos.

Unas horas más tarde fueron a la oficina. Mientras Sean hacía varias llamadas, Kate trabajaba con Jenny en el departamento artístico.

En los últimos días habían adoptado una rutina: desayunar en la terraza. Qué maravilla que Kate no solo supiera cocinar, sino que además disfrutara haciéndolo. Le gustaba ese momento que compartían por las mañanas, riendo, charlando. Nunca había disfrutado tanto de la compañía de una mujer. Era inteligente, creativa y la mujer más fuerte que había conocido nunca. Admiraba que no quisiera que la protegieran o le dijeran lo que debía hacer y que no tuviera ningún problema en plantarle cara y decírselo. Había perdido a su marido y, en lugar de quedarse parada compadeciéndose de sí misma, había convertido su empresa de construcción en un negocio próspero y ahora estaba decidida a criar a su hija sola... aunque eso él no lo toleraría.

Sean frunció el ceño y giró la mirada hacia el jardín. Celtic Knot había visto muchos cambios en los últimos años: Brady estaba casado, vivía en Irlanda y era padre de un niño. Mike se había casado, estaba a punto de

convertirse en padre de un niño y dejaba que su mujer lo llevara de un lado a otro en busca de una casa nueva.

—¿Y yo? —se preguntó en voz alta—. Voy a tener una hija con mi amante, que ya ha empezado a hablar de volver a Wyoming.

La notaba inquieta y sabía que estaba preparada para volver a casa y al trabajo. Lo que no sabía era cómo podría vivir él cuando se marchara y cada rincón de su piso le recordara a ella. No podría sentarse en la terraza sin pensar en tortitas caseras y en besos con sabor a sirope.

No, de ningún modo. Él se ganaba la vida negociando con gente, solucionando problemas y saliéndose siempre con la suya. No saldría perdiendo en esta situación. No, cuando Kate era más importante que cualquier otro reto al que se hubiera enfrentado.

Quería a Kate Wells. Quería a su hija y no las perdería a ninguna de las dos.

Kate disfrutaba de la atmósfera que se respiraba en el departamento de arte, con todo el mundo esforzándose para hacer el mejor trabajo posible. Le recordaba al modo en que su gente y ella trabajaban en las obras. Y también admiraba la creatividad del equipo y le había resultado fascinante ver cómo esa gente había pasado la última semana convirtiendo mitos en realidad.

—Nunca me había imaginado cuánto trabajo supone crear un videojuego.

—Créeme —le dijo Jenny con una sonrisa—, te entiendo. Cuando empecé a trabajar aquí me sentí abrumada por el trabajo tan minucioso que conlleva, pero ahora me encanta —se recostó en la silla y posó una mano sobre su barriga.

Kate hizo lo mismo y pensó en lo agradable que era compartir con una amiga lo que estaba sintiendo. Salían de cuentas con pocas semanas de diferencia y durante la última semana habían creado un estrecho vínculo.

—¿Lo tuyo es un niño, verdad?

—Sí. Mike está emocionado, es adorable. Aunque seguro que me entiendes, porque Sean está muy ilusionado por tener una hija. Le he oído decirle a Mike que su niña algún día será la primera mujer lanzadora en las grandes ligas de béisbol.

Kate sonrió. Que deseara a su hija tanto como ella le alegraba, pero también le preocupaba.

Durante la última semana se había sentido como si los dos hubieran estado jugando a las casitas: durmiendo acurrucados, despertando juntos, desayunando en la terraza, hablando de cómo les había ido el día durante la cena. Ella había ido a la playa a verlo surfear y se había sentido como una adolescente esperando a que su novio saliera del agua para tumbarse en la arena juntos. Habían pasado cada noche haciendo el amor en la enorme cama con vistas al océano, y cada mañana había despertado con sus besos.

¿Cómo iba a marcharse a casa y fingir que no echaría de menos todo eso? ¿Que no lo echaría de menos a él?

Pero tenía que marcharse. Pronto. Su cuadrilla la necesitaba, tenía una casa y una vida a las que volver. Sin embargo, sabía que en cuanto mencionara el asunto, provocaría una discusión.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó de pronto a Jenny—. ¿Cómo puedes sobrellevar estar con un hombre que está tan seguro de sí mismo todo el tiempo?

Jenny se rio y dijo:

—Bueno, a veces no es fácil, pero nunca resulta aburrido estar con un Ryan.

—¿Y discutís mucho? No es que quiera ser entrometida, pero es que Sean y yo sí que solemos discutir. ¡Es tan cabezota!

Jenny soltó una carcajada.

—Nuestras discusiones son legendarias. Cuando empezamos, todo el mundo se pone a cubierto. Mike tiene la cabeza más dura que una roca y yo soy igual, así que cuando no nos ponemos de acuerdo, armamos una buena. Pero, claro, merece la pena porque luego hacemos las paces —añadió con un suspiro de ensoñación.

Era curioso que Sam y ella nunca hubieran discutido. Provenían del mismo lugar, habían querido las mismas cosas y había sido muy fácil estar con él. Pero si tenía que ser sincera, debía admitir que las chispas que saltaban entre Sean y ella eran parte de lo que hacía que estar con él fuera tan excitante.

—Kate. Sé que no es asunto mío, pero ¿tienes pensado quedarte con Sean?

No, no podía quedarse. Su vida estaba en Wyoming. Tenía que volver a su vida real y cuanto antes mejor, por el bien de los dos. Mirando a Jenny,

respondió:

—No. Me marchó a casa. Mañana.

Y ahora tenía que decírselo a Sean.

Esa noche salieron a cenar, fueron a un concierto en el parque y después pasearon de vuelta al ático. Sean llevaba planeándolo todo el día y sabía que solo había un modo de solucionar la situación. Lo único que tenía que hacer era convencerla de que él tenía razón.

Durante la última semana Kate no solo había provocado cambios en él, sino que además había hecho cambios en su casa. Ahora había jarrones llenos de flores frescas, fruta en una bandeja sobre la encimera y el aroma a galletas de chocolate que había hecho la noche anterior aún perduraba. El sello de Kate estaba por todo el lugar, y también en él.

—¿Quieres una galleta? —le preguntó ella dirigiéndose a la cocina.

—No, quiero hablar contigo —respondió Sean agarrándola de la mano y llevándola hacia sí.

—De acuerdo, porque yo también tengo que hablar contigo.

—Bueno, en condiciones normales diría que las mujeres primero, ya que mi madre me daría una paliza si no lo hiciera —le sonrió—, pero llevo pensando en esto todo el día y quiero decirlo de una vez.

Ella sonrió.

—De acuerdo. ¿Qué pasa?

—He pensado mucho en nuestra situación —dijo ahora acariciándole los hombros— y creo que tengo la solución.

—Sean...

—No, deja que termine. Kate, nos llevamos estupendamente. Tenemos un sexo increíble y vamos a tener un bebé juntos. Creo que sabes que solo hay una respuesta correcta para esto. Cástate conmigo.

La había sorprendido, pudo verlo. Pero lo que no pudo ver en su expresión fue ni emoción ni placer. Vio pesar, y eso hizo que un intenso frío se apoderara de su corazón.

—No.

—¿No? ¿Eso es todo?

—No quieres casarte conmigo, Sean.

—Pues yo creo que sí, ya que soy yo el que lo ha propuesto.

—Ya he estado casada antes y no quiero volver a correr el riesgo de sufrir.

—No tienes por qué sufrir. No estoy hablando de amor. Un matrimonio basado en la necesidad mutua es seguro. Ninguno arriesga más de lo que está dispuesto a perder. Es la solución perfecta, Kate. Lo sabes.

—No necesito que cuides de mí, Sean. Sé cuidar de mí misma, así que ¿por qué iba a casarme contigo?

Se quedó frío por dentro. No lo necesitaba, al igual que Adrianna.

—Además, mi vida está en Wyoming y la tuya está aquí. No puedo renunciar a las montañas y cambiarlas por multitudes y tráfico, y sé que tú no quieres alejarte del mar, así que no funcionará. Te agradezco la oferta, pero...

—Ahórrate tu agradecimiento. Además, ¿qué hacemos con el bebé?

—Te prometo que te informaré regularmente sobre cómo está —le dijo ella mirándolo fijamente—. Y tampoco intentaré alejarla de ti.

—¿Y ya está? ¿Nos separamos y punto? —le preguntó rodeándole la cara con las manos.

—Nunca estaremos separados del todo —respondió ella posando las manos sobre las suyas—. Siempre compartiremos una hija.

Sin embargo, lo intentaría una vez más. Tenía que luchar por lo que quería.

—No es suficiente. Estamos bien juntos y lo sabes, Kate.

—Sí —le contestó, y retrocedió un paso—. Pero eres un peligro para mi corazón, Sean, y no quiero correr ningún riesgo otra vez.

—Nadie ha dicho nada de amor aquí, Kate —le importaba, por supuesto, y era la madre de su hija, pero no la amaba.

—Lo digo yo, Sean. He cometido el error de enamorarme de ti y ahora tengo que marcharme para poder superarlo.

—¿Qué? —preguntó. Por un segundo todo su mundo se sacudió.

—Te quiero, Sean. Me quise resistir, aunque resulta que eres tan encantador como decías. Pero no puedo estar enamorada, Sean. No me lo voy a permitir. Así que no puedo casarme contigo.

No se casaría con él, pero lo quería. ¿Qué significaba eso? Sean dio un paso atrás, tanto física como mentalmente. Pensó en cómo había cambiado la vida de su hermano en cuanto había admitido querer a Jenny, en cómo había dejado de tener una mesa de billar en su salón. Pensó en Brady, que había renunciado a su hogar para mudarse a Irlanda por amor. Pues bien, su

mundo era tal cual como le gustaba. Hacía lo que quería y cuando quería. Si eso lo convertía en un cretino egoísta, tendría que vivir con ello.

—Bueno, ¿y cuándo te marchas? —preguntó finalmente, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Mañana. Encontraré el mejor vuelo posible y...

—No seas ridícula, vuela en el avión de la empresa.

—No puedo...

—¡Maldita sea, Kate! —si no amaba a Kate, ¿por qué le enfurecía tanto que ella lo amara y quisiera «superarlo»?—

—No me grites.

—¡Pues entonces no digas estupideces! —contestó con furia—. Lo siento, lo siento. Vuela en el avión de empresa. No quiero tener que preocuparme por imaginarte en un avión abarrotado de extraños estornudando encima de ti y haciendo enfermar a mi hija.

A ella se le escapó una carcajada.

—De acuerdo. Gracias.

—De nada. Me llamarás cuando llegues a casa.

—¿Es una orden?

—Y tanto que lo es —le dijo antes de abrazarla. Y mientras lo hacía, fue consciente de que no quería dejarla marchar.

Capítulo Diez

Kate se marchó a la mañana siguiente con un beso y la promesa de mantener el contacto. Y Sean la dejó marchar. ¿Qué opción tenía? Había sido ella la que había metido el amor en su relación mientras que él había buscado un simple acuerdo entre dos amantes, entre los padres de una niña que ambos deseaban. ¿Qué tenía que ver el amor con todo eso?

Que Kate se marchara sería para bien, se dijo, aunque no lo sintiera en ese momento. Pero en lugar de pensar demasiado en ella o pasar demasiado tiempo en un piso vacío, decidió centrarse en el lanzamiento del nuevo juego.

Hasta el momento, The Wild Hunt estaba siendo su mayor éxito. Pasó horas y horas cada día al teléfono, creando nuevos contactos y negociando nuevos tratos con antiguos clientes, y cuando llegaron los primeros informes de ventas, Mike y él hicieron una videollamada a Irlanda para que los tres socios pudieran hablar de las últimas noticias.

–Las cifras europeas son increíbles –les dijo Brady con una amplia sonrisa–. Tenemos más pedidos de los que podemos abarcar. He encargado una segunda remesa a la empresa distribuidora para que podamos aprovecharnos del tirón del juego.

–Buena idea –dijo Sean.

–Y creo que deberíamos contratar otra distribuidora más antes de que lancemos Dragon’s Tears en Navidad para no volver a quedarnos cortos.

–Tiene sentido –respondió Sean mirando a Mike–. Ya que aquí hemos tenido el mismo problema para cubrir todos los pedidos, he estado buscando distribuidoras nuevas. Esta semana voy a ir a Montana a ver una.

–Montana. ¿No está cerca de Wyoming? –preguntó Brady.

–Sí –respondió Mike–. Y no. No va a pasar a ver a Kate.

–¿Y por qué no? Va a tener una hija tuya, idiota.

–Gracias por el apoyo, chicos, pero creo que puedo ocuparme de mi vida, gracias.

–Pues a mí no me lo parece –murmuró Mike.

–A mí tampoco –apuntó Brady–. ¿Es que no has aprendido nada viéndonos estropearlo todo a Mike y a mí?

–Sí, he aprendido que estar enamorado es como una patada en el culo –dijo Sean, y dio un trago de cerveza.

Era tarde y en la oficina solo quedaban ellos. Pronto Mike volvería a casa con Jenny y él estaría solo. Y así era como le gustaba.

–Pues querer a Jenny es lo mejor que he hecho nunca –dijo Mike.

–¿Ah, sí? ¿Cuántas veces te has quejado por haber perdido tu mesa de billar? ¿Y cuántas casas te ha hecho visitar Jenny esta semana?

Mike suspiró.

–Ocho. Y tendré una mesa de billar nueva cuando por fin se decida por una casa.

Sean resopló.

–¿Y tú? –preguntó dirigiéndose a Brady–. Te mudaste a Irlanda por tu mujer.

–La mejor mudanza que he hecho en mi vida.

A Sean no lo convencían.

–Jenny me ha dicho que ha hablado con Kate esta mañana.

–¿Por qué? ¿Va todo bien? –le preguntó Sean al instante, preocupado.

–¿Lo has visto? –le preguntó Mike a Brady–. Sí, Sean, ya veo que no te importa Kate.

–Nunca he dicho que no me importe. He dicho que no la quiero.

–Eso véndeselo a otro que te lo quiera comprar –contestó Brady con sarcasmo.

–Bueno, tú solo dime qué quería cuando ha llamado a Jenny.

–No lo sé. Algo sobre que la niña se mueve mucho y quería saber si a Jenny le pasaba lo mismo.

La niña se movía mucho y él no estaba allí para experimentarlo. Pensarlo le removió por dentro. Le había pedido que se casara con él cuando nunca había querido casarse con nadie. Ella llevaba cuatro semanas fuera y echarla de menos ya se había convertido en parte de su vida. Aún no podía entrar en casa sin verla, sin olerla, sin desearla.

Apretó los dientes y dijo:

–La llamaré mañana para ver cómo está.

–Sí, eso, hazle una llamada a la madre de tu hija. Buena idea.

–¿Por qué te pones así conmigo? –le preguntó Sean a su hermano.

–Porque estás siendo un idiota y me pone enfermo.

–A mí también –señaló Brady desde Irlanda.

–Gracias. No hay nada como que te insulten a larga distancia.

–¿Qué quieres? –Mike dio un golpe en la mesa–. Lleva fuera un mes y estás más insoportable que nunca.

Sean respiró hondo. Tal vez su hermano tenía razón, pero tampoco es que fuera fácil soportarlo a él la mayoría del tiempo.

–Mira, Kate tenía que volver a casa. Tiene trabajo. Yo trabajo aquí. No es para tanto.

¿Habrían captado la enorme mentira que había dicho? Oír a Kate decir que no lo necesitaba lo había afectado mucho y, aunque lo superaría y asumiría que no lo quería a su lado, no pensaba alejarse de su hija. Nada lo mantendría alejado de la niña. Ni siquiera su madre.

–Entonces, vas a dejar que sea ella la que tome la decisión.

–Es mi vida, es asunto mío. No os metáis.

–Muy bien –Mike se encogió de hombros–. No hay cura para los idiotas –añadió dirigiéndose a Brady.

–Eso he oído –contestó su amigo antes de cambiar de tema–. Bueno, ya nos están haciendo encargos para el juego de Navidad. Los jugadores ni siquiera han terminado con The Wild Hunt y ya están hablando del siguiente videojuego.

–Es genial –apuntó Mike–. Sean, ¿qué nos puedes contar de esa nueva distribuidora?

Sean sacó sus notas y se volcó en el trabajo, porque pensar en Kate lo volvería loco.

Kate llevaba dos meses en Wyoming y aún se despertaba alargando el brazo sobre el colchón en busca de Sean. Comenzar cada día con decepción y tristeza le estaba pasando factura. Estaba cansada todo el tiempo y cada día se iba acercando más el momento del parto y de conocer a su bebé, y Sean no estaría con ella.

Debería haber estado viviendo toda la experiencia a su lado. Cada vez que la niña le daba una patada, pensaba «Sean debería sentirlo». Cuando montó la cuna que había comprado pensó en lo mucho que se habrían

divertido si Sean la hubiera ayudado porque, aunque sus habilidades con las herramientas no eran brillantes, habrían estado juntos haciendo algo por su hija.

La pena la invadía.

Las llamadas y las videollamadas no eran suficiente, porque verlo, oírlo, solo hacía que lo echara en falta más aún. Molly hacía lo que podía por distraerla, Harry estaba preocupado y pendiente y su cuadrilla había asumido más trabajo, ya que ella no estaba siendo muy productiva en el momento.

La familiar sinfonía de herramientas eléctricas y gritos la recibió cuando entró en el hotel. Ya estaba casi terminado y los chicos estaban dando los últimos retoques y trabajando en las cabañas. Al salir al porche y verlas sonrió. Parecían sacadas de un bosque encantado, con sus tejados curvados, puertas arqueadas y ventanas redondas. Los detalles estaban cobrando vida haciendo que cada cabaña resultara distinta. Su favorita era la azul zafiro con la puerta verde esmeralda. Cada una tenía incluso una diminuta chimenea. Era un lugar mágico y deseaba que Sean hubiera estado allí para verlo todo.

Cuando le sonó el teléfono indicándole una videollamada, el corazón le dio un brinco e incluso la bebé le dio una patadita como si supiera que su papá las estaba llamando. ¿Habría sentido la pequeña que Kate estaba pensando en él?

–Sean, hola –qué guapo estaba... ¡Y qué lejos!

–¿Qué tal, Kate?

Estaba en su despacho, en el mismo donde habían compartido una pizza una noche y donde la había sentado sobre su regazo mientras respondía a las llamadas. Se le encogió el corazón y suspiró ante los recuerdos.

–Todo bien –respondió forzando una sonrisa–. Casi hemos terminado con el hotel, solo quedan algunos detalles, y ahora la cuadrilla está centrada en las cabañas, que están maravillosas.

–¿Sí? –preguntó él con una media sonrisa.

Una sonrisa que ella deseaba besar.

–Míralo por ti mismo –giró el teléfono y lo movió lentamente, captando la imagen de cuatro de las cabañas, que parecían pequeñas joyas entre los árboles.

–Excelentes, Kate. De verdad –respondió Sean cuando se estuvieron mirando de nuevo. Se pasó la mano por la nuca y ella casi esbozó una sonrisa al ver el gesto; era lo que hacía siempre que estaba nervioso. Le alegró saber que para él tampoco era fácil verse así–. Quería decirte que vamos a mandar a un par de diseñadores para las ilustraciones de las paredes.

–Genial. ¿Tú también vienes? –preguntó de pronto esperanzada.

–No. Durante las dos próximas semanas tengo reuniones que no puedo aplazar.

–De acuerdo –asintió y volvió a sonreír–. ¿Cuándo llegarán?

–Durante la semana que viene. Se instalarán en un par de habitaciones del hotel y harán el trabajo lo más rápido posible.

–Entonces, les traeré provisiones.

–Sería estupendo, gracias –y bajando la voz, añadió–: ¿Cómo estás, Kate?

–Estoy bien –respondió alzando la barbilla y negándose a rendirse ante la dolorosa soledad que se apoderaba de ella–. Ayer fui al médico. Dice que la niña está perfectamente sana y creciendo lo debido.

–Bien. Me alegro. Por cierto, Jenny dice que su bebé no deja de moverse. ¿La nuestra también?

Kate contuvo las lágrimas. Él debería estar allí, se dijo, sintiendo cada patadita y cada movimiento. Tal vez debería haber aceptado la propuesta de matrimonio. Sin embargo, por otro lado, sabía que había hecho lo correcto porque lo amaba, pero él no sentía lo mismo.

–Sí. Ayer se pasó la noche dando brincos. Apenas pude dormir.

–Pues eso no será bueno. Tienes que descansar, Kate...

–Me estoy cuidando, Sean –lo interrumpió–. Todo va bien. Estamos bien. ¿Y qué tal va todo por allí? ¿El juego se sigue vendiendo bien?

–Mejor que ningún otro, de momento –respondió él, aunque sin ilusión en la mirada.

–Bueno, me alegro.

–¡Kate!

Ella alzó la mirada hacia uno de los obreros, que la llamaba desde una cabaña.

–Sean, lo siento, te tengo que dejar. Lilah quiere consultarme algo de una cabaña.

–Sí, yo también tengo que colgar. Mira, te llamo dentro de un día o dos, ¿vale? Y ten cuidado.

–No te preocupes. Cuídate tú también, Sean –y contuvo las ganas de tocar la pantalla, como si así pudiera acariciarle la mejilla.

Dos semanas más tarde, Sean estaba trabajando en el despacho cuando Mike asomó la cabeza por la puerta y gritó:

–¡Jenny está en el hospital!

Sean se levantó de un salto.

–Yo conduzco.

Ya una vez en la carretera, mientras adelantaba coches como si fuera un piloto compitiendo en Indianápolis, preguntó:

–¿Qué ha pasado?

–Estaba de compras y ha empezado a encontrarse mal. Dice que ha empezado a sangrar y el médico le ha dicho que fuera al hospital. Por Dios, Sean, no podría vivir sin Jenny y sin el bebé.

–No los vas a perder –dijo Sean rezando por no equivocarse.

–Debería haber ido a comprar con ella. Estaba ocupado y tan harto de buscar el sofá perfecto que le he dicho que no. La he dejado ir sola. Qué idiota, ¿en qué estaba pensando?

–Estabas pensando que estaría perfectamente bien comprando sola. No es culpa tuya, Mike.

Sean también estaba aterrado, pero se controló y habló para intentar calmar a su hermano.

–No podías haberlo sabido, Mike. Ayer mismo fue al médico y todo iba bien.

–Bueno, pues ahora no. ¿No puedes ir más deprisa?

Sean pisó el acelerador. Mientras conducía como un loco, Mike llamó a sus padres y a Hank y Betty, el tío de Jenny y su nueva esposa. Necesitaba a la familia.

Sean se saltó semáforos en ámbar y por fin llegaron al hospital. Apenas había parado el coche cuando Mike ya estaba corriendo hacia la sala de urgencias. Unos minutos después, con el coche ya aparcado, entró y buscó a su hermano, rezando por que todo fuera bien. Lo vio en admisión antes de que se lo llevaran y él se quedó allí, en la sala de espera. Mike salió de vez

en cuando para informarle de que estaban esperando al médico de Jenny y evitar así que se volviera loco por la falta de información. Al rato llegaron Jack y Peggy Ryan y, tras abrazarse, se sentaron en las sillas más incómodas del mundo.

Pero él no podía estar sentado. No podía estarse quieto. Caminaba de un lado a otro hasta que su madre le pidió que saliera a la calle porque le estaba levantando dolor de cabeza. Y así lo hizo, aunque tampoco encontró paz, ya que unos minutos después llegaron los tíos de Jenny pidiéndole información.

Y mientras esperaba preocupado por su hermano y su cuñada, no dejaba de pensar en Kate ni un minuto. ¿Y si le pasaba eso a ella? ¿Y si le estaba ocultando algo y no estaba tan bien como le había dicho? ¿Y si había problemas con el bebé? ¿Cómo iba a enterarse? Entró de nuevo en la sala, donde su madre y Betty susurraban agarradas de la mano y Hank y Jack estaban sentados como si estuvieran petrificados.

Y en medio de esa violenta tormenta que le ocupaba la mente se dio cuenta de que eso era amor. Las familias reuniéndose en un momento de crisis. Apoyándose unos en otros. Estando cerca. Su corazón se abrió, dejando escapar un calor que le recorrió las venas. Miró a sus padres, que habían superado muchos problemas y habían resurgido siendo más fuertes aún. Y también estaba Betty, que había sido la asistente de hogar de Hank durante años hasta que un día se habían dado cuenta de que lo que los mantenía unidos era el amor. Sí, Brady se había mudado a Irlanda, pero le encantaba. Y Mike había perdido su mesa de billar, pero a cambio tenía una mujer con la que compartir su vida.

El amor no estropeaba nada, florecía y crecía enriqueciendo las vidas. Y a él deberían haberlo declarado demente por intentar ignorar que amaba a Kate. Por ignorar que la había amado antes y que la amaba ahora.

Alguien sollozó en la sala de espera y el sonido le recorrió la espalda como si fuera un calambre. Kate. Su nombre resonaba en su mente. Los dos meses que había estado sin ella habían sido los más largos y solitarios de su vida.

—Es mentira que no me necesite —murmuró para sí—. Claro que me necesita. Tanto como yo a ella. Y se lo voy a decir en cuanto...

En ese momento Mike se dirigió corriendo hacia su familia.

—Está bien y también el bebé —dijo, y al instante Peggy y Betty se echaron a llorar—. El doctor dice que ha estado moviéndose demasiado y levantando demasiado peso, que es justo lo que yo le he estado diciendo, ¿pero a mí quién me escucha?

Estaba sonriendo mientras se quejaba y Sean pudo ver el alivio en su rostro.

—Me la podré llevar a casa en un par de horas, así que podéis venir a verla si queréis.

—Claro —le dijo Betty antes de darle un beso—. Dile que la queremos y que mañana iré a cuidarla.

—De acuerdo, gracias.

Peggy besó a su hijo y dijo:

—Yo iré con Betty y nos aseguraremos de que descanse.

—Gracias, mamá.

Cuando la familia se marchó, Mike se giró hacia Sean y suspiró.

—¿De verdad está bien?

—Sí. Me ha dado un susto de muerte, pero está bien. Pasa a saludarla.

Recorrieron el pasillo hasta llegar a una cama separada de las demás por una cortina. Mike la descorrió y allí estaba Jenny, recostada y sonriendo.

—Hola, Sean. Siento mucho haberos asustado.

—No te preocupes por nosotros —le apretó la mano con cariño—. ¿Estás bien?

—Estoy bien y el bebé también —respondió alargando la otra mano hacia Mike.

Mike le besó la mano a su mujer y a Sean se le cayó el alma a los pies por el miedo que había vivido su hermano.

—Bueno, ¿qué ha pasado?

—Al parecer, he pasado demasiado tiempo de pie últimamente y...

—¿No te lo había dicho? —la interrumpió Mike besándole la mano de nuevo.

—Sí, ya, ya, tenías razón. ¡Cómo odio admitirlo! —respondió ella riendo—. Bueno, el caso es que puedo irme a casa y solo tengo que tener los pies en alto más tiempo, tomarme las cosas con calma y dejar de pasarme el día explorando tiendas de antigüedades.

—¡Aleluya! —murmuró Mike.

—Cuánto me alegro, Jenny —Sean la besó en la frente—. Pero ahora, tranquila, y deja de asustar a la gente, ¿de acuerdo? Tengo que hablar con Mike un momento.

—No tengas prisa —le respondió sonriendo—, porque no va a dejar de decirme «te lo dije, te lo dije...».

Una vez fuera de la sala, su hermano le dijo:

—Nunca había estado tan asustado en mi vida. Si tener hijos es así, voy a ser un viejo antes de llegar a los cuarenta.

Sean le dio una palmada a su hermano en el hombro.

—Me alegro de que todo vaya bien.

—Gracias. Hoy has sido mi gran apoyo.

—Para eso estoy. ¿Necesitáis que os lleve a casa?

—No. El coche de Jenny está aquí. Estaremos bien.

—De acuerdo. Entonces me voy a hacer las maletas.

—¿Te vas de viaje?

—No. Me voy a casa. A Wyoming.

El final del verano en Wyoming portaba en el aire un toque del otoño que estaba por llegar y las nubes oscuras se acumulaban en lo alto de las montañas. Kate, cansada del calor y deseando que llegara el frío, avanzaba con cuidado por el bosque.

Seth y Billie, los diseñadores de Celtic Knot, habían terminado su trabajo en las cabañas y ahora estaban ocupados pintando a mano los murales del hotel. Con su cuadrilla ocupada en una obra en el pueblo, Kate quería echar un vistazo al cenador que habían instalado la semana anterior y que era tan original como las cabañas. Tenía forma hexagonal, dragones tallados en el tejado y unas vistas del lago que eran de ensueño. Subió los escalones y se sentó porque, a sus siete meses de embarazado, estaba cansada.

Pero más que cansada estaba triste. Alzando la cara al viento pensó en los días de invierno que había pasado allí con Sean y deseó tenerlo a su lado.

—¿Sabes? Acabo de darme cuenta de lo mucho que echo de menos este lugar.

Sobresaltada, se giró y encontró a Sean caminando hacia ella con paso decidido. Llevaba una camiseta y unos vaqueros negros. El viento le despeinaba y sus intensos ojos azules estaban clavados en ella con tanto

calor que apenas pudo respirar al verlos. Si era un sueño, no quería despertar.

Sean subió los escalones del cenador y miró a su alrededor.

—Dios, qué preciosa eres. Y cuánto he echado de menos alzar la mirada y ver todas esas estrellas cada noche.

—No me puedo creer que estés aquí —Kate se levantó lentamente, sin dejar de mirarlo.

—Pues créelo. Estoy aquí porque te echo de menos, Kate.

—Sean...

—No —dijo haciéndola callar con un dedo en los labios—. He venido desde muy lejos para decirte algo y quiero que me escuches.

—¿Cómo dices? —preguntó ella protestando con enfado por mucho que se alegrara de verlo.

—Ahí está mi chica —se rio—. Cuánto he echado de menos esa vena testaruda que tienes —y antes de que ella pudiera discutirse, se agachó y la besó—. Nos vamos a casar, Kate. Y antes de que empieces a decir que no te quieres arriesgar a sufrir más, piensa en cuánto hemos sufrido los dos durante estos dos meses y medio. Admítelo, Kate. Nos hemos sentido demasiado solos y hundidos.

—Sí, pero ¿casarnos? —ya había estado casada, y si perdía a Sean como había perdido a Sam, no creía que pudiera sobrevivir a tanto dolor.

Sean se rio y suspiró.

—Sé lo que estás pensando, pero Kate, te quiero.

Ella se tambaleó un poco y agradeció que Sean la agarrara.

—Sí, yo también estoy sorprendido, pero por encima de todo, te necesito. Y tú a mí.

Kate quiso rebatir sus palabras, pero ¿de qué habría servido? Mentiría. Por supuesto que lo necesitaba. Lo echaba de menos. Lo amaba.

—Cuando dijiste que no me necesitabas, me llevé un duro golpe. Todos tenemos secretos, Kate. Hace diez años pensé que estaba enamorado y ella se quedó embarazada y... la dejé sola. Yo no era lo que ella necesitaba porque era demasiado egoísta para ver más allá de mi propia vida.

—Sean, lo siento...

—Perdió al bebé, Kate, y después me dijo que me marchara porque ya no me necesitaba a su lado. Así que cuando me dijiste eso, yo me limité a retroceder y a no hacer nada. Qué estúpido.

—No eres estúpido. Además, te mentí, porque sí que te necesito.

—Ya, lo sé —respondió él con una sonrisa de satisfacción—. Pero bueno, volviendo a lo que he dicho al principio... nos vamos a casar, Kate, y vamos a vivir aquí.

—¿En Wyoming?

—No solo en Wyoming, sino aquí —rodeándola por los hombros, la giró hacia la extensión de tierra que recorría el lago y se adentraba en el bosque—. Voy a contratar a Construcciones Wells para que me construyan una casa ahí mismo.

—Una casa —susurró ella contemplando el maravilloso paisaje.

—Nuestra casa. Vas a diseñarla como quieras, Kate —la miró a los ojos, y en ellos todo se iluminó como un árbol de Navidad—. Haz que sea la casa de tus sueños porque todos nuestros sueños se van a hacer realidad en ella.

—Pero, Sean, ¿qué pasa con el mar? Te encanta. ¿Cómo puedes renunciar a él? Y estarías muy lejos de tu familia...

—El bebé y tú sois mi familia —dijo atrapando la lágrima que le caía por el rabillo del ojo.

Esa caricia hizo que la recorriera una intensa calidez.

—Y con el avión de la empresa podemos volar todo lo que queramos. Conservaremos el ático y nos quedaremos allí cuando vayamos de visita. Pero, mientras tanto, tendré el lago y hacer *paddleboard* podría ser divertido también. Incluso podrías enseñarme a esquiar en invierno.

—Estás loco —respondió ella riéndose.

—Loco por ti.

Kate deseaba creerlo, tener todo lo que le ofrecía: amor, una familia, la casa de sus sueños a orillas del lago y una vida cargada de recuerdos junto a ese hombre.

—Pero me da miedo volver a perderlo todo otra vez —le dijo rodeándole la cara con las manos—. Sean, si te pasara algo, creo que me moriría.

—No te puedo prometer que no vaya a pasar nunca nada malo, Kate. Nadie puede prometer eso —la llevó hasta el banco, se sentó y la sentó sobre su regazo—. Pero si algo va mal, lo superaremos juntos. Además, ¿y si todo va bien? ¿Y si nuestras vidas son perfectas y felices y están llenas de una docena de niños gritando y corriendo por el bosque?

Ella se rio mientras él posaba la mano sobre su abultado vientre.

—¿Una docena?

–Es negociable. Pero con tanto espacio que hay por aquí, diría que necesitaremos al menos seis.

Kate podía imaginarlo. Los dos regentando el hotel, una casa llena de niños y todos ellos participando en las convenciones que se celebrarían allí cada verano.

–Pero lo que no es negociable es lo de la boda. Te quiero, Kate. Para siempre. Di que sí.

–Sí –respondió ella, y sintió cómo se le quitaba un gran peso de los hombros. Estaba haciendo lo correcto. Eran perfectos el uno para el otro y juntos podrían enfrentarse a todo lo que les sobreviniera.

–¡Eh! –exclamó Sean mirándole la barriga–. ¿Qué es eso?

Kate se rio encantada y, rodeándolo por el cuello, dijo:

–Tu hija diciéndote que se alegra de que papá y mamá se vayan a casar.

–Es increíble –dijo Sean con los ojos como platos mientras posaba una mano en su vientre para sentirlo.

–Bueno, ¿y dónde está mi anillo de compromiso?

–¡Ja! –él se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja–. No hay anillo de compromiso porque seguro que te lo engancharías con una sierra mecánica o algo así –abrió la caja y le mostró unos impresionantes pendientes de esmeralda–. Esto es por el compromiso, y cuando nos casemos, llevaremos unas sencillas alianzas de oro.

–Oh, Sean... –Kate sonrió entre lágrimas–. Eres perfecto, ¿verdad?

–Y no olvides que también soy encantador –le respondió, y la besó.

Epílogo

Dos meses después.

—¡Vamos, Kate, se acerca la tormenta y quiero estar lejos de esta montaña antes de que vuelva a nevarnos!

Impaciente, esperó a su mujer en el salón principal del hotel. Todo estaba ya amueblado y terminado, listo para los huéspedes. Sin embargo, con el bebé en camino, Sean había tomado la decisión de esperar a la primavera para la gran inauguración.

Estaban a principios de octubre, pero el invierno parecía apresurarse. No debería haber accedido a llevarla allí hoy, pero cuando Kate quería algo, era insistente.

Había querido ver la ubicación para la casa una vez más antes de que llegaran las nieves. Estaba trabajando en el diseño para que el arquitecto pudiera tener los planos listos y que la cuadrilla pudiera empezar con la construcción en cuanto pasara el invierno. Esa mujer era como una fuerza de la naturaleza.

—¡Kate! ¡Si no vienes en diez segundos, me iré a tu casa sin ti! —era una amenaza vacía y ambos lo sabían.

—¿Sabes? Si tú fueras por ahí con una bola de jugar a los bolos en tu vejiga, también te moverías un poco despacio.

Estaba embarazada de nueve meses y aún le robaba el aliento. ¿Cómo era posible quererla cada día más? Era todo lo que había deseado siempre.

—Sí, tienes razón —dijo él echándole el abrigo por encima y llevándola hacia la puerta—. Los hombres somos unos seres humanos miserables y las mujeres deberíais dirigir el mundo, pero sube al coche, ¿de acuerdo?

—Relájate, Sean. No nos vamos a quedar atrapados y no voy a tener al bebé aquí.

—Eso espero —le contestó, y cerró la puerta del hotel.

Una vez naciera el bebé, tenían pensado pasar allí el invierno. La casita de Kate era demasiado pequeña para albergarlos a los tres y a todo el equipo de oficina que Sean necesitaba para poder seguir trabajando desde allí. Estaba deseando la tranquilidad y la soledad que se respiraban allí, e incluso le apetecía quedarse atrapado por la nieve con Kate otra vez... una vez el bebé naciera, claro.

—Qué bien que Mike y Jenny tuvieran a su bebé ayer —dijo Kate mientras bajaban los escalones—. Ahora nuestra Kiley y su Carter solo se llevarán un día.

—Sí —murmuró él llevándola hacia el coche—. ¡Eh, espera! —se detuvo en seco—. ¿Cómo sabes que Kiley va a llegar hoy? ¿Estás de parto?

Ella le sonrió, se puso de puntillas y le besó.

—Llevo de parto unas dos horas. ¡Vas a ser papá hoy, Sean! ¿No es increíble?

—¡Tenemos que ir al hospital! Camina despacio y no respires muy profundamente.

Una vez dentro del coche, ella se rio y él pensó que, sin duda, las mujeres eran el sexo fuerte.

—¿Estás bien?

—Muy bien —murmuró ella—, aunque esta ha sido mucho más fuerte. Date prisa, Sean.

Cuando ella empezó a respirar entrecortadamente, a Sean se le aceleró tanto el corazón que le faltaba el aire. La carretera de la montaña nunca le había parecido ni tan larga ni tan sinuosa. No podía acelerar mucho si no quería salirse del camino, pero también tenía que darse prisa, porque no pensaba tener a su primer hijo en el coche.

Veinte minutos más tarde, llegaban al hospital y para entonces Kate ya se quejaba y gemía. Rápidamente, la sentaron en una silla de ruedas y se la llevaron por un largo pasillo mientras él la perdía de vista invadido por el pánico. Sin embargo, unos minutos más tarde estaba en el paritorio con ella, que luchaba por traer a su hija al mundo. Se le encogió el corazón cada vez que gritaba de dolor, y habría dado todo lo que tenía por haber ocupado su lugar en ese momento. Habría preferido cualquier cosa antes de ver sufrir a la mujer que amaba.

—No te preocupes tanto —le dijo ella con la voz entrecortada—. Esto es normal. Todo va muy deprisa.

–Me equivoqué cuando te dije lo de los seis hijos. Con uno basta. Te juro que no volveré a tocarte, Kate.

Ella se rio, encantada, y volvió a gemir con el dolor de otra contracción.

–En eso no te voy a apoyar, cielo. ¡Ay, Sean, ya viene!

La doctora Eve Conlon entró en ese momento.

–¿Cómo vamos por aquí?

–Kate dice que el bebé ya viene.

Eve se rio.

–Cálmate, Sean. Voy a echar un vistazo, Kate.

Cuando la breve exploración terminó, la doctora sonrió y anunció:

–Kate tiene razón. Todo va muy deprisa y vuestra hija está en camino.

Durante la siguiente media hora Sean se sintió más asustado y feliz que nunca. La admiración y el amor por su mujer aumentaron aún más al verla traer a su hija al mundo con tanta fuerza y determinación.

Lo único que pudo hacer fue agarrarla con fuerza y mirarla asombrado y orgulloso mientras la doctora posaba a su preciosa hija sobre el pecho de su mujer. Kate rio y lloró al acariciar el diminuto cuerpo de la niña y Kiley, como sintiendo que estaba donde debía estar, se acurrucó y miró directamente a los ojos de su padre.

Con reverencia, él acarició su diminuta mano y la pequeña le agarró los dedos con un gesto instintivo que le fue directo al corazón.

–Feliz cumpleaños, Kiley Ryan –susurró.

Apenas tenía un minuto de vida y Sean ya la quería más de lo que había creído posible. Jamás habría imaginado que pudiera sentir algo tanto y tan rápido. Al mirar a su esposa comprendió que nunca había llegado a imaginar lo que significaba amar a una mujer completamente.

–Gracias –susurró, y se agachó para besar a Kate–. Gracias por la niña y por todo lo que me has dado desde el día que te conocí.

–Te quiero, Sean –dijo Kate.

–Pues no dejes de quererme nunca.

Posó la mano sobre la de Kate y juntos arrullaron a su hija. A su futuro.